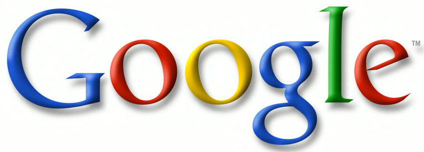



ET
VE RI
TAS
CHRISTO
ECCLESIAE



PEREGRIN GARCÍA CADENA.

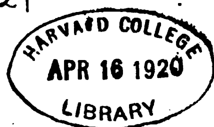
BIBLIOTECA FAMILIAR.

PEREGRÌN GARCÍA CADENA.

OBRAS LITERARIAS SELECTAS.

LEYENDAS, NOVELAS, POESÍAS.

VALENCIA.
TEODORO LLORENTE Y C.ª EDITORES,
TORNO DE S. CRISTÓBAL, 3.
1883.



Imprenta de Domenech, Mar, 48.

A LA BUENA MEMORIA

DE

DON PEREGRIN GARCÍA CADENA,

DIRECTOR DEL «DIARIO MERCANTIL DE VALENCIA»,

ESCELENTE PERIODISTA,

LITERATO ESCLARECIDO, CRÍTICO CONCIENZUDO,

DEDICA ESTA PUBLICACION

COMO JUSTO HOMENAJE DE LA PRENSA VALENCIANA,

SU COLEGA Y CONTINUADOR

TEODORO LLORENTE, DIRECTOR DE «LAS PROVINCIAS.»



GARCIA CADENA.

(ENSAYO BIOGRÁFICO-CRITICO.)

I.

SU VIDA.

UNA noche—hace ya de esto 17 años, ¡toda una juventud!—entramos en el húmedo, oscuro y desapacible aposento donde se albergaba la redaccion del *Diario Mercantil de Valencia*, despues de atravesar por estrecho y prolongado corredor, trazado por las cajas de la imprenta.

En aquel apartado y humilde rincon—tranquilo á aquella hora, por serlo de descanso para los cajistas, y siempre ajeno, por su lejanía, á los ruidos de la calle—le leí mi novelilla, poco mas ó menos poseido de igual temor al que por aquella misma época sentia al hallarme ante los profesores en los exámenes universitarios.

¿No era, en realidad, atrevimiento sobrado distraer la atencion de un maestro en literatura, con unas cuartillejas empezadas á borronear en un aula, á hurto del catedrático, y leidas luego á dos cariñosos cómplices de estravagancias juveniles, en el corral de un figon extramuros?

Habia, no obstante, impetrado del que iba á ser mi juez tal

favor la noche antes, en el escenario del teatro, al encontrarme con él y conocerle en el cuarto de una actriz de gran valía, Carolina Civili, y era forzoso leer hasta el fin, y escuchar el fallo próspero ó adverso.

A poco de empezar, recuerdo—estas cosas jamás se olvidan—que me interrumpió con una frase de aprobacion; seguí entonces la lectura con mas aliento y mejor esperanza.

Al terminar me dijo, en prueba de lo que le agradaba mi cuento, que lo publicaria en el folletin del periódico, solo con que le variase un tanto el desenlace, harto descosido y tremebundo.

Quedé por un momento ofuscado... ¡Mi novela impresa, é impresa en el folletin del periódico más leido entonces en la ciudad! En Dios y en mi conciencia, que no habia ni soñado con tal ventura.

El desenlace quedó, en efecto, modificado, y la novela se publicó. Titulábase *Ausencia*, é hizo algunos viajes. Tres años despues reapareció en Madrid, inserta en la revista *La América*, cuya direccion habia heredado D. Víctor Balaguer de Don Eduardo Asquerino; siete años mas tarde la reproducia en su folletin *Las Novedades*, diario español de Nueva-York.

Soy con estos detalles quizá harto prolijo, pero no puedo recordar aquella lectura sin recordarlos, y ademas la noche en que le leí *Ausencia*, me dió Cadena, al darme su aprobacion, el simbólico espaldarazo, por el cual quedaba yo en literatura armado caballero.

Peregrin García Cadena hallábase á la sazon en el zénit de su carrera. Frisaba en los 43 años; estaba, de cuerpo, robusto, ágil y fuerte; de espíritu, perspicáz, ingenioso y fecundo; conservaba el calor de la inspiracion, encerrado en vaso pacientemente cincelado por la experiencia y el estudio; era director del *Diario Mercantil*, lo cual significaba la jefatura del periodismo valenciano; en los círculos artísticos y literarios ejercia poderoso influjo; su sueldo y su modesta hacienda le permitian vivir con desahogo; entre escritores obtenia consideracion señalada; entre autores y actores dramáticos cierto respeto, cuando no temor; y devoto á un tiempo de lo bello y de las bellas, sonreíanle las Musas á par que las Gracias.

A pesar de la diferencia que entre ambos existia en edad, saber y gobierno, fuimos, durante cuatro años, camaradas aun

mas que amigos. Llevábale su vigorosa complexion y su imaginacion ardiente á emplear las horas de asueto—terminada la cuotidiana labor periodística—más que en graves reuniones académicas ó políticas, en joviales deportes con gente moza; y junto á las tranquilas aguas del puerto, espejo clarísimo del intenso azul del cielo valenciano; ante la estensa alfombra de verdes matices, que tiende en torno á la ciudad su fértil huerta, presidia sencilla mesa, bien surtida de manjares y de vinos, rodeado de corte (ó cohorte) juvenil, cual un Epicuro á la moderna, en medio de los adeptos de su amable filosofía.

Chispeaba entonces el donaire en sus lábios, como el rubí y el topacio líquidos en las copas; el concepto sutil y la agudeza alambicada, que parecia haber recojido de nuestros clásicos, surjian á cada punto de su boca, y en su rostro, animado por plácida sonrisa de contento, cruzaban, cual ráfagas luminosas, evocaciones mil de la fantasía. Entonces surgian, en mezcla estraña y fascinadora, los grandes poetas y los grandes inspiradores de la poesía; aventuras pasadas y viajes soñados; comentarios á Horacio ó Víctor Hugo, y disquisiciones sobre la Manzanilla ó el Burdeos; figuras engendradas por el pincel de Rubens ó de Goya, y figuras vistas la tarde anterior en la Alameda; amores de Cleopatra y amoríos de.... cualquiera de nosotros.

Era nuestra vida en aquel período una contínua y jubilosa fiesta, en la que García Cadena, como aquel mismo Horacio, á quien me enseñó á querer y admirar, empleaba las galas de su ingénio en brindar sin tregua por la naturaleza, el arte y el amor. Ni las mismas calamidades públicas atajaban el vuelo de aquella alborozada existencia; y así como el cólera, que algunos años antes castigara cruelmente la ciudad, habíale dado tema para su cuento filosófico y fantástico de *El hombre azul*, así la fiebre amarilla, que acometió á Valencia pocos años despues, nos halló departiendo *de omne re scibile*, á los postres de modesto, aunque jovial banquete: semejantes en esto á Boccacio, que con sus amigos y en galante compañía, narraba picantes é ingeniosos cuentos para distraer la imaginacion de los estragos que la peste causaba por entonces en Florencia.

Mal que pesara á ciertas aficiones cosmopolitas y á cierta vaga inclinacion, más imaginativa que concreta, á morar en otro centro, Cadena era, por naturaleza, valenciano. Cuando se tras-

ladó á Madrid en 1870 (obligado por la muerte del *Diario Mercantil,* que su propietario Rius dejó de sostener), aunque vino acompañado de ánimos y esperanzas, quedóse poco menos que el terrible juez israelita, cuando las tijeras de Dalila le privaron, con los cabellos, de la fuerza.

La fuerza de Cadena consistia en el rango literario de que en Valencia gozaba; en su representacion y prestigio. Era él, solo y único, como personalidad, al paso que en Madrid, estimárase en lo que estimase su valer, era uno de tantos. Verdad es que esto dependió principalmente de haber venido tarde.

En sus mocedades, Cadena residió durante una temporada en la córte, y visitó, si no me equivoco, Toledo y algun otro punto de Castilla; pero este viaje fué paréntesis de su existencia, esencialmente valenciana.

Nacido en la misma Valencia en 1823; estudiante en el Instituto y la Universidad valentinos luego; educado, intelectualmente sobre todo, por un tio suyo, docto humanista y entendido jurisconsulto de la patria de Luis Vives; revalidado de poeta en aquel brillante Liceo, que rejuveneció é iluminó los vetustos muros del Temple, y en el cual descollaron (citando solamente los nombres mas ilustres) Arolas, Aparisi y Guijarro, y Gonzalo Moron; colaborador distinguido de una revista literaria, *El Fénix,* nacida al calor de aquel Liceo, representacion viva del poderío intelectual valenciano al promediar del siglo; empleado un dia en las oficinas del afortunado iniciador de todas las grandes empresas valencianas, ó sea del banquero Campo; director, en fin, durante largos años, del mas antiguo de los periódicos de Valencia, el *Diario Mercantil,* Peregrin García Cadena era planta indígena de la márgen del Túria. En ella habia echado los primeros brotes literarios, con su sávia habia nutrido su espíritu, al influjo de su claro sol habia extendido el ramaje de su inteligencia, y merced al trascurso del tiempo, fuertemente arraigada ya, no podia ser trasplantada sin grave riesgo. Por eso dije que llegó á Madrid sobrado tarde.

Acercábase á los 50 años; venia precedido de escelente fama, pero fama de provincia; no cuadraba á su edad ni á su categoria el emprender desde sus primeros pasos la carrera para llegar á feliz término; su estilo literario antojábasele un tanto rancio al público, de suyo movible y ávido de lo nuevo, y su bien cortada pluma, que era en Valencia arma resplandeciente del

caudillo, habia de ser en la córte simple espada del combate.

El discurso de la vida de Cadena pudo dividirse, siguiendo el órden retórico, de esta manera: el exordio, nuncio de venturas; la proposicion, clara y feliz; la confirmacion elocuente y victoriosa, en Valencia; el epílogo, en Madrid.

No significa lo espresado que fuera mal acogido Cadena en la capital. Apenas llegó, obtuvo en el periódico *La Integridad de la patria* la plaza de crítico de teatros, que le proporcionó, si no me engaño, Enrique Villarroya. En algun otro colaboró, tambien por entonces, hasta que adquirió puesto más fijo en *El Imparcial* (para cuyos *Lunes* escribia las revistas teatrales), y luego en *La Ilustracion de Madrid*, cuya empresa era la de aquel. Cuando esta *Ilustracion*, falta de vida, pasó á manos del propietario de la *Española y Americana*, García Cadena pasó tambien á esta, en calidad de cronista al principio, y de crítico de teatros luego, siguiendo con igual carácter en *El Imparcial* hasta que lo abandonaron, para fundar *El Liberal*, sus principales redactores.

En esta *Ilustracion* del Sr. de Cárlos, donde publicaba asimismo de vez en cuando algun cuento ó novela corta, ha ejercido el cargo en cuestion hasta el fin de sus dias.

En los primeros años de su estancia en Madrid reunió en un tomo, pobre de atavíos tipográficos, la mejor parte y mas moderna de sus producciones en prosa. Tambien por entonces contrajo matrimonío con la hermana de su gran amigo, Domingo el pintor, hoy uno de los mas reputados en Paris.

Durante los últimos años llevaba Cadena una vida retirada y oscura por demas. Solo en los estrenos y en su oficina se le hallaba.

El gobierno del Sr. Cánovas le otorgó, por influencia del poeta Campoamor, un destino de mediana importancia en el Ministerio de Ultramar, que conservó hasta su muerte. El empleo y el trabajo literario sostenian su casa. Al morir, empero, ofrecia esta el triste cuadro de la estrechez; su entierro, en el mismo Ministerio hubo de costearse, y para mayor desventura, su viuda y sus hijos debieron fiar á los productos de una funcion en el teatro Español, caritativamente dispuesta por Don José Echegaray á favor suyo, la manera de contrarrestar por el pronto su desamparo.

¡Oh Dios! ¿Por qué ha de ser tan menguada en esta tierra española la suerte del que, dotado de talento y voluntad, consagra su vida al culto de las letras, ó cuán adversa ha de ser, por su propia índole, la fortuna del escritor, que aquel placentero y luminoso cuadro, que delineé al principio, al recordar á García Cadena en su zénit, ha venido á trocarse en el ocaso, en muerte solitaria, entierro de limosna y herencia de caridad?

¡Oh, mi maestro y padrino en literatura, amigo y camarada de mis mas floridos años! ¿por qué ha sido el término de tu jornada tan oscuro y sombrío, como el negro fondo de ese tintero, al que ahora acudo para estampar frases, no sabiendo escribir lágrimas?...

II.

SUS OBRAS.

En Madrid se ha juzgado á Cadena solamente como crítico. En Valencia misma, la generacion que ahora bulle, conoce apenas cuántas y cuán varias fueron las manifestaciones de su talento.

Y sin embargo, con el ausilio no más de algunos viejos y amarillentos folletines recortados, que Cadena me dió, y guardo como legado de gran precio, y con el socorro, no muy eficaz, de mi memoria, harto débil, puedo clasificar de esta suerte las producciones del insigne escritor valenciano.

En verso: Romances y leyendas.
Odas y elejías.
Sátiras.
Poesías amatorias y filosóficas.
Traducciones de poetas estranjeros.

En prosa: Novelas originales.
Novelas traducidas.
Cuentos.
Artículos de amena literatura.
Artículos satíricos y humorísticos.
Artículos políticos.

Críticas literarias y dramáticas.
Una comedia en un acto.

Cadena, como poeta, no es estimado en lo que vale, ni es hoy suficientemente conocido. La cantidad no es grande, en sus composiciones métricas, pero la calidad esquisita. La ineficacia de este órden de trabajos para obtener en el dia algun provecho, hízole poco á poco abandonar la rima, hasta suprimirla totalmente de sus tareas literarias: durante quince años (de 1877 á 1882) no compuso, que yo recuerde, mas que tres poesías: una elegía á la temprana muerte de Amparo Reguera; una invocacion á Nuestra Señora de los Desamparados para el número especial que dedicó el *Diario Mercantil* á la patrona de Valencia, con ocasion de las fiestas de su centenario (Mayo de 1867), y una *Sátira contra el lujo*, que insertó el folletin del mismo *Diario*, y mas tarde dió de nuevo á luz (estando ya Cadena en Madrid) *La Ilustracion Española y Americana*.

Realzan los versos de Cadena una diccion tersa y castiza, un giro florido y elegante, una armonía y cadencia dignas de nuestros clásicos del siglo de oro.

Zorrilla, en sus mejores tiempos, no hubiera desdeñado el firmar leyendas como *La Calle de la Traicion, La ventana del diablo y El desafío de Gaspar Mendez;*—toques hay en estos romances que recuerdan los buenos de Góngora ó del príncipe de Esquilache, y rasgos descriptivos á la manera de Quevedo; al glosar en amorosos conceptos á Cetina, compite con él en ternura; la Elegía en la muerte de Amparo Reguera trae á la memoria la tan majestuosa y celebrada de Martinez de la Rosa á la duquesa de Frias; en los cantos religiosos se acerca «al són dulce, acordado», del ilustre Fray Luis de Leon; en la sátira no le vá en zaga á Jorge Pitillas, y en las versiones de Víctor Hugo, v. gr., muestra la galanura y gentileza de esta estrofa:

«Sé tú como el pintado pajarillo
Que posa en frágil rama,
La ve doblarse y trina sin zozobra...
Porque fía en las alas.»

Tratemos ahora de sus escritos en prosa, y empecemos por los políticos, para dejarlos presto á un lado. Consisten, los sérios, en una coleccion de artículos de fondo en el *Diario Mercantil*, y los festivos en otra série, aunque mucho mas corta, que imprimió el *Papel de estraza*.

El *Diario Mercantil* durante el período que precedió á la revolucion de Setiembre, siguió, merced á García Cadena, una política cautelosa, y á la vez insinuante—taimada, es la palabra propia—que le permitia ser de oposicion, y seguir la corriente general de la opinion pública, sin encallar, una vez siquiera, en los bancos de la fiscalía. Vencedor el movimiento de Cádiz, el *Diario* fue de los que aplaudieron la regeneracion política del pais, permitiendo Cadena al que esto firma, redactor á la sazon del periódico (cuya plaza heredé de Rafael Blasco), artículos en sentido marcadamente liberal, pero sin sujecion á partido ni bandería, con arreglo á la índole del *Diario*, más que nunca independiente.

Pronto echó de ver Cadena el torcido rumbo que la revolucion triunfante habia tomado, y lo puso de manifiesto en sus propios artículos, sensatos, hábiles y sentenciosos. Entonces, decaido mi juvenil entusiasmo de los primeros dias, publiqué —siempre de acuerdo con mi amigo y director—unas cartas que denominaba *Las verdades del barquero*, donde me hacia eco de la desconfianza que el ejercicio de las libertades, tal y como lo entendian los revolucionarios, inspiraba. Entonces fue tambien cuando, no sin asombro mio, harto inesperto para columbrar lo que Cadena ya claramente distinguia, le oí decir que no habia otra solucion al problema político, que la restauracion en la persona del príncipe Alfonso.

En cuanto á *El papel de estraza* (1866), fue peregrina idea de Peregrin (como familiarmente llamábamos á Cadena los amigos de su intimidad), que obtuvo maravilloso resultado. Erase un periodiquillo satírico, con caricaturas, que dibujaba, si no me engaño, Salustiano Asenjo, en el cual escribian, con diferentes pseudónimos de personajes de la antigüedad, Enrique Gaspar, Rafael Blasco, José Pallarés, Jaime Peiró, otros que no recuerdo, y especialmente Cadena, que, ya con el pseudónimo de *Belisario*, ya con el de *Longino*, firmaba artículos de acerada y discretísima sátira, literaria ó política. Todos los escritos, prosa ó verso, sufrian su censura antes de ser publicados, rechazando implacablemente los que no cumplian con las condiciones de gracia y donaire que el periódico reclamaba.

Así, aquella hoja, impresa, en efecto, en tosco papel de estraza, logró muy presto tal predicamento y estimacion del público, que llegaron á venderse mas de 12.000 ejemplares (á

cuatro cuartos) de cada número; éxito inaudito en los anales del periodismo callejero de Valencia (1).

El álias humorístico de *Belisario* me trae como por la mano á un linaje de escritos de Cadena, que no he incluido en la clasificacion de los suyos, por considerarlo maleante y baladí, si bien le deparó una ocasion mas de lucir el chiste de su pluma. Aludo á las sabrosas y celebradas revistas de toros, que con tal firma publicó por largo tiempo, demostrando su conocimiento en el arte, y sirviéndose de ellas á menudo, como de pretesto, para jugar con chistes ó discretear con burlas.

Entremos ahora en el exámen, siquiera sea sucinto, de las producciones de más monta que Cadena ha dejado: de sus novelas y cuentos. Pudieran dividirse por su carácter, en dos séries: las novelas ó cuentos que en lenguaje de bastidores llamaríamos «de época», y los de costumbres.

El primer concepto abarca: *Aventuras en Italia*, *La vision de fuego*, *Llegar á tiempo*, *Batalla de sábios* y alguna mas tal vez, de que no tengo noticia ó no guardo recuerdo. Al género de costumbres pertenecen: *El arte casero*, *Baraja de primos*, *La trenza de cabellos rubios*, *El melocacto*, *El marquesito*, *Un moralista*, *La ronda de mi tio*, *La revendedora*, *Las siete casacas* y otros.

El precio de la sangre y *El hombre azul* deben figurar aparte, como cuentos fantástico-filosóficos.

El primer órden citado de obras manifiesta privilegiada aptitud en su autor para la novela de aventuras. Sus narraciones, que en este punto andan á los alcances de las de Navarro Villoslada, tienen gran sabor de época, movimiento é interés, amen de una diccion castiza y un diálogo vivo y animado. En circunstancias favorables, García Cadena hubiera sido un novelista de la especie de Fernandez y Gonzalez, menos fecundo, menos imaginativo, inferior en vehemencia, en colorido y en inventiva, aunque mas atildado, veráz, reflexivo y discreto; pero Cadena escribia tan solo para llenar el folletin del *Diario*.

Sus novelas, ó mas bien *nouvelles* de costumbres (pues nunca llevó á cabo lo que llaman los franceses un *roman*), son esencialmente satíricas; hay en ella no poco del humorismo que despunta á veces en Dikens y en Farina. Si en ocasiones es

(1) Cadena intentó resucitar en 1871 ó 72 *El papel de estraza* en Madrid, pero sin resultado: *non bis in idem*.

mero narrador de sucesos lijeros, amenos y festivos, como en *Baraja de primos*, *La trenza de cabellos rubios* ó *La ronda de mi tio*—donde campean su estilo y gracejo,—en otras, como *El arte casero*, *Historia breve y compendiosa de una persona decente*, *Las siete casacas*, *La revendedora*, *El marquesito*, se vale de la ironía y de la sátira para corregir y enseñar; el crítico se apodera de la pluma del novelista.

Pero donde se hallan patentes y á plena luz las cualidades y los defectos todos de García Cadena, donde se copia, cual en claro espejo, su fisonomía literaria, es en la obra, por otra parte, de mas aliento que compuso, en *El arte casero*.

Empezó esta novela en el *Museo literario*, que publicó en Valencia Jerónimo Flores los años del 63 y 64: denominábase *Escala vegetal* (nombre que conservó luego la primera parte de la misma novela), y no pasó del segundo capítulo. Recuerdo que los dos que aparecieron y leí, me prendaron de suerte que de aquel punto y hora datan mi aficion decidida á García Cadena, y mi ánsia, dos años despues cumplida, de conocerle.

Mas tarde, y no sé si en el *Boletin-Revista del Ateneo de Valencia*, volvió la novela á aparecer, esta vez con el título de *Los Artistas del hogar*. Paréceme que tambien allí quedó inconclusa, y que solo se imprimió completa en el citado tomo, que con el título de *Historias para todos*, puso á la venta el autor en 1873, y del cual tomaba mas de la mitad. Entonces se denominó definitivamente *El arte casero*, y como sub-título *Cartones para un cuadro del amor conyugal*. Los cartones son dos, y se titulan: «Escala vegetal» y «Crisálida y mariposa.» Este volúmen es, por lo demás, el único que de las obras de Cadena haya quedado.

Las bellezas y los defectos del autor, decia, aparecen á clara luz en el *Arte casero*. En efecto, es, ante todo, el trabajo literario que con mas amor y buen ánimo escribió, y en donde halló mejor coyuntura para dar salida á sus gustos literarios, y campo á los escarceos de su ingénio. Nótanse allí la proligidad, el abuso de digresiones, el desleimiento, el aparato artificioso en la idea; el estilo terso, hasta dar en lamido, y conceptuoso hasta la oscuridad, en la forma, de que adolecia; pero resplandecen tambien la sana moral, el escelente sentido práctico, la fina sátira, la destreza de ejecucion, que le eran propios.

Que no basta el amor, esto es, la primera materia, para labrar la estátua de la dicha matrimonial; que es menester el

arte, arte delicado y esquisito; hé aquí el hermoso tema de la obra, desarrollado con esceso, es verdad, mas con tacto singular y elevada inteligencia. Los tipos, así de primero como de segundo tèrmino, están hábilmente delineados, y á lo mejor un solo trazo de la pluma dibuja un carácter, una situacion ó un sentimiento.

Es, en otro órden, una pequeña obra maestra, un cuadro «de género,» comparable, aunque en distinto camino, al *Sombrero de tres picos*, de Alarcon, el cuento *Batalla de sábios* (1). Despide cierto tufillo picaresco, á modo de las *Novelas ejemplares*, ó la *Vida del Buscon don Pablos*, que da gloria, y lo realzan la novedad y chiste del argumento, juntamente con los atavíos, de pura casta española, del lenguaje.

Cuanto á las otras novelas cortas, como las restantes del tomo y las cuatro que insertó en los años últimos la *Ilustracion* (ó sean *La ronda de mi tio*, *El moralista*, *La revendedora*, y *El marquesito*, que fue la última, y alguna otra anterior, que quizás olvido), descubre en ellas la tendencia satírica y correctiva, aunque sobradamente exornada con arabescos y hojarascas de lenguaje, contaminado de los desvaríos de Góngora.

En sus artículos literarios—como las cartas semanales que Cadena y Blasco, con los pseudónimos trasparentes de *C. Adan* y *Raf*, publicaban en el *Diario Mercantil* por los años del 67 y parte del 68—nótase igual falta, ó para hablar con propiedad, igual sobra. Esta fue igualmente la que mas dañó á sus críticas dramáticas, que sin el conceptismo (y tambien sin el pesimismo) hubiéranle dado considerable autoridad literaria.

Aun así, era forzoso respetar en ellas la sensatez del juicio, la lógica del razonamiento y la mesura de la frase. Pertenecia Cadena á la noble escuela, hoy con muy contados adeptos, en que se azota sin piedad al delito, pero sin llegar ni con el estremo del látigo al delincuente; al autor, podia herirle en lo mas vivo su censura: el hombre nunca podia darse por ofendido. Era, además, Cadena firme y constante en su doctrina estética, mezcla de idealismo y clasicismo, pero en su facultad perceptiva (y á esto alude lo del pesimismo), parecia aprehender sólo el error. De esta suerte pudo un dia no hallar sino

(1) Tambien ha tenido dos nombres: el primero fue *El manuscrito del gran libro*.

tachas en dos tan soberanas beldades del moderno teatro español, como *El tanto por ciento* y *Un drama nuevo*.

Siendo generalmente achaque propio de los que saben juzgar con tino desde la butaca, no saber acertar en el escenario, una pieza que en su mocedad escribió Cadena (me vá por las mientes que tenia por título *Gramática parda*), fracasó al representarse. Con harto fundamento ha dicho há poco Sarcey: «Somos los críticos, no el cuchillo que corta, sino la piedra donde se aguza ese cuchillo.»

Las traducciones de novelas estranjeras que Cadena deja escritas, son muchas y escelentes, así por la propiedad de la traduccion como por el acierto y buen gusto en la eleccion de ellas; todas nacieron y murieron en el folletin del *Diario Mercantil*. Dumas, Karr, Gozlan, Féval, Marryat, Dikens, Poe y otros maestros de la novela pasaron por allí, y la biblioteca estranjera que Cadena formó y tradujo, puede apellidarse selecta cual muy pocas.

Fue, en resolucion, Peregrin García Cadena, literato que nunca corrió por trochas ni veredas, que avanzó reposadamente—deteniéndose á veces un tantico demasiado, perdiendo otras un tantico el tiempo con perfiles—por el camino real de las letras. Recta fue su via y firme su paso; con su pluma, cual con baston herrado, apartó y arrançó cuantas ortigas y parásitas halló por delante. Al caminar entre rosales, fijábase mas, es cierto, en las espinas que en las flores, pero nunca las arrancó para punzar á otro con ellas. Su vista abarcaba estenso horizonte y distinguia muy bien las lontananzas; pero no trocaba la marcha en carrera para llegar mas presto. Tropezaba á veces, aunque su pluma le servia de fuerte báculo, pero era porque, distraido en sus imaginaciones, llevaba fijos los ojos en el cielo...

Sirvan, á falta de mejor inscripcion, estos desaliñados renglones, de epitafio en la humilde tumba que halló Cadena al fin de su laboriosa jornada, y grábense allí, si se graban, cual memoria cariñosa al amigo, cual modesto galardon al compatricio, cual tributo de respeto al escritor.

Luis Alfonso.

Madrid, Marzo de 1883.



BARAJA DE PRIMOS.

I.

Federico á Luis.

Segorbe 2 de Agosto de 18....

Mi querido Luis:

Las he visto.... son dos ángeles. ¿Te acuerdas de la Habana? ¿Te acuerdas de Carmencita cuando era niña? Tenia el pelo rubio, los ojos pardos y la nariz graciosamente arremangada.... ¿Te acuerdas? Pues nada.... no la conocerias. Ahora es una jóven esbelta, delicada, como anunciaba en su niñez; pero de un tipo *imprevisto*.

Digo imprevisto, porque el pelo rubio ha tomado las tintas de la uva negra.... Dispénsame esta comparacion: estoy en el campo y se acerca la vendimia: por otra parte, esa fruta tiene ciertos reflejos que me gusta encontrar en el cabello negro.

Pues como iba diciendo: tu ángel tiene ahora el pelo negro, los ojos negros y la nariz mas pura y mas angelicalmente aguileña que te puedas imaginar.

¡Y qué boca, Luis! una de esas bocas que parecen hechas para dar y pedir amor.

¿Has visto en el museo de Madrid el retrato de Lisa Gioconda? ¿Has visto aquella boca? Pues bien: Leonardo de Vinci adivinó la felicidad que te estaba reservada.

Te he bosquejado algunos rasgos de la belleza de Cármen, y dejo por concluir el boceto. No quiero pasar adelante; quiero dejarte la sorpresa del conjunto en lo físico y de las mil perfecciones que la adornan en lo moral.

A cuenta de ese estudio, que vas á emprender pronto para tu uso y recreo particular, quiero anticiparte una conclusion.

Eres el bribon mas dichoso de la tierra....

Pero no creas que estás solo en ese paraiso de los amores: tambien yo soy de los elegidos.

Y á propósito: no sé cómo hay quien se atreve á hablar mal de las mujeres, entregándolas al malhumor de una especie de filosofía que se parece mucho á una vieja fea, gruñona y endurecida en la virtud.

¡Pobres ángeles, designados á la vigilancia de la policía! Si los hombres, por una de esas estravagancias que son comunes á la especie, dieran en la manía de creer á los fisiólogos y á los psicólogos directores de la mujer, llegarian á considerar como un hecho fenomenal la existencia de un ejemplar aceptable de esa obra del Criador.

O la sabiduría de esos filósofos es la mas insufrible de las impertinencias, ó yo soy una criatura privilegiada; porque el hecho positivo es que, cuando la *investigacion filosófica* escasamente dá una mujer relativamente perfecta por cada millon de hombres, yo solo he encontrado cinco en un racimo, sin hacer la menor esploracion.

Sin hablar de mi madre, de la tuya y de la tia Eulogia, ahí están Carmencita y Dolores, que no me dejarán mentir.

Ya te he hablado de Cármen; es decir, de tu parte de felicidad. La mia, que, como sabes está encomendada á Dolo-

res, no tiene nada que envidiar á la tuya.... Al menos así lo espero; porque á decir verdad, aunque la niña es un portento, aun no ha llegado para mí el período de la estravagancia amorosa.

El bueno de nuestro tio, á pesar de sus pujos de sábio, es hombre que lo entiende. Convengamos en que la verdad es á veces caprichosa: que á nuestro tio Mariano se le haya ocurrido la idea de casarnos con sus sobrinas, es cosa que se comprende fácilmente; pero lo asombroso es que estando los cuatro casi en mantillas, adquiriese el buen señor la conviccion de que Cármen era tu media naranja y Dolores la mujer que me convenia.

Y digo que es asombroso, porque segun todas las señas, nuestro tio tenia razon. No hay duda; Cármen ha nacido para tí, lo mismo que Dolores y yo hemos de ser por lo visto un alma en dos cuerpos. ¿Qué maravillosa perspicacia habrá revelado este secreto al buen viejo? Una de dos, ó la casualidad es un gran ausiliar de la filosofía, ó nuestro tio Mariano es un observador mas profundo de lo que parece.

Sea de esto lo que quiera, gocemos del bien que la suerte nos depara, sin investigar la misteriosa filiacion que tiene con nosotros.

Ven pronto, querido Luis; abrevía tus negocios y toma volando el camino de Segorbe. Yo te prometo un paraiso.

Nuestras primas llegaron anteayer de Cádiz con su padre, á quien yo deseaba mucho conocer. Es un marino muy comedido, de carácter muy bien acondicionado y hombre de buen juicio: no jura, ni usa en la conversacion los terminachos del oficio. En una palabra, Luis, es un marino que no tiene nada de comun con los que se usan en las novelas. Se comprende que fía mucho en el juicio ó en el cariño de su hermano, cuando tan absolutamente le deja disponer de la mano de sus hijas. Parece que en Cádiz ha tenido ocasion de casarlas ventajosamente, y no ha querido frustrar los proyectos

de su hermano. Ya ves si tenemos suerte con los tios: hasta los lobos de mar se convierten en serafines para labrar nuestra felicidad.

Adios, no puedo ser mas largo: Carmencita me reclama en este instante el cumplimiento de una promesa. Voy á acompañarlas á la Cartuja.

Tuyo de corazon

Federico.

II.

Luis á Federico.

Madrid 9 de Agosto de 18....

Querido primo:

¿Conque somos felices? ¿Conque hemos encontrado en amor la piedra filosofal? ¿Conque hay hombres y mujeres que nacen los unos para los otros? ¿Conque hay tios providenciales? ¿Conque hay marinos que no juran?

¡Vuelo, querido primo, vuelo á vuestros brazos!

Desde que recibí tu carta, estoy amando á Cármen con todo el ardor que inspira lo desconocido. Gracias, amigo mio, gracias por tu carta. La duda me consumia....

Te indignas con los filósofos que deprimen á las mujeres; yo por mi parte doy á todos los diablos á los misántropos que niegan la amistad.

¡Que no hay amigos! ¿No has tenido tú la abnegacion de pintarme los encantos de la mujer que me destina la suerte, antes de hablarme de tu propia felicidad? ¿No he visto reflejado en tu carta el entusiasmo que te inspira mi ventura?

Me has librado de un gran peso, Federico: á medida que se acercaba la hora de conocer á mi prima Cármen, se iba apoderando de mí una especie de terror.

¿Será, decia para mí, la mujer que necesita un corazon de artista como el mio? Suponiendo que sea un ángel, ¿per-

tenecerá á la gerarquía de los que revisten la forma de un ama de gobierno, ó á la de los génios familiares que llevan al hogar el sentimiento y la poesía?

¿Será un cuadro reposado de la escuela holandesa ó una creacion de Murillo?

¿Será la mano que organiza ó el sentimiento que trasforma?

Esta duda me atormentaba, y ya me iba persuadiendo á que mi tio Mariano habia puesto un precio harto exagerado á su testamento. Pero ahora veo con júbilo que vamos á ganar honradamente nuestros cuarenta mil reales de renta; quiero decir, sin transigir con la conciencia, sin poner en tortura el sentimiento. La casualidad, ó sea la Providencia, parece que ha dispuesto las cosas para bien de todos.

Sí, amigo mio, Cármen debe ser un ángel: hay entre tú y yo una comunidad de ideas y sentimientos que me garantiza la realizacion de mis deseos. No, tú no puedes equivocarte; Cármen debe ser la mujer que me conviene.

¿Pero estás seguro, Luis? Aquella niña insignificante de la Habana ¿se ha convertido en una mujer á prueba de imaginaciones acaloradas y de visionarios exigentes? Aquel boton exiguo, sin color y sin perfume, ¿se ha trasformado en una flor espléndida y delicada? Aquel tio marino, que solo hemos visto siendo niños durante la travesía de la Habana á Cádiz, ¿no es el tigre de mar que habíamos soñado con espanto? Esa Dolores, que te asustaba de lejos como una esfinge, ¿es una mujer hechicera, que te trae la felicidad en pago de tu injusticia? Nuestro tio Mariano, á quien teníamos por un buen señor muy aferrado á su opinion, por un tio de comedia, que nos preparaba una senda de abrojos para llegar á su testamento, ¿es, por el contrario, un modelo de prevision y de ternura?

¿Qué es esto, Luis, qué es esto? ¿Se ha vuelto el mundo del revés, ó somos los objetos predilectos de la creacion?...

Con tu carta he recibido la de nuestro tio Mariano, que

me llama con urgencia. Mañana mismo dejo la córte y los pinceles. ¡Esta atmósfera me sofoca: yo necesito la vida de la naturaleza; necesito aire y amor!...

No comprendo cómo he podido fastidiarme tan soberanamente en la quinta de nuestro tio Mariano: ahora me parece que está situada en el quinto cielo.

A propósito; ¿el tio del otro mundo sabe jugar á las damas? Ya sabes que este juego inocente es uno de los escollos de la quinta de Segorbe. Si el tio Mariano ha encontrado la tercera víctima, nos hemos salvado.... Yo necesito todo el tiempo para amar.

La impaciencia me devora: quisiera estar ya camino de Segorbe: desde que recibí tu carta la pasion por el campo se ha despertado en mí de una manera frenética.... Para acortar el tiempo he pintado siete paises en dia y medio.... No veo mas que riachuelos, cascadas y laderas pintorescas. Me levanto con el alba para ver pasar las vacas por la calle, y cada vez que veo una mujer con pamela, tengo que hacer un esfuerzo para no gritar: ¡Adios, zagala!

Te escribo esta carta con lápiz desde un bosquecillo del Retiro, y hoy no quiero comer sino menestras. He dado cita á un gaitero ambulante para que me destroce los oidos á la usanza campestre.... y en una palabra, estoy tocando los últimos límites de la estravagancia.

¡Oh rus!... ¡oh Segorbe!... ¡oh Camaron! ¡oh paraiso prometido!...

Hasta la vista.

Vuelo á darte un abrazo.

Luis.»

III.

Ejercicios ecuestres sobre un mulo y una jaca.

—*¡Vi raviso, o luoghi ameni....!* Héme aquí en el pais de los amores.... Esa que se levanta hasta las nubes, es la montaña que parece cortada á pico por los gigantes y de cuya cima se desprende el pintoresco salto de agua.... Allá lo veo.... allá veo la preciosa cascada.... Hagamos alto.... Tomemos alientos para poder respirar mejor la atmósfera de la felicidad. Estos sitios me parecen mas bellos que nunca: esa capa oscura de musgo que crece en esa muralla natural en la zona humedecida por la cascada, me parece de una frescura deliciosa.

Ese inmenso manto de sombra que se desprende de la altura, me refresca el alma.

Esté silencio de eternidad dispone mi espíritu á todo lo sublime.—

El viajero que de esta suerte saludaba el paisage que hemos bosquejado, se sentó en un repecho cubierto de musgo inmediato á la cascada.

Quitóse el sombrero de castor de anchas alas, que cubria su cabeza, y limpiándose con el pañuelo el sudor que brotaba de su frente, dejóla espuesta á la lluvia cernida que se escapaba de la cascada.

Hacia escasamente cinco minutos que se hallaba entregado á este refrigerio del alma y del cuerpo, cuando por una senda anchurosa, que seguia la línea de unos cercados inmediatos, se oyó el escape de una caballería y un grito de mujer.

El viajero volvió la cabeza y vió venir como un rayo un mulo mas alto que un castillo, sobre cuyos lomos cabalgaba un ginete descompuesto, y asido de las enormes orejas del animal.

Detrás del ginete venia una mujer, que no pudiendo abarcar, para sostenerse, la enorme cintura de su caballero, se iba resbalando del mulo á toda prisa.

El viajero corrió á la orilla de la senda, á tiempo que llegaba cerca el disparado animal.

—¡Luis, sobrino Luis, pégale un tiro á esa maldita bestia!

El mulo pasó como una bala de cañon, dejando en los brazos del viajero á la jóven que se dejó caer en ellos, esclamando con lánguida voz:

—¡Luis.... sálvame!

Como Luis tenia los brazos ocupados, como no llevaba pistolas, y como, aunque las tuviera, no podian servir contra un animal que caminaba á razon de siete leguas por hora, no le fue posible cumplir el deseo de su tio, y el mulo se perdió de vista en pocos segundos.

La jóven se habia desmayado en brazos de Luis. Era bonita como un ángel de este mundo.

Luis consagró un pensamiento de simpatía á su pobre tio Mariano, á quien suponia aplastado contra un olivo ó en el fondo de alguna zanja, y acercó la jóven á la cascada para esponer su hermosa cabeza al líquido vapor, que la brisa empujaba en varias direcciones, segun la tendencia de su vuelo caprichoso.

Luis contemplaba estasiado á la bella desmayada, y aun resonaba en sus oidos aquella voz lánguida y armoniosa, que habia esclamado al caer en sus brazos:—¡Luis, sálvame!

Era ella.... era la esposa prometida.... Aquella boca de amores... aquella hermosa cabellera negra... las palabras que habia pronunciado al refugiarse en los brazos de su salvador.... y mas que todo, ese fluido misterioso que debe existir en realidad entre las almas destinadas á comprenderse y confundirse, pero de que abusa grandemente la imaginacion acalorada de los artistas y de los poetas; todo esto, repito, eran para Luis revelaciones inesperadas.

Era Cármen... era la mujer soñada... era la esfinge pavorosa, convertida en hermosa, en poética, en adorable realidad.

Luis buscó la alfombra mas mullida que el césped le deparó junto á la cascada, y depositó en ella con la mayor delicadeza el cuerpo seductor de la jóven. Despues se separó dos pasos y la contempló estasiado.

La bella desmayada era muy capáz de producir el éxtasis, no digo en el alma de un hombre interesado en descubrir en ella el tipo de lo ideal, bajo la doble potencia creadora del pintor y del amante, sino en la de cualquier mortal adocenado que sintiera latir en su pecho un corazon de veinticinco años.

Su traje era sencillo y vaporoso como la espuma de la cascada: un vestido blanco de batista y una maría-antonieta de la misma tela. La lucha que habia sostenido sobre el mulo habia desordenado notablemente esta última prenda, recogiéndola de un lado hácia la garganta, al paso que resbalaba del hombro el escote del vestido.

Este noble desórden habia descubierto la mitad de un hombro formado á imágen y semejanza de los que el maligno espíritu mostraba al glorioso anacoreta que ha dado asunto al pincel de David Teniers.

Luis estaba muy lejos de competir en santidad con el padre San Antonio; pero era un tesoro lo que veía, y lo ocultó como el avaro; lo cual prueba hasta cierto punto que á veces el vicio sirve á la virtud.

Por profundo que sea un éxtasis, este estado del alma tiene un término, que no puede ser muy largo cuando las circunstancias que nos rodean exigen nuestra actividad.

El sol trasmontaba lanzando los últimos chispazos de púrpura á la cascada.

Luis tendió la vista y no descubrió ninguna casa de campo cercana donde pedir ausilio. La quinta de su tio Mariano estaba á buen trecho y era preciso renunciar á la idea de llevar en brazos á la jóven.

Luis acudió á su morral de artista, que era su único saco de noche en aquella espedicion sentimental, y sacó un frasco de agua de Colonia, cuyo perfume hizo respirar á su prima.

Entonces asomó á las pálidas megillas de la jóven un ténue sonrosado, y su seno se levantó para dar libre curso á la respiracion.

Luis observaba con ansiosa mirada esta reaparicion de la vida, cuando por segunda vez le sorprendió el ruido seco y acompasado del galope de una caballería que llegaba por el mismo camino y en direccion opuesta á la que habia seguido el mulo de su tio.

Pero esta vez no era mulo lo que venia, sino una jaquilla ligera como el viento, sobre la cual se sostenia, como Dios le daba á entender, sin la ayuda de los estribos, y valiéndose de las crines mas que de las riendas, un señor entrado en años, enjuto de carnes, tostado por el sol y vestido enteramente de nipis.

El que de este modo emulaba las hazañas ecuestres del tio Mariano, divisó de lejos á Luis y comenzó á tirar de las crines y de las riendas para parar la jaca. Consiguiólo, en efecto, al llegar cerca de la cascada, y acabándose de apear de su caballería, que al pasar del galope al trote para detenerse le habia ahorrado ya la mitad del trabajo, gritó salvando la distancia que aun le separaba del grupo formado por Luis y su prima:

—¡Dónde está mi hija! ¿qué le ha sucedido?

La jóven habia abierto ya los ojos, y al oir las voces del que llegaba, se incorporó en su lecho de césped, acudiendo con los ojos y las manos á reparar el desórden de sus vestidos que no existia, merced á la delicada solicitud de su primo.

El señor vestido de nipis se acercó á su hija, la besó en la frente, y no sosegó hasta que la vió andar y mover los brazos para convencerse de que no se habia fracturado ningun miembro.

—No ha sido nada, papá, dijo la jóven dirigiendo una mirada de gratitud á Luis; no ha habido mas que el susto, gracias á mi primo que se ha aparecido impensadamente para salvarme.

El tio de América se acercó entonces á su sobrino, lo abrazó cordialmente y le dijo palabras de gratitud. Terminada esta escena de reconocimiento, Luis preguntó á su presunto suegro:

—¿Dónde se ha estrellado mi pobre tio Mariano?

—Tu tio Mariano ha salido mejor librado de lo que merece su obstinacion. Está sano y salvo.... Entró como una tormenta en la almazara, montado en el cuello del mulo, y tuvo la suerte de dejarse caer sobre un monton de cortezas de maiz.... Un minuto mas, y se estrellaba con el maldito mulo contra el brocal de la cisterna. Pero vamos andando, que se viene encima la noche, y esta pobre niña necesita descanso.... ¡Paloma!.... ¡Paloma!.... ¿Dónde diablos anda la jaca?....

Paloma trotaba de su cuenta y riesgo camino de la cuadra.

IV.

Antes de dormir.

A las once de aquella misma noche Luis y Federico se paseaban por el jardin de la casa de campo de su tio Mariano.

—Qué tal, decia Federico á su primo, ¿era exagerada mi carta?

—¡Exagerada!.... al contrario; ahora me parece tibia y descolorida.

—Cármen es un ángel, dijo Federico.

—Y Dolores un serafin, añadió Luis.

—¿Cómo has podido tomar á la una por la otra?

—No lo sé.... Sin duda es fácil confundir á los ángeles con los serafines. Y tú, ¿cómo has podido abandonar á la mujer querida á los caprichos de un mulo obstinado?

—El tio lo quiso.

Momento de silencio.

—¿Cómo descubriria nuestro tio Mariano el gérmen de la simpatia que habia de existir con el tiempo entre Cármen y yo? dijo Luis.

—Y ¿por qué camino llegaria á la conclusion de que Dolores y yo estábamos destinados á ser un alma en dos cuerpos?

—¡Qué cosas tiene la filosofía!

—Sobre todo la filosofía aplicada á las disposiciones testamentarias.

—Me parece que Cármen no me ha recibido con el júbilo propio de las circunstancias.

—¡La timidéz!.....

—Puede ser; pero no he observado en ella ni siquiera la curiosidad femenil.

—La curiosidad es un defecto, primo.

—Es verdad.... y nuestras dos primas deben ser dechados de perfeccion.

—¡Cármen es un ángel!

—¡Y Dolores es su hermana!

—Y el tio Mariano un señor muy terco.

—Y el tio del otro mundo un sacristan de amen.

—¡Qué feliz eres, Luis!

—¡Qué dicha la tuya, Federico!

Y los dos primos se fueron á la cama.

V.

Á la sombra.

Luis se despertó á las siete, y abrió los cristales de su ventana. La primera ráfaga de aire puro que penetró en su cuarto le trajo el sonido de una voz fresca y armoniosa.

Era la voz de Dolores que daba los buenos dias á Federico. Este habia madrugado mas que su primo, y se hallaba ya en el jardin con la escopeta al hombro.

Dolores y Cármen estaban asomadas á la ventana de su cuarto.

—Buenos dias, primitas, dijo Luis terciando en la conversacion. Veo con júbilo que el incidente de ayer tarde no ha alterado la salud de mi prima Dolores.

—En efecto, primo, respondió la jóven, el percance de ayer ha pasado sin dejar mas que un recuerdo.

Luis hubiera querido ser en aquel momento tan profundamente filósofo como su tio para adivinar el adjetivo que la jóven añadia *in pectore* á la palabra *recuerdo*.

—Primo Luis, dijo Cármen, Federico iba á despertarte, obedeciendo á la autoridad tiránica que ejercemos aquí mi hermana y yo por delegacion de papá y de tio Mariano.

—A sospechar yo eso, primitas, no me hubiera ganado á madrugar ese traidor de Federico.

—Aun estás á tiempo, repuso Cármen: se trata de acompañarnos á orillas del estanque, que es el sitio elegido hoy para el desayuno.

—¡Al momento! dijo Luis desapareciendo de la ventana.

Al cabo de cinco minutos se hallaban reunidos los cuatro en el jardin. La casualidad, ú otra cualquier influencia menos aventurera, quiso que Dolores se hallase colocada mas cerca de Luis que de Federico, y Cármen mas cerca de éste que de aquel. Y como la galantería tiene sus leyes lo mismo en la ciudad que en el campo, ni á Federico ni á su primo les pareció decente desairar á la dama que tenian mas cerca para ir á ofrecer el brazo á la que estaba mas lejos.

Pero sobre los caprichos de la casualidad y las leyes de la galantería hay otras potencias de órden superior entre las cuales nunca está de sobra colocar á los tios que han hecho testamento.

Sucedió que á tiempo de ir á ofrecer el brazo los primos y de ir á aceptarlo las primas, vieron el rostro colorado y granugiento de su tio Mariano, que los contemplaba con paternal

fruicion desde una ventana del piso bajo, medio cubierta por las ramas confundidas de un jazmin y una madreselva. En un volver de ojos se trocaron las parejas: Luis dió el brazo á Cármen y Federico á Dolores esclamando los cuatro á coro mientras hacian esta evolucion:

—Buenos dias, tio Mariano.

—¡Bien! ¡bravo! cada cual con su cada cual... Estaba previsto... La naturaleza es una gran profesora y tiene muchos secretos para el que se toma el trabajo de estudiarla... La criatura es un libro encuadernado en rústica ó en carey: la cuestion está en saberlo descifrar. El mundo será todo lo feliz que permita nuestra mísera condicion, el dia en que la filosofía descienda al terreno de la práctica... Pero no quiero deteneros... ¿Se va de paseo?

—Vamos al estanque á tomar el chocolate, dijo Cármen.

—¡Bravo!... el dia convida... id con Dios, parejitas felices... estaba previsto.

—¿Qué es lo que dice mi tio Mariano que estaba previsto? preguntó Cármen á Luis, camino del estanque.

—Será el chocolate, respondió Luis, exhalando un suspiro.

El dia estaba hermoso, los mirlos y gorriones cantaban en los limoneros del jardin; el agua corria fresca y alegre por las regueras, casi cubiertas de verdura, y el surtidor de la fuente despedia sonidos metálicos, al caer sobre la taza de mármol.

Los cuatro primos cruzaron el jardin y entraron en la alameda: al estremo de la alameda habia un gran estanque. La espadaña de las orillas dibujaba en la superficie su sombra exagerada por la oblicuidad de la luz, y el sol determinaba con filetes de plata el límite de las aguas sobre el musgo viscoso de las paredes del estanque. En la orilla sombría mas cercana al Este, los insectos araban con rapidéz la ancha faja de sombra, y el agua que enviaba al estanque el conducto de tejas, cantaba alegremente en su caida.

Los gansos se deslizaban por la superficie con esa magestad que sin duda les han legado sus abuelos del capitolio.

Entre el estanque y la alameda habia un emparrado, en cuyo interior se veia una mesilla de roble y sillas rústicas.

Allí estaba preparado el desayuno.

Los cuatro primos se sentaron en derredor de la mesa y entraron en conversacion. El diálogo pasó por tres diversos diapasones. Primero: diapason elevado: recuerdos de la infancia; empeño de D. Mariano en escoger, por medio de locomocion, un mulo, como animal mas pacífico, para ir á ver con Dolores unas tierras adquiridas recientemente. Segundo: diapason menos elevado: memorias de la adolescencia; misteriosas aspiraciones del alma; temores y esperanzas. Diálogo intencionado por parte de los primos, sóbrio y reservado por parte de las primas. Tercero: diapason discreto y susurrante. Division del grupo: aplicaciones del diálogo anterior; alusiones punzantes á la perspicacia de los tios que pretenden labrar la felicidad de sus sobrinos; viages de esploracion en derredor de las almas; ortografía de los ojos para los pasages difíciles de la palabra.

Resúmen inarticulado de esta parte de la conversacion:—Nuestro tio Mariano se ha equivocado.

El tio Mariano y el tio del otro mundo aparecieron á poco al otro estremo de la alameda. Los dos grupos buscaron entonces para la palabra la misma colocacion que poco antes habian buscado para los brazos. Luis se dirigió á Cármen y Federico á Dolores.

—Observa, decia el tio á su hermano el marino, al llegar á poca distancia del sombrajo; observa las filiaciones secretas de las almas. Verás desarrollarse por puntos los gérmenes de la simpatía en esas dos parejas nacidas para amarse: verás estrecharse á vista de ojos los vínculos de atraccion que existen entre Federico y Dolores, entre Cármen y Luis y que yo descubrí en su niñéz á la luz de la filosofía.

—No digo que no, Mariano; podrá ser que la cosa venga de tan lejos, aunque yo no penetro en esas honduras filosóficas. Tú has tomado á tu cargo la felicidad de esas niñas: estamos en tierra firme; te dejo en libertad de llevar adelante tu propósito. Tienes dos sobrinos por tu mujer, que esté en gloria, y quieres casarlos con mis hijas, creando este lazo íntimo entre las cuatro personas que son objeto de tus beneficios. Todo eso me parece de perlas; yo soy pobre, aunque he estado en América, y es escusado decirte que no puede serme indiferente el bienestar de esas niñas. Tus proyectos lo aseguran y me libran á mí de ese cuidado: con que así, cásalos en buen hora á tu gusto, ya que tan llano te parece, y habrás hecho por mí cuanto puede hacer un buen hermano.

—No solamente los casaré á mi gusto, sino tambien al suyo... Obsérvalos con cuidado á la vuelta, y verás en sus menores ademanes patentes señales de predileccion en el sentido que yo habia previsto.

—Tanto mejor, Mariano, tanto mejor: yo no deseo mas que la felicidad de mis hijas, y ojalá cuando vuelva de Madrid las encuentre enamoradas como tórtolas.

—Ve descuidado, Gaspar, que yo te prometo que los hemos de hacer dichosos, aunque se empeñaran en lo contrario..... Observa, observa á Federico: le va á dar una sopa á Dolores.

—No; se la ha comido.

—Pues se la iba á dar: yo he visto la accion... Pero calla... creo que el bribon de Luis le entrega á Carmencita el guardapelo que lleva en la cadena del reloj.

—¡Hombre no, si es una ciruela!

—Yo te digo que es un guardapelo.

—Pues la niña se lo ha comido.

—Puede que me haya equivocado; pero lo que no ha sido, será: verás lo que tardan las preferencias y los regalitos..... Cuando vuelvas estarán las simpatías en su grado máximo de

desarrollo. No tardes, Gaspar: quiero casar á los chicos antes de un mes.

—*Amen*: el pleito, segun me escribe el procurador, se verá á principios de Setiembre, y el quince puedo estar de vuelta.

—¡Aguarda!... Me parece que Federico le besa la mano á Dolores... Sí, se la ha besado.

—No, Mariano, lo que ha hecho es limpiarse los lábios con la punta de la servilleta.

—¡Te digo que se la ha besado!

—Bien, hombre, como quieras: yo juraria que lo que has tomado por la mano de Dolores era la punta de la servilleta.

Los dos hermanos acababan de volver la espalda al estanque, cuando oyeron dos gritos agudos. Volviéronse al instante y vieron salir precipitadamente del sombrajo á Luis y Federico, llevando en brazos, el primero á Dolores y el segundo á Cármen.

En el recinto cubierto por el emparrado, se veia un becerro esgrimiendo los pitones contra la mesa y las sillas rústicas, que vinieron al suelo con la vagilla y los restos del desayuno.

Federico y Luis corrieron á refugiarse con su preciosa carga detrás de los primeros árboles de la alameda.

Casi en el mismo instante apareció un pastor á la entrada del emparrado, y asiendo de la soga que el becerro llevaba atada al cuello y arrastrando por el suelo, le descargó un furioso golpe con el cayado.

El animal salió bufando del sombrajo y arrastrando en pos al pastor, se alejó por un camino hondo que seguia la línea de la alameda.

Esta escena fué tan rápida que ya estaban á gran distancia el becerro y el pastor, camino de Segorbe, y aun no habian salido D. Mariano y D. Gaspar de la inmovilidad ocasionada por la sorpresa y el sobresalto.

—Está visto que los animales se han desatado estos dias contra nosotros, dijo por fin el primero, acudiendo con su hermano donde estaban sus sobrinos... ¿Os habeis asustado, niñas?

—Un poco, dijo Dolores temblorosa y apoyándose en el brazo de Luis.

—Ya pasó, dijo Cármen, mas animosa que su hermana.

—Entremos en casa, dijo D. Gaspar, tomareis un poco de agua con vino.

Volvieron todos á la quinta.

D. Mariano iba reflexionando por el camino.

—Es singular, decia para sí: Luis estaba mas cerca y mas atento á Cármen que á Dolores: Federico tenia fijas en ésta sus cinco potencias en el momento en que el becerro vino á sacarlos de su éxtasis... y sin embargo Luis ha acudido á salvar á Dolores y Federico á Cármen... Es preciso examinar este viceversa á la luz de la filosofía.

VI.

Apuntes de una cartera para el uso de todos los enamorados.

17 de Agosto, á las diez y tres minutos de la mañana.

Hace cuatro dias que te ví por vez primera...

¿Te acuerdas?... Caiste en mis brazos como un ángel descendido de las alturas.

¿De dónde venias?... ¿Cómo sabias que yo te esperaba en aquel sitio?... ¿Quién me inspiró la idea de descansar junto á la cascada?

Porque yo te esperaba, vida mia; yo te esperaba sin saberlo, asi como tú venias á buscarme obedeciendo á un destino misterioso.

Te amo y he leido en tus ojos mi ventura.

En vano quiere separarnos el cariño irreflexivo de nuestro tio. Tú no puedes ser de Federico, porque eres mia; porque

eres mi sueño de artista; porque yo te he visto en mi alma antes de verte desmayada en mis brazos.

¿Quién será capáz de separarnos?

. . . .

Y sin embargo, tus lábios no me han dicho todavía: yo te amo.

¿Por qué callas, vida mia, cuando yo te pido una palabra de amor? ¿Temes acaso herir el corazon de tu hermana?... ¡Ah! demasiado sabes que no me ama, que ama á Federico... ¿Te someterás por ventura al capricho de mi tio y á la falta de iniciativa de tu padre? ¿Entrarás en el número de las víctimas resignadas que marchan diariamente al sacrificio?

Dímelo; dime una sola palabra que me sirva de norte, dime que no tienes valor para arrostrar la lucha, y huiré con mi desesperacion al sitio mas ignorado del universo: dime que eres mia, y no habrá obstáculo que no devore la llama intensa de mi pasion.

¡Habla, Dolores!

¡La incertidumbre es la muerte, y á mí me devora la incertidumbre!... Dime una palabra, una sola palabra, y todo lo desafío por tu amor.

¿Qué me importa la herencia de mi tio?... ¿qué me importan sus beneficios, si los he de comprar á costa del mayor tesoro?...

Yo soy libre como la ráfaga perfumada que penetra por mi ventana, como el ave que canta de rama en rama, perdida entre los árboles de la huerta.

Mi existencia puede esplicarse en dos palabras: ¡Dolores y mis pinceles!

¡Responde, responde amada mia!

A las doce, dos minutos y siete segundos.

Acabo de ver á Federico.

Ya no hay secreto alguno entre nosotros.

Cármen y Federico se aman.

Mi primo está resuelto á todo. No me ha abierto su corazon hasta saber cuáles eran mis sentimientos hácia Cármen.

Nos hemos asociado contra el enemigo comun y estamos decididos á dar la batalla.

Pero antes quiero oir de tus lábios una palabra que me aliente, y corro á buscarla.

¿Me la negarás, luz de mis ojos?

A la una y media.

Gracias, Dolores mia: ¡soy dichoso!

Me has dicho esa palabra deseada.

Ya soy fuerte como Aquiles, y me parece que poseo la elocuencia de Ciceron. No temas, Dolores mia; por filósofo que sea mi tio, no podrá resistir al lenguaje de la razon. Y ademas, ¿puede haber nada imposible para mí, ahora que estoy seguro de tu amor?

¡Oh, Dolores! ¡oh, amada mia! ¡qué inmenso tesoro de felicidad acabas de verter en mi alma!...

. . . .

He vuelto á ver á Federico y hemos celebrado consejo.

Yo queria hablar al instante con nuestro tio Mariano; pero Federico me ha disuadido.

No conviene chocar de frente con los caprichos filosóficos del buen señor. Seria capaz de desesperarnos para labrar nuestra felicidad.

Conviene, segun Federico, que observe por sus propios ojos la verdadera inclinacion de nuestros corazones. Quizás de este modo nazca de él mismo una solucion favorable, fundada en un nuevo órden de observaciones fisiológicas, y transija de este modo con las circunstancias. De lo contrario es muy de temer que la sabiduría y la obstinacion, irritadas por la contrariedad, nos lleven á un desenlace desastroso.

La completa sumision de vuestro padre á los designios de su hermano, es una gran calamidad. ¿Cómo un marino acos-

tumbrado á vivir en la sublime realidad de los elementos, ha podido aceptar hasta ese punto los caprichos de un visionario?

¡Ya no hay marinos!

Comienza la lucha para nosotros, vida mia; pero seguro de tu amor, nada me espanta: y lucharé por consiguiente hasta el último suspiro.

VII.

Bocetos.

Hacia una semana que D. Gaspar se habia ido á Madrid.

El tio Mariano observaba los cuatro egemplares de séres racionales confiados por la Providencia á su investigacion filosófica. Si los jóvenes iban al jardin, el tio Mariano hallaba medio de esconderse entre los árboles: si se reunian en el salon para consagrar algunas horas á la música y la pintura, el tio Mariano hacia frecuentes visitas á los visillos de un gabinete convertido en observatorio.

Este perpétuo espionaje daba su fruto, fruto amargo para el amor propio del tio Mariano.

Los indicios se aglomeraban y cada uno de ellos era una nube que se recogia en el alma del buen señor, formando poco á poco la tempestad que habia de estallar en el momento dado.

Era casi evidente que sus sobrinos corrian al precipicio, ó por mejor decir, que sus sobrinos osaban oponerse á sus designios. El tio Mariano formulaba sus observaciones con torvo ceño y la caja del rapé se vaciaba dos veces al dia.

«Luis y Dolores se han hablado en voz baja.»

Un polvo.

Cármen se ha puesto encarnada porque Federico le ha servido á su hermana el café.»

Otro polvo.

«Dolores, que es aficionada á la música, aprende á pintar

con Luis, y Cármen, que tiene nociones de dibujo, canta que se las pela con Federico.»

Dos polvos.

«A Dolores le gusta vestir de blanco en el verano; Luis se viste del mismo color.»

Otro polvo.

«Desde la aventura del becerro, cada vez que muge una vaca en el corral, Dolores llama asustada á Luis, y Cármen á Federico.»

Estas y otras innumerables observaciones, que recogia á todas horas, traian meditabundo á D. Mariano, y comenzaban á hacer hervir en su pecho el volcan de sus iras.

Tal era la situacion de las cosas, cuando un dia el tio y los cuatro sobrinos tomaron el camino de una casa de campo situada á poca distancia en el camino de Navajas.

El dueño de esta posesion era un antiguo amigo de D. Mariano. Veíanse con frecuencia á causa de la proximidad, y el filósofo habia prometido ir á comer un domingo con su vecino.

Este buen señor se parecia muy poco á D. Mariano, y en esto consistia, sin duda, la buena armonía que reinaba entre ellos. La gente de Navajas y de los contornos le llamaba Don Toribio el de las Viñas, á causa de las muchas que poseia; nosotros nos contentaremos con este sobrenombre vegetal, muy propio de una novela campestre, y con esto escusaremos la indiscrecion de averiguarle el verdadero apellido.

D. Toribio el de las Viñas no poseia un entendimiento privilegiado, ni tenia punto alguno de contacto con la filosofía; y hé aquí las dos causas fundamentales de la simpatía que le profesaba D. Mariano.

D. Toribio le escuchaba; y lo que es mas, le escuchaba con la boca abierta; y lo que es muchísimo mas, le tenia por un oráculo.

¿Cómo resistir á tantos atractivos? Así fue que D. Mariano

amó á D. Toribio con la única pasion de sábio agradecido que pudo tener en su vida.

A pesar de su armoniosa discordancia en lo principal, habia entre los dos algun punto de contacto en lo accesorio. Don Toribio tenia dos sobrinos... pero ¡qué sobrinos! se podian enseñar por dinero.

Ademas de estas dos entidades grotescas, D. Toribio poseia en su casa de campo otra curiosidad no menos notable, bajo la forma de una doncella de 45 abriles, á quien daba el nombre de hermana. Esta cepa sin racimos, este tesoro sin avaro, esta conserva sin glotones, se llamaba de dos maneras: Doña Concha, para disgustarla, Conchita, para complacerla.

Sus sobrinos la llamaban tiita.

Tiita Concha era una segorbina, educada á la española de los tiempos ominosos. Sabia coser, hacer calceta y poner la olla: leia con bastante fatiga y trazaba en el papel unos garrapatos algo parecidos á las letras del alfabeto.

Esto constituia el fondo de la educacion de tiita Concha: por via de adorno estaba iniciada en algunos secretos útiles, tales como el punto de caramelo y las conservas de ciruela y melocoton; bailaba en sus verdes años las contradanzas españolas y hacia gemir la vihuela, entregando á la abominacion de las gentes las mejores melodías del cisne de Pésaro.

La cavatina del *Barbero* era el triunfo de la tiita Concha y la derrota de Rossini.

Por lo que hace á las dotes físicas, la hermana de D. Toribio era á los 45 años una mujer de elevada estatura, tenia la cara achatada, las mandíbulas salientes, el seno deprimido, los ojillos negros y redondos, la barba escapada hácia la garganta, la nariz, ancha de arriba, se estrechaba hácia la punta como el pico de la lechuza, y formaba de perfil la figura de un cono.

La boca era una sajadura que ocupaba una estension notable, y dotada de una ductilidad semejante á la de la goma elástica: con solo fruncir las estremidades, tiita Concha se arre-

mangaba las megillas hasta los pezones de las orejas. Tenia los lábios delgados y encendidos como el granate; y bien por un hábito de coquetería, bien por la dificultad de despegarlos á un tiempo en toda su estension, abria únicamente para hablar la region del centro.

Tiita Concha era una doncella pudorosa; pero el rubor que en el abril de la virginidad imita las tintas y la frescura de la rosa, suele tomar en el ocaso de la castidad un carácter humoral. Por esto sin duda á tiita Concha le acudia el rubor á la nariz, que era el sitio mas frecuentado por las herpes.

Los dos sobrinos hacian juego con la tia: Ricardo era una espingarda; tenia los ojos grandes y saltones, la nariz achatada y el lábio superior montado sobre el inferior. Su padre, un buen señor de Segorbe, que disfrutaba una modesta fortuna, le habia dedicado al estudio; pero Ricardo habia nacido para la naturaleza y no era posible sacarle de ella. El campo, la sementera, el trigo de las eras, el vino de las trojes, la caza y la pesca: tales eran las ocupaciones y los placeres que agradaban á Ricardito; y su padre, viendo que la inteligencia del muchacho, si es que existia, era de muy difícil y costosa esplotacion, se lo entregó á los 18 años á su hermano Toribio en el mismo sér y estado que lo habia recibido de la sábia naturaleza por conducto de su mujer.

D. Toribio necesitaba un hombre que le ayudase á cuidar de la hacienda, y tuvo á gran fortuna la adquisicion de Ricardito.

Silverio, el otro sobrino de D. Toribio, era, por el contrario, un mozo pequeño y regordete: cútis florido y resplandeciente, ojillos puntiagudos y vivarachos, nariz modelada con un dedal, boca pequeña, que se abria para bostezar como la embocadura de un figle.

Este jóven era hijo de una hermana de D. Toribio: llevaba la correspondencia en una casa de comercio de Madrid, y cultivaba en los ratos de ócio la amena literatura. Obtenia todos los

veranos una licencia de tres meses que consumia en la casa de campo de su tio, y esperaba hacer inscribir su nombre en el testamento del buen señor.

Tales eran los habitantes de la casa de campo donde iban á pasar el dia el tio Mariano y sus sobrinos.

Aquellos salieron á recibir á sus huéspedes á un gran trecho de la casa. Tiita Concha se habia encorsetado; Ricardito, que en materia de dotes personales ponia todo su orgullo en la estatura, habia aumentado las proporciones ya exageradas de la suya con la eleccion de un sombrero blanco, de forma cónica, que espantaba á los pájaros en los nidos al pasar junto á los árboles del camino.

Su primo se habia bruñido la frente, que era objeto de su especial predileccion, y el tio Toribio se habia puesto una corbata por instigacion de su hermana Conchita, resignándose al mayor sacrificio que el buen señor podia hacer en aras de la hospitalidad.

VIII.

Baraja de primos.

Asi que los nueve personajes llegaron á la casa de campo, D. Mariano se llevó á la huerta á su amigo el de las Viñas, dejando á sus cuatro sobrinos entregados á la hospitalídad de tiita Concha y sus dos satélites.

Cuando estuvieron á algun trecho de la casa, D. Mariano dijo á su amigo despues de mirar á uno y otro lado:

—¿Estamos solos?

D. Toribio el de las Viñas respondió muy sorprendido:

—¿Si estamos solos?.. Yo creo que á escepcion de los pájaros y las moscas...

—Bueno... Entonces podemos hablar dos palabras en el seno de la amistad.

—Ya se ve que podemos.

—Hace dos años, por el mes de Enero, me pediste la mano de mis dos sobrinas Cármen y Dolores.

—Es la pura verdad; para mis sobrinos Ricardito y Silverio.

—Te dije que era imposible.

—Y yo lo sentí á par del alma.

—Que tenia decidido el casamiento de mis sobrinas.

—Sí, y que habias descubierto unos filamentos...

—Filiaciones.

—Eso es, unas filiaciones que te ponian en el resbaladero de casar á las niñas con tus dos sobrinos, ó de causar la eterna desgracia de los cuatro. ¡Qué lástima, Mariano, qué lástima que no se hayan podido arreglar las cosas de otro modo!.... Pero ¿qué remedio? Tú me dijiste que no podia ser, y cuando tú lo dijiste, estudiado lo tendrias. Hubiera dado un ojo de la cara por arreglar ese casamiento; porque las niñas son dos espiguitas de oro, y yo sé que á mis sobrinos se les hizo la boca un agua en cuanto las vieron el otro dia.

—Oye, Toribio, repuso D. Mariano: ¿harás lo que yo te diga?

—¿Por qué no? Hace veinte años que no hago otra cosa.

—Vete al instante á buscar á tus dos sobrinos.

D. Toribio el de las Viñas dió media vuelta y puso la proa de sus narices á la casa de campo.

—Espera, hombre, espera: si aun no sabes de qué se trata. ¿No dices que Ricardito y Silverio gustan de mis sobrinas?

—¡Ya lo creo! eso lo conoce un tio por poco leido que sea.

—Pues vas á decirles que no es la cosa tan imposible como pensabas.

—¡Cómo! ¿qué es lo que dices? esclamó D. Toribio entre gozoso y asombrado. El casamiento que te propuse...

—Es posible.

—Pero...

—Es posible... Se entiende, si las cosas vienen de modo que ese enlace no repugne á las niñas.

—Es decir que sí...

—Es decir que desde ahora quedan autorizados para galantearlas; y si mis sospechas, ó mejor dicho, mis indicios vehementes se confirman...

—¿Tú sospechas? ¿pues de qué tienes sospechas?

—De nada... ya hablaremos; por ahora corre á dar á tus sobrinos la noticia.

—Al instante... ¡Pues deseo yo poco la union de las dos familias!... ¡Señor! si me parece mentira... ¡Allá voy, allá voy á escape!

D. Toribio se adelantó corriendo, y á los pocos minutos se hallaba en su cuarto celebrando consejo secreto con Silverio y Ricardito.

D. Mariano le siguió de lejos diciendo entre dientes:

—Pronto sabremos á qué atenernos.

Terminada su conferencia con el tio Toribio, Ricardito y Silverio comenzaron á serpentear el primero y á revolotear el segundo en derredor de Cármen y Dolores. Durante la comida los dos sobrinos de D. Toribio, colocados segun las instrucciones de D. Mariano, al lado de las dos hermanas, rompieron abiertamente las hostilidades.

Ricardito asestó sus tiros á Dolores y Silverio á Cármen.

Ricardito comenzó por obsequiar á su vecina con un trozo de jamon, y una vez colocado en este camino de galantería, que á su manera de ver espresaba su atrevido pensamiento, sin necesidad de apelar al difícil lenguaje de la palabra, no hizo mas que trasegar comestibles de su plato al de Dolores.

Silverio probó fortuna en el género sentimental. Antes de sentarse á la mesa entró en su cuarto y se dió una mano de bruñido en la frente. Despues hizo jugar los ojos y preguntó con sonrisa melancólica á su vecina si le gustaba la ternera mechada.

Silverio comió poco y puso los ojos en blanco siempre que Cármen le dirigia los suyos para contestar á sus frases enmarañadas.

Luis y Federico flaqueaban á tiita Concha. Los dos primos observaban el juego de sus flamantes rivales y se reian por lo bajo, sin dejar de hacer honores á la conversacion de su vecina. La buena señora despótricaba á su sabor: habló de que á su hermano Toribio no le gustaban lás camisas muy almidonadas, de que Ricardito cenaba todas las noches huevos con magras, de que el pan habia subido en Segorbe un ochavo por libra, etc., etc.

D. Mariano y su amigo el de las Viñas hablaron mucho y récio para proteger el diálogo de Ricardo y Silverio.

Antes de los postres Luis y Federico estaban ya impacientes. La comida se prolongaba, y á medida que pasaba el tiempo, la pantomima de Ricardito y Silverío les parecia menos graciosa.

Al fin se levantaron todos de la mesa.

Ricardito ofreció el brazo á Dolores, y Silverio á Cármen; Federico se dejó asir el suyo por tiita Concha, y pasaron todos á una galería entoldada, que habia en el entresuelo de la casa, y desde la cual se bajaba al jardin por dos escaleras laterales.

En esta galería habia dispuestas unas mesillas en las cuales se hallaban ya preparadas por órden de tiita Concha dos teteras de salvia, que era la infusion favorita de aquella señora. Ricardito y Silverio hicieron sentar á las niñas en dos de los cuatro sillones que habia arrimados á una de las mesillas y ocuparon á su lado los dos restantes.

Luis y Federico se iban amostazando de veras. La abstinencia que les imponia la ásiduidad de los primitos de la quinta, les ponia de muy mal humor; y... (preciso es confesarlo para confusion de los enamorados) los celos entraban por algo en la impaciencia de los dos jóvenes.

¡Cómo! esclamará alguna lectora susceptible; la pesadéz de aquellos dos entes ridículos ¿podia inspirar celos á Luis y á Federico?

¡Ah! tú no sabes, inesperta y dichosa lectora, tú no sabes lo que son celos.

Celos son sombras y muchas veces sombras chinescas... Celos son una pasion insaciable que se alimenta de todo, y que lo mismo traga ponzoña en frasco elegante y esmaltado que en una grosera caja de fósforos.

Celos son unos ciegos que caminan á trompicones, palpando bultos, si los hay, ó quimeras donde aquellos no existen.

¿No es el amor un culto? Pues los celos son los cilicios; ¿no es el amor una fiebre del alma? Pues los celos son sus visiones. ¿Quién pretende encontrar en ellos un adarme de sensatéz, cuando el amor, que se los forja, no es otra cosa mas que una sublime estravagancia? ¿Habeis visto un solo enamorado que en ciertos momentos no pueda pasar por loco? ¿Habeis visto nada mas ridículo, segun el criterio usual, que la adoracion del objeto amado?

Los celos son una de las ofrendas que llevamos al altar de la divinidad. Así como la adoracion del objeto querido es la abdicacion del albedrío, así tambien los celos que en nosotros engendra, son muchas veces la abdicacion del sentido comun. Por eso la mujer que friamente califica de ofensa á su dignidad ó á su honor los celos del hombre que la quiere, es indigna de este ardentísimo tributo de amor.

Averiguad hasta qué grado de estravagancia llevan los celos á un hombre ó una mujer que no sean ridículos en sí mismos, y sabreis qué grado de sublimidad alcanza su pasion.

No es, pues, estraño que Luis y Federico tuvieran celos de aquellas dos grotescas entidades, que asediaban á sus primas, y esto induce á creer que el tio Mariano no era tan desdichado disector del corazon humano que no acertase alguna vez por casualidad.

Luis y Federico empezaron por tomar á risa la galantería de los dos primos; despues vino la impaciencia, producida por la obstinacion de éstos, y por último aparecieron los síntomas del despecho, al ver que Cármen y Dolores sufrian pacientemente los obsequios de sus competidores. Porque así son los celosos: no tienen bastante energía para dominar su propia flaqueza, y pretenden que el objeto de su amor la tenga para chocar con todas las conveniencias y con todos los deberes sociales.

—Ese granadero me apesta, dijo al cabo Luis.

—Y el otro me crispa los nervios, repuso Federico.

—Me asombra la paciencia de Dolores.

—Y á mí la flema de Cármen.

—Te comes dos peones y yo te soplo la dama, dijo D. Mariano que jugaba en otra mesita con su amigo el de las Viñas, y observaba al propio tiempo á sus sobrinos.

Tiita Concha se apoderó de los dos amantes desposeidos y les hizo apurar otro cáliz de amargura, bajo la forma de una taza de salvia. Acto contínuo les hizo la apología de sus dos sobrinos Ricardito y Silverio, y les refirió de qué manera habia negado su blanca mano á un propietario de Segorbe porque fumaba.

Federico y Luis sacaron la petaca y aprovecharon este dato para mortificar á la solterona.

Pasaron las horas ardorosas de la siesta sin que Luis y Federico pudieran acercarse siquiera á sus primas. Tiita Concha propuso un paseo por el jardin, y aun no habia terminado la frase, cuando ya tenian las niñas á la altura del pecho dos brazos arqueados, que las convidaban á enlazar los suyos. No hay para qué añadir que este par de asas inevitables eran las de Ricardito y Silverio.

Tiita Concha metió como una cuña el palillo de tambor que le servia de remo izquierdo entre el brazo y las costillas de Federico, y palanqueó para abrirse paso. Federico se mordió

los lábios, y se vengó llamando Doña Concha á la calamitosa doncella.

Luis, algo mas afortunado, quedó al menos en libertad de situarse al lado de Dolores, cosa que no supo muy bien á su caballero. Pero la hermana de D. Toribio, que no habia oido con agrado el Doña Concha de Federico, no tardó en llamar á Luisito, recalcando el diminutivo para mostrar su resentimiento. Federico se creyó salvado con la llegada de su primo, imaginando que la ofendida doncella iba á dejarle en libertad; pero la hermana de D. Toribio, así que tuvo á su lado otra víctima, le echó despiadadamente el garfio de abordaje, quedando entre los dos amantes desesperados, como una campana en su campanil.

Acabó el paseo y los huéspedes de D. Toribio, el de las Viñas, resolvieron dar la vuelta á su casa, que distaba dos tiros de bala. Ricardito y Silverio presentaron el brazo á las niñas para acompañarlas, mientras D. Mariano se despedia de tiita Concha y su amigo; pero Federico y Luis, no pudiendo contener por mas tiempo su impaciencia, se metieron entre los dos grupos de una manera tan brusca, esgrimiendo los codos contra aquellos perros de presa, que Ricardito y Silverio estuvieron á pique de perder el equilibrio.

—Perdone usted, D. Ricardito; debe usted tener el brazo cansado, dijo Luis ofreciendo el suyo á Dolores.

—Alto ahí D. Silverio, esclamó Federico: la avaricia rompe el saco.

—Yo no me canso; ¿lo oye usted? respondió Ricardito, muy mohino, dirigiendo una mirada rencorosa á Luis.

—Sr. de Rojas, yo soy, en efecto, avaro de los favores de esta señorita, dijo Silverio á Federico, poniéndose de puntillas y levantando la cabeza como un gallo inglés.

—Beso á usted la mano, D. Ricardito.

—Hasta mas ver, D. Silverio.

—Es que yo no me quedo, replicó el segundo.

—Ni yo tampoco, añadió el primero.

—Ni cedo á nadie la honra de dar el brazo á la señorita Cármen.

—Ni yo el de servir de apoyo á la señorita Dolores.

—Tengo derecho de primacía.

—Y á mí me ha encargado mi tio que no deje á Dolores á sol ni á sombra.

Al ver el giro que iban tomando las cosas, Dolores y Cármen soltaron el brazo de sus primos y siguieron andando solas para poner término á la disputa.

Los cuatro contendientes se quedaron atrás.

—Sr. D. Ricardito, dijo entonces Luis al mozo, que se quedó mirando alternativamente á las niñas que se alejaban y á su rival que le detenia: hace mas de ocho horas que está usted haciendo el mico inútilmente. Abrigo la presuncion de que Dolores me ama, y la seguridad de que tengo puestos en ella mis cinco sentidos y potencias. Lo propio le sucede á mi primo Federico, respecto de la señorita Cármen. Partiendo de este principio, es inútil añadir que toda clase de avechuchos que se acerquen á ellas, nos estorban, y que estamos dispuestos á ahuyentarlos por todos los medios. He dicho.

—Corroboro, añadió Federico, haciendo un saludo á Silverio.

Y los dos primos tomaron el camino adelante, dejando á sus rivales con tamaña boca abierta.

—¡Nos han llamado avechuchos! esclamó Ricardito.

—Y nos quieren ahuyentar como si fuéramos moscardones.

—¡Avechuchos!

—¡Moscardones!

—¡Yo no lo sufro!

—¡Ni yo!

Ricardito y Silverio gritaban en medio del camino, el uno como un becerro y el otro como un cabrito. D. Mariano y su

amigo el de las Viñas, que habian observado desde lejos la parte mímica de la reyerta, se acercaron á ellos.

—¿Qué es eso, Ricardito? ¿qué ocurre, Silverio? preguntó D. Toribio á sus sobrinos.

—Nos han llamado avechuchos, dijo el primero.

—Y nos han tratado implícitamente de moscardones, añadió el segundo.

—Y esa D. Luisito, que no tiene cuatro pies de estatura, nos ha dicho con mucho señorío que tiene puestos sus veinticinco sentidos é impotencias en la señorita Dolores, y que á su primo Federico le pasa lo propio con la señorita Cármen.

—¡Hola! ¡hola! ¿conque eso ha dicho? esclamó D. Mariano.

—Sí, señor, repuso Silverio, ¡y nos han llamado avechuchos!

—¡Y nos han tratado implícitamente de moscardones!

—Sí, ¿he? dijo D. Mariano; bueno es saberlo... Hasta mañana...

Y D. Mariano se alejó á buen paso para dar alcance á sus sobrinas, que le esperaban á bastante distancia y con las cuales se habian ya reunido Luis y Federico. Ricardito y Silverio se quedaron en mitad del camino voceando cada vez mas recio:

—¡Avechuchos!

—¡Moscardones!

IX.

Destierro del paraiso.

Al dia siguiente, al despertar Luis y Federico, hallaron sobre sus respectivas mesillas de noche una carta de su tio, concebida en estos términos:

«Sr. Sobrino:

La ingratitud es un vicio abominable, y estoy resuelto á no

desvelarme por ingratos. Si tienes bastante dósis de esperiencia y de buen juicio para elegir mujer á tu gusto, razon es tambien que corra á tu cargo el cuidado de mirar por la hacienda. Quien no admite consejo para lo uno, tampooo debe necesitar ayuda para lo otro. Por tanto, no esperes de mí cosa alguna, fuera de esos dos mil reales, que hallarás sobre la mesa para tu regreso á Madrid. Te deseo muy buena suerte y apreciaré que te pongas sin demora en camino, procurando que esto se verifique antes de mi vuelta, para evitar escenas de despedida.

Tu tio:

Mariano Huerta.»

Federico fué el primero que saboreó este desayuno preparado por su tio durante la noche. Vistióse en un verbo, bajó á la cocina en busca de la tia Antonia, y corrió al cuarto de Luis, que estaba contiguo al suyo.

—¡Desgraciado! gritó al entrar: estás durmiendo junto á una mina.

—¿Qué es eso?... ¿qué ocurre? dijo Luis incorporándose.

—Mira lo que te espera sobre la mesilla de noche.

Luis echó de ver entonces la carta de su tio y leyó una intimacion perfectamente igual á la que acababa de leer Federico.

—¡Me deshereda! esclamó Luis.

—Y á mí.

—¡Me despide!

—Y á mí.

—¡Despedir á un sobrino!

—A dos sobrinos.

—¡Y un mónstruo semejante se engalana con el nombre de tio!

—¡Y goza los derechos de ciudadano!

—¡Y puede hacer testamento!

—¡Y deshacerle!

Pausa, y dos puñetazos sobre la mesa, que hacen brincar los napoleones depositados en ella por D. Mariano.

—¿Y con qué derecho, señor tio, se atreve usted á dar una limosna á quien no la necesita? esclamó Luis con dramática indignacion.

—¡Alto! repuso Federico, no se lo neguemos todo á ese desgraciado. Séale al menos lícito ayudarnos á huir de su presencia y dejarle entregado al remordimiento.

—Corro á ver á Dolores.

—Es inútil.

—¿Por qué?

—Porque el mónstruo se ha llevado á sus sobrinas yo no sé á dónde.

—¡Tirano!

—En este negocio anda la bruja de ayer y los mentecatos de sus sobrinos.

—Es preciso esterminarlos.

—Eso no urge por ahora; hagamos la maleta y salgamos de esta mansion inhospitalaria.

—¡Sin ver á Dolores!

—Ni yo á Cármen.

—No, prefiero esperar á ese lobo rabioso y abrumarle con el peso de mi maldicion!

—¡Disparate! la tia Antonia la cocinera me ha dicho de parte de su amo, que ni él ni sus sobrinas volverán á casa hasta que la hayamos desalojado.

—¡Abominable, abominable y cien veces abominable!

—Tengo un plan.

—Y yo otro.

—¿Cuál es el tuyo?

—Robar á Dolores.

—Eso es falta de plan.

—Veamos el tuyo.

—Salgamos primero de esta casa con la indignacion de la inocencia oprimida, y hablaremos por el camino.

Federico y Luis hicieron en breves instantes sus preparativos, mandaron cargar sus maletas en el mulo del tio Mariano, que esperaba en el patio con un mozo para arrearlo, y tomaron resueltamente el camino de Segorbe.

X.

El autor demuestra sumariamente que la pobreza es un plato esquisito que solo saben paladear los ricos y los enamorados.

Si yo fuera muy rico tendria envidia á los pobres.

¡Es tan hermoso comerse un zoquete de pan y un cuarteron de queso á la orilla de un arroyo, cuando se siente en el bolsillo el peso de una cartera henchida de billetes de banco!

¡La sobriedad es tan amable considerada como un accidente de la abundancia!

¡Se duerme tan bien en un granero cuando hay posibilidad de hacerlo en lecho mullido!

¡El tomillo, el romero y el mastranzo exhalan un perfume tan esquisito cuando se puede verter á raudales el Farina verdadero!

Convengamos (sin ser proudhonianos): es que los ricos tienen todos los goces de este mundo: todos, hasta el de la pobreza.

Con dinero hasta se puede ser pobre; de lo cual se infiere que si todos los pobres fueran ricos, la pobreza seria una condicion social tan deseada por el género humano, como ahora es molesta y aborrecible.

El amor es otro prisma escelente que embellece las privaciones; ¡pero suele perder tan pronto sus mágicos colores! ¡El corazon humano es un cristal fotográfico donde se reflejan tantos objetos y se confunden tantas imágenes! ¡Si pudiera

fijarse una sola! ¡Si el objetivo que funciona incesantemente en nuestra máquina deleznable pudiera cerrarse á voluntad del manipulador!

Pero, volviendo á nuestro tema, es indudable que mientras existe en el corazon humano una imágen de amor, la privacion de los bienes materiales, lejos de ser una carga, es un trofeo. ¿Qué enamorado no se siente capáz de alimentarse con raices del campo? Y á este propósito es preciso dejar consignado que el sentido comun tiene por costumbre ver las cosas al revés. El mundo suele indignarse cuando ve á un avaro roer un mendrugo de pan por allegar un monton de oro, y se rie como un imbécil cuando un hombre se resigna á comer cebollas por poseer un tesoro de amor: es decir, que toma por lo sério la avaricia de la materia y suele echar á broma la avaricia del sentimiento.

Ello sí, hay que convenir en que por muy decidido que esté un enamorado á acabar con las raices del campo, la voluntad le engaña las mas veces; y esto consiste en que el hombre es tan poca cosa, que no puede hacer ningun esceso. El abuso de las raices le estraga el estómago.

Pero mientras le dura la apetencia, ¡con qué entusiasmo sacrifica en aras de su ídolo cuanto encierra el universo! ¡Con qué fuerza de estro ensalza hasta las nubes al objeto querido y deprime y menosprecia los bienes terrenos!

Voy á terminar esta disgresion con una idea perfectamente luminosa. Cuando los pobres tienen malhumor suelen decir que la riqueza está mal repartida; pero esto es un error. Lo que está mal repartido es la pobreza, que anda siempre en manos de personas incompetentes. Si se diera su monopolio esclusivo á los aficionados, es decir, á los ricos y á los enamorados, habríamos cortado de un revés la mas árdua de las cuestiones sociales.

XI.

Marcha y contramarcha.

Federico y Luis salieron del Paraiso perdido y tomaron el camino de Segorbe, dejando en manos de la tia Antonia un papel, concebido en estos términos:

«Los abajo firmados confesamos deber á nuestro tio D. Mariano Huerta la cantidad de cuatro mil reales, que le devolveremos en el curso del corriente año.

Y para que conste, firmamos el presente documento en su casa de campo de Segorbe á 25 de Agosto de 18...

Federico Velasco.—Luis Antonio Varola.»

Este réspice produjo dos efectos satisfactorios, quitando á los cuatro mil reales del tio filósofo el carácter de limosna y desahogando hasta cierto punto el resentimiento de sus sobrinos.

Merced á este rasgo de soberbia, el amor propio herido dejaba su aguijon en la mano ofensora, y la conveniencia personal se llevaba los cuatro mil reales.

Federico y Luis echaron á andar tras el mozo y el mulo; la distancia de la casa de campo á Segorbe no era larga, y los dos enamorados la anduvieron haciendo planes.

Llegaron á Segorbe y se alojaron en una posada, despidiendo al mozo que les habia llevado el equipaje.

Al dia siguiente, Federico y Luis se despidieron; el primero tomó el camino de Madrid, y el segundo salió con mucho sigilo al amanecer en direccion á la casa de campo del tio Mariano.

El jóven no iba solo. Acompañábale un jayan cuyas piernas

eran dos aspas de molino de viento. Este gigantazo iba delante, llevando al hombro la maleta de Luis.

Al llegar á la vista de la casa de campo del tio Mariano, el mozo tomó una senda que dejaba á la izquierda el Paraiso perdido, y anduvo como unos cuatro mil pasos, seguido de Luis.

Este exhaló un suspiro de caballero andante al ver á lo lejos la blanca torrecilla de la mansion venturosa que encerraba á la señora de sus pensamientos, y echó á andar otra vez en pos de su guia.

El mozo llegó á una casita de aspecto modesto situada al pié de una loma y en el centro de un pequeño encinar: sacó del bolsillo de los calzones una llave disforme, abrió la puerta, y entró diciendo á Luis, sin volver la cabeza:

—Aquí es, señorito.

XII.

Luis á Dolores.

«Vida mia.

Estoy cerca de ti: el mónstruo no ha podido separarnos.

(Para los enamorados mónstruo es una palabra genérica que comprende á todo padre, tutor, marido, tio ó pariente que les impide hacer su santa voluntad.)

El mónstruo no ha podido separarnos. Estoy cerca de tí... ¿Comprendes mi alegría?... Estoy cerca de tí; puedo verte, puedo escribirte, puedo hablarte quizá, burlando la vigilancia del cancerbero.

Pero voy á referirte brevemente lo que ha ocurrido. No sé si sabremos exactamente la causa de nuestra repentina desaparicion: por si os han desfigurado la verdad, te diré que ese leon del Atlas que queria *labrar nuestra felicidad*, nos intimó ayer mañana á Federico y á mí la órden de salir de su casa á la mayor brevedad. El camino que han tomado nuestras vo-

luntades, en contradiccion con sus proyectos y *sus observaciones fisiológicas*, le ha irritado hasta el punto de igualar al mas absurdo de los tiranos. Por que, ¿qué mayor tiranía, Dolores mia, que separar á los que se aman?

Considera cuál habrá sido nuestro dolor al alejarnos de vosotras sin tener siquiera el consuelo de deciros adios.

Yo he pensado volverme loco y en los primeros momentos se me han ocurrido mil proyectos absurdos... Robarte... aniquilar á ese patan soez que pretende heredarme, quemar la casa de campo de mi tio... ¡Qué sé yo!

Afortunadamente, Federico es mas sereno y ha tenido juicio por los dos. De la sentencia de ese tigre no nos quedaba mas recurso que apelar á vuestro padre y éste ha sido el resultado de nuestras deliberaciones. Con este objeto salió ayer para Madrid mi primo Federico, y yo, mas afortunado, me quedo aquí para seguir sus instrucciones y obrar de acuerdo con vosotras segun lo exijan las circunstancias.

¡Quiera Dios que el tio marino nos sea mas propicio que el tio filósofo!

Te envio una adjunta carta que Federico me ha dejado para Cármen. El mensajero es un mozo manchego que hemos encontrado en una posada de Segorbe, y todavía no sé de qué medio se valdrá para poner en tus manos estos renglones.

Desde la torrecilla podrás ver el sitio donde me escondo. Mira en direccion al Norte y verás á poca distancia un encinar, situado al pié de una loma, en cuya cima se ven las ruinas de una ermita. Allí vivo pensando en tí, Dolores mia, y haciendo amargas reflexiones sobre la inconstancia y la tiranía de los tios.

Tengo un traje de campesino del pais, y con este disfráz quizá pueda hablarte de vez en cuando: en alas de esta esperanza, que es el único consuelo de mi soledad, iré todas las tardes, poco antes de anochecer, á situarme en los alrededores del estanque. Vosotras, Dolores mia, procurad dirigir hácia allí vuestro paso.

El fantasma de Ricardito me persigue por todas partes. Esta noche he soñado con el mulo, con el becerro y con ese ridículo ganapan. ¿Será Ricardito el tercer animal á quien tendré que disputar el objeto de mi adoracion? ¿Será ese rusticote el hombre con que piensa sustituirme el mas anómalo de los tios?

Mucho lo temo: todavía recuerdo la mirada de basilisco que me dirigió tiita Concha al otro dia al despedirnos... No hay duda; esa bruja repugnante acaricia la idea de separarnos... El amor, la juventud y la felicidad son un sarcasmo para ese corazon apergaminado al fuego lento del abandono y la soledad.

Adios, Dolores mia; no quiero retardar el envío de estas líneas, y voy á imaginar la manera de que lleguen á tus manos.

Tuyo para siempre,

Luis.»

XIII.

Dolores á Luis.

«Luis mio:

Tu carta ha sido para mí la mas grata de las sorpresas... Te tengo cerca y en estos momentos de angustia no podia aspirar á mayor felicidad.

¡Si supieras lo que hemos sufrido! Nuestro tio, por toda esplicacion, nos ha dicho que un negocio que le urgia le habia obligado á enviaros á Madrid, y que nos habia llevado á casa de su amigo D. Toribio para evitar el disgusto de una despedida.

Pero no se engaña tan fácilmente á una mujer enamorada; y á mas de esto, mi tio nos ha dado esta noticia con un tono frio y severo, que nos ha revelado al instante la verdad.

Imagina en qué estado de zozobra y de sufrimiento nos habrá dejado este golpe inesperado. Cármen, cuyo carácter es mas

resuelto y valeroso que el mio, está acobardada y no abriga esperanza de que mejore nuestra situacion. Tu carta y la de Federico nos han dado algun consuelo en lo relativo al porvenir; pero no podemos abandonarnos á la esperanza de una solucion favorable. Nuestro padre es un hombre escelente, un corazon lleno de bondad, y nos ama con ternura; pero la deferencia que siempre ha guardado á su hermano mayor y la creencia de que éste tiene en su mano nuestra felicidad, podrán transigir hasta el punto de no aprobar un enlace que pueda labrar nuestra desgracia, pero no hasta el estremo de chocar abiertamente con la voluntad de su hermano, protegiendo nuestro amor.

¡Quiera Dios que nuestros temores no se realicen!

Los tuyos no son infundados, Luis mio: nuestro tio protege la ridícula galantería de Ricardito y Silverio, y el Sr. de las Viñas nos trata ya con paternal familiaridad.

Desde que hemos notado esta tendencia de los dos primos, lo que en ellos nos causaba risa nos inspira profunda antipatía, y esta casa y esta hermosa naturaleza, que tanto nos agradaba, han perdido á nuestros ojos todo su atractivo...

Ven, ven Luis mio... deseo verte... Mañana probablemente nos veremos libres de esa galería de caricaturas que nos asedia á todas horas. Iremos, si es posible, al estanque, pero no te acerques hasta ver si estamos solas.

Te incluyo una carta de Cármen para Federico.

Adios... no hago mas que pensar en tí.

Dolores.

P. D. El mensagero ha desempeñado su comision á las mil maravillas. El te dirá de qué modo he recibido tu carta sin que nadie se haya apercibido. Confío que hallará medio de recoger esta contestacion tan pronto como yo deseo.

Adios: piensa en mí.»

XIV.

La lógica de Santiago.

Era la hora de la siesta: el sol pesaba sobre el ambiente como una inmensa plancha de acero caldeado; los mastines dormitaban en las majadas y en las cuadras de las heredades, y los mosquitos entonaban su canto de guerra contra la raza humana.

El aire recogia las alas robando el susurro y el movimiento á los trigos y á los árboles, y el silencio era tan grande que se veia á lo lejos, se veian en la inmovilidad de los términos lejanos.

Los cangilones de la noria goteaban sobre el pozo, arrancando huecos sonidos al agua profunda. Las salamanquesas se entregaban en los paredones del convento á su cautelosa cacería, y las enormes higueras que circundaban la noria recogian su sombra debajo del follaje.

Luis se hallaba medio tendido en este oasis; las notas sonoras é intermitentes del pozo y el zumbido de los insectos le ayudaban á meditar. A sus pies se estendia un dilatado viñedo, y á la otra parte se divisaba la heredad de su tio Mariano. Luis meditaba, ó por mejor decir, dejaba revolotear la imaginacion por los campos matizados de las ilusiones.

Con la vista sumergida en la mole de sombría verdura que cobijaba el Paraiso perdido, creia ver en la galería cubierta de parra y enredaderas ó en la blanca torrecilla del edificio, la forma vaporosa y esbelta de su Dolores.

Luis pensaba involuntariamente en Ero y en Leandro, y en el calor de su amoroso entusiasmo hubiera querido convertir en Elesponto la viña que le separaba de su ídolo. El recuerdo de Leandro le remontó á los tiempos heróicos del amor, y cruzaron por su mente Aquiles, Telémaco, Amadis. De los héroes

de la antigüedad y de la caballería pasó á los capitanes modernos y recordó á Napoleon: de Napoleon á la moneda que lleva su nombre no hay mas que un paso, un paso que los enamorados pobres andan fácilmente con la imaginacion.

Luis pensó un momento en el deplorable estado de su peculio; pero esta reflexion no era inspirada por el egoismo, no; Luis se recreaba en ella para encumbrar, honrar y glorificar al objeto adorado. En la imposibilidad de ser rico, la silvestre pobreza que le amenazaba henchia de entusiasmo su corazon. Beber el agua pura de los arroyos; comer achicorias y berzas del campo; dormir en el regazo de los aluviares y al amparo de las estrellas. Tal era el programa de deleites que Luis acariciaba á la sombra de las higueras en las ruinas del convento; programa que nuestro enamorado podia realizar en todas sus partes en uso de la libertad de que goza todo pobre para hacer lo contrario de lo que hacen los ricos.

Absorto en sus reflexiones, Luis no habia visto á Santiago, al mozo manchego, que despues de medir con el enorme compás de sus piernas un sendero que costeaba el viñedo, subia en aquel momento el manso repecho donde su amo habia establecido su observatorio.

—¡Gracias á Dios! dijo Luis al verle; ¿traes algo?

—Sí, señorito, una carta.

—Dámela.

Luis devoró el contenido de la misiva de Dolores que ya conoce el lector.

—¡Mañana!... ¡la veré mañana!... ¡Ah, Santiago, tú eres mi providencia! esclamó Luis cuando hubo leido la misiva. Pero, ¿cómo te has gobernado para dar mi carta y recibir la contestacion?

—Muy sencillamente, señorito, respondió Santiago pasándose el pulgar por la frente para recoger el sudor y sacudiendo la mano; yo he sido asistente por espacio de seis años y conozco un poco la aguja de marear.

—Así parece. ¿Y cómo has entrado en la casa?

—Como entro en todas partes: yo siempre llevo conmigo el pasaporte.

—¿Qué pasaporte?

—Este.

Y Santiago sacó del seno un huron.

—¿Qué es eso? preguntó Luis examinando el singular documento que Santiago denominaba su pasaporte.

—Este es un huron: yo siempre cazo con huron.

—¿Y qué tiene que ver la caza con entregar una carta á una mujer?

—Mucho, señorito: yo no le diré á usted que una mujer se parezca á una liebre; pero lo que es un hombre se parece casi siempre á un cazador. Pues bien, yo iba de caza por cuenta de usted y solté el huron al llegar á la puerta de la madriguera.

—¿A la puerta de la quinta?

—¡Pues! el huron se metió en la cocina y le anduvo entre los pies á la cocinera, que es una vieja frescachona que se llama la tia Antonia. La tia Antonia, así que se vió encima al animalito, comenzó á chillar como una urraca y salió de la cocina á escape, por mas que yo le gritaba como un condenado: —¡No hay que asustarse, patrona; es el huron que se me ha escapado!—Tanta bulla metimos yo y la tia Antonia, que al fin acudieron algunos criados y entre ellos dos señoritas como dos granitos de oro.—Ya estamos al otro lado, dije yo entonces para mí, y espliqué en dos palabras lo que habia sucedido. Los criados se metieron en la cocina en busca del huron, y yo entonces, acercándome á las señoritas les puse por delante la carta, diciendo por lo bajo:—De parte de D. Luis. Yo no sé quién ni cómo tomó la carta, porque fueron cuatro manos á cogerla; pero la fija es que desapareció en un amen, y yo dije entonces á las señoritas:—Ahí cerca espero la contestacion.

—¡Oh modelo de criados! esclamó Luis: ¿y cómo has recibido esta carta?

—Esa ya la cacé sin huron. Me salí de la casa cuando hube recobrado el animalejo, y fuí á tomar posicion tras el seto de la alameda. Quedéme allí en acecho sin quitar ojo de las ventanas que dan al jardin, y no tardó en asomarse á ellas una de las dos señoritas de la casa. Me levanté de puntillas haciéndole señas con la mano, y me respondió agitando su pañuelo; volví á agazaparme tras del seto y á poco ví abrir la verja del jardin. Eran las dos señoritas: entonces saqué la cabeza, y una de ellas dejó caer sobre el mirto la carta que acaba de leer el señorito.

—Dime, Santiago, ¿y no has visto al mónstruo?

—¿A qué mónstruo?

—Al tirano, á mi tio.

—No, señorito; sin duda habria salido.

—Sí, á conspirar á casa de su amigo D. Toribio, el de las Viñas.

—¡Ah! ¿conspira el buen señor?

—Sí, contra nosotros; para labrar la desgracia de cuatro inocentes sobrinos, cuyo esterminio desea. Es un tigre, Santiago, un Saturno de sobrinos. No contento con desheredarme, pretende casar á la mujer que amo con un patan que no te llega á tí á la suela del zapato.

—¡Toma! ¿y no es mas que eso, señorito?

—¡Pues, te parece poco!

—Eso es lo que me pasa á mí con mi tutor.

—¡Ah! ¿tú has tenido tutor?

—¡Ya lo creo! como que mi padre me dejó la renta que tiene un héroe; treinta reales al mes, que me tocaron en la reparticion de un campo de panllevar: y como el tio Modorra era un gran amigo de mi padre y bebian juntos desde chicos, me lo endilgó al morir por tutor y curador; aunque lo que es curador ya lo era el tio Modorra de todos los inocentes del lugar por su profesion de mariscal.

—¿Y qué sucedió?

—Sucedió que yo fuí creciendo, creciendo al lado de una sobrina sin padre ni madre, que habia recogido el tio Modorra; y tanto crecimos ella y yo, que al fin hubo aquello de *el hombre es fuego, la mujer estopa, llega el diablo y sopla*: es decir, que nos enamoramos hasta los tuétanos.

—¿Y el tio Modorra la queria casar con otro?

—¡Pues! con un gañan del propio pergeño que ese que me pinta el señorito; es decir, que no me llegaba á la suela del zapato.

—¿Y tú qué hiciste?

—¿Que qué hice?... nada. De que lo supe me fuí á buscar al mozo y le quebré la segunda costilla de la izquierda, como quien baja de la nuca á los riñones. Despues me personé con mi tutor y le dije:—Tio Modorra, usted que sabe de natomia: ¿cuántas costillas, poco mas ó menos, tenemos en el cuerpo?—Siete, me dijo mi tutor; ¿por qué lo preguntas?—Por nada: una cuenta que estoy sacando. Al otro dia Blás el Pequeño, que era el mozo de quien hablo, contó la cosa á mi tutor, y el tio Modorra se puso furioso; tanto, que me echó de su casa sin darme mas tiempo que el preciso para recoger los guiñapos. Entonces me fuí en busca de Gaspar el Pequeño y le quebré otra costilla. El tio Modorra se puso á las nubes, y como tenia mano con el alcalde, me hizo meter en la cárcel. Cuando salí á la calle supe que el casorio del Pequeño iba de veras. Una tarde le encontré en la era aventando trigo y le quebré la costilla corriente y la atrasada, y luego en seguida me fuí á casa de mi tutor y le dije:—Tio Modorra, me he empeñado en que me ahorquen, y le juro que lo voy á lograr.—Mira, Santiago, me respondió el mariscal, no porfies y tengamos la fiesta en paz. Teresa no es para tí; se la he prometido á Gaspar el Pequeño, y la formalidad es formalidad. Estando en esto, Gaspar el Pequeño que entra en la cocina hecho un arco y con las manos en los lomos.—¿Qué traes? le preguntó el tio Modorra.—¿Que qué

traigo? respondió el mozo; traigo lo de siempre, una carga de palos y ademas traigo mi dimension.—¿Qué es eso de dimension? replicó el mariscal.—Es decir, que renuncio á Teresa y á toda su parentela, y que se la regalo á Santiago con una peseta encima; porque, vamos claros, tio Modorra, yo creo que usted me quiere casar con esa moza para vender muchas bizmas.

El tio Modorra cogió una tranca y se la quebró en el espinazo, y luego me dijo:—Santiago, cásate con Teresa y que os lleven los diablos á todos.

—¿Y te casaste con ella? dijo Lüis.

—¡Andando! y á fé que la espero por toda esta semana. Conque ya sabe usted la manera, señorito: si se ofrece, aun tengo la medida de la cachiporra que hizo el milagro, y se puede cortar otra igual en el encinar.

—Allá veremos, respondió Luis, riéndose de la receta de Santiago.

Y bajando del repecho amo y criado, tomaron el camino del encinar.

Aquella tarde Luis se puso el disfráz de campesino, y se fue á pasear los contornos de la casa de campo. Llevaba consigo á la melancolía, á esa dulce y poética compañera de las almas románticas y exaltadas, y de los amantes oprimidos. La melancolía es el primer período de las pasiones desgraciadas, y tiene singulares atractivos. En este estado del alma, un enamorado se coloca en el centro de la creacion, y se persuade de buena fé á que todo cuanto en ella existe ha sido formado de intento para atormentarle. Es el período contemplativo; es la juventud del amor, que se nutre de ilusiones, como se nutre de ellas la juventud de la vida; porque el amor, como todo lo que depende de nuestra acotada organizacion, tiene su juventud, su maduréz y su decadencia.

Luis comenzaba, pues, á atravesar ese dichoso periodo de sus amores. Las raices del campo, saboreadas en ilusion, no

habian estragado todavía su estómago; el casero de su nido campestre no habia adquirido aun el derecho de mortificarle por los alquileres; los fuelles del invierno no habian asomado por los cristales rotos de su ventana, ni los percances y luchas del amor habian hecho mas que desflorar ese capital de sufrimiento con que Dios ha dotado mas ó menos espléndidamente el corazon de cada mortal.

Luis habló con los árboles, contó sus cuitas á los arroyos, y vió la imágen de Dolores glorificada sobre las ráfagas del ocaso. Despues cruzó por su mente la imágen del tirano, y oreó su corazon una ráfaga de gozo al pensar que se hallaba cerca de su amada, y que la veria al dia siguiente, á despecho del mónstruo, que no sospechaba su presencia en aquellos sitios.

De repente la bandada de quimeras que revoloteaban en torno de Luis, batió presurosa las alas, ahuyentada por dos objetos reales. El jóven habia llegado á las tapias de la huerta, que desde la fachada posterior de la casa de campo se estendia á mucha distancia. Esta tapia por un lado, y por el otro un campo de trigo, servian de límites á un camino ancho que flanqueaba en línea recta el edificio. Engolfado en sus reflexiones, Luis habia penetrado maquinalmente en este camino, y ya iba á tomar un sendero, que cruzaba los trigos, para enmendar su imprudencia, cuando por el ángulo bastante lejano del edificio vió aparecer dos sombras agigantadas, que merced á los rayos oblícuos del sol, llevaban mucha delantera á los cuerpos de que procedian: así fue que Luis tuvo tiempo de emboscarse en el trigo antes que aquellos doblasen la esquina. Se tendió en un surco y esperó á que pasaran.

Haria unos dos minutos que se hallaba en esta posicion, cuando oyó el susurro de dos voces que se fueron acercando hasta enviarle perceptiblemente las palabras. Luis conoció la voz de su tio y escuchó atentamente.

—Ya tenia yo mis recelos, venia diciendo D. Mariano: ayer

tarde pregunté en Segorbe y supe que uno de los dos habia salido para Valencia. ¿Y qué hacia en la noria del convento?

—Estaba echado á la sombra, nuestro amo.

—Ya, haciendo el oficio de pastor de la Arcadia, en vez de manejar la paleta y los pinceles, que le han de dar de comer; porque lo que es conmigo no han de contar ese par de ingratos, despues del desengaño que he recibido.

—El señorito Luis estaba en acecho.

—Bueno es saberlo.

—Y esperaba á alguien.

—¡Cómo! ¿á quién esperaba?

—Por lo visto á un moceton que llegó al poco rato y le entregó una cosa que me pareció una carta.

—¡Hola! ¿esas tenemos? ¡con que una carta! ¡con que hay Mercurio de por medio! ¡Muy bien, señor sobrino! ¡me trata usted como á un tutor de comedia!.... Oye, Bruno, es menester andar con cien ojos: avisa al tio Pedro, el otro guarda....

Los dos interlocutores se alejaron y Luis no oyó el resto de la órden que D. Mariano daba á su guarda; pero lo dicho era mas que suficiente para saber á qué atenerse.

El jóven quedó tan aturdido, que ya habian doblado aquellos la esquina opuesta de la tapia, y todavía se hallaba inmóvil en el surco.

XV.

En qué se parecian á Diógenes los guardas de D. Mariano.

Luis estaba desesperado: su presencia en los alrededores de la casa de campo era conocida del *mónstruo,* y no habia medio de acercarse á Dolores, ni siquiera de escribirle. Dos veces habia intentado Santiago hacer llegar á sus manos una carta; pero en vano: los guardas de D. Mariano avizoraban como dos Argos y no le dejaban resquicio por donde acercarse á la casa á un tiro de bala. Ello es verdad que no le decian

esta boca es mia, ni le impedian circular por los alrededores; pero como no le perdian de vista un solo instante, le era imposible ponerse en situacion de cumplir su escabroso encargo.

Así pasaron algunos dias. Una tarde volvió Santiago de Segorbe con una carta de Federico. Luis, que esperaba impaciente noticias de Madrid, rompió el sobre con ánsia y leyó lo siguiente:

«Querido Luis:

Llegué y no puedo añadir como César: ví y vencí. He visto, sin embargo, al tio marino, y venceríamos si estuviera en su mano: al menos así me lo ha asegurado con una franqueza que huele á brea. No he perdido completamente la esperanza; pero no puedo enviarte mas que un rayo ténue de ese astro benéfico, tan ténue que temo que se desvanezca por el camino.

Creo que nos veremos pronto. Entretanto voy á darte mis instrucciones, que están reducidas á la unidad. Conviene que Dolores y Cármen hagan uso de la coquetería que toda mujer tiene de reserva para las grandes ocasiones. Es preciso que halaguen la esperanza de esos dos primos de tapiz que han brotado de repente en ese fértil pais, como dos espinosos melocactos.

Así que recibas mi carta procura persuadir á las primas: el sacrificio será penoso; pero sin él podemos renunciar á toda esperanza.

Procura tambien que no descubran tu nido campestre; porque es preciso que el *mónstruo* crea, por lo menos, que se ha entibiado nuestro amor.

Adios: estoy nutriendo al tio marino en los recuerdos de Navarino y Trafalgar, porque conviene despertar en su corazon los sentimientos heróicos.... ¡Oh, musa del infortunio; inspírame!. ..

No olvides mi encargo.

Federico.»

—Santiago, gritó Luis apenas hubo leido esta carta.

—¿Señorito?

—¡Llegó el momento!

—¿Qué momento?

—El momento de dar el golpe.

—Voy por la tranca.

—No se trata de palos, sino de ingénio y decision.

—¿Pues qué ocurre, señorito?

—Es preciso, urgentísimo, que Dolores ó Cármen reciban al instante una carta mia.

Santiago frunció los lábios y movió negativamente la cabeza.

—Mal negocio es ese, respondió.

—¡Es indispensable!

—Ya, pero no basta que sea indispensable; es menester que sea posible. Ya sabe usted que ese par de sabuesos no me quitan la vista de encima; quisiera yo ver al guapo que se acerca á la casa á un tiro de ballesta.

—¡Discurre, Santiago, escogita un medio, pon en prensa el entendimiento, haz un imposible!....

—Si las señoritas fuesen mas duchas en estos trapicheos, repuso Santiago, apoyando el estremo del índice en el lábio inferior y mirando el techo, tendrian establecido un punto de observacion en la huerta, que es el único terreno libre de enemigos: en ese caso yo saltaria la tapia y asunto concluido. Pero esto no puede ser; porque las señoritas no son bastante duchas.

—¡Piensa mas!

—Si yo pudiera llegar á las tapias del jardin sin que me vieran esos mastines, una vez dentro ya no me seguian la pista; pero es imposible llegar á las tapias del jardin.

—¡Animo, Santiago; piensa mas! y piensa tambien que cada idea que te se ocurra vale un napoleon.

—¿Y cuánto vale la gorda, señorito? porque no quiero robar el dinero.

—La gorda vale una onza de oro.

—Pues ya la siento en el bolsillo.

—¿De veras? ¿te se ha ocurrido algun medio?

—Creo que sí.

Luis dió un brinco desde la silla y abrazó á su criado.

—Hombre benéfico, esclamó con énfasis, ¿por qué Diógenes no ha vivido hasta hoy?

—¿Quién era ese paisano, señorito?

—Era un sábio que andaba en busca de un hombre.

—Pues maldita la falta que nos hace: ahí están los guardas de D. Mariano que no hacen otra cosa.

XVI.

Visita.

Eran las siete de la mañana cuando un carro cubierto con un toldo de lona, construido á manera de tartana y conducido por un rocin de labor, que ostentaba jaeces encarnados, penetró, acompañado de una tempestad de cascabeles, en el patio de la casa de campo de D. Mariano.

Era el carruaje de recreo del Sr. de las Viñas. Ricardito, que le guiaba, sacó medio cuerpo fuera al entrar en la quinta, con el deseo de que las niñas le viesen funcionar desde alguna ventana. El sobrino del Sr. de las Viñas llevaba un sombrero blanco piramidal; y la corbata flamante, cuya visualidad se disputaban el color escarlata y el verde escarola, enviaba sus dos puntas de seda nueva, tiesa y crugiente á saber de qué lado venia el viento.

Tiita Concha venia tambien crugiendo entre la seda, y su sobrino Silverio, con el sombrero de paja en la mano para que el sudor no empañase el punto luminoso que habia hecho aparecer en su frente la friccion matinal, venia sentado á la orilla del cojin por no ajar el pantalon y el gaban de blanquísimo dril, que componia su traje, con un chaleco del mismo co-

lor y una corbata manteca fresca, de tela diáfana como una aurora sin nubes. En el segundo ojal de la solapa izquierda del gaban venia prendido un grupo de pimpollos de rosa y hojas de yerba Luisa.

El Sr. de las Viñas fue el primero que se apeó del vehículo y fue á dar la mano á su amigo el filósofo, que habia bajado al instante á recibir á sus huéspedes.

En pos de su tio bajó del carruaje Silverio, y antes de ofrecer la mano á tiita Concha, dirigió una mirada circular á las ventanas que rodeaban el patio. Tiita Concha se dobló por la cintura, pellizcándose el vestido por delante para dejar espeditos los pies, y apoyada en la mano de su sobrino, se decidió á dar un saltito, que la dejó en el suelo recta y envarada como un muelle de acero que recobra su tension.

Ricardito se apeó de un *salto mortal*, dando por remate dos brinquitos en el suelo con un solo pié, y despues de dar esta muestra de agilidad, que ya pudieron presenciar las sobrinas de D. Mariano, se acercó á saludarlas, dejando el caballo y el vehículo eficazmente recomendados á un mozo de la quinta.

La familia del Sr. de las Viñas iba á pasar el dia en casa de D. Mariano. Era cosa convenida de antemano, y D. Mariano tenia el proyecto de obligar á tiita Concha y sus sobrinos á quedarse algunos dias en su casa. Cármen y Dolores, que no tenian noticia de sus primos desde el dia en que su tio descubrió la presencia de Luis en las cercanías de la quinta, vieron en esta desagradable visita un motivo mas de malestar y de angustia. Sin embargo, sacaron fuerzas de flaqueza é hicieron lo posible por recibir bien á la familia del Sr. de las Viñas.

Tiita Concha se quitó el arco triunfal que llevaba en la cabeza y se fue con las niñas á reparar los desórdenes del tocado, mientras Ricardito y su tio Toribio departian con D. Mariano sobre la enfermedad de la vid y la cosecha del trigo.

Silverio se fue á dar un paseo melancólico al pié de las ventanas del tocador.

Tiita Concha halló medio de aventurar algunas indirectas alusivas al proyecto de enlace de las dos familias, y habló de los talentos agrícolas de Ricardito, de las altas prendas de Silverio y de lo mucho que esperaban de su tio Toribio. La solterona hablaba como una cotorra y examinaba al mismo tiempo á las dos jóvenes con toda la intencion malévola de una virtud agriada en la soledad.

Cármen y Dolores opusieron á estos ataques esa fuerza de inercia que es la única y la mejor astucia de las almas jóvenes y candorosas. Tiita Concha se mordió una mínima parte de la estension de lábios con que la habia dotado la naturaleza, y cambió de rumbo, tratando de esplorar á las niñas sobre el asunto de sus primos.

Pero Cármen y Dolores guardaron la misma reserva, y tiita Concha no pudo sacar en limpio cosa alguna.

Cuando bajaron al salon, estaba ya Silverio con el codo apoyado en el respaldo de un gran sillon forrado de damasco, situado enfrente de un espejo y con los ojos levantados al techo. El patético jóven habia buscado el efecto de la luz colocando la cabeza de suerte que una ráfaga bañase su frente. D. Mariano, Ricardito y D. Toribio seguian engolfados en la agricultura.

Tiita Conchita se acercó á su sobrino y le sacó de su éxtasis dándole un golpecito en el hombro. Silverio se estremeció, y volviendo la cabeza como azorado, sonrióse con plácida melancolía al ver á Dolores. Luego sacó del ojal el ramito de rosas y yerba Luisa, y se lo ofreció á la jóven, pronunciando algunas palabras balbucientes.

Ricardo se acercó á este grupo y halló ocasion, como la encuentran siempre los necios cuando se proponen decir algo, por intempestivo que sea, de hablar de su fuerza hercúlea y de las apuestas que habia ganado pulseando con los hombres

del campo y tirando á la barra; y acto continuo quiso dar una prueba de lo que decia levantando á pulso una silla y haciendo todo género de esperimentos. Tiita Concha le alentaba en este camino, y Ricardito estaba ya encarnado como un pavo, con las venas hinchadas, los cabellos en desórden y sudando como un azacan, cuando el Sr. de las Viñas intervino apostrofando á su sobrino de este modo:—Muchacho, no seas bruto. Estas palabras helaron el entusiasmo de Ricardito, y el mozo se quedó alicaido; frunció las cejas y los lábios, miró de reojo á sus espectadoras y fue á sentarse al otro estremo del salon.

El dia fue monótono para todos y eterno para Cármen y Dolores. Por la tarde, cuando se mitigaron los ardores del sol, D. Mariano propuso el acostumbrado paseo por la alameda, y la sociedad se trasladó á las orillas del estanque.

Pocos minutos antes de llegar se observó un estraño fenómeno en las aguas tranquilas. Una calabaza que reposaba sobre la superficie del agua en la orilla mas lejana á la alameda, perdió de repente su inmovilidad, y atravesó magestuosamente el estanque, como impelida por una corriente invisible. Al llegar á la orilla opuesta, delante del emparrado, volvió á quedar en estado de reposo.

Los de la quinta, que abrian en aquel momento la verja del jardin, situada en el centro de la alameda, no tuvieron el gusto de presenciar este hecho, desconocido quizá en la historia de las calabazas y las aguas tranquilas: de otro modo es muy probable que Ricardito, que era aficionado á la agricultura y que tenia con las calabazas muchos puntos de contacto, hubiera hecho estudios profundos y observaciones curiosísimas.

D. Mariano y el Sr. de las Viñas se sentaron á la sombra del emparrado, y los cuatro jóvenes con tiita Concha se quedaron en la alameda.

XVII.

De como los hermanos Gaspàr y Mariano se repartieron el imperio del mundo.

—Tengo carta de Gaspar, dijo D. Mariano, así que estuvo solo con su amigo el de las Viñas. Mi hermano está al corriente de lo sucedido y sabe que tengo otras miras acerca del porvenir de sus hijas.

—¿Y le has hablado de mis sobrinos?

—Por supuesto.

—¿Y le has dicho las circunstancias de los muchachos?

—Por supuesto.

—¿Y qué dice, qué dice D. Gaspar?

—D. Gaspar no dice nada; ó por hablar con propiedad, D. Gaspar dice lo mismo que digo yo. Fía, como siempre, en mi esperiencia, en el amor que profeso á sus hijas, y en mi profundo conocimiento del corazon humano.

—¡Hombre! ¿y has tardado tanto en darme esa gran noticia?... ¿Con que no se opone á nuestros deseos?

—¡Oponerse! ya sabia yo que Gaspar no se opondria.

—No, lo que es él es un bello sugeto; ¡eso sí! pero yo no las tenia todas conmigo. Al cabo él es padre de esas niñas y podia no gustar de mis sobrinos, aunque son dos muchachos cabales, cada uno por su estilo.

—Ese temor era infundado: Gaspar no podia pensar de diverso modo que yo.

—Sin embargo...

—No podia; te digo que no podia.

—Yo ya sé que como eres tan leido y sabes mas que Merlin, él, aunque no conoce mucho á los chicos, habrá dicho allá para su capote: cuando aquel lo dice, estudiado lo tiene...

—Hay ademas otra razon.

—¿Cuál?

—Una promesa, un pacto, un juramento.

—¡Hombre! eso ya es mas sério.

—Has de saber que en asuntos de familia, Gaspar no tiene la menor autoridad en tierra firme.

—¿En tierra firme?... no entiendo.

—Yo te lo esplicaré. Gaspar y yo nos hemos profesado siempre gran cariño, y á pesar de nuestra manera opuesta de vivir, nunca hemos pasado mucho tiempo sin vernos. Como sabes, Gaspar se dedicó desde jóven á la marina mercante, y á los veinticinco años un armador de la Habana le confió el mando de una goleta. Se casó con la hija del armador y tuvo dos hijas, Carmencita y Dolores. A los cuatro años de casado murió su mujer, y yo, que no le habia visto en mucho tiempo, desde su último viaje á Cádiz, resolví con esta ocasion marchar á la Habana.

Gaspar me recibió con el júbilo que es de suponer, y yo cobré tal cariño á las niñas, que pasé dos meses con ellas, mientras su padre hacia un viaje á Nueva-Yorck. Al cabo fué preciso regresar á España y decidimos hacerlo en la goleta, aprovechando la ocasion de tener que venir mi hermano á Andalucía.

Salimos de la Habana con las niñas, porque yo habia convencido á Gaspar de que las educara en España, donde él pensaba establecerse á la vuelta de cuatro ó cinco años. Esta solucion colmó todos mis deseos, y desde aquel momento me apoderé de las dos criaturas que tan completamente habian cautivado mi voluntad. Desde que estuvimos á bordo de la goleta no las dejé un solo instante: me pasaba con ellas las horas muertas, y no hubiera sido posible hallar una niñera mas solícita, pero tampoco mas desdichada. Parecia cosa de brujería: no pensaba ni hacia cosa que tuviera algo que ver con aquellas dos criaturas, que no fuera para ocasionarles un daño

involuntario. Si les daba de comer alguna golosina, era seguro que se ponian malas; si jugaba con ellas, de fijo que daban una caida ó se recalcaban un pié; si subia con ellas sobre cubierta á respirar la brisa de la noche, bajaban al camarote con calentura; si les velaba el sueño junto á la hamaca, se caian al suelo sin remedio; si las llevaba á pasear al puente, se nos venia encima una jarcia; y en una palabra, por librarlas de un golpe de viento, les dí un golpe mortal contra el palo de mesana, y una calma chicha se convirtió en borrasca, porque me alejé con las niñas en el bote á reconocer el casco de un buque naufragado. A no ser por el socorro de la chalupa nos ahogamos sin remedio.

—¡Pero hombre, que diantre! ¿estabas embrujado? interrumpió D. Toribio, el de las Viñas.

—Seria el cuento de nunca acabar si hubiera de referirte los percances que aquellos angelitos sufrieron por mi causa. Baste decir que siempre que ponia por obra cosa que no fuese de la aprobacion de Gaspar ó sin pedirle consejo, venia á resultar una catástrofe ó cuando menos un incidente desagradable.

—Pero, sabiendo eso, no era difícil el remedio: con no acercarte á las niñas á un tiro de escopeta...

—Pues eso es lo que hice al cabo: pero aquí entra lo mejor del cuento. Llegamos á Cádiz y no hicimos mas que poner los pies en tierra, cuando se trocaron repentinamente los papeles. Mi mala estrella cambió de rumbo y se colocó en el horizonte de Gaspar; de suerte que las pobres niñas no hicieron mas que cambiar de verdugo. Toda la calle de amargura que habian pasado por mi causa en la mar, la volvieron á pasar en tierra por culpa de su padre, durante los quince ó veinte dias que se detuvo en Cádiz.

—¡Qué diablura!

—Si las llevaba á paseo en carruaje, se espantaba el caballo ó se salia del cubo una rueda; si iba con ellas al teatro, las estrujaban á la salida; si entraban en el café, les tocaba en

suerte un sorbete que habia tocado el cardenillo: les regaló un perrillo faldero inofensivo, y la primera caricia del animal fue morderlas cruelmente; las llevó un dia á los toros, y murió un banderillero, se armó en la plaza un motin, que tuvo que apaciguar la fuerza armada, y Dolores estuvo enferma á causa del susto. Por abreviar; no daba un paso con las niñas que no le precediera la misma fatalidad que me habia perseguido en la mar. Pero los papeles se habian trocado tan completamente, que así como en el buque era yo una influencia perniciosa para aquellas criaturas, en tierra únicamente estaban seguras bajo mi direccion.

Por fin, un dia las llevó, contra mi voluntad, á comer con una señora parienta de su mujer, que se hallaba establecida en Cádiz. Esta señora tenia una hija de la misma edad que las niñas, pero traviesa como ella sola. Por la tarde bajaron las tres á jugar al jardin, en el cual habia una hamaca: la niña de la casa las convidó á columpiarse, y en el momento en que tiraba de la cuerda con toda su fuerza, rompióse uno de los tirantes, y las pobres criaturas fueron á dar contra el tronco de un limonero.

A consecuencia del golpe, Carmencita estuvo á la muerte. Cuando salió del peligro, su padre, que casi se habia vuelto loco de pesadumbre, entró un dia en mi cuarto y me dijo:

—Mariano, lo que está sucediendo es muy singular, y veo que me voy á quedar sin hijas si no abandono completamente su direccion. Será, si se quiere, un cúmulo de casualidades; pero el hecho es que se repiten con una constancia que me aterra.

—Es verdad, le respondí; desde que hemos tocado la tierra firme te hallas bajo la misma perniciosa influencia que me ha perseguido en la mar.

—Es, por consiguiente, un hecho que en todo lo que concierne á mis hijas, la tierra me es tan funesta como á tí el agua.

—Así lo prueba al menos una série no interrumpida de accidentes.

—Si hubieras seguido mis impulsos en el buque, las niñas no hubieran corrido graves riesgos.

—Y si tú las hubieras dejado á mi cargo en tierra firme, no tendríamos que lamentar el grave accidente que ha puesto en peligro la vida de Carmencita.

—Hagamos, pues, un pacto solemne, repuso mi hermano.

—¿Cuál?

—Tú me juras no intervenir en cosa alguna que directa ni indirectamente ataña á mis hijas, siempre que nos hallemos sobre la superficie de las aguas.

—¡Bravo! esclamé yo; lo juro: y tú te comprometes á dejarme el imperio absoluto de tierra firme.

Lo juro, dijo mi hermano.

Desde aquel dia, acabó diciendo D. Mariano, hemos cumplido fielmente nuestro compromiso, y las niñas han crecido sin volver á esperimentar ninguna desgracia.

—¡Ajá! esclamó D. Toribio, el de las Viñas: de esa manera ya comprendo que á D. Gaspar le parezca de perlas cuanto dispongas en lo que atañe al casamiento de sus hijas.

D. Mariano se sonrió con orgullo, y despues añadió:

—Vamos á otra cosa. Mi sobrino Luis se halla escondido por estos contornos.

—¿Qué me cuentas?

—Bruno le ha visto el otro dia junto á la noria del convento.

—¿Y qué pretende ese caballerito?

—En vez de implorar mi clemencia, en vez de arrepentirse de su negra ingratitud, en vez de darme una disculpa cualquiera de su conducta, el desalmado se atreve á insistir en su monstruoso propósito de levantar de cascos á esa pobre inocente.

—¡Es una solemne desvergüenza! esclamó D. Toribio.

—Es preciso evitar que tenga con Dolores ningun género de comunicacion: yo sé que la niña le olvidará fácilmente.

—Sí, señor, es preciso evitarlo á toda costa.

—Bruno y Pedro están á la mira, y no dejan acercar á la quinta á un moceton que por las señas sirve de tercero á mi señor sobrino.

—¡Muy bien hecho! y si es preciso, yo te enviaré cuatro ó cinco mozos con escopetas, que no hagan mas que rondar la casa dia y noche.

—No, no es eso lo que hace falta. Prefiero otra clase de vigilancia mas eficáz.

—¿Cuál?

—Déjame por unos dias en casa á tu hermana y á tus dos sobrinos.

—Y ¡cómo si te los dejo! hasta el dia del juicio, si es preciso.

—¿No te parece que Concha es el mejor centinela que pueden tener las niñas?

—Ya lo creo; ¡ni un perro de ganado!

—Entonces, estamos de acuerdo; tu hermana y los dos muchachos pasarán con nosotros unos dias.

—¡Pues no les vas á dar flojo alegron! Apuradamente los mozos están que beben los vientos por las niñas.

D. Mariano y su amigo abandonaron los bancos rústicos del emparrado, y entraron en la alameda con el objeto de llevar á efecto su plan, comunicando á tiita Concha y sus dos sobrinos su permanencia temporal en la casa de campo del filósofo.

No bien se alejaron del emparrado, la calabaza del estanque abandonó la orilla, y se trasladó á un punto visible desde el emparrado. Este segundo paseo, impropio de una calabaza tranquila, pudo ser producido por los gansos que pasaron en aquel momento agitando el agua entre el vegetal y la orilla del estanque.

XVIII.

La calabaza es un vegetal amigo de los enamorados.

La luna rielaba en las aguas, y una brisa cariñosa hacia susurrar las hojas de los álamos. Los jazmines y madreselvas del jardin enviaban sus emanaciones á la alameda, y oíase sonar á lo lejos el golpe seco de las caballerías sobre la tierra dura de los senderos. El eco, habitador de las colinas, repetia el canto del traginante con esa melodiosa monotonía que imprimen á los sonidos la distancia y la inmensidad.

El Sr. de las Viñas habia regresado solo á su casa de campo: los cascabeles del caballo que conducia la tartana se oian todavía sonar á lo lejos, y no habia ya esperanza de evitar la terrible calamidad: la solterona y sus dos sobrinos se quedaban en la quinta.

Silverio buscaba entre el follaje una rayo de la luna con que hacer relumbrar su frente, y con la mano apoyada en el corazon susurraba al lado de Cármen palabras enmarañadas.

Tiita Concha contemplaba las estrellas sumergida en un éxtasis retrospectivo.

Ricardito se habia llegado con D. Mariano á la quinta para despedir á D. Toribio, y encargarle que le mandase al dia siguiente una escopeta para él, y el bote del *colcream* para Silverio.

Merced á esta circunstancia, Dolores se veia por un momento libre de importunos, y podia desesperarse á su sabor debajo del emparrado.

Yo no sé si será una aprension de las muchas que en este mundo queremos imponernos unos á otros, ó si habrá algo de real en lo que voy á decir; pero me ha parecido observar que la mirada vaga de un enamorado que se halla solo y engolfado

en sus pensamientos, reconoce dos direcciones capitales, cuya eleccion consiste en la naturaleza de los afectos que esperimenta. Si su distraccion es la del amor feliz, su mirada busca las estrellas, si las hay á mano, ó el techo de la habitacion, si se encuentra bajo techado; porque la felicidad, que es ligera por las alas de gasa con que levanta el corazon, y volátil por su naturaleza fugaz, tiende instintivamente al espacio.

Pero si la distraccion es producida por un amor desgraciado, la mirada sigue el impulso deprimente del alma y se clava en la superficie de la tierra, sepultura natural de todas las dichas, de todas las quimeras de este mundo.

Pues bien; Dolores, la bella aparicion de la cascada, la niña vaporosa que habia entregado á Luis las primicias de su corazon, vírgen de amor, envueltas en el perfume regalado de la juventud; Dolores, que poco antes habia elevado sus ojos húmedos al cielo, buscando en el piélago azul donde sonrien las estrellas, las imágenes hermosas que brotaban de los lábios apasionados de Luis; Dolores, despues de tender al espacio las alas de gasa del corazon, las doblaba bajo el peso de la atmósfera densa y fria de la tristeza.

La jóven tenia la vista sumergida en el estanque, cuyas aguas dormian á trechos en la sombra profunda y á trechos ondulaban al soplo de la brisa, recogiendo los besos de la luna.

De repente su mirada vaga se fijó en un punto del estanque donde brotaron, sucediéndose con rapidez multitud de inquietos y plateados círculos cuyas circunferencias se dilataron magestuosamente hasta borrarse en la penumbra. Dolores observó que estos círculos nacian en derredor de un objeto que les servia de punto céntrico, y que este objeto se agitaba sobre la superficie del agua, siendo la causa productora del fenómeno. La jóven reconoció en este objeto una de esas calabazas de corteza pulida, trasunto de algunas cabezas humanas semejantes á la que el jóven Silverio llevaba sobre sus hombros.

La estraña agitacion de la calabaza llamó la atencion de la jóven, y despertó su curiosidad. Levantóse del banco de piedra donde estaba sentada debajo del emparrado, y se acercó á la orilla del estanque; pero no habria aun dado cuatro pasos cuando vió con asombro y sobresalto salir del agua, junto á la calabaza, una cosa muy parecida á un brazo, y arrojar un objeto que vino á caer á sus pies.

Dolores dió un grito arrancado por el miedo y sofocado por el instinto. Tiita Concha salió de su éxtasis y corrió al estanque: Carmencita se dejó á Silverio en mitad de una frase de sentimiento.

Pero antes que llegasen adonde estaba Dolores, esta habia recogido del suelo un canuto de caña, cuyo orificio estaba cerrado con lacre y en cuya superficie leyó estas dos palabras grabadas al parecer con un hierro candente: «De Luis.»

Dolores escondió la caña entre los pliegues del pañuelo.

—¿Qué ha sido? preguntó Cármen á su hermana.

—Nada; me ha parecido ver un lagarto.

Dolores miró de soslayo las aguas del estanque: la calabaza habia desaparecido.

XIX.

El cazador de patos.

Una hora despues se hallaban Santiago y Luis sentados á una mesa de pino de la casita del encinar.

El primero comia, ó mejor dicho, devoraba una gran tortilla con magras, y la rociaba con frecuentes y copiosas libaciones de vino tinto: el segundo saboreaba una taza de la infusion predilecta de los artistas y los enamorados.

Creo que por estas señas habrán comprendido las almas elevadas y los corazones sensibles que aludo al café.

La alegría es espansiva: esta es una verdad vulgar que no necesita demostraciones, y nadie estrañará que Luis mostrase

su contento aquella noche sentando á su mesa al bueno de Santiago, que acababa de traerle una buena noticia. El egoismo, por otra parte, es un poderoso nivelador, y como en el amor, lo mismo que en todas las cosas de este mundo, puede haber una dósis mas ó menos azucarada de aquel acibar, no nos causaria asombro que el acto fraternal de Luis reconociera por secreto y no razonado orígen la utilidad de los servicios que le prestaba su criado.

Bueno es, sin embargo, consignar que Luis era artista, y que en concepto de tal es muy posible que fraternizara con Santiago por el simple hecho de reconocer en el mozo un mérito real, aplicable por casualidad á las circunstancias: porque en honor de la verdad, si hay en el mundo niveladores de buena fe son los artistas, acostumbrados á buscar en todas partes la belleza, con el solo criterio de la estética.

Pero sea de esto lo que fuere, el hecho es que Luis y Santiago se hallaban sentados á una mesa, y que el primero daba muestras visibles de contento. ¡La alegria y la tristeza de los enamorados y de los niños es tan versátil y puede consistir en tan poca cosa!

—Eres un diamante, Santiago, decia Luis al mozo, y creo que la Providencia te ha puesto en mitad de mi camino.

—Para usted será la Providencia, señorito, pero apuesto á que si su tio se entera le cuelga el milagro al demonio.

—¿Estás seguro de que no te han visto?

—Nadie: el que mas ha visto, que es la señorita Dolores, no me ha visto mas que un brazo.

—¿Y podrias jurar que recogió la caña donde iba metida la carta?

—Y que la guardó en el pañuelo.

—¿De modo que á estas horas ya sabrán Dolores y Cármen qué conducta deben observar en estas críticas circunstancias?

—Ya se habrán aprendido de memoria la carta, ó no habian de ser mujeres.

—¿Has comido bastante?

—Ya estoy mas aliviado.

—Cuéntame en detalle tu espedicion.

—No es cosa larga, dijo el mozo atacando un plato de fruta que tenia delante. Salí de aquí, como usted sabe, á las cuatro de la mañana con los pertrechos de guerra; quiero decir, con la calabaza perfectamente acondicionada, con los correspondientes agujeros para los ojos y el respiradero. Ya sabe usted que en mi tierra se cazan asi los patos.

—Ya me lo has contado.

—Bueno va; pues como iba diciendo, salí á paso de lobo del encinar y me fuí para el estanque mirando con cien ojos. Al llegar á la viña, que como sabe el señorito va á rematar junto al estanque, cátate que me veo sobre el repecho de la noria á uno de los guardas, que estaba arrimado á unas brasas guisándose á mi ver el almuerzo.

Entonces ¿qué hago? me tumbo en la viña y gateando de cepa en cepa, me voy acercando poco á poco al estanque sin quitar ojo al mastin de la noria, para agazaparme cada vez que mirase hácia donde yo estaba. Llego de este modo al estremo de la viña y á un descuido del guarda, ¡zas! me zambullo en el estanque y voy á caer dentro de uno de los dos barquichuelos que habrá usted visto arrimados á la orilla.

Desde aquel escondrijo veia de frente la alameda, el jardin y las ventanas de las señoritas, y cuando queria asomaba con tiento la cabeza á la orilla para observar las evoluciones de los guardas.

Puse á mi lado la calabaza y saqué de los bolsillos las provisiones, ya que todo marchaba sin tropiezo. Así pasé la mañana, sin que nadie se acercara por aquellos contornos, á no ser los guardas que trasegaban á un tiro de escopeta, sin perder de vista las cercanías de la quinta.

Serian las tres de la tarde cuando uno de los mastines tomó un sendero que corta la viña y se vino en derechura al

estanque. De que lo vide, me encasqueté la calabaza, y en menos que canta un grillo me zambullí en el agua hasta el cuello, dejando fuera la cabeza postiza. Me agazapé á la sombra entre los dos barquichuelos y me quedé en observacion.

El guarda pasó cantando junto á la orilla del estanque y yo creí que iba á alejarse; pero nones: por allí se estuvo toda la tarde y no tuve mas remedio que aguantar el baño. Por fin dejó el campo libre: yo salí de mi escondrijo sin sacar el cuerpo fuera del agua, y fuí á ponerme en acecho en la orilla que dá frente á la alameda.

De tanto estar en el agua tenia ya cada dedo como una ciruela pasa, y el estómago se me habia pegado al espinazo: y lo peor del cuento, decia yo para mi caletre, será que les dé hoy la ventolera por irse á pasear á otra parte y me esté yo haciendo el atun para las ánimas benditas.

Pero no fue así; porque al poco rato ví abrir la verja del jardin y salir mucha gente á la alameda. Venia delante el tio del señorito; despues una señora acartonada, de buena talla, y mas derecha que una baqueta de fusil.

—Tiita Concha, interrumpió Luis frunciendo las cejas.

—Despues venian las señoritas, prosiguió Santiago; detrás de las señoritas salió una especie de señor jóven muy alto, muy alto, que remataba en punta de sombrero, y otro señor pequeño y fresco como un sorbete.

—Ricardito y Silverio, dijo Luis, dando un puñetazo sobre la mesa.

—¿Los novios? Me lo figuré, prosiguió Santiago. Pues como iba diciendo, salieron todos á la alameda, y los dos viejos se sentaron debajo del emparrado. Yo estaba á dos varas de ellos, arrimado á la pared del estanque, y me puse á escuchar lo que decian.

—¿Y qué decian?

—Cosas muy estupendas, repuso Santiago. Y siguió refi-

riendo á Luis la conversacion de D. Mariano y D. Toribio, con todo lo demas que ya saben mis lectores.

—Todo eso, dijo Luis pensando en alta voz cuando Santiago terminó su relato, corrobora lo que Federico me dice en su carta de hoy. Santiago, añadió dirigiéndose al mozo, es preciso llevar otra carta mañana mismo.

—¿Otro baño? respondió Santiago.

—Es urgentísimo.

—Bien, señorito, pero procure usted no tener de esas urgencias todos los dias.

—Eres un ángel, Santiago.

—Por eso mismo no soy una trucha.

—Pero eres un truchiman, añadió Luis dándole con la mano izquierda una palmadita en el hombro, y con la derecha la onza de oro prometida y dos napoleones por la futura inmersion.

Y con esto se separaron, el mozo para irse á la cama á reposar el baño, y Luis para escribir la carta que aquel habia de llevar á Dolores al otro dia.

XX.

Luis á Dolores.

«Vida mia:

Te escribo con lápiz á la luz de la luna, y veo delante de mí entre las masas de sombra, la blanca torrecilla de la quinta.

Velo con tu imágen adorada y envidio la brisa cariñosa que hace murmurar los limoneros junto á tu ventana.

¡Quince dias sin verte! La vida me seria insoportable si no tuviera un objeto; el de morir por poseerte.

¿Cómo puede dormir tranquilo ese tirano que fragua nuestra desgracia? ¿cómo no le persiguen en sueños las imágenes de sus víctimas inocentes? ¿Por qué no hace su oficio la furia que se alberga bajo su techo?

El monstruo os ha entregado á esa horrible carcelera, á ese ángel malo de nuestros amores; pero hay un génio benéfico que se burla de su vigilancia. Ese ángel bueno es Santiago, un bienhechor de la humanidad, uno de esos séres que, en esfera mas ó menos humilde, consagran su existencia al esterminio de las grandes y pequeñas tiranías.

Gracias á ese hombre leal, podemos escribirnos; gracias á ese mensajero fiel, podemos luchar contra la suerte que nos abruma. ¡Pobre Santiago! hace una semana que vive en el agua por nosotros: es un bautismo de lealtad que no olvidaremos jamás: ¿no es verdad, vida mia?

La impaciencia me devora: quisiera dormir de un sueño todo lo que queda hasta el 9 de Setiembre..... Deseo con ánsia que llegue ese dia, y sin embargo me espanta. ¿Qué será de nuestro amor, qué será de nuestras esperanzas?...

Por Dios, vida mia, no olvideis ninguna de las instrucciones que os comunica Federico en su última carta; porque ya sabeis que de vosotras depende el que no desaparezca el único rayo de esperanza que alumbra nuestros amores.

Tiemble al pensar que de un momento á otro puede descubrirse la estratagema de Santiago y fracasar nuestro plan.

A lo que os dice Federico debo añadir que todo lo que hagais por obsequiar al mónstruo el dia de su cumpleaños, será muy bien recibido. Yo le conozco y sé cuánto le agrada que le mimen y le adulen.

Es condicion de todos los tiranos.

Podeis, por consiguiente, dar libre rienda á la imaginacion para festejarle, seguras de merecer su aplauso.

Adios, vida mia: voy á soñar contigo; no olvides á tu

Luis.»

XXI.

Dolores á Luis.

«Luis mio.

¡Gracias á Dios que me veo libre de espionaje! Nuestra guardiana no nos pierde de vista en todo el dia, y he de robar algunos momentos al sueño para escribirte.

¡Ay! ¡qué triste vida la nuestra, Luis mio! Tener que fingir á todas horas, sin mas tregua que estos momentos de retiro y soledad! ¡tener que mostrar simpatía á esos hombres que nos son tan antipáticos, por el solo hecho de aspirar á nuestro cariño!

Se necesita mucho amor, Luis mio, todo el que os profesamos, para arrostrar una situacion tan penosa... Se necesita ademas (¿no te enfades? ¿no?) la espresa voluntad de nuestro padre para aceptar esta mision de engaño y de dobléz que nos habeis impuesto. ¡Quiera Dios que al menos se logre nuestra esperanza!

Por lo que hace al estado de las cosas, es tan satisfactorio como podeis desear, desde que nos mostramos dispuestas á aceptar la nueva situacion creada por nuestro tio Mariano. Este nos mima como nunca, y sus dos protejidos no nos dejan un solo instante. Nuestro cámbio de conducta para con ellos nos ha valido un aumento de galantería insoportable.

Silverio ha caido en un estado de éxtasis que nos haria morir de risa en situacion menos azarosa... No hace mas que suspirar dia y noche, poner los ojos en blanco y recitar algun trozo de comedia. Ricardito me martiriza, á su modo, obligándome á comer sin piedad, y por lo que hace á tiita Concha... ¿Qué te diré, Luis mio? tiita Concha suspira tambien hace algunos dias, se viste de blanco y lleva tirabuzones como una heroina de novela.

El aire matrimonial que sopla en la quinta ha despertado en ella sin duda ciertos vapores amorosos de sus mocedades. Es una historia curiosa que te voy á referir y que te pondrá al corriente al propio tiempo del estado en que se hallan nuestros asuntos.

Ayer tarde salimos á dar nuestro paseo por la alameda. Como de costumbre, Cármen y yo dirijimos una mirada á las aguas del estanque y vimos que era dia de correo: la calabaza estaba en su sitio.

Cármen se encargó como siempre de distraer á nuestros guardianes y á poco recibí la misiva que nos traia Santiago. Tiré al agua la mia, encerrada en su sobre de caña, y no tardé en hallar un pretesto para ir á mi cuarto á leer lo que me decias.

Entré en el jardin con este objeto, y no habria andado treinta pasos cuando oí la voz de mi tio que hablaba con álguien, pronunciando mi nombre y el de Cármen. Acerquéme quedito hácia donde sonaba la voz, que era en el cenador junto á la fuente, y escondida entre las matas de yerba-luisa y malva-rosa que hay allí cerca, pude ver á los que hablaban y escuchar la conversacion.

¡Escuchar!... Ya lo ves, Luis, ya ves en qué horribles defectos nos hace incurrir vuestro amor. Para mayor vergüenza, te confesaré que esta idea no se me ocurrió en aquel momento, porque instantáneamente me dominó el deseo de escuchar una conversacion en que se trataba de nosotras.

La persona con quien hablaba nuestro tio era tiita Concha. La solterona estaba reclinada en uno de los asientos rústicos del cenador, vestida de blanco por el figurin del año treinta, y con dos cascadas de tirabuzones que le acariciaban los tendones del cuello. Hablaba con desmayo y miraba con languidéz á nuestro tio Mariano. ¡Qué ridícula vision, Luis mio!

Voy á decirte lo que escuché.

—Todo marcha á pedir de boca, decía nuestro tio, y á usted

se le debe en gran parte, Conchita. Desde que se halla usted en la quinta las niñas han cambiado completamente, y los sobrinitos han ganado el pleito antes de lo que yo creia.

—¡Son tan buenos! respondió tiita Concha con languidéz.

—Eso sí, dos corderos, repuso nuestro tio: me parece, sin embargo, Conchita, salva la opinion de usted, que Silverio no perderia nada con abandonar de vez en cuando sus pujos sentimentales. ¡Qué diantre! el mozo disfruta de perfecta salud y no veo la razon para que esté suspirando á todas horas, y poniendo los ojos en blanco y mordiéndose el lábio inferior como si le doliera algo.

—¡Es tan sensible!

—Sin embargo, no estará de sobra que usted modere un poco su sensibilidad. Por lo que hace á Ricardito, me parece que abusa tambien un si es ó no es de su desarrollo físico... y de los comestibles, empleados como sistema absoluto de galantería.

—¡Es tan candoroso!... ¡tan llano!...

—Convenido; pero ya comprenderá usted que eso de estar haciendo todo el dia el Sanson... Yo le hablo á usted con esta franqueza, Conchita, porque sé que es usted mujer de entendimiento.

—¡Ah! sí, dijo tiita Concha acariciándose los tirabuzones, hable usted con franqueza, Mariano... ¡Hace tanto tiempo que nos conocemos! ¿Se acuerda usted de la primera vez que nos vimos en Navajas?

—¡Ya lo creo! fue por el año de treinta y dos.

—¿Se acuerda usted de nuestra primera conversacion?

—Eso no lo tengo tan presente.

—¿Se acuerda usted de la carta que me escribió á los cuatro dias?

—Una declaracion, repuso sonriendo nuestro tio Mariano; me acuerdo como si hubiera sido ayer.

—¡Qué carta, Mariano! dijo tiita Concha cerrando los ojos y dejando caer la cabeza sobre el hombro.

—¡Y qué tiempos! añadió el tio Mariano exhalando un suspiro que considerado con imparcialidad, no se podia atribuir precisamente al recuerdo evocado por la solterona.

—Y sin embargo, me olvidó usted... y se casó con otra...

—¿Qué quiere usted?. . tenia yo veinte años, la edad de la irreflexion: no habia recorrido aun el vasto campo de la filosofía. ¡Si volvieran aquellos tiempos con el caudal de esperiencia que ahora tengo!

—¡Qué haria usted, Mariano? interrumpió tiita Concha interpretando en su favor las palabras de su húesped.

—En fin, á lo hecho pecho, lo pasado pasado... y ya es duro Pedro para cabrero, repuso el tio Mariano, echando á broma este incidente de la conversacion. ¿Qué sabemos, Conchita? Dicen que los viejos vuelven á la infancia. ¿Quién sabe si usted y yo volveremos á las andadas?

Tio Mariano sazonó estas últimas palabras con una gran carcajada, pero tiita Concha que por lo visto trataba el asunto muy sériamente, acabó de inclinar la cabeza sobre el brazo del sofá rústico, en un ataque de sensibilidad.

Nuestro tio volvió á la interrumpida conversacion de nuestro casamiento, y dió noticia á la solterona de una carta de papá en que este anunciaba su próxima llegada sin fijar el dia. Añadia que conformándose con los deseos de nuestro tio, vendria á fijar definitivamente nuestro porvenir y disponer de nuestra mano.

Nuestro tio añadió que era preciso apresurar los preparativos de las bodas, que deseaba ver realizadas tan luego como su hermano, por pura formalidad, sancionase oficialmente lo acordado.

Terminada esta conversacion, el tio Mariano se levantó y la solterona le tendió la mano con fatiga para que le ayudase á hacer lo mismo. Luego se le colgó del brazo y reclinando la cabeza sobre el hombro de su caballero, le dijo con lánguida voz, recordando una frase de la conversacion:

—¡Mariano!... ¿Volveremos á las andadas?

Los dos interlocutores se alejaron y solo oí reir á tio Mariano.

Ya sabes, Luis mio, el estado de nuestro asunto y una historia que tal vez ignorabas: los amores de nuestro tio con tiita Concha.

Por lo demas, te diré que papá está muy diplómatico con nosotras: nos habla del pleito que va á fallarse dentro de breves dias, y nos anuncia su próxima llegada en los mismos términos que á su hermano. ¿Cuál será nuestra suerte dentro de algunos dias? Esta incertidumbre es terrible, y Cármen y yo temblamos al pensar en el desenlace fatal que puede tener la comedia despues del sacrificio que hacemos representándola.

Ricardito y Silverio secundan con entusiasmo nuestro proyecto para el dia del cumpleaños, y trabajan con gran actividad en los preparativos. Plegue á Dios que aquel dia de fiesta no se convierta en dia de luto.

Adios; no te olvida un momento tu

Dolores.»

XXII.

D. Gaspar á Luis.

Madrid 28 de Agosto de 18...

«Estimado sobrino:

Federico te habrá enterado de muchas cosas que no hay para qué repetir.

Esta se reduce á decirte que no sé todavía lo que podré hacer por vosotros en la grave cuestion que vamos á ventilar el dia 9 de Setiembre. Mi hermano y yo nos hemos querido siempre con estremo; su ayuda y su consejo me han sido de gran utilidad en los tiempos en que se dejaba guiar por el buen sentido, y no puedo romper los santos vínculos de la sangre y de la amistad.

Haré, sin embargo, por vosotros, y al decir vosotros hablo tambien de mis hijas, cuanto de mí dependa.

Soy viejo, y marino á mayor abundamiento: dos bulas para decir la verdad. Cuando recibí la carta de mi hermano, en que me anunciaba vuestra espulsion de su casa, mostré singular empeño en averiguar por acá vuestra conducta, con el deseo y la casi certidumbre de encontrar en ella razones de sobra para desimpresionar á mis hijas; pero me resultó lo contrario de lo que imaginaba.

Mis averiguaciones tuvieron por resultado la certidumbre de que tú y Federico érais, el uno un artista muy aventajado, el otro un abogado que acaba de entrar brillantemente en la profesion: dos imaginaciones algo calientes, pero dos corazones honrados: en una palabra, lo que se puede llamar dos mozos de provecho.

Estos datos modificaron mi juicio, y cuando vino Federico á pedirme ayuda y proteccion, halló bien preparado el terreno.

Te digo esto para que veas que estoy dispuesto á apoyaros, y que mis deseos son los de mis hijas y los vuestros: si por desgracia se opusieran á ellos graves obstáculos, no seria por falta de buen deseo.

De todos modos, cuenta siempre con el cariño de tu tio

Gaspar Huerta.»

XXIII.

Preparativos de fiesta.

Llegó por fin el dia 9 de Setiembre. La casa de campo de D. Mariano recibió como una coqueta la primera sonrisa del alba.

Las aves del jardin hallaron sus dominios engalanados de una manera inusitada, y al penetrar con la aurora en su salon

de conciertos matinales, aquellos cantores de las selvas se vieron desorientados.

En vano buscaron el geniecillo de Vergara, colocado sobre la taza de la fuente. El génio habia desaparecido en el corazon de una especie de haz de verdura matizada de flores, y solo se le veía el brazo levantado con los cinco lirios por donde despedia el agua.

Del borde de la taza pendian grandes festones de jazmines y dompedros ensartados en bramantes.

Al llegar al anden principal del jardin, los pájaros retrocedieron espantados. Allí se levantaba á manera de un arco de triunfo, hecho de cañas y cubierto de hojarasca, obra maestra concebida por Ricardito y Silverio y ejecutada bajo su direccion por los mozos de la quinta.

Al tratar de los accesorios que habian de completar esta obra monumental, hubo discordancia en los pareceres: Ricardito opinaba que debian colocarse en lo alto del arco unos aperos de labranza, que en su concepto era lo mas adecuado á una fiesta campestre. Pero Silverio, fiel á sus hábitos de adulacion, sostuvo la conveniencia de coronar la obra con alguna alegoría que cediese en alabanza de la persona en cuyo honor se hacia la fiesta.

Ricardito se rindió, como tenia de costumbre, á las razones de Silverio, y quedó resuelto que se honrase en el objeto alegórico la sabiduría de D. Mariano.

Silverio consultó con todas las estrellas del firmamento la manera de realizar este proyecto, y al cabo se le ocurrió una idea luminosa. Dispuso que el jardinero le llevase secretamente á su cuarto un monigote relleno de paja que servia de espantajo en una viña inmediata á la quinta, y envió á buscar á Segorbe la máscara de carton mas *venerable* que pudiera encontrarse.

El espantajo fue sentado en una silla y atado á ella sólidamente; se le puso la máscara; se le envolvió en una sábana

figurando los pliegues de un manto, y para complemento de la obra se le puso un tomo en fólio abierto sobre las rodillas.

Un autor preocupado, como lo estaba Silverio, pudo ver en todo esto un sábio de la Grecia; pero los pájaros, que no entienden el lenguaje de la pasion, echaron de ver el espantajo de la viña bajo el manto rozagante de la simbólica figura, y huyeron despavoridos al otro lado del jardin.

La fachada de la quinta estaba adornada con gusto, y únicamente allí se veía la huella de una mano delicada. Esta mano, ó por mejor decir, esta inteligencia delicada, era evidentemente mujeril. ¿Quién si no una mujer apasionada sabe decir bonitas cosas con las flores?

El adorno de la fachada estaba esclusivamente confiado á estas hijas del campo, y era obra, esclusiva tambien, de Cármen y Dolores.

La alameda estaba tambien de fiesta. El suelo enramado de mirto y mastranzos; embalsamaba el aliento fresco y puro de la mañana, y de un árbol á otro se veian festones de farolillos de colores á lo largo del paseo.

Todas estas decoraciones, preparadas de antemano, se habian colocado durante la tarde y la noche anterior bajo la direccion y la cooperacion material de Ricardito y Silverio, que, como era consiguiente, no se acostaron.

El alba los sorprendió maniobrando en el estanque. Ricardito, con los aladares pegados á los carrillos por el sudor, trasegaba de aquí para allá en cuerpo de camisa. Silverio daba órdenes desde la orilla del estanque, sin tomar parte activa en los trabajos, por no maltratar el pulido cútis de las manos.

La obra estaba muy adelantada. Las dos barquillas del estanque, separadas una de otra como unos tres metros, y utilizadas á guisa de estribos de puente, sostenian un tablado bastante capáz, con su barandilla. En el centro de esta especie de salon flotante, habia una mesa larga con sillas enderredor, y de los cuatro ángulos del tablado salian otros tantos made-

ros que sostenian un techo de lo mismo, sobre el cual descansaba un toldo improvisado, con el ausilio de algunas cortinas.

Ricardito y dos criados se ocupaban en el adorno de este edificio caprichoso y otros dos mozos talaban los alrededores del estanque para surtirlos de hojarasca con que cubrir las barandillas.

Este salon flotante era invencion de Cármen y Dolores, las cuales querian sorprender á su tio haciendo servir la comida en medio del estanque.

Todos estos trabajos habian comenzado el dia anterior y al efecto se habia prohibido á D. Mariano la entrada en el jardin y en la alameda, obligándole á pasear por la huerta que estaba en el lado opuesto. El filósofo obedeció, con mucho placer, las órdenes de sus sobrinas, y se mantuvo todo el dia á distancia respetuosa del sitio vedado, saboreando anticipadamente la sorpresa que se le preparaba.

Los primeros rayos del sol hallaron terminada la obra maestra del estanque. Ricardito saltó á la orilla y se alejó algun trecho para examinar el efecto.

—¡Magnífico! gritó, subiéndose el pantalon que con el trabajo habia perdido el apoyo de las caderas: me parece que las niñas quedarán contentas.

—¿Qué falta? preguntó Silverio.

—Nada; es decir, falta lo nuestro; ya sabes, los fuegos artificiales.

—Sí, pero esa es una sorpresa para todos; hasta para Cármen y Dolores.

—Por supuesto: los fuegos están preparados, y no hay mas que plantarlos á última hora en la orilla del estanque: ya están hechos los agujeros.

—Voy á lavarme y peinarme, dijo Silverio: estoy hecho un asco.

—Voy á comer cualquier cosa, dijo Ricardito: estoy pataleando de hambre.

Y los dos primos entraron en la quinta.

XXIV.

Un huésped inesperado.

D. Mariano caminó aquel dia de sorpresa en sorpresa, y la primera le fue servida con el chocolate.

En medio de las felicitaciones de costumbre, Silverio sacó un papel festoneado; levantóse de la mesa y sumergiendo la frente en un rayo de sol, que penetraba por una ventana del comedor, leyó una especie de epitalamio, que mejor podia pasar por epitafio de las musas.

Mientras Silverio leia, su primo Ricardito se rascaba la cabeza: la noble emulacion ardia en su alma y sentia una comezon invencible de hacer algo para no quedarse á la zaga de su primo. Silverio acabó de leer su aborto poético y se lo entregó á D. Mariano en medio de los frenéticos aplausos de D. Toribio, el de las Viñas y de tiita Concha.

Apremiado por las circunstancias y no hallando una sola idea en el desierto de su cerebro, Ricardito se levantó de repente y comenzó á poner en los platos puñados de bizcochos y tostadas de pan, pero con tal aturdimiento que derribó una botella de agua y le vertió á su tio Toribio el chocolate en el pantalon.

Como de costumbre, el Sr. de las Viñas apostrofó en esta ocasion á Ricardito llamándole bruto.

Despues del chocolate bajaron al jardin. Tiita Concha, vestia de blanco como la vírgen de Underlach conservada en espíritu de vino. Al llegar á la escalera tomó el brazo de D. Mariano y le dió algunos apretones significativos.

Ricardito y Silverio iban delante haciendo los honores de aquel jardin encantado, y al llegar al arco de triunfo volvieron la cabeza para gozar de la sorpresa de D. Mariano.

—¡Magnífico! esclamó D. Toribio, parándose á contemplar el

mamotreto; pero ¿á qué fin habeis puesto allá arriba un espantajo?

—¡Hombre, qué desatino! dijo D. Mariano queriendo corregir la torpeza del Sr. de las Viñas; ¿no ves que esa figura representa una ninfa?

Dolores y Cármen se mordieron los lábios por no reir, y Silverio siguió el anden adelante muy mohino.

Ricardito se arrimó á su primo, y dándole con el codo en el brazo, le dijo amostazado:

—¿Por qué no me dijiste que era una ninfa? ¿pensabas que no habia de guardar el secreto?

D. Mariano se contentó con ver el jardin: habia prohibicion de traspasar sus límites hasta la hora de comer, y volvieron todos á la quinta, donde la tia Antonia perfumaba el ambiente con las varias emanaciones que despedian los hornillos.

A las dos de la tarde el héroe de la fiesta pudo gozar de la sorpresa del estanque. D. Mariano fue conducido al salon flotante donde estaba servido el banquete campestre, y halló muy de su agrado la invencion de sus sobrinas.

Quizá Sanson elogió tambien alguna vez las tigeras de Dalila.

Ricardito y Silverio, armados de perchas, llevaron al centro del estanque aquella embarcacion de nueva especie y todos se sentaron á la mesa.

Los elogios de D. Mariano cesaron por un momento para hacer justicia á la tia Antonia, que, como se dice vulgarmente, se habia escedido á sí misma.

Tiita Concha habia contribuido tambien al festin con un plato de su repertorio, que figuraba en una mesa aparador, colocada en uno de los estremos del salon flotante. Era una fuente de crema, en cuya superficie se leía esta inscripcion de gragea:

Concha á Mariano.

La comida tocaba á su fin. Dolores y Cármen, que durante toda ella habian procurado disimular su creciente inquietud, dirigieron con zozobra la vista á los cuatro puntos cardinales.

Se sirvieron los postres. Tiita Concha se levantó para servir ella misma la *dulce alusion* confiada á la gragea, y ya iba á presentar la fuente á D. Mariano, cuando una esclamacion de alegría de las dos jóvenes hizo volver á todos la cabeza.

D. Gaspar se hallaba de pie en la orilla del estanque, junto al emparrado.

—¡Ah de la barca! gritó el marino: ¡mas vale llegar á tiempo que rondar un año! Acercadme acá esa arca de Noé, si quereis que beba un trago á la salud de mi hermano.

XXV.

Desenlace á flor de agua.

Ricardito y Silverio maniobraron con las perchas, y despues de dar entrada á D. Gaspar, volvieron á conducir á su sitio el salon flotante.

D. Mariano abrazó lleno de alegría á su hermano, y las niñas creyeron volverse locas de contento. Silverio y Ricardito estrecharon solícitos la mano de su futuro suegro: el primero se apresuró á ofrecerle su silla, y el segundo le llenó el plato de cuantos comestibles pudo haber á las manos.

—¡Bravo! dijo el marino; he llegado á tiempo de celebrar contigo el quincuagésimo-segundo aniversario de tu nacimiento, y muchos que veamos con salud. He logrado mi objeto y esta misma tarde os dejo por algunos dias.

—¡Cómo! interrumpió D. Mariano muy alborotado: ¿acabas de llegar y ya nos hablas de otra caminata?

—Debo estar en Valencia mañana mismo, por cosas de la mayor importancia: se trata de nuestro pleito, acerca del cual, sea dicho de paso, tengo muy buenas esperanzas.

—Mariano, dijo á esta razon tiita Concha, que se habia quedado de pie, detrás del filósofo, con la fuente de crema en la mano: acepte usted esta friolera.

Pero D. Mariano tenia fija la imaginacion en otra cosa y no oyó á tiita Concha.

—¿Pero no puedes esperar hasta mañana? preguntó el filósofo á D. Gaspar.

—De ninguna manera; tengo que marchar dentro de un par de horas. En rigor debia estar ya en Valencia, ¿pero quién resiste á la tentacion de dar un abrazo á un hermano querido el dia de su cumpleaños?

—Pues mira, Gaspar, repuso D. Mariano dirigiendo una mirada significativa á sus sobrinas; antes que te vayas es preciso llenar una formalidad.

—¿Cuál?

—Ya sabes, añadió el filósofo con sonrisa picaresca. Las niñas aguardan.

—¡Ah! sí, es, en efecto, un asunto sério que conviene zanjar y acerca del cual queria hablarte sériamente.

—Pues á ello: esta es la ocasion.

—He pensado mucho en ese negocio desde que me escribistes la ocurrencia de los muchachos, y á fuerza de discurrir, he venido á sacar en limpio una cosa.

—¿Qué cosa? preguntó D. Mariano acercando su silla á la mesa.

El Sr. de las Viñas puso sobre ella los codos, y descansó las quijadas sobre las palmas de las manos para escuchar mejor.

Ricardito aprovechó este claro para colmar el plato de Don Gaspar, y Silverio envió un suspiro al toldo del salon flotante.

—He sacado en limpio, prosiguió D. Gaspar, que necesitamos proceder con mucho tino, con mucha prudencia, y aun me atreveré á añadir con mucha sagacidad, para no causar la desgracia de estas dos niñas.

—¡Cómo es eso! esclamó D. Mariano sobresaltado: ¿pues qué ocurre?

—Es necesario, añadió D. Gaspar con entonacion cada vez mas grave, que no perdamos de vista un solo instante los peligros á que puede esponerlas la estraña fatalidad que pesa sobre nosotros dos. Hartas veces hemos espuesto, contra toda nuestra voluntad, su preciosa vida.

—Líbrenos Dios de volver á vernos en aquellos conflictos, que no puedo recordar sin estremecerme. Pero ¿qué tiene que ver eso con el asunto de que hablamos?

—¡Mucho! dijo D. Gaspar con la mayor gravedad. Hemos echado en olvido con imperdonable ligereza una circunstancia muy importante: este olvido ha engendrado un error, y en ese error he visto una prueba patente de tu alta penetracion y de tu profundo conocimiento del corazon humano.

La boca de D. Mariano, que estaba entreabierta por el asombro se cerró, para sonreirse con la placidéz del amor propio lisonjeado.

—¿De qué olvido hablas? preguntó.

—Recuerda bien los hechos de que voy á hablarte. ¿En dónde hablamos por primera vez de casar á las niñas con Luis y Federico?

—Espera... eso fue... sí, eso fue en la Habana.

—Exactamente: en la Habana fue donde por primera vez hablaste en general y sin determinar con cuál de sus primos se habia de unir cada una de tus sobrinas, de la feliz combinacion que veias en estos dos enlaces.

—Sí, lo recuerdo muy bien, dijo D. Mariano volviendo la cabeza al sentir que le tocaban en el hombro. La curiosidad del filósofo estaba escitada en alto grado, y frunció las cejas al ver que quien le distraia de aquel modo la atencion era tiita Concha, que estaba todavía con la fuente en la mano, y que aprovechó el movimiento retrógrado de la cabeza de su húesped para ponerle delante la crema rotulada, diciendo al propio tiempo con languidéz.

—¡Concha á Mariano!

El filósofo cogió el plato con impaciencia, sepultó en la crema lo primero que le vino á la mano, que fue medio queso, y se lo devolvió, diciendo con sequedad:

—¡Mariano á Concha!

Confusa y resentida la solterona, se fue á un estremo del salon flotante y arrojó la fuente al estanque.

Aquella fue la sepultura de sus amores con D. Mariano, exhumados con tan mala suerte en el jardin de la quinta.

—¿Conque decias?... prosiguió D. Mariano sin cuidarse de la solterona.

—Decia, repuso D. Gaspar sofocando una sonrisa que pugnaba por resolverse en una carcajada homérica; decia que al presagiar entonces en general la inclinacion que habia de unir los corazones de tus cuatro sobrinos, discurrias en virtud de una observacion más profunda y certera de lo que ahora imaginas.

—¡Sí! esclamó D. Mariano con vehemencia; así lo he creido siempre, y cuanto mas pienso en ello, menos concibo cómo he podido incurrir en error!

—Es que no hay tal error.

—¿Que no hay tal error?

—No, no le hay: el error está en otra cosa. Recuerda bien los hechos. ¿Cuándo te se ocurrió por primera vez la idea de que el amor que habias descubierto, digámoslo así, en embrion, habia de existir, precisamente entre Cármen y Luis, entre Dolores y Federico? ¿Cuándo hablaste por primera vez de unir en esa forma las simpatías que veias nacer en ellos?

—Hombre eso sí que no lo recuerdo, dijo D. Mariano, despues de reflexionar un poco.

—Pues yo lo recuerdo ahora perfectamente. Esa idea te se ocurrió durante la famosa travesía de la Habana á Cádiz, y antes que ocurriese aquella série de accidentes misteriosos que tantas veces pusieron en peligro la vida de tus sobrinas.

—Hombre, ¿estás seguro? dijo D. Mariano abriendo mucho los ojos.

—Segurísimo, repuso D. Gaspar fortificándose heróicamente en la afirmacion, al ver que en este punto reinaba la duda en los recuerdos de su hermano. ¿Comprendes ahora en qué consiste lo que llamas érror? Tu inspiracion de tierra firme era la buena; tu proyecto concebido sobre el agua habia de ser erróneo y fatal. Los muchachos debian amarse, pero no con arreglo á tu combinacion.

—¡Ahora lo comprendo! esclamó D. Mariano dando una palmada sobre la mesa. Yo bien decia que era imposible haberme equivocado de una manera tan supina... ¿Te has hecho cargo, Toribio? añadió dirigiéndose á su amigo el de las Viñas, que habia escuchado el diálogo, paseando la vista de D. Mariano á D. Gaspar, de D. Gaspar á D. Mariano, y de éste á sus dos sobrinos.

—Así, así, respondió D. Toribio; eso se parece á la historia que me contabas el otro dia.

—¡Con que yo no me he equivocado! dijo D. Mariano moviendo la cabeza de atrás adelante y sonriendo con orgullo.

—No, repuso D. Gaspar, nuestro error ha estado en olvidar la circunstancia que felizmente he recordado á tiempo... ¡Mala peste!... si no es por esa casualidad, sabe Dios lo que hubiera sido de estas pobres criaturas.

—Pues, señor, dijo D. Mariano, levantando la cabeza, que habia doblado un momento para reflexionar: eso cámbia completamente el aspecto de las cosas, y voy á decir lo que pienso en un asunto que tanto interesa á la felicidad de mis queridas sobri...

El filósofo no pudo continuar, porque de repente D. Gaspar le tapó la boca con la mano.

—¡Silencio! dijo éste mirando á un lado y otro como si observara por primera vez una circunstancia importante: no mentes á tus sobrinas.

—¿Pues qué hay? preguntó D. Mariano sorprendido.

—Mira lo que tenemos debajo, repuso el ex-marino, dando al asunto y á la fisonomía una espresion misteriosa.

D. Toribio y sus sobrinos pasearon la vista por el suelo, miraron debajo de la mesa, y volvieron á clavar los ojos en D. Gaspar.

—¡Comprendo! esclamó D. Mariano dándose una palmada en la frente... ¡Estamos sobre agua!

—Sí, repuso D. Gaspar: estamos en mi elemento... ¡Esto es providencia! ¡Silencio, Mariano, silencio!. Aquí me toca hablar á mí, y voy á asegurar la felicidad de mis hijas, haciendo justicia á tu penetracion.

D. Mariano miró á su amigo el de las Viñas, encogiéndose de hombros y mostrándole con las manos las aguas del estanque, como diciendo:—Ya sabes: aquí soy un cero á la izquierda.

—Señor D. Toribio, prosiguió el ex-marino dirigiéndose al Sr. de las Viñas: por lo que veo, usted está enterado de la estraña influencia á que nos hallamos sujetos mi hermano y yo en todo lo que concierne á mis hijas. Siento infinito que un olvido lamentable me haya puesto en riesgo inminente de obrar contra la inspiracion, en cuya esperiencia y penetracion tengo una fé ciega, fortalecida por la conviccion del cariño paternal que profesa á mis hijas. Me duele tambien á par del alma tener que privarme del honor que me proporcionaba un enlace con su apreciable familia, honor que ya estaba resuelto á aceptar con gratitud, cuando la reflexion ha venido á demostrarme cuán imprudente seria rechazar la primera eleccion de mi hermano.

—¡Permítame usted! dijo Silverio azorado; me atrevo á dudar que Cármen sea de esa misma opinion; y si no, que hable, que diga una sola palabra, que consulte su corazon, añadió el escribiente con entonacion dramática y poniéndose de puntillas.

—Sí, señor; y que hable tambien Dolores, dijo Ricardito.

—Lo que mi tio dispuso en la Habana es ley para mí, dijo Cármen, poniéndose encendida como el granate.

—Y para mí tambien, añadió Dolores, mirando al suelo.

—Ya lo oyen ustedes, repuso D. Gaspar.

—¿Pero en qué quedamos? dijo el Sr. de las Viñas; porque yo no entiendo este lio. ¿Con quién se casa cada cual?

—Se casan, mi hija Cármen con D. Federico Velasco, abogado muy distinguido de Madrid, educado en la escuela de mi hermano; y mi hija Dolores con D. Luis Antonio Varela, pintor muy conocido en la córte, y de quien esperan mucho los entendidos.

—Eso sí, dijo D. Mariano, son dos mozos de provecho.

—¡Ricardito! gritó el Sr. de las Viñas, muy encendido, ¡arrima á la orilla este armatoste!

Ricardito cogió la percha y comenzó á remar como un furioso.

Al llegar el colon flotante á la orilla, tiita Concha fue la primera que desembarcó; siguiéronla sus sobrinos, y D. Toribio, que venia detrás los enderezó á todos de un empellon hácia el camino de Navajas, gritando como un energúmeno:

—¡A casa!... ¡A casa!...

Al pasar junto á los fuegos artificiales, Ricardito, por desahogar su cólera, arrancó del suelo la estaca que sostenia los juegos pirotécnicos, y dió la última muestra de vigor, llevándose en hombros el obsequio destinado á D. Mariano.

XXVI.

Para concluir.

Aquella misma noche salian de Segorbe Federico y Luis, instruidos por su tio el marino, de lo que habia ocurrido en el estanque.

Los dos jóvenes caminaban hácia la quinta de su tio Mariano.

Volvian al paraiso perdido.

La luna les sonreía con esa dulce sonrisa que guarda como una avara para los dichosos de este mundo.

De vez en cuando interrumpian el susurro de su conversacion y se paraban á respirar el ambiente puro de la noche, saturado de felicidad.

Delante de ellos caminaba Santiago con las muletas al hombro, una tranca en la mano, y entonando uno tras otro cantar.

Las coplas de Santiago estaban impregnadas de poesía, y llegaban como caricias en alas de la brisa á los dos oidos de los enamorados.

—Federico, dijo Luis á su primo, el tio Gaspar es un ángel, y nos ha abierto un paraiso.

—Sí, es el mejor de los tios.

—Hemos corrido una gran tempestad.

—¡Horrible! de pensarlo se me erizan los cabellos: hemos luchado el amor y la filosofía.

—Pero ha vencido el amor.

—Ya, como que la filosofía no es mas que una ciencia....

—Al paso que el amor es un sentimiento, dijo Luis con enfática formalidad, terminando la frase de Federico.

Santiago iba cantando delante:

Las penas y los placeres
Comen á la misma mesa:
Las unas van devorando
Lo que los otros se dejan.

A los dos meses Federico y Luis se casaron con sus primas, y los placeres se sentaron con ellos á la mesa de boda: las penas dejaron por embustera la copla de Santiago, y por entonces no pidieron su parte en el festin.

El mozo manchego se quedó con el pomposo título de mayordomo en casa de Luis, y su mujer Teresa de doncella de Dolores.

D. Gaspar ganó su pleito.

Cuando pasó el tumulto de la boda, los personajes de esta historia reflexionaron sobre el desenlace de los sucesos anteriores.

D. Mariano: (*Aparte.*) No me engañaba: la esperiencia y la sabiduría han salido triunfantes.

D. Gaspar: (*Aparte.*) Mi hermano ha quedado contento, y las niñas se han casado ventajosamente y á su gusto, gracias á una inocente mentira.... He cumplido los deberes de hermano cariñoso y de buen padre de familia, y estoy contento de mí.

Dolores y Cármen: (*Aparte.*) ¡Pobre tio Mariano! le hemos engañado; pero nos ha obligado á ello papá, y es preciso obedecer á los padres.

Luis y Federico: (*Aparte.*) La nave inventada por el tio marino ha sido el arca salvadora del sentimiento.

Santiago: (esplicando á los guardas de D. Mariano algunos secretos de agricultura.) Una calabaza sembrada en el agua produce dos calabazas al cabo de algunos dias.

FIN.

LA VENTANA DEL DIABLO.

(TRADUCCION POPULAR.)

INTRODUCCION.

De Valencia en una calle,
Que se titula en el dia
Calle del Horno del Vidrio,
Existe una casa antigua,
Cuyas vetustas paredes
Hoy renovadas se miran
Sin que el rastro se descubra
De su parda sillería.
En el ángulo sombrío
Que la fachada termina,
Hácia el medio de la calle,
Y el cual en remotos dias
Sirvió de apoyo á las tapias
De un jardin que cerca habia,

Donde hoy existe un callizo
Sin entrada y sin salida;
No há mucho que una ventana
De estructura nunca vista,
Por estar de un modo estraño
Cortada en la misma esquina,
Era el tema inagotable
De consejas peregrinas,
Y del ignorante vulgo
Pasmo, asombro y maravilla.
Las viejas que cerca viven
Con hondo terror la miran,
Y siempre que cerca pasan
Se apresuran y santiguan;
Y circulan por el barrio
De gomias, duendes y arpías
Historias tan espantosas
Que los cabellos erizan.
Unos, que han visto aseguran
Allá en la noche sombría,
Abrirse de la ventana
Las dos hojas por sí mismas,
Y cabalgando en escobas,
Entrar catervas nutridas
De brujas, que en aquel sitio
Su aquelarre solemnizan.
Otros, baladros horribles
Y espantosa gritería
Y ruido de cadenas
Que han oido certifican.
Tal pretende que en las noches
De tempestad, cuando silba
Furioso el ronco huracan,
De la ventana maldita

Se desquician ambas hojas
Con un fragor que horroriza,
Y una fosfórica llama
Se escapa por las rendijas.
Y al pasar de boca en boca
Estas versiones distintas,
Que escitada por el miedo
Abulta la fantasía,
No falta quien dá por cierto
(Y al decirlo se santigua)
Que ha visto el diablo en persona
Cierta noche que salia
De la ventana; y tan cerca
Pasó de donde él le via,
Que pudo asirle de un cuerno,
Si el pavor no le atosiga.

—

No tan horrendas historias
De trasgos y brujerías
El vulgo supersticioso
Sin causa alguna fabrica.
De *la Ventana del Diablo*
Aun se cuenta en nuestros dias
La tradicion misteriosa
Que tanto embuste origina.
Como la oí siendo niño,
Voy, lector, á referirla;
Y cuenta que nada pongo
De mi propia fantasía.
Tal como yo te la ofrezco
La misma fama la dicta,
Y en cierto códice antiguo
Fray Garcerán la consigna.

ROMANCE I.

DOS ESTUDIANTES.

En un menguado aposento
De ratas viles morada,
Cuyas húmedas paredes
Festonan las telarañas,
Dos hombres, cuyos jubones
Son celosías de sarga,
Donde asoma una camisa
Que fue en otro tiempo blanca;
El uno enfrente del otro,
Y en gran silencio, ocupaban
Junto á una mesa algo coja
Dos sillas desvencijadas.
Era una tarde de Enero
Y el sol que á occidente baja
Un rayo cansado y tibio
En que rebullen y nadan
Mil átomos juguetones,
Desliza oblícuo en la estancia
Por el estrecho lucero
De una mezquina buharda.
Y á su luz dudosa entrambos
Formando un arco la espalda,
Los codos sobre la mesa,
Sobre los puños la barba,
En dos infólios abiertos
Atenta la vista clavan,
Cual si enfrascados y absortos
En su lectura se halláran.

Mas aunque el libro parece
Que la atencion les embarga,
Si se observan bien sus ojos,
La espresion incierta y vaga
De sus veladas pupilas
Dá muestra patente y clara
De que en al que en su lectura
Tienen la mente ocupada.
Eran ambos estudiantes,
Segun el códice narra,
Y el *Corpus juris canonicus*
El libro que contemplaban.
Su edad en los veinte frisa,
Y aunque su porte y su traza
Van publicando el rigor
Con que fortuna los trata,
Pesia la astrosa ropilla
Y á las calzas oradadas,
Aun dan patentes indicios
De su presencia gallarda.
Y á aun de su ingénio estremado
Nos habla mucho la fama
Magüer que fray Galcerán
No menta esta circunstancia.
Mas puedo, lector, decirte,
Por ser cosa averiguada,
Que la sacra teología
Ambos mozos estudiaban,
Y que en las rudas contiendas
Y en las controversias árduas
Que en las aulas de aquel tiempo
Eran de la ciencia el alma,
Hugo Maza y Juan Belluga
(Que asi los héroes se llaman

De este cuento peregrino)
Se daban tan buena maña,
Y en sutilezas y argucias
Tan fecundos se mostraban,
Que al sofista mas ladino
Pudieran dar quince y falta.

—

De repente Juan Belluga
Enderezando la espalda
Y echando hácia atrás el cuerpo,
Dió en la mesa una palmada.
Quitó los ojos del libro
Al golpe rudo Hugo Maza,
Y fijó absorto en Belluga
La pensativa mirada.
Y mientras el ténue rayo
Del sol dejaba la estancia,
Es fama que entre los dos
Mediaron estas palabras.

—

Belluga.—Pues que no hay otro remedio
¡Vaya al diablo la sotana!
Que bien mirado el asunto
No sirvo yo para papa.
Maza.—¡Vítor Belluga! lo propio
Pensando ahora mismo estaba,
Que para ser un mal cura,
Mejor cosa es no ser nada.
B.—¿Luego al bonete renuncias?
M.—Renuncio de buena gana.
B.—Pues ya que nada lo estorba
Hablemos de las rapazas.
M.—Hablemos de ellas, Belluga,
Y hablemos hasta mañana,

Que de pensar en Gertrudis
La boca se me hace un agua.
  B.—Escucha, pues, Juan amigo,
Diréte el plan de campaña
Que, tras de hilarme los sesos,
Se me ha ocurrido. *M.*—Pues habla,
  Que siendo el plan cosa tuya
Ya, sin saberlo, me agrada.
B.—Tú por Gertrudis te mueres,
Yo pierdo el seso por Juana;
  Las dos nos dieron su fe
Por las rejas de su casa,
Lanzando el pecho suspiros,
Manando los ojos agua,
  Lo cual, en romance puro,
Quiere decir que nos aman.
M.—*Veritas vincit:* prosigue
Que espero tu plan con ánsia.
  B.—Mi plan es ir esta noche
Sin mas tardanza á su casa,
Y pedir sus blancas manos
Al tirano que las guarda.
  Se encoleriza el escriba
Al escuchar la demanda,
Y al ver nuestras bragas rotas,
Nos envia noramala.
  Entran ellas afligidas
Y se arrojan á sus plantas,
Interceden, lloran, ruegan,
Se acongojan, se desmayan;
  Ablándase el padre fiero,
Consiente al cabo, nos casa,
Y á su bolson, cuando muera,
Le echamos ambos la garfa.

M.—¿Y si el escriba se niega
Y al ruego de las rapazas
Responde con dos moquetes?
B.—Si de esa suerte las trata,
Y por bien no conseguimos
El premio de nuestras ánsias,
En caso tal, Hugo mio,
Será forzoso roballas.
M.—*¡Raptavæ sit mulier!* ¡bueno!
¡Me agrada mucho esa traza!
Robemos presto, Belluga,
Que me aflige la tardanza.
B.—Probar conviene primero
Si el viejo torbo se ablanda.
M.—No hará tal, que es escribano,
B.—Pues *virga ferrea:* mañana
Anochecen sus pimpollos
Y no amanecen. *H.*—¡Me agrada!
¿Y el ¿*Corpus juris*? *B.*—Al fuego.
M.—¿Y el bonete y la sotana?
B.—Váyanse á vestir al diablo,
Si es que el oficio le cuadra.
M.—¡Me agrada, Vítor Belluga!
¿Para cuándo es la embajada?
B.—Antes que cierre la noche.
M.—Pues salgamos sin tardanza,
Y manos compongan villa
Si es que los ruegos no bastan.

—

Y á un tiempo los dos teólogos
De la mesa se levantan,
Se calan hasta la oreja
Dos chapeos cuyas alas
En fe de amistad antigua

Les quieren besar la cara,
Y de una angosta escalera
Bajando las rotas gradas,
  Con pecho determinado
A la calle se abalanzan
Y el paso firme enderezan
Hácia una casa inmediata.
  Era ya entrada la noche
Y entre sus sombras opacas
Dos bultos en un balcon
Distinguen Belluga y Maza.
  Se acercan, páranse, miran,
Dan un golpe con las palmas,
Responden con una tos;
Se cruzan breves palabras.
  Las damas (que damas eran
Las dos que al balcon estaban)
No sé qué escuchan que al punto
Se retiran asustadas,
  En tanto que Juan Belluga
A la puerta de la casa
Con paso firme y ligero
Se acerca, y resuelto llama.

ROMANCE II.

LA ENTREVISTA.

  Con los anteojos calados
Y un dedo en la barba puesto,
Alta la vista unas veces
Y otras clavada en el suelo,
  Por su estudio se pasea
El escribano Verdejo
Dictando á su tagarote

Se ignora qué documento.
Era Verdejo un vejete
Que contaba por lo menos
Setenta inviernos cumplidos:
Alto, amojamado, seco;
Con dos ojos manantiales
Donde se asoman á trechos
Cuatro pestañas que el flujo
Les dejó para recuerdo.
Las piernas forman dos arcos
De la gota pasatiempo,
Sin muslos ni pantorrillas
Que desigualen los huesos.
Un solo diente á la boca
Le asoma mustio y enfermo,
Que por verse solo y triste
No se quita el sayo negro.
La nariz toda es tabaco
Y aun le sobra para el pecho,
Que á recoger lo que mana
No es bastante el pañizuelo.
Las orejas por crecidas
Se le emancipan del cuerpo,
Tan despegadas, que forman
Dos ventanicos abiertos.
Por no poder sujetallas
No egerce en ellas su imperio
La estrecha jurisdiccion
De un gorro sucio y mugriento.
Calzas negras atacadas,
Gaban de velarte negro
Componen el atavío
Del escribano Verdejo.
El cual á la escasa lumbre

Que permite al aposento
La pantalla formidable
De un velon de tres mecheros,
Semeja en lo desvaído,
Torvo, flaco y macilento
De algun flamenco tapiz
Invencion, pasmo y modelo.

—

Enfrascado en su minuta
Medía la estancia el viejo,
Cuando súbito á la puerta
Llamaron con golpe recio.
Paróse, cortó la frase
Que dictaba por en medio
Y dijo para su sayo:
—«Testamentico tenemos.»
Y en su sillon de baqueta
Sentóse muy grave y sério,
Y el tagarote la pluma
Dejó puesta en el tintero.

—

Con el sombrero en la mano,
Y haciendo curvas el cuerpo,
Entraron Maza y Belluga
De susto y vergüenza llenos.
Hácia la puerta el escriba
El cuello alargó por vellos,
Calándose bien las gafas
Y frunciendo el entrecejo,
Miróles muy de soslayo
El tagarote, y poniendo
Junto á la mesa dos sillas
Les hizo tomar asiento;
Y ellos turbados, confusos,

Se quedaron y en silencio,
Bajando al suelo los ojos,
Y vueltas dando al sombrero.
  Entretanto el escribano,
Torciendo sombrío el gesto,
De la estudiantil pareja
Hizo análisis completo.
  Y sacando por el hilo
De sus raidos gregüescos
El ovillo de su hacienda,
Y hallándole igual á cero,
  Mohino al fin y cansado
De esperar por tanto tiempo,
De esta manera rompió
Con voz gangosa el silencio:

—

—«Usarcedes sean servidos
De decirme á qué vinieron,
Y despachen, que no estoy
Para tanto regodeo.»
  Hugo Maza con el codo
Le dió á Belluga muy recio,
El cual se rascó la frente
Mirando turbado al suelo,
  Y al fin de heróico valor
Haciendo acopio en su pecho,
Con voz mal segura dijo,
Dando tormento al sombrero:
«*Belluga.*—Vuesarced, señor, no estrañe
Mi turbacion y silencio,
Por que es muy árduo el negocio
Que tratar con vos queremos,
  Y aunque por dalle salida
Me estoy comiendo los dedos,

El grandísimo bellaco
Se me atranca en el garguero.»
  Cuando esto oyó el escribano
Frunció un poco el entrecejo,
Creyendo que se trataba
De algun falso testamento.
  V.—«Pues diga pronto, si quiere,
De su visita el misterio,
Y acabemos, que por Dios,
Estamos perdiendo el tiempo.»
  Segunda vez con el codo
Dió Maza á su compañero,
Sintiólo Belluga, y dijo
Por fin con tono resuelto:
  B.—Pues qué ha de ser, el negocio
Diré al punto y sin rodeos,
Que está de mas la vergüenza
Siendo los fines honestos.
  Usarced tiene dos hijas
Que nos aman con estremo,
Por quien el ciego Cupido
Nos tiene en sus redes presos.
  Amantes somos y amados;
Y esto, señor, es tan cierto
Como lo rezan en cartas
Promesas y juramentos.
  Hidalgos somos y honrados;
Aunque traten de esconderlo
Desdenes de la fortuna
Y desengaños del tiempo.
  Si con estas condiciones,
Somos aptos para yernos,
Echadnos la bendicion,
A la parroquia y *laus Deo.*»

Esto al escriba le dijo
Belluga de un solo aliento,
Sin hacer punto y coma,
Como leccion de chicuelo.

—

Al oir tal desatino
Montó en cólera Verdejo,
Levantóse del sillon
Y respondió muy soberbio:
V.—«¿Parécele á vuesarced,
Señor hidalgo, que tengo
Para escuchar desatinos
De sobra paciencia y tiempo?
Mis hijas no han de casarse
Mientras viva Blas Verdejo,
Y el que piense lo contrario
Se engaña de medio á medio.
Mi respuesta han escuchado,
Con que así váyanse luego
A remendarse las bragas,
Que á voces lo están pidiendo.»
Cuando esto oyó Juan Belluga,
Levantóse de su asiento
Y replicó muy airado
Mostrándole el puño al viejo:
B.—¡Qué es remendarse las bragas
Dos hidalgos de abolengo!
Mereciérais, viejo loco,
Ser quemado por blasfemo.
El hidalgo que es honrado,
No ha de consentir remiendos,
Y esta es verdad tan sabida
Que hasta la reza el proverbio.
Y mirad que no es de sábios

El estar menos atentos
A los adornos del alma
Que á los perfiles del cuerpo,
  Y que esas dos desdichadas
Por quien vivimos muriendo,
De vuestros ciegos rigores
Han de sentir los efectos.
  —¡Me agrada! Maza en voz baja
Le dijo á su compañero,
Y dando un golpe en la mesa
Replicó irritado el viejo:
  V.—¡Que se han de morir mis hijas
Si no las caso con ellos!
No hay duda sino que el hambre
Les tiene perdido el seso.
  B.—Mirad que os quedais sin hijas,
Que nos aman con estremo.
  V.—¡No aman tal, que es patarata!
  B.—¡Sí aman tal, que pruebas tengo!
  V.—¿Qué son pruebas? *B.*—Cartapacios.
  V.—¿Qué contienen? *B.*—Juramentos.
  V.—¡Son patrañas! *B.*—Son verdades.
  V.—Eso pronto lo veremos.»
  Y á la puerta del estudio
Se acercó irritado el viejo
Gritando: ¡Gertrudis! ¡Juana!
Con voz ronca y torvo ceño.

ROMANCE III.

ELLAS.

Inquietas y alborotadas
Y escuchando la contienda
Las hijas del escribano
Se hallaban junto á la puerta.
Al asomarse á llamarlas
Topó el vejete con ellas,
Asiólas del brazo, y torvo
Les dijo de esta manera:
—¿Escuchonas hay en casa?
¡Pues juro á las mocosuelas
Que á ser cierto lo que oyeron,
Pagarán con las setenas!
Y así diciendo, á tirones
En el estudio las entra,
Y al verlas Maza y Belluga
Se animan, callan y esperan.

—

No son las rosas de Mayo
Cuando el alba llora perlas
Como Gertrudis hermosas
Ni como Juana hechiceras.
Quince floridos Abriles
Pasaron solo por bellas,
Dejando todas sus galas
Para adornar su belleza.
Soles son sus negros ojos
Que asombran pestañas luengas,
Granate sus rojos lábios
Donde amor su miel encierra.

Su hermoso, naciente seno
Formaron las gracias bellas
De blanca nieve apretada
Que guarda dulces promesas.
La garganta es leche y rosas
Y la cintura semeja
Tallo de flor delicada
Que mecen auras ligeras.

—

Sepultóse el escribano
En su sillon de vaqueta,
Muy prolongado el hocico,
Muy enarcadas las cejas.
Y á un lado y otro, de pié
Se quedaron las doncellas
Confusas y medrosicas
Y aguardando la tormenta.
Habló al fin el escribano,
Y con faz torva y severa
Mirando á Juana y Gertrudis
Así á decirles comienza:

—

—Respondan á mis preguntas
Sin mentir las rapazuelas,
O vive Dios que ahora mismo
Les he de cortar la lengua:
¿Conocen á esos dos hombres?
—«Sí, padre,» responden ellas
Mirando al suelo turbadas:
Y el viejo con faz colérica:
—¿Y es cierto lo que ellos dicen
De unas cartas sin vergüenza
En que ellas á hacer se atreven
Juramentos y promesas?

—«Sí, padre.» —¡Cómo si padre!
«¡Luego el pecado confiesan!»
Y ellas al ver que Belluga
Con los ojos las alienta:
—«Sí, padre,» sin vacilar
Responden con voz resuelta.
—«¡Me agrada!» esclamó Hugo Maza
Dándose un golpe en la pierna,
Con las alas del chapeo
Que tiene en la mano diestra.
—«¡Pues no me agrada! furioso
Gritó el vejete; y en prueba
De que no he de consentir
Que escriban, hablen ni vean
A dos hidalgos sin bragas
Dos mocosas sin vergüenza,
Desde ahora mismo encerradas
Van á quedar, de manera
Que hasta olvidar su locura
La luz del dia no vean.
Y vuesarcedes, hidalgos,
Tomen al punto la puerta
Y acabemos, voto á tal,
Que me falta la paciencia.»

—

Las niñas que tal oyeron,
Con voces muy lastimeras,
Ante el viejo arrodilladas,
Del fallo tremendo apelan.
Maza y Belluga irritados,
Votan, gritan y patean;
Y al escribano amenazan
Con palabras descompuestas.
Pero éste, asiendo del brazo

A las llorosas doncellas
Por sacarlas del estudio,
Se ataruga y forcejea:
En su ausilio el tagarote
Corre al punto; se apodera
De una de ellas, y á tirones
Entre los dos se las llevan.
Salieron Maza y Belluga
En pos de sus ninfas presas,
Mezclando, con fieros gritos,
Maldiciones y ternezas.
Pero el viejo inexorable
A un cuarto oscuro las lleva,
Almacen de cachivaches,
Donde el sol nunca penetra.
Las mete en él á empellones;
La puerta con furia cierra,
Y dando vuelta á la llave
La guarda en su faltriquera.
Y á empujones y á patadas
Con los dos galanes cierra,
Y á la escalera los saca
Cerrando al punto la puerta.

ROMANCE IV.

LA BRUJA.

Echando votos y ternos
Por dar rienda á su coraje,
De casa del escribano
Salieron los dos galanes,
Y parándose furiosos
En la mitad de la calle
Con voces muy descompuestas

Dieron rienda á su coraje,
Entre votos y reniegos
Y furiosos ademanes
Dirigen á los balcones
Denuestos que lleva el aire,
Y á puñados furibundos
Se arrancan los aladares,
Hincándose en la cabeza
Las diez uñas formidables.
Mas viendo que nada logran
Las bravatas del coraje
Y que son en daño propio
De su furia los arranques,
Se calmaron poco á poco,
Compusieron los semblantes,
Y es fama que entre los dos
Mediaron razones tales:

—

Maza.—¿*Quid faciendum*, Juan, amigo?
Belluga.—No hay mas remedio que ahorcarse.
M.—¡Pues cómo! ¿y tu plan de rapto?
B.—Fue cosa de sueño y aire.
M.—¿Luego á burlar no te atreves
Al cervero inexorable?
B.—No estando encerradas ellas
Seria la empresa fácil;
Pero asi ¿quién nos ayuda?
¿Quién secunda nuestros planes?
M.—¡Ah! ¡vejete del infierno!
¡Rufian, modrego, vergante!
¿Quién te manda á tí esconder
En tinieblas impalpables
El brillante resplandor
De dos astros celestiales?

B.—El alma diera al demonio
Con tal de poder vengarme
Robando á las dos rapazas
En las barbas de su padre.
M.—¡Me agrada! tambien la mia
Diera yo á cien satanases
Por una sola ventana
Que á su prision me llevase.

—

No bien aquestas palabras
Pronuncian los dos galanes
Cuando súbito una voz
Chillona, aguda, vibrante,
Como el siniestro sonido
Que allá en la sombría cárcel
Produce del potro fiero
La garrucha formidable;
—«No hay cosa mas fácil,» dijo,
Y el rostro los dos galanes
Volviendo sobresaltados,
Vieron con pasmo acercarse
Apoyado en un baston
Y con pasos desiguales,
De una vieja inmunda y fea
El espectro repugnante.

—

Esqueleto que aun respira,
Galvanizado cadáver
Que cubre arrugado y seco
Pergamino en vez de carne,
Con dos heridas por ojos,
Que parece manan sangre,
Y que fijan con los cuencos
La mirada formidable:

Boca hundida y asquerosa,
De la cual eran guardianes
Nariz y barbilla agudos,
Que el paso quieren cerrarle;
Con dos manos descarnadas
Tendidas hácia delante,
Una trabada el baston
Y la otra palpando el aire,
Parece la horrible vieja
De alguna bruja espantable
Misteriosa aparicion
O bien la terrible imágen,
Que engendra la calentura
De un cerebro delirante,
Allá en el medroso imperio
De las sombras impalpables.

—

La vieja con tardo paso
Se acercó á los estudiantes,
Y con voz acre y chillona,
Que endulzar procura en balde,
—«¿Qué os pasa, hijitos? les dijo:
¿Por ventura ese petate
De escribano os ha negado
Sus pimpollitos? ¡bergante!
Pues sepa el viejo hedïondo
Que no hallará dos galanes
Tan apuestos ni cumplidos
Si de encargo se los traen.
¡Anda, escribano ruin!
Que juro que no has de holgarte
De tu asquerosa avaricia.
¡Ay, ay, cupidillo infame!
¡Qué mal tratas tus vasallos!

¡Qué mal premias los afanes
De tus fieles cuitadillos!
¿A que el rapáz inconstante
Os clavó todo su harpon?
No importa; no hay que apurarse:
Seguidme hijitos, seguidme:
Yo haré que remedio alcancen
Vuestras ánsias. ¡Bellacuelos,
Buena fortunilla os cae!
¿Quereis sacar de la jaula
A las tórtolas amantes?
Pues seguidme; y esta noche,
Si os agrada... ¡Ah, viejo infame!
¡Ladronazo con licencia,
Buen chasco vas á llevarte!»

—

Dijo la vieja: y volviendo
La espalda á los dos galanes,
Calle arriba se encamina
Y el rostro vuelve á mirarles:
Y con maligna sonrisa
Y con gestos repugnantes
Los llama, y el tardo paso
Detiene por que le alcancen.
Y ellos mudos y obedientes,
Al impulso inesplicable
De un misterioso poder
Que rige sus voluntades;
Absortos y fascinados,
Vacilan un breve instante,
Y al cabo la planta mueven
Y en pos de la vieja parten,
Y en los torcidos y angostos
Callizos que al Temple salen

Se internan, y en las tinieblas
Se pierden bruja y galanes.

ROMANCE V.

EL CONJURO.

En un sombrío aposento,
Que un negro candil alumbra,
Donde la luz y las sombras
El imperio se disputan,
Con los ojos muy abiertos
Y las piernas mal seguras,
De la horrible vieja en pos
Entraron Maza y Belluga.
Y al resplandor oscilante
De la llama que dibuja
Los objetos con vislumbres
Momentáneas y confusas,
La vista medrosa vuelven
En derredor, y se turban
Al ver el siniestro aspecto
De aquella mansion oscura.

—

Era un tabuco menguado,
Cuyas paredes desnudas
Ostentan por donde quiera
Filtraciones de la lluvia.
Sin mas muebles que una silla
Grosera, quebrada y sucia,
Y una mesilla de pino
Cuyas tablas se disyuntan.
Un tizon que entre ceniza,
Su lumbre á trozos oculta,
Con roja luz del hogar

Quebranta la sombra oscura.
  Sobre él, de unas grandes trébedes.
Los negros pies se dibujan,
Sosteniendo una caldera
De estraña y siniestra hechura.
  Y al medroso resplandor
Con que en la densa penumbra
Contorna la roja lumbre
Los objetos que circundan
  El hogár; sobre un vasal
Se destacan y dibujan
Mómias de gato asquerosas,
Ungüentos, sierpes, alcuzas,
  Calaveras descarnadas,
Y vampiros que espeluzan,
Y esqueletos repugnantes
De lagartos y lechuzas.

—

  La horrible estancia contemplan
Pasmados Maza y Belluga,
Y en la garganta el pavor
La débil voz les anuda.
  La bruja en tanto al hogar
Se acerca, y á la confusa
Negra humareda que exhala
La caldera en la penumbra,
  Las manos tiende, y estrañas,
Oscuras frases pronuncia
Con voz honda y cavernosa,
Que amedrenta al que la escucha.
  Y á sus conjuros el humo,
Tomando cuerpo y figura
De un fantasma que horripila,
Muestra las formas confusas:

Vision que lenta se eleva,
Se cierne un punto sañuda,
Y otra vez humo se torna
Y en las tinieblas se oculta.

—

En un rincon de la estancia,
Temblando Maza y Belluga,
La horrible vision contemplan
Y de pavor se espeluznan.
Y con las manos asidas,
Helada la sangre, y muda
La lengua, que el miedo embarga,
Vivas estátuas figuran.
La vieja en tanto se acerca
Con lento paso y ceñuda,
Fijando en ellos los ojos,
Con voz que el silencio turba
De aquel siniestro recinto
Y horrible en el aire zumba:
—«Jamás (les dice) su nombre
Se invoca en la noche oscura
Sin que él responda al que llama.
Id de su cárcel oscura
A sacar á vuestras damas
Antes que las sombras huyan.»
Y así diciendo, á la puerta
De la calle los empuja,
Y ellos, del pavor movidos,
El paso incierto apresuran,
Y así que el umbral traspasan
De la mansion de la bruja,
Ligeros, cual dos centellas,
Emprenden ambos la fuga.

ROMANCE VI.

LA VENTANA.

Bramaba con furia el viento
Y era en punto media noche,
Cuando al pie de una ventana
Que al ángulo mismo rompe
De un edificio sombrío,
Parados están dos hombres
Que con los brazos abiertos
Esperan mudos é inmóviles,
Dos bultos que uno tras otro
El breve espacio recorren
De la ventana á la calle,
Deslizándose veloces.

—

Ruge el trueno en las alturas
Y entre densos nubarrones
Que el firmamento encapotan,
La luna su faz esconde.
Por los desiertos callizos
El viento con furia rompe,
Haciendo crugir las tablas
De ventanas y balcones;
Y relámpagos fugaces
Con roja luz de la noche
Rasgan las hondas tinieblas
Y miedo en el alma ponen.
Las hijas del escribano,
Que ellas son las que veloces
Por la soga se deslizan
En busca de aquellos hombres,

Fueron á dar en los brazos
De sus medrosos raptores,
A quien su propia osadía
Pavor en el alma pone.
Y apenas la dulce carga
Sintieron de sus amores,
Los estudiantes movidos
Del miedo por los resortes,
La calle oscura y siniestra
A abandonar se disponen,
Y á un tiempo mismo apagadas
Se oyeron allí las voces
De las medrosas doncellas
Preguntar á sus raptores:
—«¿Quién ha abierto esa ventana!»
Y ellos—¡El diablo!—responden.
Y del pavor acosados
La planta mueven veloces,
Y dos agudos gemidos
El ronco viento llevóse.
Y diz que en aquel instante
Se escuchó un trueno disforme,
Y un diluvio descargaron
Los espesos nubarrones.
Y una horrible carcajada
En las tinieblas oyóse;
Y luego otra vez sumida
Quedó en silencio la noche.

ROMANCE VII.

CONCLUSION.

Muchas fueron las pesquisas
Que practicó el escribano
Por saber el paradero
De los cuatro enamorados.
A toda España en su busca
Mandó cartas y emisarios
Y gastó toda su hacienda
En este afan el cuitado.
Pero es opinion del vulgo
(Y en ella fundo el relato)
Que emisarios y misivas
Corrieron el mundo en vano.
Fray Galcerán asegura
Que anduvo en todo esto el diablo,
Y que el sañudo arquitecto
No olvidó sus honorarios.
Tú, lector, como discreto
Falla á tu placer el caso;
Que yo, en tan árduo negocio,
Simple historiador me llamo.

BATALLA DE SÁBIOS.

CUENTO.

I.

—Salud, aldea insigne, casi olvidada en el ingrato siglo en que vivimos: salud, Tembleque ilustre, cuyo nombre se contiene no sé si una ó dos veces en las inmortales páginas del gran libro. ¡Dichosa tú, que hospedaste en tu recinto al bueno de Sancho Panza, cuando vinò á segar el trigo de tus campos: dichoso yo que te veo hoy tras larga y dolorosa ausencia, como veré el famoso campo de Criptana, y las lagunas de Ruidera y la cuatro veces dichosa aldea del Toboso!

Al decir esto el caballero, se quitó con la diestra mano el sombrero, mientras con la otra recogia las riendas de su cabalgadura.

Era la hora del crepúsculo vespertino; el sol no habia traspuesto ninguna colina; no porque no las tuviese á mano, sino porque se habia escondido desde por la mañana, tras de una manada de ovejas de blanquísimos vellones, que pacian en las alturas por donde suelen caminar las nubes.

Todo esto sucedia allá por el año 17... en un dia caluroso del mes de Agosto.

Por ahora no necesita el lector mas datos para seguir el hilo de nuestro cuento.

El caballero se habia detenido un momento á la entrada de Tembleque, pequeña aldea de la Mancha, inmortalizada por el autor del *Don Quijote*; despues metió espuelas al caballo, y cruzando las silenciosas calles del lugar, salió por otro lado al campo, tomando resueltamente el camino de Alcázar de San Juan.

Al pasar por el famoso campo de Criptana, donde aun se conservan infinitos restos de aquella raza de jigantes, que con tan poca ventura alanceó el valeroso hidalgo manchego, el viajero volvió á refrenar el paso de su caballo, y otra vez se quitó el sombrero de tres candiles para saludar á los molinos de viento, cuyas aspas dibujaban en el fondo plomizo del horizonte una multitud de X monstruosas.

Tomó enseguida un atajo y castigó los ijares de su caballo, huyendo de la noche que se le venia encima.

Una legua habia caminado de esta suerte, cuando descubrió á lo lejos otro caballero que, con paso mas reposado, avanzaba por el mismo camino. Alcanzóle á los pocos momentos, y ya le llevaba treinta pasos de ventaja, cuando oyó que le decian á voz en grito:

—¡Sr. D. Diego! ¡Eh, Sr. D. Diego del Soto! ¿Adónde corre vuesa merced como ánima que lleva el diablo?

Al oirse llamar por su nombre, el caballero tiró de las riendas y volvió la cabeza para ver y esperar al que daba las voces.

—¡Válgame Dios! ¿No estoy viendo á la mismísima persona de D. Bartolomé de Sotillo?

—Así me llamaba hace veinticuatro horas; pero ruego á vuesa merced que me dé otro nombre, ó no me dé ninguno, cuando hable récio.

—Ya entiendo: vuesa merced no quiere volver á la mazmorra.

—Dios me libre de ella y de envidiosos.

—Y á mi con vuesa merced, ya que hemos tenido la ventura de recobrar la libertad. Pero ¿desde cuándo andais suelto por el mundo?

—Desde ayer al asomar el alba.

—Yo le llevaba á vuesa merced algunas horas de ventaja. ¿Y dónde haceis camino?

Sotillo vaciló un momento y despues respondió:

—A Dios y á la ventura. ¿Y vuesa merced?

—A donde la bestia quiera llevarme.

—De ese modo—repuso Sotillo—no podemos ir por el mismo camino.

—¿Por qué?—preguntó Soto.

—Porque yo fío mi derrotero á la voluntad de Dios, y vos lo dejais á la eleccion de la bestia.

—Vuesa merced me ha convencido; y pues son tan diversos los móviles que nos guian, cada cual eche por donde le venga en talante y voluntad.

Y diciendo y haciendo, Soto y Sotillo buscaron con los ojos senda por donde irse cada cual por su lado, y no hallándola, tomaron á galope dos barbechos, y se alejaron sin decirse buen viaje.

Las diez de la noche serian, cuando el primer viajero que hemos tenido el gusto de presentar á nuestros lectores á la entrada de Tembleque, llegó rendido de cansancio á Alcazar de San Juan, poblacion de modestas pretensiones geográficas en aquella época, y á quien una línea de tinta roja, trazada por mano de un ingeniero, ha colocado en el derrotero de la civilizacion.

D. Diego de Soto, ya que así se llamaba el viajero, se apeó como pudo de su cabalgadura sin que nadie acudiera á tenerle el estribo, y se entró en un meson de mala cara y peores en-

trañas. A la puerta se veia un cuadrilongo de carton mugriento, sujeto, á guisa de estandarte, al estremo de una vara de castaño, y en el cual se leia en letras de color indefinible y desmayado la palabra *Posada.*

D. Diego no paró mientes en el mal aspecto de la casa, y se coló como Pedro por la suya en el meson, que era, en efecto, de los peores que se han visto en la Mancha, donde el arte de alojar incómodamente al prójimo ha alcanzado siempre el mas alto grado de perfeccion. Puso en manos de un mozo las riendas de su caballo, y llegándose al posadero, que ya le salia al encuentro, le dijo:

—Huésped, voy á pediros tres cosas.

—Pida vuesa merced, señor —respondió el posadero— que como esas tres cosas no sean las tres gracias, ó los tres reyes magos, ó las tres Marías, ó las tres virtudes teologales, aquí hay de todo cuanto se puede desear, y lo que no haya se suplirá con buena voluntad. En primer lugar, ¿vuesa mercé querrá cena?

—Si solo se compone de eso que llamais buena voluntad, no me hace falta; si de manjares sustanciosos, venga en hora buena.

—Es de lo que pedís.

—Pues llevádmela á mi aposento.

—Eso se hará en un volver de ojos.

—Entonces solo falta que os vengais conmigo á mi alojamiento y me respondais á lo que yo os preguntaré.

—Trepe vuesa merced por esa escalera y embósquese en el número 1, con el socorro de esta candela, que ya le sigo.

El caballero subió la achacosa escalera y se entró en el camaranchon que le habia indicado el huésped, mientras éste, acercándose al mozo de la posada, le decia:

—Para que no haya olvido, escribe ahí en tu alcorán: *Una cena, un aposento con cama* y *una plática.* Todo eso para cuando se ajuste la cuenta.

II.

Entró el viajero en su aposento, y á poco le siguió el hostalero y el mozo con la cena. Este tendió un jaspeado mantel sobre una mesa de encina, y dejó en ella un plato, cuyo contenido miró Soto con la cola del ojo.

—¿Qué me traeis de cenar?—preguntó al posadero.

—Jigote de becerro no nacido, señor mio.

—¡Pecador de mi! ¿Estaba muerta la vaca que lo habia de echar al mundo?

—No, señor caballero—respondió el posadero con gravedad —sino que se le sacaron del cuerpo, estando viva, para regalar á un arzobispo que llegó esta mañana de paso para Sevilla.

—Menos malo—dijo Soto, sentándose á la mesa.—Ahora bien, huésped—añadió el viajero así que el mozo hubo tomado la escalera—no hay para qué os pregunte si conoceis al ilustre manco.

—Mancos conozco muchos—respondió el posadero—pero á ninguno le va bien la otra seña de ilustre. Conozco á Sebastian Gorgojo, el manco, á Ginés Conejero, el manco, á Dieguillo Carmona, el manco...

—Basta, señor huésped, que no se trata de ninguno de esos estropeados. Yo os hablo de aquel célebre manco de Lepanto que escribió la famosa historia de *D. Quijote de la Mancha.*

—¡Acabara vuesa merced! ¡Y cómo si le conozco! Y aun he oido decir al mariscal Morote, que es hombre muy leido, que ese tal nació en este lugar y fué bautizado en la iglesia de Santa María.

—¿Y ese Morote,—interrumpió Soto, abriendo unos ojos como linternas,—decís que es hombre de saber?

—Fuélo, señor mio, fuélo mientras vivió, porque há tres meses que dió con su ciencia en la huesa, sin ser parte á salvarle toda la veterinaria que tenia en los huesos, que no era poca.

Soto hizo una mueca, que lo mismo podia atribuirse á la noticia del posadero que al sabor y consistencia del jigote, y luego repuso:

—¿Y no hay quien llene el vacío de ese mariscal que decís, en materia de saber y erudicion?

—Si vuesa merced no lo tomase á soberbia, le diria que no soy zurdo en cosas concernientes al manco que decís; porque yo era gran amigo de maese Morote, y solíame hablar con frecuencia de ese que él llámaba el mas peregrino de los ingénios.

—De esa suerte, ¿sabreis dónde nació y vivió Miguel de Cervantes?

—¡Y cómo si lo sé! ¡Tan cierto como eso es jigote de becerro que no ha nacido!...

—Decidme, pues, hácia dónde cae la casa, y dejemos á un lado el jigote, que para ser de becerro en embrion, yo os juro á fé mia que se defiende de mis dientes con el coraje de un toro salamanquino.

El posadero hizo una mueca de zumba cerrando el ojo derecho y solapándose el lábio inferior con el superior, y acercóse sin responder á una ventana que habia en el aposento.

—Desde aquí voy á satisfacer el deseo de vuesa merced.

Levantóse Soto, y acercándose á la ventana, siguió la direccion que el hostalero trazaba con el índice.

—Al cabo de esta calle, ¿no vé vuesa merced un farol agonizante?

—Le veo.

—Aquello es una plazuela, y al lado del farol, que alumbra un retablo de San Benito, está la casa de Miguel de Cervantes.

—¿Quién la habita?

—Nadie.

—¿Nadie? ¿Cómo es eso?

—Há tres meses murió su dueño, y cúpole en herencia á la tia Perdiz, que vive en Toboso con dos sobrinas, que se llaman Gaspara y Lucigüela.

—Bien está, señor huésped,—dijo Soto retirándose de la ventana;—ya que habeis satisfecho mi curiosidad de viajero, podeis ir á vuestra hacienda.

—¿Vuesa merced no manda otra cosa?

—Nada, si no es que me dejeis la puerta sin atrancar, pues quiero salir á pasear las calles de la aldea.

Admiróse el posadero de que á aquella hora, y con semejante oscuridad, quisiera su huésped salir á pasear las calles infernales de la aldea; pero guardóse de hacerle objecion alguna, y antes bien determinó añadir á la cuenta un paseo á deshora, por el trabajo de abrir y cerrar la puerta.

No bien salió el posadero con el resto de la cena y los manteles, el viajero sacó del bolsillo un billete, y abriéndolo, con la sonrisa en los lábios, púsose de codos sobre la mesa y leyó el contenido, que era el siguiente:

«Mi Sr. D. Diego de Soto: La ventura me ha deparado ocasion de descubrir un gran secreto. Há tiempo que os devanais los sesos por averiguar el paradero del borrador del *Ingenioso Hidalgo*, escrito de puño y letra de Cervantes. Porfiais vos que este inapreciable documento debe estar en Alcázar de San Juan, y le llevais la contra á vuestro compañero Sotillo, que afirma y jura por los siete sábios de Grecia que ha de estar en Alcalá de Henares, donde opina que nació aquel ingénio. La fortuna quiere que yo tercie en el certámen y resuelva la cuestion de plano: voy á deciros mi secreto, y hágaos muy buen provecho. Sois erudito y os comeis los codos tras un códice mugriento y carcomido, que no tomará un abacero para envolver azafran. Allá os avengais con el borrador de Cervantes, y cada loco con su tema. El legajo que os baraja de tal

manera el cerebro, está, como vuesa merced imagina, en Alcázar de San Juan, en la casa donde nació y vivió Miguel de Cervantes. Hay allí un aposento que tiene una ventana y siete vigas en el techo. En la segunda de la izquierda, mirando desde la ventana, se halla escondido el manuscrito. No os digo mas, porque ni vos habeis menester mas detalles, ni yo puedo revelaros cómo ha llegado á mi noticia este secreto. Vale.

El licenciado Juan Perez de Villareal.»

—¡Vive diez, que puedo llamarme el mas dichoso de los hombres, si, como creo, son ciertas las noticias del licenciado Juan Perez!

Diciendo esto, Soto se acercó á la ventana á examinar el cielo, donde la luna campaba ya libre de nubes, á tiempo que oyó el paso vacilante y desigual de un caballo, que á duras penas y con estrépito avanzaba por la calle de enfrente, empedrada con guijarros.

Miró Soto al viajero, que ya llegaba junto á la posada, y como la luna era clara, pudo verle las facciones.

—¿No es Sotillo?—esclamó el de la ventana, frunciendo el ceño.

—¿No es Soto?—dijo el de la calle con tono bronco y desabrido.

Y como el mesonero abriese la puerta de la posada con la esperanza de que no trasnocharia la racion de jigote que aun quedaba en la despensa, el viajero penetró en el patio como un rayo, y subió de cuatro en cuatro los escalones, en busca de Soto.

—Dios guarde á vuesa merced—dijo al entrar.

—Y á vos tambien—respondió Soto.

—Por lo que veo, pasais la noche en este lugar.

—No tal, sino que el caballo necesitaba un poco de reposo, y héme detenido aquí algunos momentos. ¿Y su merced del señor Sotillo, pernoctará en este endiablado meson?

—¡Libreme Dios!—repuso Sotillo rebosándose el júbilo por los ojos.—Aun hay poca distancia de aquí á Toledo, y no me daré por salvo hasta surcar el mar de Valencia.

—Y obrareis cuerdamente.

—¿Y vuesa merced, qué determina?

—Hacer vida silvestre por montes y selvas.

—¿Hasta el fin de sus dias?

—Hasta que mis enemigos se cansen de perseguirme.

—¡Quiera Dios que no tarden...! Y dígame vuesa merced, ¿sabe qué diablo de lugar es este donde la suerte nos ha reunido?

—Debe ser Miguel Estéban.

—Cerca le anda.

—Pedernoso.

—Avance un poco mas.

—¡Qué!—esclamó Soto muy alborotado--¿será por ventura Alcázar de San Juan?

—Así es—repuso Sotillo—y no sé por qué vuesa merced le pone tan mala cara, siendo la aldea donde dicen que nació aquel manco sutil que poneis sobre los cuernos de la luna.

—Pues por eso mismo—replicó Soto.—Sepa vuesa merced que ese manco fue la ocasion de que me encerrasen donde sabe, y desde que conseguí la libertad he cobrado tal ojeriza á todos los mancos y á los pueblos donde nacieron, que ahora que sé dónde me hallo, voy á mandar ensillar mi cabalgadura, y á tomar las de Villadiego antes de lo que tenia pensado.

—Creo que vuesa merced tiene razon—repuso Sotillo;—siempre he oido decir que los lisiados son gente dañina, y que Dios los ha marcado para que de ellos nos libremos.

—Por eso ruego á vuesa merced que no se enoje si le dejo con tanta premura.

—Por mí no se detenga. Buen viaje; y pues se determina á hacer vida silvestre, librele Dios de las fieras de los bosques.

—Y á vos de los peces del mar, toda vez que os resolveis á

buscar la vía de salvacion por los no siempre sosegados reinos de Neptuno y Anfitrite.

Soto bajó la escalera sin decir mas palabras; mandó ensillar el caballo; pagó el gasto de la posada, y marchóse, con no poco asombro del hostelero que le tuvo por loco de remate.

Sotillo le vió alejarse desde la ventana, y así que le hubo perdido de vista, llamó al posadero y le dijo:

—¿Cuándo llegó ese viajero que acaba de salir?

—A las diez, poco más ó ménos.

—¿Qué os dijo al llegar?

—Pidióme cena, plática y cama.

—¿Luego venia á pasar la noche en vuestro meson?

Tal creí por las señas.

—¿Y qué hizo?

—Cenó de un esquisito y suculento jigote de ternera de leche.

—¿Y despues?

—Habló de Miguel de Cervantes.

—¡Ah, bellaco! ya me habia dado á mi el tufillo en las narices. ¿Y qué os dijo de Miguel de Cervantes?

—Preguntóme que hácia dónde caia la casa en que nació aquel ingénio, y se la mostré desde esa ventana.

—Mostrádmela á mí tambien—dijo Sotillo levantándose.

—¿Qué, tambien vuesa merced es aficionado á aquel ingénio peregrino, que anda en lenguas de la fama?

—Sí tal, señor huésped, y quisiera saludar la casa donde nació, antes de seguir mi viaje.

—Pues no tendreis que andar mucho camino para satisfacer vuestro deseo—dijo el posadero llegándose á la ventana con Sotillo.—¿Veis aquel farol que se apaga?

—Sí veo.

—Pues la casa que hay á la derecha mano, es la que goza de la sin igual ventura de haber visto nacer á Miguel de Cervantes.

—Bien está—dijo Sotillo;—ahora dadme de cenar.

Salió el posadero, y Sotillo comenzó á pasear por el aposento con el dedo índice en la frente.

—No hay duda—murmuró entre dientes—sino que el bellaco de Soto tiene sospechas ó certidumbre de que aquí existe el codiciado manuscrito, y viene á quitármele de entre los dedos. ¡Pues yo le juro que mal me andarán las manos si consigue su intento! El venia en derechura á este lugar á poner pies en pared para conquistar ese tesoro, más precioso que el del famoso vellocino, sino que al toparse conmigo, ha llamado al ingénio en su ayuda, fingiendo que proseguia su viaje. Mala landre me coma, si á estas horas no anda el perillan por los alrededores del lugar, esperando que me aleje para volver; pero no me tornen á llamar Sotillo, si no se la juego de sutil, y le enseño lo que va de un ingénio agudo á unos sesos á la gineta.

En esto entró el mesonero con el jigote, y el viajero atacó briosamente una cierta ternera de leche que, en lo dura y amarga, parecia becerro no nacido.

—¿Qué decís que es esto? preguntó Sotillo.

—Ternera de leche,—respondió gravemente el posadero.

—¿Y hasta qué edad maman por acá las terneras, señor huésped?—tornó á preguntar Sotillo, arrancando un hilo de carne como un bramante, que se le habia atascado entre muela y colmillo.

—No hay regla fija, señor caballero,—respondió el mesonero.

—Lo que sí puedo deciros, es que segun la opinion de mi compadre maese Morote, que era un famoso albéitar, la edad decrépita tiene muchos puntos de analogía con la infancia.

III.

Dejaremos á Sotillo luchando á brazo partido con la ponderada vianda de maese Juan Tozuelo, que así se llamaba el huésped, y seguiremos el derrotero de Soto, que por ser amigo nuestro más antiguo, merece la primacía.

Este salió de la posada con aparente sosiego, sin castigar los ijares de su caballo, y torció á la derecha, con el propósito de buscar un rodeo que le condujese á la plazuela.

Llegó en breves momentos al sitio deseado, y orientándose al dudoso resplandor que despedia la moribunda luminaria del retablo, echó de ver al lado una casa, que por lo humilde, mezquina y ruinosa, claros indicios daba de haber pertenecido á un español ingénio.

Soto dobló una esquina formada por la misma casa de Miguel de Cervantes, y llegó á unas tapias que se hallaban fuera del lugar y pertenecian al mismo humilde edificio.

Arrendó el caballo, sin apearse, á un tronco que habia junto á la tapia, y poniéndose de pie sobre la silla apoyó las manos en las bardas, y se puso de un brinco á horcajadas sobre la áspera argamasa. Miró si habia algun obstáculo que le impidiese saltar al otro lado, y no viendo sér viviente en el corral, se colgó de la tapia, estiró bien el cuerpo y dejóse caer describiendo una linea perpendicular, que al llegar al suelo se convirtió en un ángulo recto, á cuyo vértice dolorido se llevó la mano el aporreado caballero.

Soto se levantó lleno de júbilo, á pesar de este percance, y aun fue mayor el que esperimentó al ver que la puerta del corral estaba abierta. Colóse como Pedro por su casa en un oscuro pasadizo, y á los cuatro pasos topó con otra puerta.

Empujóla y se encontró en un aposento desmantelado que récibia la luz de la luna por una ventana que daba al corral, y en el que se observaba una particularidad, que hizo brincar en el pecho el corazon de Soto.

Este pasó del exámen de la ventana al cuento y recuento de las vigas, y viendo que no resultaban más ni ménos de siete, se quitó el sombrero, inclinó la cabeza y cerró los párpados en señal de veneracion. Púsose luego de espaldas á la ventana, volvió á levantar la cabeza, y fijando la vista en la segunda viga de la izquierda, esclamó rebosándole el gozo por los ojos.

—¡Allí está ese tesoro de gran valia, por quien he sufrido la persecucion de los hombres!

Miró en rededor, por si veía algun mueble, con cuyo ausilio llegar al techo, que no estaba muy elevado, y no viendo cosa alguna fuera de las cuatro paredes, salióse del aposento, y al avaro resplandor de la luna, que penetraba por la puerta del corral, buscó inútilmente por los rincones cosa que respondiese á su intento.

Despues de un prolijo escrutinio, Soto resolvió salirse al corral, con ánimo de abrir alguna puerta que diese al campo y hacer entrar al caballo para llegar con su ayuda á la viga, como habia llegado á las bardas. Salióse con este propósito del aposento; pero apenas habia asomado la cabeza al corral, cuando echó de ver un hombre que á largos pasos medía la distancia que desde la tápia le separaba de la habitacion. Al verle Soto se quedó plantado en el umbral de la puerta, y el otro inmóvil en el centro del corral.

—¡Lléveme el diablo, si no es Sotillo el que veo!—esclamó Soto.

—¡Lo mismo le pido yo!—dijo aquel por lo bajo al ver á su antagonista: yo sabré si te llevas el manuscrito.—Si tal, añadió en alta voz, soy el mismísimo Sotillo, que al pasar por delante de esa tápia he visto el caballo de vuesa merced arrendado á un árbol, y con el temor de que algun facineroso os

hubiese metido á la fuerza en este corral para robaros, he saltado la tápia con ánimo resuelto de veniros en ayuda.

—No esperaba yo ménos de vuestra amistad—respondió Soto llegándose al que parecia su sombra,—y mire vuestra merced qué estraño azar; la misma causa que á vos me ha movido á saltar las tapias de este corral.

—¡Estraño caso! ¿Y cómo ha sido eso?

—Figúrese vuesa merced que al pasar junto á esta casa me ha parecido oir á manera de un quejido.

—¡Cuerpo de tal, y qué susto habrá llevado vuesa meced!

—No fué tanto el susto como el coraje que esperimenté el pensar que quizá aquel lastimero grito salia de las entrañas de algun inocente oprimido.

—¿Y topasteis con algun otro Andrés apaleado por un rústico villano?

—Topé con un cuerpo muerto.

—¡Oxte!

—Habia despedido el alma por ocho heridas abiertas por otras tantas puñaladas.

—¡Válete Dios, qué de sangre habria en el aposento!

—Imagíneselo vuesa merced.

—¿Y qué hicisteis?

—Viendo que no habia á quien dar socorro, envainé el estoque, y temeroso de tener que entender con la justicia, salíme en busca de mi caballo para seguir mi camino, cuando topé inopinadamente con vuesa merced.

—Quisiera yo ver á ese difunto—dijo Sotillo.

—¿Qué dice vuesa merced? No hará tal, estando yo de por medio. Lo que hemos de hacer es alejarnos de esta casa con buen compás de pies, antes que acuda la justicia y dé otra vez con nosotros en aquel encierro que sabeis.

—Antes me coman lobos que tal suceda—repuso Sotillo.—Vuesa merced me ha convencido: salgamos luego de este corral, y quédese el muerto para enterrar, y váyase el diablo por

ruin, que peor fuera volver á pasar trece años en cautiverio.

Soto trabó del brazo á Sotillo, y llegándose á una puerta cerrada que salia al campo, descorrió como pudo el cerrojo y ambos salieron del corral en busca de las cabalguras.

IV.

Soto y Sotillo montaron á caballo, y tomaron á la ventura el sendero que vieron más cerca. Caminaron en silencio de este modo por espacio de diez minutos, pensando el primero en los medios de sacudirse de su compañero, y discurriendo el segundo un ardid para averiguar si Soto llevaba consigo aquel inapreciable manuscrito, que tan desazonado le traia.

La noche estaba clara y serena; la luna difundia su resplandor en un cielo sin nubes, como una lámpara sin pantalla, y la tierra gozaba un momento de reposo durante el sueño de los mortales, como una fatigada madre de familia que ha conseguido llevar al lecho á su prole traviesa y casquivana; en el campo no murmuraba nadie, ni el viento ni los arroyos; el primero porque dormia en su espelunca; los segundos porque no los habia en cuatro leguas á la redonda. Solo de vez en cuando se oian el ladrido de los perros, guardianes de alguna majada, y el paso de las dos cabalgaduras, que lentamente y á todo su alvedrío caminaban, mientras sus amos, absortos en su pensamiento, olvidaban el látigo y la espuela.

Y aquí, sin la vénia de nuestros lectores, nos hemos de parar un momento á contemplar el estraño pergénio de nuestros dos aventureros, ya que, por negligencia imperdonable, hémonos dejado hasta ahora sus retratos en el tintero. Hé aquí la propia estampa de Sotillo:

Estatura más que mediana; miembros rígidos y envarados; elevada la coronilla, y sotabarba pegada á la nuez; ojos profundos, que tiran á verdes; frente que arranca en declive de las

cejas y sube en rápida pendiente hasta acabar en unos pelos cortos entrecanosos y rígidos como las puas de un puerco espin; nariz curva y achatada, boca grande, y barbilla diminuta. La edad no pasaria de cuarenta y cinco primaveras, con otros tantos inviernos, que le habian arrugado un tanto la frente y marchitado las mejillas.

Soto demostraba la misma edad de su compañero, y en lo físico no estaba mejor dotado que él por la avara naturaleza. Tenia el color cetrino; la frente preñada bajaba desde el nacimiento de la peluca, describiendo una curva, en busca de la nariz, la cual, por corresponder á este halago, empinaba algo mas de lo regular las fosas dilatadas y tenebrosas. Los pómulos protuberantes formaban con el hueso frontal dos cavidades, por las cuales asomaban dos ojillos de topo, negros y profundos. Pero la naturaleza, que nunca se muestra mezquina en una cosa sin enmendar en otra su avaricia, habia compensado la pequeñez de los ojos con la magnificencia de la boca, que era grande y convada como abertura de alcancía.

El primero que rompió el silencio fue Sotillo.

—¡Ya dí en ello!—esclamó de repente.

—¿En qué dió vuesa merced?—preguntó Soto.

—En el misterio de la casa donde habeis encontrado el cuerpo muerto.

—¿Luego hay misterio de por medio?—preguntó Soto acercando el caballo al de su compañero.

—¿No habeis oido hablar de un malhechor toledano, llamado el Rojo, que fue terror de la Mancha há trece ó catorce años?

—¡Aguarde vuesa merced!... Sí, ya recuerdo—dijo Soto, mirando á la luna y apoyando el estremo del índice en su lábio inferior.—Ese tal burló las pesquisas de la justicia, y dicen que pasó la mar, llevándose el fruto de su rapiña.

—Pues sepa vuesa merced que esta mañana oí decir á unos traginantes que ese hombre habia aparecido por estas inmediaciones de Alcázar de San Juan.

—¡Eso sabia vuesa merced—exclamó Soto con fingido sobresalto—y se lo guardaba en el armario!

—Es que se me habia traspapelado, amigo y compañero; pero ahora hago memoria de los arrieros, y paro mientes en lo que decian de un cierto conducto subterráneo que tienen los bandidos, y por el cual penetran cada y cuando les viene en deseo en las mismas casas.

—¿Y cree vuesa merced que aquella donde topé con el muerto?...

—Aquel debe ser, como si dijéramos, su matadero.

—¡Mal año para las reses!

—¿Qué decís de mi conjetura?

—Que no va fuera de camino.

—¿Vuesa merced no dejaria de ver algun hilo en la casa por donde saquemos el ovillo?

—Si por hilo puede entenderse el hombre muerto...

—¿Qué vió vuesa merced en las vigas del techo?—preguntó de repente Sotillo, mirando de hito en hito á su compañero.

Soto volvió á mirar á la luna, poniéndose el dedo en la frente, y respondió al cabo de un instante:

—Sí tal... Ahora caigo en que ví pendiente de una de ellas una soga como de horca, que bien puede servir de hilo á vuesa merced.

—¿Y á vos no os sirvió de nada?—preguntó Sotillo mirando á su compañero con la cola del ojo.

—Sirvióme de estorbo—respondió Soto con perfecta naturalidad,—pues me azotó las narices al penetrar en el aposento.

Callaron en esto Soto y Sotillo y no volvieron á desplegar los lábios. Los caballos siguieron su camino á la buena de Dios, á paso de tortuga, mientras el pensamiento de sus amos corria á escape. Así les sorprendió el alba en una encrucijada, donde de comun impulso se detuvieron por no saber qué camino tomar.

Soto tendió la vista por el campo y vió unos gañanes que trabajaban en una era á cien pasos del camino.

—Vuesa merced me espere aquí, Sr. Sotillo—dijo de repente su compañero,—mientras yo voy á preguntar á aquellos mozos á dónde guia cada uno de estos caminos.

Sotillo hizo una seña de asentimiento con la cabeza, y no perdió de vista á su compañero, resuelto á correr tras él en cuanto hiciese ademan de poner pies en polvorosa.

Pero Soto se fué reposadamente en busca de los gañanes, y al llegar junto á ellos esclamó:

—¡Gracias á Dios que topo al fin con quien me socorra!

—¿Pues qué le acontece á su merced?—preguntó uno de los mozos al caballero.

—¿Quereis ganaros veinte escudos?

—¡Veinte escudos!—repitieron los mozos asombrados.

—Si en ello no hay cosa que ofenda á nuestra santa madre Iglesia...—dijo el gañan que habia hablado primero.

—Trátase, por el contrario, de llevar á cabo una obra meritoria, consolando á una familia atribulada.

—Pues hable su merced—repuso el mozo,—y diga en qué podemos servirle.

—¿Veis un caballero en aquella encrucijada?—preguntó Soto señalando con el dedo á su compañero.

—Sí veo.

—Pues aquel infeliz es un demente que há unos dias halló medio de escaparse de la casa de los locos de Toledo. Yo soy su primo, y he caminado en su busca dos dias por estos contornos, hasta que anoche dí con él en una majada. Pero el daño está en que no hallo medio de conducirle otra vez á Toledo, ni de llegar á caserío ó aldea donde me den socorro, porque el desdichado se empeña en que no ha de salir de estas inmediaciones hasta encontrar no sé qué papeles que dice se hallan escondidos no sé dónde.

—¡Pobre señor!—dijo el mozo, que era muy compasivo,—¿y en qué podemos servir á su merced?

—Quisiera, hermanos, que con mucho disimulo os llegáseis

al pobre loco, y de grado ó por fuerza le detuviéseis aquí mientras yo voy á Alcázar de San Juan en busca de algunos criados que allí me esperan, y con cuyo ausilio podré conducirle á Toledo.

—Si vuesa merced no manda otra cosa, ya en eso está servido —dijo el mozo haciendo una seña á sus compañeros, que eran dos robustos jayanes.

—Sabe Dios que os lo agradezco en el alma, hermanos. Tomad los veinte escudos prometidos, y ved que le trateis con blandura, que es persona principal y bien criada.

—Por eso no se apure vuesa merced, que no se le hará daño ninguno.

El gañan se guardó los escudos, y tomando una trocha que por entre unas encinas conducia junto á la encrucijada, en breves instantes llegó con los dos mozos á donde estaba el bueno de Sotillo, el cual no sospechaba la entruchada que le disponia su compañero.

Cuando Soto vió que los gañanes asian las riendas del caballo de Sotillo, volvió grupas á los mozos, y jugando de las espuelas, tomó el derrotero de Alcázar de San Juan á todo el correr de su cabalgadura.

Al ver que se apoderaban de las riendas, Sotillo tomó á los gañanes por bandidos y se dió por despojado de cuanto llevaba; pero el mozo que capitaneaba el complot, le dijo con blandura:

—No tema vuesa merced, que no se le hará el menor daño.

—¿Quiénes sois y qué quereis, hermanos?—Preguntó Sotillo.

—Somos unos pobres patanes que nos dolemos de los males del prójimo.

—Pues idos enhorabuena á donde podais plañeros con más razon,—dijo Sotillo—que á mí, á Dios gracias, no me aqueja ningun mal; con que así, soltad las riendas del caballo y dejadme ir mi camino.

—Si vuesa merced no lo toma á descortesía,—repuso el mozo —aquí esperaremos juntos á que vuelva su señor primo.

—¿Qué primo ni qué nada?—esclamó Sotillo muy alborotado. —¿De quién hablais, hermano?

—¿De quién he de hablar, sino de ese caballero que acompañaba á vuesa merced?

Volvió Sotillo la vista hácia la era, y viendo que su enemigo ponia tierra de por medio á todo el galopar de su caballo, comenzó á gritar con mucha cólera:

—¡Ah taimado! ¡ah felon! ¡Conque esas son tus mañas!... Malhaya una y mil veces mi sandez: debí de imaginar que me la jugarias de bellaco!

—Señor—dijo el mozo condolido—vuesa merced no sabe lo que dice.

—¡Lo que digo es que solteis las riendas, que voy á dar caza al fullero que me tiende esta celada!

—Eso no hará vuesa merced.

—¡Sí haré!

—¡No hará!

Viendo los mozos que Sotillo bramaba de coraje y metia espuelas al caballo, se abalanzaron á los ijares del animal, y desde allí asieron al ginete por la cintura y le sacaron de la silla como si fuera una pluma.

—¡Atrás, canalla ruin!—gritaba el desdichado, bufando como un toro;—mirad que aquel que huye no es mi primo, sino un ladron que se vale de esta treta para apropiarse el manuscrito.

—¿Qué aun da vuesa merced en la tema de los papelotes?—dijo el mozo, sujetándole á duras penas, con la ayuda de sus compañeros.

—¡Y daré en ella mientras viva!—gritó Sotillo.—Y os digo que me dejeis en libertad, ó de lo contrario, aquí me vereis echar el alma de puro coraje.

—De aquí no se moverá vuesa merced hasta que dé la vuelta su señor primo.

—Así volverá mi señor primo como por los cerros de Ubeda. ¿No os digo, hermanos, que ese hombre es un bellaco que me juega esta treta para quitarme de entre las manos un precioso documento?

—Ya, ya sabemos de qué pie cojea vuesa merced.

—¡Que no cojeo!

—¡Que sí cojea!—gritó el mozo alzando un poco el contrapunto—y basta ya de porfía, ó juro por quien soy que he de amarrarle á un árbol, si no sosiega el cuerpo hasta que venga aquel buen caballero.

El teson del gañan puso coto á los fieros y á las embestidas de Sotillo, y dejóle por un momento cabizbajo y pensativo. A poco levantó la cabeza, y dirigiéndose al mozo le dijo con tono sosegado:

—Dígame, hermano: ¿y á qué ha de volver aquí ese primo ó esa patarata?

—Ha de volver en busca de vuesa merced.

—¿Y á dónde quiere llevarme?

—A donde no corrais de zoca en colodra buscando lo que no existe.

—De ese modo, ya que sois gente compasiva, podriais ahorrarle á él la mitad del camino, y á mi la molestia de esperar en este despoblado la fuerza del sol.

—Eso ya es hablar en razon—respondió el mozo—y si dais en el resorte de la cordura, no habrá cosa que no hagamos por serviros.

—Pues bien, amigo; yo sé que él ha ido á Alcázar de San Juan.

—En efecto, alli ha ido.

—¿Sabéislo por cosa cierta?

—Lo sé, porque él mismo me lo dijo.

—Sigamos, pues, el mismo camino que ese primo de mis pecados, y si no topamos con él antes de llegar á Alcázar, le hallaremos de fijo en el pueblo, donde podré tomar algun reposo;

y porque no os tomeis sin provecho esa molestia, tened esto para beber á mi salud.

El mozo tomó seis escudos, que Sotillo le puso en la palma de la mano, y esclamó con el calor de la gratitud:

—¡Qué lástima que vuesa merced haya dado en tan disparatada manía! Monte á caballo, y vamos á donde desea, que con ello no haremos sino cumplir mejor lo prometido.

Sotillo montó en efecto, y asiendo uno de los mozos de las riendas, tomaron todos el camino de Alcázar, avivando el paso.

El lugar distaba poco más de dos leguas; pero como Sotillo pusiera gran empeño en llegar cuanto antes, las anduvieron en una hora. Al llegar á las tapias de Alcázar de San Juan, Sotillo descubrió de lejos el corral de la casa de Cervantes, y avivó el paso de su cabalgadura.

—¡Alto!—dijo al llegar á las tapias: aquí encontraremos á mi señor primo.

Y apeándose del caballo entraron todos en el corral, cuya puerta estaba entornada.

V.

Entró Sotillo en el corral con los mozos, y apenas habia andado algunos pasos, cuando por la ventana baja del famoso aposento donde se encerraba el nunca bien ponderado tesoro, columbró al bueno de Soto que, puesto en pié sobre el caballo, examinaba atentamente una viga del techo, buscando resquicio ó hendidura por donde meter la mano.

—¡Cogile!—gritó Sotillo desde el corral. Y para llegar por el camino más corto á donde estaba su enemigo, de un brinco se metió por la ventana en el aposento.

Volvió Soto la cabeza, y al verle hizo tan fiero visaje abriendo la boca y apretando los dientes, que no hiciera mas un mono vengativo al verse arrancar el pan de las manos.

—Bajad acá, señor bellaco—añadió Sotillo, hincándose los puños en las caderas y haciendo jugar el talon del pié derecho á guisa de amolador.—¿Así me poneis en tutela para quedaros árbitro y señor de manosear las vigas á vuestro antojo? ¿Qué diablos buscais por esas eminencias?

—Buscaba el cuerpo muerto que, sin duda por arte mala, ha desaparecido del sitio en que le dejé,—respondió Soto, apeándose del caballo.

—Si se os ha perdido el cuerpo muerto,—replicó Sotillo,—en cámbio habeis topado con un cuerpo vivo, que desde este punto se vá á convertir en vuestra propia sombra.

Al ver los gañanes á Soto cogiendo telarañas de tan estraña manera, le tuvieron por más loco que á su compañero, y temiendo que todo aquel altercado acabáse por una restitucion de los escudos recibidos, tomaron silenciosamente la puerta del corral, y se volvieron á su labor, dejando á los dos contrincantes en libertad de pelarse las barbas á su placer. Solo quedó en el corral un mozo del lugar que habia entrado en pos de los gañanes, y el cual, puesto de codos en la ventana, observaba muy á su gusto, con desembozada y campesina curiosidad, lo que en el aposento ocurria.

Sotillo repuso:

—Estoy pensando que vuesa merced le ha cobrado singular cariño á esta madriguera.

—Y vos á mi persona.

—Quiérola tanto, que si habitára vuesa merced esta casa, pidiérale un aposento en ella, por no privarme de su trato y compañía.

—Pues si vuesas mercedes tienen con que satisfacer el antojo, dijo á esta sazon el mozo, no hay sino decir esto quiero, porque esta casa está en venta, y la vende D. Gil el escribano, por encargo de su dueña la tia Perdiz, que vive en el Toboso. Y ahora, añadió el mozo, si vuesas mercedes quieren seguir mi consejo, salgan pronto de aquí, porque yo sé de un alguacil que diera algo bueno por conocer á unos caballeros que asal-

taron anoche las tapias de este corral, y el cual no há mas de un cuarto de hora que abandonó la custodia de esta casa para volver al punto, porque el alguacil que digo tiene órden del señor alcalde de estar al acecho de los salteadores.

Soto y Sotillo miraron al mozo; tosieron como si á un tiempo mismo se les hubiera atravesado una espina en la garganta, y trabando el uno de las riendas á su caballo y el otro del brazo de su competidor, salieron á buen paso de la casa, sin volver á despegar los lábios.

A la puerta montaron á caballo, y así que se hubieron alejado á buen trote de las tapias del lugar, Soto tiró de improviso de las riendas y se detuvo en medio del camino. Imitóle Sotillo, y su rival, mirándole de hito en hito, le dijo:

—¿Apostamos mi ejemplar de *Mingo Revulgo* contra el vuestro de *Tirante el Blanco,* á que os penetro y deletreo la intencion como si estuviera leyendo en vuestro pensamiento?

—¡Y luego dirán qué mi Sr. D. Diego de Soto no es hombre de sútil entendimiento!—esclamó Sotillo—¡Oh qué famoso zahorí! ¿Y puede saberse qué intencion es esa que vuesa merced lee tan de corrido en mi interior?

—Ved si es esta punto por punto: vos habeis dicho para vuestro caletre: la justicia de Alcázar nos avizora á Soto y á mí, por lo que no hay que pensar en dar el tercer asalto á la casa donde se encierra el precioso tesoro. Pero á bien que ahí está en el Toboso la tia Perdiz, que es la dueña y señora de ese tugurio, del que piensa deshacerse por algunos escudos. No hay sino dar cantonada á mi compañero, ó mejor diré, á mi sombra, y tomar la vuelta del Toboso, donde en un volver de ojos cómprole la casa á la tia Perdiz, y álzome con todo lo que encierra en sus entrañas.... ¿Qué tal, Sr. Sotillo? ¿No os parece que dí en el hito?

—Paréceme, Sr. Soto, que habeis dado en el vivo de vuestra propia intencion; pero os quiero advertir que conmigo no han de valeros armas mañeras.

—Ni á vos conmigo: y os juro por quien soy que no habeis de ir solo al Toboso, pues desde este punto me constituyo, no digo en sombra, sino en apéndice y escrecencia de vuestra persona.

Sotillo se quedó como pensativo, y al cabo de un momento repuso:

—De ese modo ya comprendo que en esta guerra no caben celadas ni trampantojos.

—No caben,—añadió Soto,—porque ni vos me dejarèis tomar la delantera, camino del Toboso, ni yo consentiré que os veais con la tia Perdiz antes que yo.

—¿Y cómo os parece á vos que se dirima esta contienda?

—Dejándolo, si os parece, en manos de la suerte: el favorecido se vaya norabuena en busca de su ventura, y el otro se conforme con su mala estrella; que más vale un alma en la gloria que dos en el purgatorio.

—Pues no se hable más en ello,—dijo Sotillo;—echemos suertes, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

Y dicho esto, sacó unas monedas del bolsillo, y acercando su caballo al de Soto, mostróle á este el puño cerrado, diciéndole:

—Pedid, pares ó nones.

—Nones, dijo Soto cogiendo con ambas manos el puño de Sotillo.

Este abrió la mano y vieron que eran tres las monedas:

—¡Perdí!—esclamó Sotillo arrojándolas al suelo con enojo: —vuestra es la tia Perdiz; así la vea yo arder en las hogueras de la santa inquisicion. Id noramala á granjearos el tesoro que guarda esa bruja, y mal año para el villano que os engendró.

Y diciendo esto metió espuelas al caballo, y arrancó á galope tendido por el primer sendero que topó delante. Soto le siguió con la vista, y cuando le vió desaparecer á lo lejos detrás de un recuesto que habia en un recodo del camino,

volvió riendas á su caballo, y alejándose un buen trecho del pueblo, para mayor disimulo, describió un gran semicírculo, á fin de penetrar por el opuesto lado en Alcázar de San Juan. Y andando su camino decia entre dientes:—Anda, que te lleve el diablo, truchiman, que esta vez has caido en la añagaza: revienta, si te place, tu fatigado rocin por llegar antes que yo al Toboso; pídele al rubio Apolo su cuadriga, ó su caballo á la fama voladora, para disputarme el premio de la carrera; que yo sin tanta fatiga sabré ganarte por la mano.

Y al decir esto, Soto se levantó sobre los estribos y estirando los brazos, dió tres castañetas con los dedos, de puro gozo.

Entróse en el lugar, y encaminándose al meson que ya conoce el curioso lector, en llegando mandó el caballo á la cuadra y preguntó al posadero:

—¿Sabreis decirme dónde vive maese Gil el escribano?

—Haceos cuenta que ya estais en su casa—respondió el mesonero,—pues no dista de aquí más de cincuenta pasos, y voy á mostrárosla desde la puerta.

—¿Conoceis á maese Gil?—tornó á preguntar Soto.—¿Es hombre tratable?

—¡Y cómo si le conozco!—respondió el huésped,—no le hay más tratable que él en todo el lugar, ni se hallará tampoco en toda la Mancha cazador más famoso.

—Basta—dijo Soto;—mostrad la casa.

El hostelero se la mostró desde la puerta, y así que hubo tomado las señas, Soto salió presuroso en busca del escribano. Al llegar á la puerta de la casa preguntó á una mozuela que estaba en el patio repasando medias calzas:

—¿Está en casa maese Gil?

La mozuela alzó la vista, y despues de dar pasto á los ojos con la novedad de la figura que tenia delante, respondió con desembarazo:

—Señor padre está en el estudio: éntre vuesa merced si quiere verle.

Y levantándose de la silla, guió á Soto hasta un aposento donde estaba maese Gil.

—¡Seais bien hallado!—esclamó el primero deteniéndose á la puerta.—¿Sois vos el escribano integérrimo, el cazador insigne, cuya destreza envidiara Nemrod y diera sombra y enojo á la misma Diana cazadora?

—Yo soy la persona que decís, si bien mejorada en tercio y quinto por el esceso de vuestro encomio—respondió el escribano, levantándose del sillon de roble y cuero en que estaba sentado.—¿En qué puedo serviros?

—Yo me llamo D. Diego de Soto—repuso éste;—soy un hidalgo acomodado, cuya casa solar radica en Ciudad-Real, si no se han llevado ya hasta la última piedra una plaga de parientes, enemigos mortales de mi sosiego y consumidores de mi hacienda. Soy recien venido á este lugar, en donde quiero establecerme por huir de tan fiera calamidad: héme informado acerca de las personas cuyo trato pudiera ser más de mi gusto, y me han nombrado la vuestra la primera.

—Estimo la honra—respondió el escribano—y ya me doy á entender que vuesa merced es gran cazador.

—Yo sé bien—repuso D. Diego—que no he de llegaros en eso ni al zancajo, y antes por el contrario, espero mucho de vuestro consejo.

—Si en algo puedo seros de provecho, contad desde ahora con él, y con mi deseo de serviros.

Rasgueados estos preludios en la vihuela de la cortesía, Don Diego y maese Gil siguieron punteando sobre el tema de la caza, y en llegando al capítulo de los perros, dijo el escribano:

—Los dos mejores podencos que yo he visto nunca son los de Baltasar Turuleque, el herrador de la esquina; ¡esos si que ventean una pieza antes que salga del vientre de su madre! Y no más lejos que ayer, me dijo el herrero que estaba resuelto á venderlos por sesenta escudos á quien se los quisiera comprar.

—¿Y no caisteis en la tentacion?—preguntó Soto.

—Cayera en ella—repuso el escribano—á no detenerme en la orilla el obstáculo de los sesenta escudos; porque, á la verdad, Sr. D. Diego, un escribano de Alcázar no es un fúcar.

Levantóse D. Diego al oir esto, y pidiendo licencia á maese Gil para dejar por unos instantes su compañía, salió apresuradamente de la casa, con no poca sorpresa de su dueño, que no podia atinar la causa de aquella súbita arrancada. Pero no tardó mucho tiempo en comprender el misterio, pues no habian pasado diez minutos, cuando ya estaba de vuelta Soto, seguido de un mozo, que traia dos perros atraillados.

—¡Por vida mia!—esclamó el escribano al verlos.—¿No son esos los podencos de Baltasar Turuleque?

—Ellos son—respondió Soto;—y si quereis darme una prueba de que estimais en algo mi amistad, os ruego que acepteis el presente de estos maravillosos animales.

Al oir esto el escribano estuvo á punto de volverse loco de contento, y no halló palabras con que significar el esceso de su gratitud. Así que se hubo moderado un poco el estremo de su alegría, Soto le dijo:

—Ahora bien, amigo y señor; si no lo llevais á mal, hablaremos un poco en lo que me concierne. Ya os he dicho que vengo á trasladar mi residencia á este lugar.

—Y yo os digo que quisiera poder ofreceros los alcázares de la reina Semíramis, porque os alojárais en este pueblo á todo vuestro gusto y comodidad.

—Bastaráme una casa.

—Pues si otra cosa no desea vuesa merced, yo le buscaré la mejor del lugar, antes que anochezca.

—Contentaréme—añadió D. Diego—con la que vuesa merced tiene encargo de vender.

—¿Con cuál?

—Con esa que, segun oí decir en la posada, pertenece á una tal tia Perdiz, que vive en el Toboso.

—¡La casa de la tia Perdiz! ¿Y vuesa merced se contentára con tan poca cosa?

—Y aun con ménos.

—¿Y hubiérais comprado esa pocilga.

—Por ser cosa vuestra.

—Duéleme en el alma; pero ayer mismo se la vendí al boticario de Consuegra.

—Pecador de mí,—esclamó Soto con el rostro hecho una hoguera—¡eso habia y os lo teniais tan callado? ¡Malhaya vuestra cachaza y el menguado que os engendró! Venid acá, mentecato, cazador de lo ageno, escribano rampante y embaidor, ¿por qué no empezábais por declarar que le habiais vendido la casa á ese envenenador de Consuegra, que Dios confunda? Juro á tal, don bergante, falsario, muñidor de la muerte, que he de publicar vuestras mañas por las cuatro partes del mundo!

—¡Qué dice ese hombre!—tartajeó el escribano al oirse tratar de aquella manera tan sin causa ni fundamento—¡yo falsario, yo muñidor de la muerte, yo escribano rampante y embaidor!

Y viendo que Soto cruzaba ya el patio como una flecha, comenzó á dar voces diciendo:

—¡Hola! ¡detengan á ese energúmeno; átenme á ese loco; persíganme á ese deshonra-buenos!

—¡Qué han de perseguir! gritó desde la puerta la hija de maese Gil,—si en oyendo que vuesa merced ha vendido la casa de la tia Perdiz, no parece si no que á todo el mundo le nacen alas en los pies.

—¿Por qué lo dices, hija Marica?—dijo el escribano llegando muy descompuesto á la puerta de la calle.

—Dígolo—respondió Marica—porque no hace un cuarto de hora se llegó á la puerta otro fantasmon semejante á ese que le acaba de poner á vuesa merced como ropa de pascua. Preguntóme si vivia aquí el escribano con quien se debia tratar de la compra de una casa perteneciente á la tia Perdiz del

Toboso: respondile que sí, pero que la tal casa estaba ya vendida á maese Barbola el boticario de Consuegra. En oyendo mi respuesta, el hombre metió espuelas al caballo en que venia montado y tomó la calle abajo á galope, sin decirme Dios os guarde.

. Mientras Marica referia esto á su padre, Soto llegó al meson, entróse en derechura de la cuadra y ensillando atropelladamente su cabalgadura, se disparó por las calles del lugar, sin curarse de las voces de un alguacil que le seguia de lejos, gritando:—¡Téngase al rey! ¡Favor á la justicia!—Así que se vió en el campo, volvió á castigar los ijares de su cansado rocin, y no paró de correr hasta que puso una legua de por medio. Entonces se detuvo un momento para preguntar á unos pastores cuál era el atajo más corto para ir á Consuegra, y satisfecho su deseo, tornó á galopar de lo recio por un sendero que conducia al camino de aquel lugar.

Era la hora de medio dia: el sol de la canícula vertia á plomo sobre la tierra sus rayos de oro fundido, y los insectos del campo entonaban su cantata diurna al celeste chicharrero. La vista corria sin consuelo por una llanura sin sombra, buscando en vano un recinto donde posarse, y las herraduras del caballo rebotaban sobre la tierra endurecida de los senderos, despidiendo relámpagos acerados. La brisa no exhalaba un suspiro, ni se movia cosa alguna en cuanto alcanzaban los ojos, á no ser las alas de algun buitre que pasaba, sesgando el vuelo, en busca de alguna presa. Los pájaros iban altos, buscando corrientes de aire junto á las nubes, y enviaban desde allí sus notas agudas y sutiles como hebritas de hilo de plata.

El caballo de Soto corria con desesperada energia, como si le sirviera de impulso el deseo de su ginete, y éste, con el cuerpo casi tendido sobre el cuello del animal, devoraba con los ojos el horizonte encendido.

VI.

Soto llegó á Consuegra y se fue en derechura á la botica del lugar. Arrendó el caballo á una reja, y entróse de rondon en la trastienda.

Al llegar allí se quedó plantado, inmóvil y mudo como una estátua. Lo primero que le dió en los ojos fue la cara encendida de su abominable competidor, el cual, sentado á una mesa de encina, hacia crugir una pluma sobre un pliego de papel. A un estremo de la mesa, y con los codos apoyados en ella, estaba sentado un individuo cuyo cuerpo enjuto y amojamado acusaba el recibo en pergamino de hasta sesenta navidades; y el cual, pegados los puños á las mandíbulas, seguia con mirada curiosa los torcidos y convulsos renglones que trazaba la mano de Sotillo. En el lado opuesto de la trastienda estaba sentada en un sillon de vaqueta, una moza de hasta veinte abriles, de cuerpo achaparrado, alta de hombros y caderas, fatigada de pechos, ojos grandes y preñados y nariz de castaña pilonga. Tenia puestos los cinco rábanos de su mano izquierda en la parte inferior del seno, donde la naturaleza suele colocar la cintura, cuando concede al cuerpo humano esta modificacion de la línea recta, y con la otra jugueteaba modestamente con la punta del delantal. De cuando en cuando alzaba los abultados párpados, miraba furtivamente á Sotillo, y sus macizas mejillas se teñian de los amoratados carmines que el rubor campesino roba al melocoton.

Al presentarse Soto en la trastienda, el boticario despegó los puños de las mandíbulas y le acogió con un ¡Dios os guarde! Sotillo levantó la cabeza, y al ver á su mortal enemigo clavó con furia la pluma en los algodones del tintero, hincóse

los puños en los muslos, y despidiendo ponzoña por los ojos comenzó á golpear el suelo con los tacones como quien tiene frio de cuartana.

Pero Soto, sin darse cata de la cólera de su contrario, acercóse al boticario y le dijo:

—Vengo de Alcázar de San Juan y os traigo saludos de D. Gil el escribano.

—¿Tambien vos?—dijo el boticario levantándose.—A la cuenta, su merced del Sr. D. Gil le ha cobrado gran amor á mi casa.

—¿Por qué lo decís?—preguntó Soto mirando á Sotillo con la cola del ojo.

—Porque veis ahí un caballero que no há mas de una hora que ha llegado de Alcázar—añadió el boticario—y cuya visita debo tambien á ese dechado de cortesía escribanil, á quien solo conozco por haberle comprado una casa. Pero ¿qué haceis, hija Petronila, que no acercais acá una silla?

Petronila soltó la punta del delantal y acercó una silla á la mesa.

—Esta doncella ¿es hija vuestra?—preguntó Soto mirando á la mozuela, la cual, á impulsos del rubor, absorbió por las narices, torciendo la boca, una recia columna de aire, y se volvió á su puesto confusa y avergonzada.

—Muy servidora de vuesa merced,—repuso el boticario;—es mi segundogénita: la primera murió en mantillas, y esta es mi única heredera. Y ahí donde la veis—añadió el boticario dirigiendo á Sotillo una mirada en que rebosaba el orgullo paternal,—es moza que lleva en dote el terruño de su abuela materna y una casa que há pocos dias le he comprado en Alcázar, donde radica un campo suyo de pan llevar.

—¡Qué oigo!—exclamó Soto al propio tiempo que su contrario enderezaba al boticario una mirada de víbora—¿Conque esta es la discreta doncella de quien tanto bien me ha dicho su merced del Sr. Gil?

—¿Cómo es eso?—respondió el boticario—¿que tambien el bueno del escribano os ha hablado de Petronila?

—¡Y cómo si me ha hablado? Hámela puesto en los cuernos de la luna.

—Pues yo juraria que no la ha visto en su vida.

—Conócela por la fama de su belleza y discrecion.

—¿Oyes, hija Petronila?—dijo el boticario encogiéndose de hombros.—Tu fama trasiega por la Mancha. Saluda á este buen caballero, muchacha, que un mensajero como su merced, no lo has de encontrar á cada trascantillo.

Petronila hizo una genuflexion, y se sorbió una segunda dósis de modestia, que se hubiera refugiado mejor en un pañuelo.

Soto prosiguió:

—Oidme pocas razones, y sabreis si me han dicho maravillas de las partes que adornan á mi señora doña Petronilla. Mi nombre es D. Diego de Soto, hidalgo de limpia genealogía, natural de Ciudad-Real, bien heredado de padre y madre, y con más hacienda que muchos que de ricos blasonan—añadió mirando con mirada de basilisco á Sotillo, que recibió el flechazo rechinando los dientes;—y á lo que vengo, prosiguió, es á pediros por esposa á la señora Petronila.

El boticario se enderezó en la silla como si le hubieran clavado un alfiler en la rabadilla, y paseó la mirada atónita de Sotillo á Soto y de Soto á Sotillo.

—¿Qué ha dicho vuesa merced? esclamó.

—Digo que tendré á gran merced el que la vuestra me conceda la mano de ese dechado de perfeccion.

—Hija Petronila—repuso el boticario dirigiéndose á la doncella, que no hacia mas que mirar al suelo y alzar los ojos de cuando en cuando para estudiar á hurtadillas al personaje que solicitaba su mano;—hija Petronila, ¿qué filtro habeis compuesto en mi laboratorio, que así os llueven maridos por todas partes?

—La doncella, en vez de responder, dió una vuelta en redondo, movida por el resorte de la vergüenza, y mostró á la pared su rostro pudibundo.

—¿Pues que hay otro moro en campaña?—preguntó Soto apretando los dientes y clavando en su contrario sus ojos de basilisco.

—No es moro—replicó el boticario—sino un cristiano viejo quien os disputa la mano de Petronila. Dígalo si no este buen hidalgo, en quien es tan poderoso el deseo de poseer ese que llamais dechado de discreccion y de hermosura, que desde ahora me anuncia el fin de su vida si mañana mismo no se casa con ella.

—¡Ah! ¡que tambien este caballero pide consorcio!—dijo Soto con mal reprimida cólera.

—Pídelo con tanta premura—repuso el boticario—que véisle ahí terminando la minuta de los capítulos matrimoniales.

—Así es la verdad—esclamó Sotillo descargando un puñetazo en la mesa:—y vuesa merced desista de su propósito, porque palabra y piedra suelta no tienen vuelta, y mi señora doña Petronila ha consentido en ser mi esposa.

—¡Tate!—dijo el boticario poniendo la mano abierta sobre la mesa.—Si la niña admitió el envite, fué porque no la dieron á escoger.

—¡Háme dado palabra!—gritó Sotillo.

—¡No ha dicho esta boca es mia!—gritó más recio el boticario.

—¡El silencio otorga!—retrucó Sotillo.

—El silencio es una firma en blanco, sobre la cual cada hijo de su madre escribe lo que se le antoja.

—¡Eso no, cuerpo de tal, que vos habeis consentido en la boda!

—¡Qué consentimiento ni qué patarata! Petronila es menor y no puede salir perjudicada. Acércate acá, hija, y pues tan discreto entendimiento has echado en pocas horas, á ver cómo dirimes esta discordia sin agravio de tirios ni troyanos.

—¡Eso pido!—dijo Soto.

—¡Yo me opongo!—gritó Sotillo.

—Sentencie esa doncella.

—¡Hay daño de tercero!—volvió á gritar Sotillo, dando un puñetazo en la mesa.

—¡Pues id á que os lo cure mi mancebo!—dijo el boticario montado en cólera.

Y asiendo del brazo á Petronila, la puso de un tiron á dos pasos de la mesa; volvió á sentarse en su silla, y repuso:

—Haya paz, ó voto á diez, que se me acabe la paciencia y mande á esta discreta doncella á espumar la olla y á vuesas mercedes noramala.

Dicho esto, el boticario hizo una pausa indispensable para pasar de la cólera á la conciliacion, y dirigiéndose á la doncella, dijo:

—Ahora bien, hija Petronila; ves aquí dos caballeros que solicitan tu mano. ¿A cuál de los dos se inclina tu gusto y voluntad?

Petronila miró con timidez á las dos aspirantes; bajó los ojos, los alzó por segunda vez, y despues de una pausa designó con el índice á Soto.

Sotillo se levantó de un brinco.

—Ya lo ha visto vuesa merced—le dijo el boticario—esa doncella con su discretísimo índice, ha pronunciado sentencia definitiva sin agraviar á nadie con palabras.

—¡Yo me doy por agraviado!—gritó Sotillo poniendo ambas manos sobre la mesa, y echado el cuerpo adelante como si quisiera devorar al boticario; vuesa merced es un casquivano y ella una tornadiza!

—¡Y vos un deslenguado!—dijo Soto levantándose.

—¡Y vos un erudito de bambolla!

—De esos sois vos que mostrais un Plutarco sin frontispicio y le quereis remontar á los primeros tiempos de la estampa.

—Hablára quien no tuviera las manos puercas de haberle enmendado la fecha á un Tito Livio, que anda en manos de todo el mundo.

—Menos en las vuestras pecadoras, que no han tocado jamás un incunable.

—Las vuestras si que están vírgenes de ese contacto.

—¡No, sino las vuestras!

Soto y Sotillo manoteaban como energúmenos, y puestos uno en frente de otro, como dos toros en celo, con el cuerpo encorvado, las narices casi juntas, y los ojos á punto de saltar de sus órbitas, andaban por la trastienda, avanzando el uno y retrocediendo el otro, y rugiendo los dos como leones. De esta suerte se habian entrado ya por una puerta que daba paso al laboratorio del boticario, cuando de repente asomó una cabeza por un ventanillo que ponia el electuario en comunicacion con la trastienda, y se oyó una voz que gritaba:

—¡Cierren esa puerta! ¡Ciérrenla pronto!

Y como el boticario y Petronila se quedasen inmóviles de puro sobresalto, el que daba las voces corrió á la puerta del laboratorio y la cerró con llave, dejando dentro á los dos pretendientes.

—¡Hola mozos!—dijo el hombre saliendo á la oficina; id corriendo á la posada y traed acá las mulas.

—¿Era uno de ellos el que há poco entró en el lugar?—preguntó uno de los mozos.

—Si tal, y no es poca fortuna haber topado tan pronto con sus mercedes.

El boticario que no volvia en sí del asombro, se llegó al hombre y le dijo:

—Por lo que veo asegurais las personas de esos caballeros.

—Así es, respondió el hombre; y esta vez ha de ser de modo que no vuelvan á hallar resquicio por donde salirse á tomar el verde.

—¿Segun eso, deben ser dos grandes criminales?

—No son sino dos dementes, que se fugaron anteayer de la casa de locos de Toledo.

—¡Válgame Dios!—esclamó el boticario llevándose las manos á la cabeza;—lo debí de conocer cuando tomaron á Petronila por un dechado de discrecion y de belleza!

CONTRA EL LUJO EN ESTOS TIEMPOS.

SÁTIRA.

Cultum majorem censu.
HORACIO.—SAT.

Entre las plagas fieras que nos trujo
La balija revuelta del Progreso,
Hay una que me espanta, y es el lujo.
No va en chanza, Filinto, lo confieso:
Me dan escalofrios de cuartana
Y me trastorno cuando pienso en eso.
Me rio, ello es verdad, pero sin gana,
Como aquel que procura echar á broma
Aquello que le aflige ó le amilana.
Dirásme que es simpleza, que ya en Roma
Se conoció esa plaga que me altera,
Y que peores males vió Sodoma.
Dirásme que, si bien se considera,
Original miseria es esa al cabo
Que engendró el paraiso en una higuera.
Convengo, y es ejemplo que no alabo,

Que el padre Adan, pudiendo andar en cueros,
Proveyese al pudor de un tapa-rabo.
Serán esos, si quieres, los primeros
Gérmenes de la peste asoladora
Que al mundo ocasionó males tan fieros;
Pero ¿cuándo, Filinto como ahora
Cundió el contagio y se estendió la plaga
Que invade nuestro siglo y nos devora?
¿Cuándo más negra se ostentó la llaga,
Ni en su profundo seno mas patente
Se vió la corrupcion que nos amaga?
¿No ves cuán desalada va la gente
En pos del oropel, y cuál trasuda
Por dar ostentacion á lo aparente?
La misma probidad pone ya en duda,
De puro ver la gente bien vestida,
A la pobre verdad, que va desnuda.
Por salir al vergel lúcia y pulida
La necia vanidad con la penuria
Lucha sin tregua en guerra fementida.
La modesta pobreza es grave incuria,
Y el tener la ambicion encadenada
Es al propio decoro hacer injuria.
Ande la gente pulcra y charolada,
Y al límite posible no se atienda:
Si no hay con qué pagar, no importa nada.
¿Para qué es el aplomo y la trastienda?
Lo que importa es lucir: trampa adelante,
Y aunque al pudor y la honradez se ofenda.
Y así ves tanto pícaro con guante,
Que esconde en la pajiza cabritilla
Uñas de grifo ó de águila rampante.
¡Y guarda! que no todos en Melilla
O en las celadas de la selva muda

Están los bandoleros en cuadrilla!
 Pues, como la prudencia no te acuda,
No ya garra feróz, mano suäve
Detrás de una mampara te desnuda;
 Que ya no hay dolo ni perfidia grave
Que á guisa de negocio no se intente
Porque el lujo maldito no se acabe.
 Pues ¡ay de tí, si das en la corriente,
Y siendo honrado y con fortuna escasa
Te infestas del contagio pestilente;
 Y atento solo á consumir sin tasa
Por necia vanidad tu hacienda poca,
Dejas entrar al préstamo en tu casa.
 ¡Ay mísero de ti, si no te apoca,
Antes de verla por tu mal abierta,
Del terrible interés la hambrienta boca!
 Que si una vez al mónstruo abres la puerta,
No dejará tu hogar, yo te lo fío,
Antes que en yermo triste lo convierta.
 ¿Ves á D. Juan, que hoy guia un tronco pío,
Mañana uno alazan ó perla ó bayo?
Pues tan suyo es todo ello como mio.
 El coche que le lleva como el rayo,
Y ese que va sentado en la trasera
Ingerto de mandril y papagayo,
 Se venderá en pregon á quien lo quiera
El dia que se enoje el prestamista,
Que ya del finiquito desespera.
 A bien que ese temor no le contrista,
Y hétele cuán orondo y cuán sereno
Mide á todo el que pasa con la vista.
 Ni piensa que se luce con lo ageno,
Antes bien le parece mas sabroso;
Que el prestado oropel es el mas bueno.

Y en lo que tú motivo poderoso
Vieras para colgarte de una viga,
Ve su merced un título glorioso.
Nada turba su sueño ó le fatiga:
A vivir y á triunfar, mientras se pueda,
Que todo lo demás monta una higa.
¿Se consumió el haber? Ande la rueda:
Que si á la trampa al fin no dan tributo,
Para pegarse un tiro tiempo queda...
¡Siglo materialista y disoluto:
De tu escéptica prole el lema es este,
De tu ejemplo fatal este es el fruto!
¿Y remedio no habrá contra esa peste?
Pues deja que la infame y la maldiga,
Y que su influjo, al fin, no contrareste.
Por si ha de haber doctor que lo consiga,
No está de mas que el daño se pregone;
Peor es que se sienta y no se diga.
Ya todo al frontispicio se pospone,
Y no es el peor mal que el edificio
Por lo alto se desquicie y desmorone,
Si no que por abajo el maleficio
Cunda con el ejemplo, y se propage
La semilla mortífera del vicio.
La igualdad es gran ley... Dios se lo pague
Al que con santo fin le abre camino,
Que no hay cosa que al hombre mas halague;
Mas si la mente de su autor divino
Con insensatas miras se interpreta,
La ley de la igualdad es desatino.
La loca humanidad es indiscreta
Y hasta el bien que la das trueca en su daño,
Si no andas precavido en la receta.
¡La igualdad...! rico don; yo de ese paño

Quiero un manto que á todos nos cobije
Y nos reduzca á todos á un tamaño.
  ¡Santa, santa igualdad si ella nos rije
Con alto fin, y guia cariñosa,
Por el mejor camino nos dirije!
  La igualdad... sí, señor, buena, preciosa
Ante Dios y la ley, no hay duda alguna...
Pero, amigo, ante el sastre es otra cosa.
  Pues no hay quien se lo inculque á D.ª Bruna
Y á su marido el farolon de Roque,
Que derrochan en trapos su fortuna.
  ¿En trapos...? Y algo mas; pues como toque
El turno de engullir, cada semana
Hay en la casa danza y alboroque.
  No ha de ser ella menos que su hermana,
Que es mujer de un nabáb de Amarapura
Y vive con el tren de una sultana.
  ¿Qué diria la gente que murmura
Viendo á Brígida en auge, mientras ella
Se condenaba á rígida clausura?
  Ni por sueños, ¡qué horror! ¿Así atropella
Los respetos del mundo una matrona?
¿Y aquel decoro, y la decencia aquella
  Que exije el trato...? ¿Es ella una pelona?
La posicion, el... vamos, no hay tu tia;
Hay que darle decoro á la persona.
  Pensar que se modere es bobería:
Vendrá el apuro y perderá la casa
Por vestir de oropel su tontería.
  Pues aun te dá mas grima lo que pasa
En esfera inferior. Ya todo el mundo
De su estado los límites traspasa.
  Mi barbero se llama D. Facundo,
Y no son la navaja y la vihuela

Su sola ocupacion en este mundo.
Es un hombre del siglo, es de la escuela:
Gasta charol, se viste currutaco,
Y se burla del tiempo de su abuela.
Ya oliendo á tocador cualquier bellaco
En la calle te para, y un veguero
Enciende en tu misérrimo tabaco.
¿Ves ese almidonado caballero
Que sale del teatro? esta mañana
Me vendió un solomillo: es carnicero.
Esa que cruje seda, es Sinforiana,
Planchadora de fino, y por decoro
Princesa alguna tarde por semana.
Mas no hay nada que ceda en su desdoro.
Que no entró en su tugurio todavía
Júpiter convertido en lluvia de oro.
Ya lloverá, si crece la manía,
Y en lugar de princesa hebdomedaria
Diere en quererlo ser de cada dia.
Para el sastre y los diges de Olegaria
Tiene Juan con su sueldo de escribiente,
Que al cabo un tagarote no es un paria;
Y si ha de hacer papel entre la gente
Es fuerza procurar de cualquier modo
Que sea un biberon cada espediente.
Un zarramplin que ayer mostraba el codo
Manejando el formon, hoy á caballo
Cruza el anden llenándome de lodo.
¿Qué modistilla no usa perigallo,
Y se aroma con agua de Farina,
Y consume pastillas del Serrallo?
¿Quién es el zahorí que me adivina
Si es banquero, ministro ó sacamuelas
Aquel que corre á escape en la berlina?

Y como por instinto no lo huelas,
¿En qué del caballero mas cumplido
Se distingue un bribon de siete suelas?
Todo anda ya revuelto y confundido,
Y cúbrase con oro ó con quincalla,
Ya todo se semeja en lo pulido.
Desea cada cual saltar la valla
Que la suerte le impuso, y no refrena
El ansia de ostentar que le avasalla.
El siglo ya no inventa cosa buena,
Y son sus materiales incentivos
Tósigo en copa de oro que envenena.
No hay que venirme, pues, con paliativos
Ni decir que esos pujos inmorales
Son del progreso signos positivos.
Yo siempre males llamaré á los males,
Y tendré por inícua propaganda
La que incita á los goces materiales.
Progresar es hacer lo que Dios manda,
Y por mas que la píldora me doren,
Rechazo otra doctrina por nefanda.
Otros, si así les place, se desdoren
Exaltando la nueva idolatría
Y los protervos númenes adoren.
Creer que haciendo al vicio pleitesía
Marcha la humanidad á su destino,
Es sofisma procáz ó tontería.
Al pan se llame pan y al vino vino:
El lujo engendra el vicio, y pronto ó tarde
Suelen andar los dos por un camino.
El que adore á ese dios, laxo ó cobarde,
Tenga por cosa de alabanza digna
El torpe ejemplo, el ostentoso alarde
De cada Aspasia ó Mesalina indigna

Que insulta en su carroza tentadora
A la virtud que lucha ó se resigna:
Glorifique la orgía corruptora
Con que el instinto popular despiertan
Los opulentos Luculos de ahora;
Y los que ciegos, aunque el riesgo adviertan
Adoren á los ídolos del dia,
A su placer, Filinto, se perviertan...
Enseña una vulgar filosofía
Que al abismo camina en derechura
Aquel que de su esfera se desvía.
¡Y cuántos por flaqueza ó por locura
Encuentras por ahí, caro Filinto,
Sujetos á tan grave desventura!
Dígalo el infeliz de D. Jacinto,
Que va por infalible derrotero
Víctima á ser de su cobarde instinto.
Su mujer... dije mal: un granadero
Que por mujer le cupo en hora aciaga,
Le guia á su sabor como á un faldero.
El deja que á su antojo haga y deshaga,
Y sumiso á su ley dobla la frente
Y calla y sufre y se resigna y paga.
Escucha, pues, si quieres que te cuente
Las penas de este Job, y que con ellas
Ponga fin á mi charla maldiciente.
Tiene este buen señor dos hijas bellas,
Pero locas de atar, que á no ser tales,
Su digna madre renegara dellas.
¡Válgate Dios qué cúmulo de males
Le asedia sin cesar, y cuál dominan
Al infeliz las furias infernales!
A lucir y á gastar las tres se inclinan:
¿Las hablas de cocina ó de calceta...?

¡Qué horror! ¿De la costura? la abominan.
El teatro, el salon, eso les peta;
Que llegue á punto el traje y el sombrero,
Sopena que les dé la pataleta.
¡Qué apuro! D. Facundo el perulero
Dá el miércoles reunion... ¡Vivo...! al instante
Que venga la modista, el zapatero...!
Hay que dar este mes un *the danzante*...
Jacinto, ¡vivo...! á remontar la casa...
El salon es un cuarto de estudiante.
¿Y los muebles? ¡gran Dios! la moda pasa,
Y si vienen personas campanudas
Como son la Jacinta y la Tomasa...!
Vamos, es fuerza que á lo urgente acudas...
¿Oyes...? las niñas necesitan traje,
No tienen qué ponerse, están desnudas.
¡Qué flema de hombre...! no hay quien le baraje...
Los sanduiches, el ponche... listo, listo...
Hay que echar fleco nuevo al cortinaje...
¿Pues y yo...? ¡Santo Dios! ¿cómo me visto?
Si voy hecha un pendon, ¿cómo le pago
Dos polkas que le debo á D. Calisto...?
¡Ah, marido infeliz....! tras el amago
Viene el golpe mortal, y la gaveta
Le asalta fiera la infernal virago.
El the consume la última peseta:
No hay remedio, á vender; la hacienda es poca;
Pero es fuerza llenar la bolsa escueta.
El paciente varon calla, se apoca
Viendo crecer el mal, y al hondo abismo
Le empuja sin cesar la vieja loca.
¡Qué mujer, Santo Dios! ¡qué sinapismo!
¡Qué fiera condicion.... y cuán pacato
El que sufre su horrible despotismo!

¿Y las niñas?.... Su sueño es el boato,
Y á caza de un marido con dinero
Corren á rienda suelta y sin recato.
Si pueden optarán por un banquero
Aunque sea un vestiglo, que en el dia
El precioso metal es lo primero.
Pero es fuerza enseñar la mercancía,
Que en este siglo el hombre inapetente
Ya no la va á buscar donde solia.
Y como tú, por ráncio ó disciplente,
Del tráfago social necio la apartes,
No la darás salida fácilmente.
Y así es costumbre que haya en todas partes
Esposicion de niñas casaderas,
Como las hay de industria y bellas artes.
Trasnochadas las pide y bullangueras
El siglo del vapor, y el atractivo
Está en la exhibicion que no toleras;
Porque es achaque ráncio y primitivo
El pensar que el recato y la clausura
Sean de honestas llamas incentivo.
Con tan sanos principios asegura
Las bodas de su prole casquivana
La madre tierna, y labra su ventura.
A sus niñas atilda y engalana,
Y las lleva á los bailes y al paseo
Y al teatro dos veces por semana.
No hay nada que se oponga á su deseo:
Haciendo tocador pasan los dias,
Y las noches en danza y en bureo.
Porque no hay que pensar en tonterías;
Si no se las equipa y zarandea,
Las doncellas se quedan para tias.
La belleza en sí misma no grangea

Los sufragios del hombre, y la modista
Puede hacer de recibo á la mas fea.
¡Otro renglon que el ánimo contrista
De Jacinto infeliz.,..! ¡Cuál le despluman
Los yernos que bloquea y no conquista!
Le apura el interés, deudas le abruman
Porque sus hijas echen el anzuelo
Y de entonadas sílfides presuman.
Ya hipoteca la casa, ya el majuelo;
Crece la ostentacion, mengua el terruño,
Y no acuden maridos al señuelo.
Y en vez de echar un terno como un puño
Y mandar á las brujas noramala
Sin temor al respingo ni al aruño,
Deja que aquellas tigres de Bengala
Le devoren la hacienda con la vida,
Y en el silencio su dolor exhala.
La moral de la historia es ya sabida:
El que busca mujer, si cuerdo elije,
Quiere doncella ó parca ó recogida;
Y las niñas del cuento se colije
Que no hallarán al cabo quien las quiera
Con tanto relumbron y tanto dije.
No el tálamo, el hospicio las espera
Cuando lleguen al fin del precipicio.
¿El hospicio..? ¿qué digo..? y aun Dios quiera
Que su suerte final sea el hospicio.

EN LA TEMPRANA MUERTE

DE LA SEÑORITA

DOÑA MARÍA DE LOS DESAMPARADOS DE LA REGUERA.

—

ELEGÍA.

Hervia ya en mis venas
La sangre impetuösa,
Ardiente sávia de la edad florida,
Cuando en tu rostro alboreäba apenas
La sonrosada aurora de la vida.
Y eras bella, María, como es bello
El lirio que no dura;
Y tu alma, hermosa y pura,
De inocencia y candor puro destello,
Cual gota trasparente
Del cáliz que rebosa,
Rebosaba en el iris refulgente
De tu pupila hermosa.
Y eras bella y te amaba,
Y en tu sonrisa de ángel me estasiaba,
Y tu voz de inocencia adormecia
De mi espíritu ardiente
La llama inquieta, el anhelar profundo.
Y no pensaba que guardase el mundo

Dolores para tí; cuantos derrama
La mano del Señor preciados dones,
Halagaron tu infancia venturosa:
Sus alas de oro y rosa
Tendieron las risueñas ilusiones,
Niña, sobre tu cuna,
Y en tus sueños de dicha y venturanza
Mostráronte á porfía
Su seno cariñoso la esperanza,
Su altanera sonrisa la fortuna.
Y una senda de flores
Benigno el cielo pareció brindarte
Al abrigo de cierzos bramadores:
Tu madre sonreía
Mirándose en tus ojos, y al besarte
Con impulsos de amor se estremecia!
Mas ¡ay! no quiso concederte el cielo
Espacios dilatados
Do tus sueños alados
Tendiesen á placer el raudo vuelo:
No quiso en copa llena
Medirte las avaras
Dulzuras de la vida;
Ni aun le plugo que plácida y serena
Al término llegaras
De la senda harto breve concedida
A tu breve existir: bajo las flores
Brotaron los abrojos,
Y el acerbo dolor pidió á tus ojos
Su tributo de llanto.
Un dia... ¡triste dia!
El ángel de la muerte inexorable
Sobre tu hogar dichoso
Posó con faz sombría

El vuelo pavoroso....
¿Qué no segó con ira insaturable
Su funesta segur! Una tras otra
Arrancó de tus brazos
Prendas del corazon: la mas querida
Viste caër bajo la airada mano
Que todo lo derrumba y lo atropella,
Y despojo temprano
Del génio asolador, tu madre bella
Dejó en luto el hogar, y á tí la vida
En llanto y duelo y orfandad sumida.
Así pasa rugiendo entre las ramas
Del pomposo rosal ya combatido
De la anterior borrasca impetuosa,
Soplo de tempestad, y así la rosa
Que ostentaba sus galas con orgullo,
Junto al tierno boton deshoja airado
El ábrego inclemente,
Dejando sobre el tallo estremecido
Tronzado y solo el mísero capullo.
¡Y ella tambien, la amada, la discreta,
La que en este jardin de los amores
Hermosa entre las bellas descollaba,
Como la palma erguida entre las flores;
La que en su amante seno cobijaba,
Madre feliz, esposa sin ventura,
Tu mísera orfandad, como á la tierna
Vid que perdió el apoyo de la encina
Cubre la amante yedra que enlazaba
Su tronco ya segado, porque al menos
No la falte la sombra y la frescura;
Ella tambien, la madre idolatrada,
La que en los dias para tí serenos
Solo en tu amor y por tu amor vivia;

Ella tambien te deja en abandono;
Y en vano noche y dia
La llamarás con lengua balbuciente,
Y nunca ya en tu frente
Sonará con murmullo regalado
El beso de su lábio enamorado!
¡Madre, madre infeliz! negó la suerte
Tesoros de consuelo y de alegría
A su amoroso corazon: la muerte
Que nuestras dichas trunca,
Fue con ella implacable mas que nunca
Y mas que nunca impía.
Ella robó á su anhelo
El placer de gozarse en tu hermosura
Cuando benigno el cielo
Los dones señalados
Quiso en tí derramar, que fueron gala
De tus años floridos;
Dones sin tasa ¡ay triste! concedidos
Y casi en esperanza arrebatados!
¡Oh muerte, airada muerte; dá siquiera
Que llegue á ver el tronco su renuevo
En pompa y en verdor.... Detén, espera
Que ostente un solo dia
Las galas de su hermosa primavera!
Deja á la tierna madre
Que loca de alegría
Vea erguirse gentil su dulce prenda!
Deja, deja que aliente
En su púdico seno idolatrado
Donde bulle indeciso
El caos del amor aun ignorado
Que esconde un paraiso:
Deja que en fuego ardiente

Su seno maternal arda por ella,
Y que en la vírgen pudorosa y bella
Sus afanados ojos apaciente,
Que en su beldad se goce,
Y que de orgullo y de placer solloce!
¡Madre desventurada!
Á tí no pudo darte ese consuelo
El fruto de tu amor... Mas no, ¿qué digo?
No tan sin compasion la mano airada
Del destino insondable fue contigo;
No tan injusto el cielo
Su encanto juvenil negó á tus ojos
Sumergiendo su luz en noche triste;
Al menos tú no viste
Con dolor mas impío
Yerto en tus brazos su cadáver frio!
¡Oh! ¡no! primero el soplo de la muerte
Apague una y mil veces los latidos
Del seno maternal; antes se vean
En tinieblas eternas sumergidos
Los ojos de una madre, y niegue el mundo
Una flor á su tumba solitaria.
Que con dolor profundo
Vea pesar la descarnada mano
De la muerte espantable sobre aquella
Que fue su dicha, y de su seno amante
Arrancársela mire
Y el desgarrado corazon con ella!
¡Este sí que es el dolor, dolor insano
Que espanta, aun no sentido,
Que parece medido
Para un vaso mayor que el pecho humano!
¡No, madre, no; piadoso
Quiso el cielo eximir de ley tan fiera

Tu amante corazon, y más dichoso,
Mas bello porvenir á tus amores
Clemente reservó. Tú en esa altura
Donde ni el llanto ni el dolor impera,
Donde son el amor y la ventura
Flores de inmarcesible primavera,
En esa hermosa patria que recibe
Tras del cansado y áspero camino
Al que en la tierra triste peregrino
Vive en la fe y en la esperanza vive,
En ese espacio bello, inmensurable,
La estrechan ya tus amorosos brazos.
Quédese ¡oh madre bella! ese inefable
Placer inmenso y santo
Para tí, que eres madre, y solo sea
Para nosotros el dolor y el llanto.
Era hermosa, y pasó: la amaba el mundo
Y fue pura y feliz, y en cuna de oro
Meció su infancia la benigna suerte:
Pudo escojer la muerte,
Para acallar su sed nunca saciada,
Víctima menos bella y venturosa;
Mas ¡ay! la nube horrenda y tenebrosa
Que en la noche callada
Avanza por la bóveda azulada
Escondiendo las luces celestiales,
No mira si la estrella
Que en su curso fatal ciega y devora,
Es la menos galana y brilladora
O la mas rutilante y la mas bella!

EL MARQUESITO.

I.

El *Marquesito* se levantó con el alba, aunque no lo tenia de costumbre; pero aquella noche habia dormido poco: el demonio de la vanidad, empeñado en mortificarle en una cuestion decisiva y solemne de amor propio, apenas le permitió conciliar el sueño. Si algo durmió, fué con un ojo cerrado, para dar descanso al sentido, y con el otro abierto, para no perder por un solo instante la conciencia real y *contínua* de sus atractivos físicos y morales, gravemente empeñados en el éxito de una campaña amorosa, de resultado decisivo para su gloria de seductor. Porque han de saber mis lectores que lo que no dejó dormir aquella noche al *Marquesito* fué la esperanza de rendir á sus plantas una virtud que el tribunal de la opinion pública, oidas las pérfidas informaciones de la malicia y de la envidia, y los falsos testimonios de los tenorios derrotados, no habia podido menos de recomendar, en definitiva y sin reservas de ninguna especie, á la estimacion general.

El *Marquesito*, aunque hijo de buenos padres, y mozo bien heredado, no era tal marqués. Sus amigos y conocidos le llamaban así para satirizar sus aficiones aristocráticas. Su nombre

de pila era Agapito, y su apellido, Quiñones. Pero el vulgo ilustrado le anticipaba, siquiera fuese con intencion irónica y malévola, un título nobiliario, que, andando los tiempos, y no quedándose atrás, por raro accidente, la farsa de este siglo relumbron, en el que la mediania reinante busca sus prosélitos y recluta sus falanges devastadoras en los criaderos de la nulidad arrojada y presuntuosa, habia de ser alta, mas temprano ó mas tarde, en la *Guia de forasteros.*

Agapito Quiñones era un jóven de estatura algo menos que mediana, y de inteligencia medida á las proporciones de su cuerpo. Pero ¿quién sabe adónde puede llevar su adulacion el sobornado tallador de la vanidad? Ello es que el *Marquesito*, á fuerza de ponerse de puntillas delante de su espejo de cuerpo entero, y de adorar en sus horas de ócio, que eran las mas del dia, las perfecciones de su naturaleza inteligente y sus gracias personales, habia llegado á persuadirse de que su estatura moral y material, y la potencia avasalladora de sus *encantos*, no tenian nada que envidiar á las mas aventajadas.

El *Marquesito* iba á sumergir el primer bizcocho *en su tazon de hirviente chocolate*, cuando sonó la campanilla de la escalera. A poco, el criado de confianza de la casa, penetró en la estancia donde estaba su señorito, y guiñando involuntariamente el ojo, como si no pudiera resistir la comezon de anticipar las señas morales de la persona que venia á anunciar,—Señorito—dijo, rascándose la cabeza con la irreverencia propia de un agente intermedio del libertinaje, acostumbrado á abusar de las inmunidades del oficio;—ahí, en la antesala, espera Juanilla la Rubia, la cocinera de la baronesa de Fuenfria: dice que necesita ver al instante al señorito.

—Que pase,—dijo instantáneamente el *Marquesito*, sin escuchar hasta el fin el mensaje de su criado:—La esperaba.

El mozo volvió la espalda, encogiéndose de hombros, aguzando los lábios y enarcando las cejas, como quien dice: «¡Negocio!» y se fué á trasmitir la órden de su amo.

El *Marquesito* se restregó las manos con fruicion, y mientras empapaba en el chocolate el segundo bizcocho, murmuró entre dientes:

—Iba á escribir un artículo mortal de necesidad para el gabinete que rige, á disgusto de los mios, los destinos del pais... (Los suyos eran tres boqui-rubios, muy bien vestidos, que le ayudaban á escribir dos veces al mes un periódico microscópico, denominado *El Mosquito*, con treinta y siete suscritores, estrechamente emparentados con los redactores de la publicacion, y trescientos cuarenta y nueve corresponsales, repartidos en las cinco partes del mundo.) Pero dispénseme la pátria—siguió diciendo Agapito;—otro dia romperé sus cadenas. El asunto que hoy reclama mi atencion importa demasiado á mi gloria...

La entrada impetuosa de Juanilla la Rubia le obligó á terminar mentalmente la frase comenzada. La jóven abandonó, sin mas ceremonias, el cuerpo á los muelles de un sillon de gutapercha, y exhaló un ruidoso suspiro de cansancio. Pero al ver que el tuno del criado cerraba tras ella la puerta, levantóse como una furia, y abriendo de par en par las maderas, hizo resonar por el pasillo su voz inculta de soprano, apostrofando de este modo al socarron:

—¡Oye, tú, alma de cántaro! yo vengo aquí á un recado y no traigo intereses *personales* que tratar con este señor. ¿Has entendido? Juana García se reserva para un alma en pena que la espera á estas horas camino del otro mundo, y no tiene mas que una palabra y una voluntad. ¿Qué te has figurado tú, botarga?

—Vaya, Juana,—interrumpió el *Marquesito*,—sosiégate y no hagas caso de ese mentecato. Toma asiento y hablemos.

Juanilla se sentó en una mecedora, abandonando el cuerpo á merced de las flexibles ballestas del mueble; vapuleó con las palmas de las manos sus faldas almidonadas por más abajo de las rodillas, como para evitar contingencias incompatibles con el pudor, y llevándose la mano al bolsillo del blanco y

aseado delantal, que acreditaba su calidad de cocinera de buena casa, sacó un papel doblado, y dijo, mostrándoselo al *Marquesito*:

—Lo prometido es deuda. Aquí está la prueba que V. desea. Le dije ayer que se la traeria, y vengo á cumplir mi palabra.

—Eres de oro, Juanilla,—esclamó el *Marquesito*, sin tratar de disimular el gozo que le rebosaba en el pecho.

—Pero vamos á ver, ¿qué prueba es esa que me traes?

—Usted sabe que el señor brigadier sale de caza cada quince dias.

—Lo sé; el domingo, sin ir mas lejos, anunciaron los periódicos una espedicion venatoria de que formaba parte ese caballero.

—Sí,—repuso la doncella con sonrisa maliciosa;—pero lo que no han dicho los periódicos es á qué clase de caza se dedica el señor brigadier.

—Esplícate, Juana; ¿qué quieres decir?

—Yo, nada; carta canta. Lea V. este papel. Juanilla se levantó de la mecedora, desdoblando la carta que acababa de sacar del bolsillo, y la puso sobre la mesa, delante del *Marquesito*, añadiendo:

—Lea V.

El *Marquesito* montó los lentes sobre la joroba no muy estética de sus narices, y leyó lo siguiente:

«Ana mia:

«Tú lo sabes: en otro tiempo la caza fué la pasion de mi vida. *Ma ti vidi*, como dice el tenor, en *Lucía de Lammermoor*, y aquella loca aficion ha venido á ser un pretesto para renovar una tradicion poética de nuestros amores. El sábado, á las nueve *en punto* de la noche, estaré en la Granja, y en el sitio poético que tú y yo conocemos con el nombre de «Cuna de los amores.» Espérame. ¡Siete dias de ausencia!... ¡Figúrate, Ana mia, los intereses que en esa eternidad devenga un capital de amor como el mio!

«Adios, bien de mi vida, hasta el sábado, á las nueve en punto, en la *Cuna de los amores*. Guarda, como siempre, el secreto. Mi regreso oficial de la caza no es hasta el *jueves*. Tuyo para siempre,—*Leopoldo*.»

Leida y releida la carta, *el Marquesito* la dejó sobre la cartera; dirigió una maliciosa mirada á Juanilla, y sacando del bolsillo una tarjeta que pocos dias antes le habia mandado el brigadier, aceptando, en términos corteses, la suscricion al periódico *El Mosquito*, cotejó detenidamente ambos escritos, y convencido de la autenticidad indudable del documento que le habia entregado la jóven, le dijo, encandilando los ojos con el entusiasmo anticipado del triunfo:

—¡Eres de oro, Juanilla! ¡Me has servido á medida de mis deseos! Pero dime, ¿cómo ha venido á tus manos esta carta? ¿Quién es esa Anita que sostiene relaciones tan novelescas con el brigadier? ¿Y cómo un hombre que pasa á los ojos de todos por tan enamorado y tan celoso de su mujer, comete infidelidades tan imperdonables como la que acredita este papel?

—Pues ahí verá V.—dijo la doncella, levantándose de la mecedora con visibles muestras de impaciencia.

La carta ha venido á mis manos porque el criado del señor brigadier, encargado de llevarla á la Granja y de entregársela á la señora Anita en sus propias manos, es un mozo que, en tratándose de mi persona, no tiene voluntad própia. En cuanto á la niña de la cita, debe ser, aunque no lo aseguro, cierta Anita muy guapa, hija de un guarda de campo, que vive á dos tiros de escopeta de la quinta de mis señores; y por lo que hace al amor conyugal y á los celos del brigadier... ¡vaya, señorito, que á veces no es oro todo lo que reluce!

Y despues de esta vaga reticencia, la doncella se quedó delante de la mesa, con los ojos fijos en el tintero, las manos metidas en los bolsillos del delantal y repicando con impaciente pié en los ladrillos del pavimento; hasta que, viendo que el *Marquesito* leia por tercera vez la carta, sin dar señales de

vida ni comprender el sentido de esta muda elocuencia, rompió el silencio y dijo, poniendo la palma de la mano derecha en la actitud eternamente humana de recibir:

—Conque, señorito, si V. me hace el favor de darme los cincuenta duros prometidos, será favor que le agradeceré infinito, porque tengo mucha prisa. Usted dispense si...

—Calla, muchacha; ¡tú eres la que has de dispensar mi distraccion! Toma, añadió, abriendo el cajon de su mesa y contando once monedas de cinco duros;—aquí tienes lo prometido y cinco duros más para alfileres.

—Gracias, señorito,—repuso la doncella con sequedad.—Sé que cometo una mala accion; pero hay circunstancias...

—Nada tienes que echarte en cara, Juanita,—esclamó el *Marquesito*.— Has arrancado la máscara á un hipócrita, y esa, antes que mala accion, es una obra meritoria.

—Está bien,—repuso Juana con sequedad, recogiendo con ambas manos las monedas de oro.—Quede V. con Dios: tengo mucho que andar y no puedo detenerme.

Y sin esperar que el *Marquesito* la devolviese el saludo, la doncella salió rápidamente y bajó de dos en dos los peldaños de la escalera, no sin castigar, á su paso por la antesala, la insolencia del criado zumbon, con la bofetada más limpia y resonante con que ha azotado jamás el carrillo de un desvergonzado la blanca mano de una mujer.

II.

—¡Victoria!—esclamó Agapito Quiñones.—¡La baronesa es mia! Veremos qué cara ponen los tenorios zumbones de la villa, cuando vean que la fortaleza que juzgaban inespugnable no lo ha sido para mí.

Tocó el timbre y apareció su criado Gregorio con el pañuelo aplicado á la megilla.

—¿Qué es eso? ¿qué tienes?

—Nada, señorito: es que ha dado en dolerme...

—Ya; la bofetada que te ha sacudido Juanita la Rubia. No la escondas con el pañuelo, muchacho, que no es ningun secreto. Se ha oido hasta en las guardillas. Esò te enseñará á no echarla de malicioso. Ponte un pañito de vinagre, y haz inmediatamente lo que voy á decirte.

—Mande V., señorito.

—Te doy media hora de tiempo para hacer el mundo.

—¡Señorito! Dios, con ser Dios, necesitó seis dias, y quiere usted que yo...

—¿Aun estamos para bromitas? Pues cuidado con ellas, que has empezado mal la mañana. Te digo que me prepares inmediatamente el equipaje. En el tren de esta mañana salgo para la Granja,—añadió mirando el reloj.—Pon en el mundo pequeño alguna ropa blanca; un traje de campo; otro sério, para visitas, y á facturar sin perder minuto: ¡vivo!

El criado volvió la espalda, diciendo entre dientes:

—¡A la Granja! Y la ha tenido aquí como quien dice, entre la espada y la pared... ¡Jé, jé! Ya entiendo la farsa. Es una aventura de amor al estilo de las que suele correr mi señorito... Esta noche habrá sombras chinescas en aquellos jardines. Juanilla la Rubia acudirá á no sé qué sitio poético con su seductor. Ella llevará la cara cubierta con el velo mas espeso que haya encontrado en el guardaropa de su ama. El irá con el sombrero en la mano, y dando el rostro á la luna para ahorrar al curioso espectador el trabajo de adivinar la mitad del acertijo, y á los dos ó tres dias andará á vueltas por las columnas de los periódicos una gacetilla de la cosecha de casa, en que se hablará de cierta incógnita dama de alto coturno...

El sonido del timbre interrumpió la improvisacion de Gregorio. El mozo corrió (paso á paso, como suelen correr los criados) al despacho del *Marquesito*.

—Oye,—le dijo éste; mete en el cofre este pañuelo.

Y puso en manos de Gregorio un finísimo cuadro de batista, bordado con primor y marcado en uno de sus estremos con una corona *baronal.*

—¡Baronesa!—dijo Gregorio para sí, examinando la prenda por el camino.—Hubiera jurado que Juanilla la Rubia picaba mas alto. Corista de la Zarzuela era aquella *señorona* que el año pasado, en un baile, dejó caer, á los pies de mi señorito, un pañuelo *ducal*, primorosamente bordado por mi hermana Josefina, como todos los que ese buen mozo enseña á sus amigos, para acreditar la buena fortuna de sus campañas amorosas. ¡Baronesa Juana la Rubia!... Está visto: la casa viene á menos.

III.

Agapito Quiñones se trasladó aquella mañana á San Ildefonso, y se alojó en el piso bajo de una fonda, cuyas habitaciones tenian salida á un jardin, donde, despues de un almuerzo sustancioso y de una comida, turbada por las dudas que asaltan á un conquistador, siquiera tenga los ánimos de Alejandro, en los momentos inmediatos á una batalla decisiva, se quedó dormido en un banco de piedra, reclinada la cabeza en el tronco de un frondoso ciruelo, el cual le dió apoyo, sombra y frescura con tan voluntaria hospitalidad, como si por maravilloso instinto comprendiera los deberes que impone no sé qué misterioso parentesco de afinidad entre ciertos vejetales y ciertas criaturas dotadas de alma racional. Y Agapito tuvo un ensueño feliz: soñó que una noche, al preludiar en los Jardines del Retiro una declaracion amorosa *de alta novedad*, con la cual pensaba vencer la resistencia de la linda baronesa de Fuenfria, esta le atajó en el camino de la hipérbole, diciéndole, con el acento y la sonrisa de la mujer subyugada que busca un pretesto fácil para escusar su caida: «¡Basta, Agapito! Pruébeme

usted que mi marido no me guarda la fidelidad que yo merezco, y entonces será ocasion de decretar ese memorial.»

En esta primera parte del sueño, la ilusion estaba hasta cierto punto fundada en un hecho real y positivo; pero importa rectificar los detalles. La verdad es que la baronesa de Fuenfria era una dama muy hermosa, muy discreta, y sobre todo, muy bien defendida tras los adarves de una honradez intachable contra los tiros de la maledicencia. Parecia de humor jovial, espansivo y decidor; pero estas no eran mas que apariencias, bajo las cuales encubria una pasion incomprensible para la inmensa mayoría de la frívola y descreida sociedad en que vivia. La baronesa amaba con delirio á su marido, y bien fuese por el temor de escandalizar con los signos visibles de esta *flaqueza* á las mujeres casadas, mal avenidas con la prosa trasnochada y dormilona de San Pablo, con quienes su posicion y sus hábitos cortesanos la obligaban á alternar, bien porque quisiera ocultar á la impertinente curiosidad de las gentes el secreto culto de su corazon, el hecho es que habia encontrado el difícil arte de ocultar á los ojos del mundo, bajo la máscara de la mas completa indiferencia, el corazon mas apasionado y vehemente, y la condicion mas celosa de mujer que es posible imaginar. Y es natural: lo que no habia podido descubrir la malicia comanditaria de cincuenta mujeres reunidas en sociedad para morderse unas á otras y atraer á su seno víctimas que devorar, no es maravilla que escapara á la sagacidad de un individuo tan ocupado en la contemplacion de sí mismo, como el héroe de esta verídica aventura. Agapito Quiñones vió que la conquista de la baronesa de Fuenfria era empresa difícil,—y digo *difícil*, porque la palabra *imposible*, que usaban los Tenorios desahuciados, le parecia á él que no era más que una hipérbole para escusar la humillacion de la derrota,—y se propuso llevar á cabo una obra de seduccion, cuya gloria eclipsara la de los mas laureados galanteadores de la villa.

Ahora bien, para restablecer la verdad del hecho histórico en que estaba fundada la primera parte del sueño, es preciso subsanar las omisiones del soñador, y corregir el texto en estos términos:

«Una noche, al preludiar el *Marquesito* en los Jardines del Retiro una declaracion amorosa, *de alta novedad*, en la cual se aventuraba, por vía de exordio, una atrevida reticencia acerca de la fidelidad conyugal del brigadier, la baronesa de Fuenfria, para quien siempre habian sido objeto de discreta ironía las galanterías del *Marquesito*, se sintió inopinadamente herida en una fibra muy sensible, aunque muy escondida de su corazon, y atajó al galanteador en el camino de la hipérbole, diciéndole con el acento y la sonrisa de una mujer celosa, á quien importa estimular el celo de un delator:

—«Basta, Agapito. Pruébeme V. que mi marido no me guarda la fidelidad que yo merezco... y entonces será ocasion de decretar ese memorial.»

Con esto queda esplicada la verdad de lo ocurrido. El fin del sueño es fácil de adivinar. Agapito soñó que el oro, dios del universo, como habia oido cantar á más de un bajo profundo en el Teatro Real, le habia proporcionado la prueba que debia asegurar su victoria. Soñó que triunfaba de la virtud de la baronesa, humillando la soberbia de sus desairados rivales, y despertó en el momento trágico en que una multitud de atribuladas madres de familia y de aterrados maridos, fundaban una sociedad de socorros mútuos, para disputar al vencedor de la baronesa de Fuenfria el honor de sus hijas y sus mujeres.

El *Marquesito* despertó tres horas antes del alba y se recogió en su aposento; pero no pudiendo conciliar el sueño, por mas que á ello le convidaban la frescura de la noche y el ambiente embalsamado que penetraba por las ventanas, encendió las bujías de un candelabro que habia sobre un velador, y escribió en una hoja de su cartera de viaje:

«Excma. señora baronesa de Fuenfria.

Mi muy estimada amiga: No há muchas noches, en el momento en que yo hacia resonar en sus oidos los acentos de una pasion invencible, pronunció V. estas palabras, que quedaron escritas en mi corazon con caractéres de fuego: «Agapi»to: pruébeme V. que mi marido no me guarda la fidelidad »que yo merezco... y entonces será tiempo de decretar ese me»morial.» Pues bien, baronesa, ha llegado el dia de la prueba: la tengo en mi poder, y la pondré hoy mismo á su disposicion, si tiene á bien concederme una entrevista reservada *antes de las siete de la noche.*» Seguian las fórmulas de cortesía, la firma y una línea que decia: «San Ildefonso, 28 de Julio—dos horas antes del alba.»

Escrita la misiva, el *Marquesito* dejó caer los brazos y la cabeza encima del papel, y con estrella más venturosa que la del más dichoso conquistador, se durmió sobre los anticipados laureles de la victoria.

A las ocho de la mañana la carta llegaba á manos de la baronesa. A las nueve, su doncella se presentaba en la fonda donde se hospedaba el Sr. D. Agapito Quiñones, y le hacia saber que su señora habia recibido su aviso en momentos en que ya no podia escusar una partida de campo, á que habia prometido asistir; pero que, á las siete en punto, aunque para ello le fuera preciso inventar un pretesto cualquiera, se hallaria de regreso en su quinta, donde tendria sumo gusto en recibirle.

—¡Un pretesto, un pretesto para buscar la ocasion de recibirme!—esclamó el *Marquesito* cuando estuvo solo.—¡Comprendido! Ha encontrado en su conciencia la justificacion de una falta deseada...

Y sacando de su bolsa de viaje una cartera, escribió en una hoja estas palabras:

«La baronesa de Fuenfria, 28 de Julio de 1880.»

La inscripcion de la hoja anterior era mas soberbia. Decia

textualmente: «La Gran Duquesa de Gerolstein. Albacete 4 de Mayo de 1879.»

IV.

A las seis y media de la tarde, y despues de un prolijo tocador, Agapito Quiñones se dirigia á la casa de campo del opulento banquero cubano D. N. N., donde el brigadier y su señora habian ido á pasar un mes, antes de emprender su viaje de verano á las Provincias del Norte.

De este cubano, propietario de la quinta y amigo íntimo del brigadier, solo se sabe que era el hombre más celoso y al mismo tiempo más sagaz para disimular su flaqueza, que se ha conocido desde que Dios ó el diablo soplaron el fuego de esa pasion en el alma de los mortales. Viajaba sin descanso con su segunda mujer, por las cinco partes del mundo, en la persuasion de que la instabilidad del medio social es la higiene del corazon, y cada vez que salia de Madrid para dar la vuelta al mundo, dejaba su casa y sus intereses á cargo de su gran amigo el brigadier D. Leopoldo de Salazar, con quien le unian los vínculos de una misma flaqueza.

Porque han de saber VV. que el brigadier era tan celoso como su amigo. La diferencia consistia en que el remedio que el cubano fiaba á los pies, el marido de Adelina lo encomendaba á las manos. Y... ¡alaben VV. la fortuna de un marido venturoso! ¡El brigadier Salazar siempre se habia curado en salud!

Al llegar el *Marquesito* junto á la casa de campo, la doncella de la baronesa le salió al encuentro, y le dijo, dando señales de impaciencia:

—¡Gracias á Dios! hace una hora que espera la señorita.

—¿Una hora?—respondió el *Marquesito,* consultando su re-

loj.—Pues no es mia la culpa, muchacha. Me has citado para las siete, y son las siete menos cuarto.

La doncella, sin responder palabra, guió al *Marquesito* hácia la quinta.

Al llegar á la verja de entrada, y en el momento en que la jóven, deseosa sin duda de acreditar su celo, penetraba corriendo en el jardin, el *Marquesito* oyó tras sí una voz que le decia:

—¡Eh!... Agapito... espera... oye una palabra.

Volvió la cabeza y reconoció en el individuo que le llamaba á su amigo Perico Pimentel, el cual, con otros tres barbilindos, compañeros todos de infortunio en las batallas de amor sostenidas contra la insensible baronesa de Fuenfria, se venia hácia él con paso acelerado. Pero Agapito no los esperó, sino que, llevándose el índice á los lábios para significarles que le importaba el silencio y la discrecion, se entró en la quinta en pos de la doncella, muy satisfecho de haber hallado tan á la mano testigos tan irrecusables y vocingleros de su buena fortuna.

La jóven le introdujo en un salon de la planta baja, amueblado al gusto del Renacimiento, con el lujo costosísimo de un anticuario á quien ha cabido la suerte de esplotar el producto de *tres ingénios* desconocidos en la córte. Las paredes desaparecian bajo el tesoro artístico de una magnífica coleccion de cuadros de los mejores maestros flamencos y holandeses, y era preciso un guia esperto para penetrar en aquel aposento, cuyos balcones estaban defendidos por espesas persianas contra los ardores del sol canicular, sin dar de cabeza contra alguno de los numerosos bustos antiguos y modernos que, montados sobre pedestales de formas diversas, invadian el espacio tan desordenada y tumultuosamente, como si su aglomeracion fuera la obra de una aficion escultórica, mas atenta á acaparar los documentos del mármol y del yeso, que á darles ordenada y filosófica hospitalidad.

La doncella guió al *Marquesito* por aquel laberinto, y le condujo sano y salvo á un sillon de roble, que, enajenado á precio de oro, se guardaba muy buenas cosas sobre los últimos momentos de Cárlos V.

Los ojos de Agapito Quiñones empezaban á distinguir los objetos en la penumbra del salon, cuando se abrió la puerta de un gabinete, proyectando un cuadrilongo de intensa luz en el pavimento de la estancia, y apareció la baronesa de Fuenfria. El *Marquesito* se levantó presuroso de su sillon, y corrió á recibirla con la galantería casi familiar del fátuo que dá por asegurada una victoria amorosa.

—¡Adelina!—empezó á decir, tendiendo la mano á la baronesa y procurando arrastrarla con suave violencia hácia el sitial que acababa de abandonar.

Pero en el propio instante, una mano aleve (la de la doncella, que habia entrado en pos de su señorita, sin que de ello se apercibiera el esperanzado galan) abrió una tras otra, con mano indiscreta, las ventanas del salon, dando paso franco á los resplandores del sol poniente, y encendiendo, de camino, en las megillas del jóven el carmin de la indignacion.

—Señor de Quiñones,—dijo la baronesa retirando la mano y sonriendo con esa pérfida coquetería que la mujer mas libre de pecado, no siendo tonta de capirote, suele utilizar á maravilla cuandó va fiado al disimulo algun interés muy grave de su corazon;—mientras V. no cumpla el compromiso que ha contraido en su carta de esta mañana, no puede, en justicia, llevarme presa por deudora.

—Pues bien, Adelina,—respondió el *Marquesito*, humillando la cabeza como un vencedor cortés y bien criado, que saluda respetuosamente á una ilustre prisionera de guerra; vengo á hacer bueno lo escrito en el papel á que V. se refiere. Traigo la prueba escrita y evidente de la infidelidad del brigadier.

—¡A ver!—esclamó la baronesa, tendiendo la mano con un

temblor nervioso, que Agapito atribuyó sin vacilar á un vehemente deseo de perder la apuesta.

—Aquí está,—repuso este poniendo en manos de la jóven la carta que le habia vendido Juana la Rubia.—¿Son estas la letra y la firma del brigadier?

—Sí,—dijo maquinalmente la baronesa, pasando con visible emocion la vista por el papel.

La jóven leyó la carta. Despues apartó los ojos del escrito para consultar azoradamente la hora de su reloj, y sin despedirse de Agapito, salió rápidamente del salon, diciendo entre dientes:

—¿Llegaré á tiempo?

V.

El *Marquesito* se quedó solo en aquel gran salon, poblado de esculturas, y despues de seguir con la vista á la baronesa, volvió á ocupar su sitial de roble, fijando casualmente la vista en un busto de Goëthe, que, á pocos pasos del estrado, descollaba entre la multitud de efigies que invadian la galería. El retrato del gran escritor trajo á las mientes del libertino el *Fausto* de Gounod, y este recuerdo hizo asomar á sus lábios una sonrisa mefistofélica, que sirvió de prefacio mudo á estas malignas reflexiones: «¿Adónde corres, pobre Adelina? ¿Es que quieres hacer el postrero y el mas inútil de los esfuerzos para probarme que has luchado hasta el último trance con tu conciencia de mujer honrada? ¿Qué vas á buscar por esos jardines y esas solitarias espesuras, si ignoras, como yo, la enramada misteriosa que cobija los amores del infiel?... Pero te comprendo, Adelina; tú quieres decirme esta noche, al arrojarte en mis brazos: «¡Mi marido es un traidor; lo he visto por mis »propios ojos!... Pero no te engria la facilidad de la victoria: »no eres más que el instrumento de mi venganza.»

Diciendo esto, Agapito se encogió de hombros con la espresion desdeñosa de un seductor que contemporiza irónicamente con los últimos escrúpulos de su víctima, y como estaba resuelto á esperar sobre el terreno el fin de una aventura en que se hallaba grandemente interesado su amor propio, se propuso matar el tiempo examinando las obras de arte que enriquecian la galería.

Algo mas de dos horas tardó en recorrer el salon, volviendo continuamente los ojos á la puerta, con la esperanza de ver asomar por ella el hechicero rostro de Adelina, sin que en tan largo espacio de tiempo llegase la baronesa, ni escuchase el menor ruido que le anunciara el término de su solitaria contemplacion. Resignado á recorrer segunda y tercera vez el salon, se detuvo delante de un busto de gran tamaño, en cuya base se leia en caractéres bronceados: «El segundo sentido.» Era la figura de un iroqués, tendido entre unos matorrales, con el oido pegado al suelo, y mostrando en sus facciones la atencion intensa y amenazadora de un salvaje que acecha el paso de su enemigo. Atraido por la espresion singular que el artista habia dado á su obra, el *Marquesito* la contempló por algunos momentos, procurando dominar la impaciencia que ya empezaba á irritar la miniatura de su sistema nervioso; y despues de examinarla por los cuatro puntos de vista que ofrecian los planos del pedestal, volvió á situarse frente á la cabeza del salvaje, y apostrofó á la estátua de esta suerte, poniendó los brazos en jarras, y echando atrás la espalda y el cerviguillo:

—Oyeme, salvaje; tú que escuchas el paso de la hormiga roja que atraviesa la espesura de los bosques tropicales; tú, que cuentas á cuatro millas, y me quedo corto, las dentelladas del aligator que devora á su presa; tú que, á distancia mas enorme, percibes si en el lecho de paja de tu cabaña respira más de un ser viviente, ¿podrás decirme por qué sombría alameda ó por qué recóndita espesura estampa en estos momen-

tos la huella de su pié de sílfide la bellísima baronesa de Fuenfria?

—¡Sí!—respondió la estátua del iroqués con voz sorda.

Agapito Quiñones dió un salto hácia atrás y se quedó por un momento inmóvil, fijando en la escultura sus incoloras pupilas, dilatadas por la sorpresa. No cabia duda; la boca abierta del iroqués habia dado paso á una voz humana, y como el *Marquesito*, hijo de un siglo razonador, no creia mas que un solo y único milagro, que era el que habia obrado la naturaleza, al crear el dechado de perfecciones físicas y morales que en tan reducido espacio reunia su persona, desde luego se dió á entender que la estátua acababa de hablar por boca de ganso.

Penetrado de esta verdad, y de que las estátuas habladoras de estos tiempos no dejan para la otra vida el castigo de los pecadores que las obligan á romper el silencio, procuró componer el semblante y erguir la cabeza lo mejor que le fué posible, echando para adelante con ambas manos las solapas de la levita. Pero sorprendido en el periodo mas arrogante de este alarde de valor por no sé qué amagos de nostalgia del campo libre, se encaminó paso á paso, como quien no quiere la cosa, hácia la puerta por donde poco antes habia aparecido la baronesa. Apartó el tapiz con el buen propósito de salir de la casa, dejando para ocasion más oportuna el fin de la aventura, y trató de abrir las vidrieras; pero estaba cerrada la salida. Miró con ojos azorados al través de los cristales. La pieza contigua á la galeria era un largo salon en cuyo estremo opuesto habia otra puerta de cristales, por donde desde el punto de vista que ocupaba el *Marquesito*, se descubria parte de un lujoso gabinete, y un balcon, por donde penetraban los últimos resplandores del crepúsculo de la tarde. La baronesa de Fuenfria... ¿Cómo era posible no reconocerla por la elegancia de su talle y su rica bata de batista, de cuya falda se desprendia un torrente de guipur? La baronesa de Fuenfria, me-

dió destrenzada la negra y opulenta cabellera, apoyados los brazos en el hierro del antepecho, contemplaba, á lo que podia comprenderse por la actitud de la cabeza, las maravillas del espacio, respirando la brisa precursora de la noche, con la tranquilidad de una mujer de bien, que no tiene ningun negocio grave que discutir con su conciencia. Aquella inesperada vision acabó de dar al traste con el aplomo del *Marquesito*, el cual, creyendo que su reputacion de seductor y de valiente no corria riesgo en una retirada, de la cual no podian dar fé testigos de mayor ni de menor escepcion, se alejó de las vidrieras en busca de la puerta por donde le habian introducido á tientas la doncella de la baronesa. La luna empezaba á dibujar en el pavimento la sombra ténue y vaporosa de los bustos y estátuas que poblaban el salon. Agapito pasó junto al iroqués, dirigiéndole una mirada sesgada, y abriendo sin dificultad la puerta, situada en el extremo del salon, se disponia á cruzar rápidamente la pieza contigua, en busca de la salida, cuando de improviso le salió al encuentro, atajándole el paso, un hombre de elevada estatura y de gallarda presencia, el cual, tendiéndole la mano con un movimiento tan brusco, que mas parecia una captura que una muestra de amistad, le dijo, obligándole á volver á la galería con el brusco ademan de un mal diplomático, obligado á anteponer á sus impresiones personales la razon de Estado:

—Dispénseme V., señor de Quiñones. Las mujeres tienen á veces singulares caprichos. La mia se empeña, hace mas de media hora, en que no he de venir á este salon, sin adivinar préviamente el nombre de la persona que nos honra con su visita.... Por fortuna, Serafin, que de paso sea dicho, no tiene méritos para llevar ese nombre de bienaventurado, porque no hay en la villa zascandil mas travieso ni mas consentido, há sido quien, escondido en el hueco de esa estátua, porque ha de saber V. que esta casa, como todas las que suele habitar su dueño, está materialmente minada per el roedor de los celos,

ha leido fácilmente la solucion del logogrifo, y me ha puesto en aptitud de satisfacer el capricho de Adelina.

—El lance tiene chiste, dijo el *Marquesito*, con una risita de garganta tan espontánea y tan cordial como la cortesia y el humor hospitalario del brigadier.

—¿Qué quiere V., amigo? Sí se ha descubierto el modo de oponerse á la voluntad de una mujer querida, el procedimiento no ha llegado, ni deseo que llegue nunca á mi noticia. Amo á Adelina con pasion,—añadió, derribando de un puñetazo la cabeza de un Narciso de yeso, por cuyos ojos se habia mirado mas de una vez el celoso cubano, dueño de la casa, en las aguas limpias y trasparentes de la virtud de su mujer; y no hay cosa, por repugnante que me parezca, á que no esté dispuesto por complacerla.

El *Marquesito*, obedeciendo al instinto de la propia defensa, retrocedió algunos pasos; pero, atajado en el camino por el geniecillo mal sufrido del amor propio, cruzó los brazos sobre el pecho, acariciando con la mano un rewólver en miniatura, que llevava constantemente en el bolsillo de su chaleco, y esperó con aparente arrogancia la agresion del brigadier. Pero este habia compuesto ya el semblante, é invitando con ademan cortés á su huésped á tomar asiento, oprimió el boton de porcelana de un timbre. A poco se abrieron las vidrieras de la puerta, por donde el *Marquesito* habia buscado inútilmente la fuga, y un criado, vestido con la librea de la casa, se cuadró delante del tapiz, con el continente grave y marcial de un veterano acostumbrado á la etiqueta de la ordenanza militar. El brigadier le recibió con un puñetazo en el hombro, capaz de derrengar á un novillo, y le dijo con aspereza:

—¡Imbécil, descorre ese tapiz y abre de par en par esas vidrieras!... ¿No comprendes que hace un calor infernal en este salon?

Agapito comprendió que aunque no habia recibido el golpe, el recibo era de su cuenta. Era evidente que el brigadier, en

la imposibilidad de dar franca salida á la cólera que rebosaba en su corazon, aprovechaba un vertedero cualquiera por donde desahogarla.

El criado no pestañeó siquiera. Recogió cuidadosamente el tapiz, como si abrigara la conciencia de su mérito artístico, adquirida á costa de muchos pescozones como el que acababa de recibir, y abrió de par en par las vidrieras. Agapito pudo dirigir desde su sillon una mirada al balcon del gabinete, donde poco antes habia visto asomada á Adelina. La jóven seguia contemplando las estrellas.

—¡Que traigan luces!—añadió el brigadier,—y que nos sirvan aquí el café. Porque supongo, amigo Quiñones, que V. lleva ya por delante su comida de campo, como yo mi merienda de cazador.

El *Marquesito* hizo con la cabeza una señal afirmativa, de la cual hubiera podido protestar con buen derecho su estómago vacio.

—Me alegro,—repuso el brigadier.—Con eso tendré el gusto de ofrecer á V. una taza de café y una copa de Ojen, salvado por milagro, como todo espíritu puro y generoso, de las groseras maniobras del comercio de mala fé.

El tono sarcástico, mal refrenado, con que fueron pronunciadas estas últimas palabras, acabó de convencer al *Marquesito* de que el mejor resultado que podia esperar de su aventura amorosa, era un duelo á muerte con el brigadier.

VI.

Y para que vean VV. lo que puede la furia avasalladora del amor propio, Agapito Quiñones, sin ser valiente, pensó con fruicion que un lance con el brigadier comprometería á los ojos del mundo el honor de la baronesa, y daria á la derrota más abrumadora las apariencias del triunfo.

—¡Valor!—dijo para sí, mientras el criado servia en un velador el café y la ponderada botella de Ojen.

—Mi reputacion está comprometida en esta empresa, y lo que la realidad no arroje de sí, lo han de hacer bueno las apariencias. Me batiré con el brigadier; pero mi aventura con Adelina pasará á los ojos del mundo por la más gloriosa de mis conquistas amorosas. Si afronto el peligro con ánimo sereno, mi posicion no puede ser mas ventajosa. ¡Ánimo, pues! camino á ciegas por un intrincado laberinto; mas, por lo que pueda interesar al porvenir de mis relaciones con esa codiciada hermosura, tratemos de investigar lo que ha podido ocurrir, para que el brigadier, sorprendido *in fraganti* delito de infidelidad, haya encontrado tan á la mano á su denunciador.

El soliloquio interno del *Marquesito* fué interrumpido por una seña que el dueño de la casa le hizo con la mano, para que se sentara á la mesa. El criado sirvió el café, y obedeciendo á una mirada de su amo, que equivalia á un abonaré de cuatro palos bien asentados en las costillas, si la órden no recibia inmediatamente cumplimiento, se apresuró á salir del salon.

Agapito dirigió otra furtiva mirada al gabinete de Adelina. La baronesa habia cambiado de postura. Su cuerpo esbelto se abandonaba al suave movimiento de las ballestas de una mecedora, y en esta postura seguia contemplando las estrellas, con el muelle abandono de una odalisca, acostumbrada á las doradas cadenas del Serrallo.

—Vaya, señor de Quiñones,—dijo el brigadier sentándose á la mesa delante de Agapito, y sirviéndole con mano convulsa una copa de licor, que rebasó los bordes del cristal, inundando el platillo y la mesa de maqué.

—Yo soy un soldado.

—Y de los buenos,—respondió Agapito con osadia, mirando cara á cara al brigadier.

—Así lo reza mi hoja de servicios—repuso este con sequedad.

—Pero vamos al caso,—añadió, llevando á sus lábios la taza que tenia delante, absorviendo ruidosamente una porcion del líquido aromático.

—Soy soldado y no he aprendido á ocultar mis sentimientos.

—No me coje de susto—dijo para sí el *Marquesito*.—Se trata de un duelo á muerte.

—Señor de Quiñones,—continuó el brigadier, haciendo un esfuerzo feliz para desarrugar el ceño y acomodar el tono al diapason de una cordialidad relativa.

—Venga esa mano. Le agradezco sinceramente la molestia que se ha tomado para enmendar la falta de dos criados infieles, y ruego á V. me dispense si mis palabras se resienten de la indignacion que me ha causado la deslealtad de esos ingratos. Ya supongo, amigo Quiñones, lo ocurrido, aunque la baronesa, impresionable y ligera, como lo son de ordinario las mujeres, no ha tenido paciencia para oir de lábios de V. la esplicacion de los hechos. Segun se ha sabido esta tarde, por la gente de servicio de los alrededores, mi criado Francisco, y Juana, la camarera de Adelina, tenian concertado hace tiempo marchar juntos á la Habana, prévia la promesa de cajon, de dar, en tiempo oportuno, á la libertad del deseo la sancion del matrimonio. Pues bien,—añadió el brigadier, llenando por segunda vez la copa del *Marquesito*, el cual habia apurado de un trago el primer contenido, deseoso de buscar en el fondo del cristal la solucion del conflicto en que se hallaba;—V. venia á hacernos una visita, y ya supongo lo ocurrido. El culpable le habrá encontrado en el camino de esta quinta, y sin duda, por no arrostrar, en el acto de cometer una ingratitud, la mirada angelical de la que amparó su orfandad y fué siempre su valedora, le habrá rogado que entregase á la baronesa la carta de que era portador.

El *Marquesito* miró con ojos atónitos al brigadier, y creyendo leer en su rostro la intencion de terminar por medio de una

hipótesis, en la apariencia conciliadora, una cuestion de honra que no podia tratarse sino en el secreto del hogar, vuelto en sí de la sorpresa que le habia causado la estraña suposicion del marido de Adelina, respondió con la desvergüenza de un enano, colocado en la situacion de discutir con un gigante atado de pies y manos.

—En efecto, brigadier, eso es lo que ha ocurrido. Vine anoche á la Granja con el objeto de hacer algunas visitas de despedida,—porque, para lo que V. quiera mandarme, salgo un dia de estos para Suiza,—y me dirigia esta tarde á su casa para cumplir con este deber de cortesía, cuando al llegar á la verja, su criado Francisco, que, por lo visto, me seguia de cerca, me ha detenido para rogarme que entregase á la baronesa la carta á que V. se refiere, añadiendo que un asunto personal que no admitia demora, le obligaba á abusar de mi amabilidad. Como V. comprenderá, brigadier, he entregado la carta á la baronesa, sin leer el sobrescrito...

—Lo comprendo, señor de Quiñones,—interrumpió el brigadier, pero no habia en ello indiscrecion: el sobrescrito, como de carta llevada á la mano por un criado de la casa, contenia lisa y llanamente el nombre familiar de mi mujer.

—¿El nombre familiar de la baronesa?—dijo el *Marquesito*, enderezando el cuerpo y mirando con sorpresa al brigadier.

—Sí, amigo mio,—repuso este.—El sobrescrito decia: «A su querida esposa Ana.—Leopoldo.»

—¡Ana!—dijo Agapito con tono irónico, abusando de la paciencia *oficial* del brigadier.—¿Se llama así la baronesa?

—La baronesa,—repuso este, mostrando en el rostro la calma amenazadora que precede á la tempestad,—se llama Adela: por el diminutivo, Adelina. Ahora bien, tome V. la primera vocal y la última sílaba de este nombre; figúrese V. un bosquecillo de acacias y madreselvas, donde una pareja, unida por los lazos del matrimonio, gusta de refrescar la memoria de las ilusiones pasadas, y comprenderá por qué Adelina y Ana son para

mi una misma persona, y por qué mis espediciones de caza... y V. dispense esta debilidad de un cariño incorregible,—añadió el brigadier con ironía,—son muchas veces ocasion de una cita de amor... Y á propósito, señor de Quiñones, ¿no es V. *tambien* periodista? Pues vea V. un asunto magnífico para escribir una gacetilla *petillant* de *esprite* que diríamos de elegante galiparla: las citas misteriosas del brigadier de Tres Estrellas con su mujer la baronesa de Puntos Suspensivos. ¡Qué cuentecillo tan sabroso para los aficionados, como yo, á las anécdotas de actualidad!

El brigadier pronunció estas últimas palabras con voz ahogada, poniendo la cara casi en contacto con la del *Marquesito*, y con la sonrisa de un temperamento nervioso, condenado por superior designio, á abstenerse de toda manifestacion esterior.

Agapito comprendió que habia sido víctima de un engaño. Juana la Rubia le habia puesto, por la módica suma de mil reales, en la situacion mas humillante por que pueda atravesar la menor cantidad posible de hombre, unida á la mayor suma apreciable de vidrioso amor propio. Pero lo que llevó á su colmo la indignacion del mozo no fué la grosera superchería de la doncella, sino la desdeñosa indiferencia con que la baronesa, con la prisa de acudir al reclamo de la carta, le habia dejado *indefenso* en el salon, sin decirle una sola palabra que pudiera servirle de oportuno y saludable desengaño. Esta perfidia inaudita exigia pronta y ejemplar satisfaccion. El *Marquesito* dirigió una mirada sesga al gabinete donde Adelina continuaba sentada de espaldas al salon, siguiendo con asombrosa impasibilidad el curso de las estrellas, y juró evitar á toda costa las consecuencias de una humillacion, que le comprometeria gravemente á los ojos del mundo.

Pero su indignacion llegó al colmo cuando el brigadier, revolviendo el puñal en la herida, añadió con la punzante ironía, propia de un resentimiento comprimido, por razon de fuerza mayor:

—Afortunadamente, amigo Quiñones, la carta ha llegado á tiempo, merced á la diligencia de V., que *le agradecemos* al par del alma. Adelina ha podido ser fiel á la cita. Gracias, amigo mio,—añadió levantándose y estrechándole la mano con efusion de amistad tan ardiente y vigorosa, que no pudo ser correspondida sino con un grito ahogado de dolor.—Es usted la flor y la nata de los *suplentes de cartero,* y ahora dispénseme si mi ridícula debilidad de marido enamorado, me obliga á faltar á los deberes de la hospitalidad. Tengo que andar seis leguas para reunirme con mis compañeros de caza, antes que adviertan mi escapatoria y me entreguen á la execracion de los cornudos sátiros de los bosques; porque, aunque sea doloroso confesarlo, hay pocos maridos capaces de comprender y apreciar las dulzuras íntimas y duraderas del matrimonio.

Sonó el timbre y apareció el criado.

—Antonio,—le dijo el brigadier,—ya sabes la consigna. No volveré de caza hasta el jueves. Monta el caballo *Aliacar,* como si le llevaras á paseo, y espérame donde sabes. Sr. de Quiñones,—añadió volviendo á estrechar la mano de Agapito,—cuento tambien con la discrecion de V. *La casualidad* le ha puesto en el secreto de mis calaveradas conyugales. Ruégole que no me esponga á la verbosa sátira de los juvenales de café. No quiero que mi nombre, oscuro y modesto, les sirva de escalon para subir al templo de la inmortalidad. Quiero decir, que hasta que los periódicos anuncien el fin de la caza, no ha podido V. verme en San Ildefonso.

El *Marquesito* hizo con la cabeza una señal de asentimiento, que sirvió al propio tiempo de saludo glacial de despedida, y se encaminó en pos del criado, hácia la puerta del salon por la que, en mal hora, habia penetrado en aquella casa *inhospitalaria,* con la esperanza... ¿qué digo con la esperanza? con la seguridad de llevar á cabo una gloriosa conquista.

Cuando se vió en el campo, buscó, lleno de ira, el balcon del gabinete de la baronesa. La jóven seguia columpiándose en

su mecedora; pero habia hecho un cámbio de frente, dejando á sus espaldas los astros rutilantes de la noche, y parecia en aquel momento absorta en la contemplacion de un candelabro de siete bujías que habia sobre una chimenea, y el cual le ofrecia sin duda, la ocasion de observar bajo un nuevo aspecto, la constelacion de las siete cabríllas.

Agapito la dirigió una mirada siniestra, y se alejó, poniendo á los cielos por testigos de que no habia de ser él quien á los ojos del mundo llevara la peor parte de la jornada.

VII.

Tomó por espacio de dos horas el fresco de la noche, paseándose por el campo, á distancia respetuosa de los sitios frecuentados por la colonia madrileña, y tuvo tiempo de sobra para rumiar y parafrasear á su sabor este pensamiento vengativo: el brigadier *no está* en la Granja, ni vendrá hasta el jueves. Tengo cuatro buenos testigos que me han visto entrar, en ausencia del marido y conducido por la doncella de confianza, en casa de Adelina... Pues bien, Sr. D. Juan de Salazar y señora baronesa de Fuenfria... *Rir bien qui rira le dernier.*

Se me olvidaba decir que Agapito solia pasar en Paris los tres meses del otoño.

Era la una, cuando el jóven, despues de mirar su reloj, resolvió retirarse al hotel donde se habia alojado, no sin lanzar una postrera mirada de ódio ál balcon de la baronesa. Habia pasado la verja que daba entrada á la quinta, cuando vió que revolvian la esquina de la fachada lateral, donde estaba el gabinete de Adelina, los cuatro individuos que algunas horas antes le habian visto penetrar en el jardin; los cuales, asi que le vieron y conocieron al claro resplandor de la luna, apretaron el paso, y Perico Pimentel, que venia delante, le dijo algo sorprendido:

—¡Muchacho! ¿Ahora sales de la quinta de la baronesa?

—En este momento, respondió Agapito con sequedad. ¿Os ha parecido larga la visita?

—A la verdad, amigo Quiñones,—repuso otro con sonrisa irónica,—para asunto de tan escasa cuantía, no se necesitaba perder toda la noche.

—Podrá ser,—repuso el *Marquesito,* empezando á desahogar la bilis que le roia las entrañas; pero yo conozco *á más de cuatro* que han pasado los meses y los años, buscando inútilmente el modo de zanjar ese negocio, que ahora les parece tan baladí.

—¡Oh!—esclamaron en coro los cuatro amigos. Y añadió Perico Pimentel:

—¿Qué estás diciendo, muchacho? ¿Quién ha tenido el mal gusto de poner tan empeñado asedio á esa virtud... salvaje?...

—Yo no sé si ha sido virtud ó tenacidad,—interrumpió Agapito: lo que me consta es, que todos vosotros habeis turnado en la infructuosa tarea de vencer la resistencia de la baronesa.

—¡Aguarda!—repuso Perico Pimentel, poniendo la mano sobre el hombro del *Marquesito,* al propio tiempo que dirigia una mirada á sus compañeros.—No nos entendemos. ¿De quién hablas tú? ¿De la baronesa de Fuenfria?

—Pues ¿de quién habia de ser?

—¿Y tu cita de esta noche ha sido con ella? Agapito se encogió de hombros, como quien se cansa de abonar un hecho notorio.

—¿Y la amorosa entrevista ha durado hasta ahora?

—Hasta la una de mi reloj.

—Pues, amigo,—añadió Pimentel, mientras sus tres compañeros se miraban unos á otros, ahogando una carcajada, aquí tenemos probado hasta la evidencia el don de la ubicuidad. Mientras tú gozabas en esa quinta, á tus anchas, los favores de Adelina de Castro, la baronesa de Fuenfria bailaba y tomaba té con nosotros en el hotel de la marquesa de Algemesí, como si no estuviera ocupada en otra parte.

El *Marquesito* miró fijamente á Pimentel y soltó una carcajada falsa; tan falsa como la situacion en que le colocaba su mortificada vanidad.

—Y á propósito,—repuso con rápida palabra Perico Pimentel; si el caso te parece inverosímil, allá viene quien podrá esplicarte el fenómeno; de modo que no te quede el consuelo heróico de los desdichados: el consuelo de la duda.

El *Marquesito* miró en la direccion que le indicaba el dedo de Pimentel, y sus lábios perdieron el poco color que les habia dejado la entrevista con el brigadier. La baronesa de Fuenfria, en traje de *soirée,* arrebujada en un elegante abrigo, se dirigia hácia la verja de su casa de campo, acompañada de dos criados. Los cuatro amigos la salieron al encuentro y la acompañaron hasta la verja.

El *Marquesito* aprovechó esta circunstancia para abandonar el teatro de su ignominia. Volvió rápidamente la esquina de la quinta, enfilando la fachada lateral, donde se hallaba situado el gabinete de Adelina, y dirigió al balcon una mirada furibunda.

Allí estaba aun la esbelta dama de cuyo traje de blanca batista se desprendia un torrente de encaje de guipur. La presunta baronesa de Fuenfria habia cambiado por tercera vez de postura. Se hallaba de pié, con un brazo apoyado en la balaustrada. Las luces de las siete bujías de la chimenea, reforzadas por el resplandor de la luna, alumbraban de lleno su rostro....

—¡Maldicion! ¡Era la camarera de Adelina!

Agapito huyó de aquella casa fatal; pero no con tanta rapidez, que no le alcanzara en el camino esta frase de *La Gran Duquesa,* cantada por una vocecilla de garganta que penetró, como la acerada punta de un bisturí, en la enconada llaga del paciente:

¡Oh carta adorada,
Me hiciste feliz!...

¿Era una intencionada alusion? No se sabe. La camarera cantaba una pieza del repertorio con que solia distraer las tareas de la plancha.

VIII.

Al dia siguiente, Agapito salió para Paris, sin escribir el artículo con que habia pensado derribar al gabinete. Los ministros no agradecieron, ni se apercibieron jamás, de la circunstancia providencial á que debieron un año más de vida; y lo que es más imperdonable, los maridos de la villa y córte tuvieron la inadvertencia de no celebrar la fuga del seductor con un espléndido banquete, terminado por el acuerdo unánime de votar un puente de plata al enemigo fugitivo.

Á UNA INGRATA DORMIDA.

Por fin, rendida al sueño,
Sus párpados cerró la ingrata mia.
¡Oh! ¡Cuán hermosa está! las auras ledas
Que la mecen en lánguido beleño,
Más ricas de perfumes
Cruzan ligeras la enramada umbría
Al recoger su aliento de ambrosía.
¡Cuán pura en su semblante
Se pinta del rubor la ardiente rosa!
Sobre el nevado seno palpitante
En profusion hermosa
Se derrama su crencha rozagante;
Y el aura juguetona
Que ora sobre él la apila,
Ora la esparce cuando en torno vuela,
Cuánto misterio á mi pasion revela!
¡Oh! vuela sin cesar aura ligera,
Así jamás el soplo
De la borrasca fiera
Te arroje de la playa venturosa
Donde mi bien reposa.
Vuela, céfiro amado,
Y deja que un amante sin ventura,
Ya que su dulce amor le está vedado,

Se goce un solo instante en su hermosura;
Vuela, vuela un momento, oye mi ruego,
Que ya tornarás luego,
Y podrás sin rival, céfiro blando,
Burlar mi amante fuego,
Esos encantos célicos velando.
Mas ¡ay! patentes deja
Esos hechizos porque amante peno;
Llévate tú en tus alas su guedeja.

Ese seno que se agita
De un ensueño al dulce halago,
Como las ondas del lago
Que el euro jamás turbó;
Ese seno donde reina
Otro objeto más querido,
Cuando por solo un latido
Diera mi existencia yo!

Mas ¡ay! ¿qué ven mis ojos?
Súbito sus megillas arrebola
El ardiente matiz de la amapola,
Y ese rubor que encanta
Se estiende hasta el marfil de su garganta...
¡Ay! ¿si será de enojos,
Porque escuchó la ingrata mi amargura?...
Mas no, que el dulce lábio
Que al granate robó su tinta pura,
Con espresion amante se sonríe...
¡Cielos! ¿será que blanda á mi querella
De mi ternura idólatra se engríe?
¡Mas qué digo, infelice! mis dolores
Encona sin cesar la fantasía,
Para acerbar mi mal siempre lozana;

Pues aunque esa tirana sueña amores
¡No sueña mis amores la inhumana!
Dime, dormida ingrata, el dulce dueño
Por quien me mata tu implacable ceño,
Por quien tu seno virginal palpita,
¿Esa tierna inquietud merece acaso
Que en tus ensueños púdicos le agita?
Y si te adora amante,
¿Cómo puede apartar de tí los ojos
Siquiera un solo instante?
¿Cómo en esta callada selva umbría,
Mientras guardo tu sueño,
Te envio mi plegaria cada dia,
Sin que jamás la turbe la mirada
De mi rival, de celos irritada?
¿Por qué á tanta pasion tanto desvio?
¿Por qué su tibio amor le da coronas
Cuando merece más el amor mio?
¡Mas ay! que en vano, en vano
Doy al aire mis ruegos
Para que aplaques tu rigor tirano;
Pues cuanto más rendido
Te pinto mi dolor en dulce endecha,
Mas soy de tí, inhumana, aborrecido.

Pasa el aura, que mansa susurra,
Y retoza en tu rubia guedeja,
Mas si lleva en sus alas mi queja
Nos maldices al aura y á mí.
Del arroyo las límpidas ondas
Lamen blandas tu pié de azucena,
Más si miras mi huella en la arena,
Presurosa te alejas de allí.

Y solo cuando al sueño
Tus sonrosados párpados se cierran
En esta selva umbrosa,
Me es dado ¡ay triste! contemplar sin ceño
Esa tu faz hermosa,
Y acercarme á tu lábio que suspira
Por respirar el aire que respira.
¡Ah! ¡duerme, ingrata bella!
Que yo á tu sueño atento cada dia,
Siguiendo iré las tiernas emociones
Que engendre tu amorosa fantasia:
Y cada vez que el lábio
Cariñoso sonria,
Y cada vez que de carmin y rosa
Vea encenderse tu megilla hermosa,
Acariciando mi ilusion mas cara,
Gozaré en tu rubor y en tu sonrisa,
Cual si mi ardiente amor te la inspirara.
Y ya que la verdad torba conspira
Contra mi dulce anhelo,
Buscaré en la ficcion grato consuelo.
Y en este mar de confusion sumida
Donde tu ingrato corazon me lanza,
De ficcion en ficcion irá mi vida
Engañando un amor sin esperanza.

Mas si la brisa te lleva
Un suspiro lastimero,
Tal vez, ingrata, el postrero
Que exhalo en tanto dolor,
Dí que es el último aliento
Que envia á su dueño amado
Este zagal desdichado
Que muere por tí de amor.

Á UNOS OJOS.

GLOSA.

Ojos claros, serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me mirais, mirais airados?
Si cuanto más piadosos
Más bellos pareceis á quien os mira,
¿Por qué á mí solo me mirais con ira?
Ojos claros, serenos,
Ya que así me mirais, miradme al menos.

(*Gutierre de Cetina.*)

Tus ojos, dulce niña, me enamoran,
Y aunque su ardiente luz el pecho infla ma,
En torno de ellos voy cual mariposa
Siguiendo sin cesar su viva llama.
Pero ¿por qué la rosa
Se enciende de tu tez nevada y pura
Cuando yo los contemplo con ternura?
¿Por qué al mirarme en ellos
Se llenan de furor tus ojos bellos?
¿Os pesa, por ventura, el ser amados?
Ojos claros, serenos,
¿Por qué mirarme, de aspereza llenos,
Si de dulce mirar sois alabados?
Tus ojos, dulce niña, sin enojos

Quisiera que contínuo me mirasen,
Y que la miel probasen
De su dulce mirar mis tristes ojos.
¿Por qué, pues, no me miran con dulzura?
Si el alma por despojos
Se llevó vuestra luz, claras centellas,
¿Por qué esconderme vuestras luces bellas?
Y si á mí, que os contemplo con ternura,
Os volveis descuidados,
¿Por qué, si me mirais, mirais airados?
¡Ah! basta de rigor, ojos divinos;
No más en mí vuestro furor se ensañe,
Y el lánguido mirar que me enamora
La turbia nube del desden no empañe.
Y en vez de la crudeza
Que eclipsa sin cesar vuestra belleza,
Volvéos amorosos
A quien por vos suspira.
¿Por qué quereis mirar, ojos, con ira,
Si cuanto más piadosos
Más bellos pareceis á quien os mira?
Mas ¡ay! que en vano la piedad invoco
De esos ojos, que causan mi quebranto;
Pues cuanto crecen más mi pena y llanto,
A mayor esquiveza los provoco.
¿Cómo pude ofenderos, si os adoro,
O qué delito cometí en amaros,
Que así de mi pasion quereis vengaros?
Y si mi amor no os ofende,
Y si merece más quien más suspira,
Cuando mirais á todos con dulzura,
¿Por qué á mí solo me mirais con ira?
Mas, puesto que mi ruego nada alcanza
Y es vana mi esperanza;

Ya que vivir sin vuestra luz no puedo
Y no quereis mirar con gesto ledo,
Miradme con enojos,
Miradme sin cesar, divinos ojos.
Que de cualquier manera,
Mariposa inocente y sin ventura,
Mi muerte en vuestra llama se asegura;
Y pues piedad en vos mi amor no espera,
Ojos claros, serenos,
Ya que así me mirais, miradme al menos.

LAS SIETE CASACAS.

MEMORIAS DE UN HOMBRE POLÍTICO.

I.

Yo, con perdon de vos, me llamo D. Fulano de Tal, y no digo más claramente mi nombre, porque el que quiera saber á punto fijo quién soy, no tiene sino dar un paseo por esas calles, seguro de que ha de topar á cada trascantillo con un ejemplar de mi proteiforme persóna, que no negará la casta.

Me llamo D. Fulano de Tal, y soy más hijo de mis obras que de mi padre; porque, aquí donde VV. me ven, soy mozo muy abonado para renegar del autor de mis dias, si el autor de mis dias se pone en contradiccion con mi segundo padre: es decir, con el autor de mis obras, á quien debo la existencia de mi entidad social y contribuyente.

El primero, que me engendró en el órden cronológico de los tiempos, me dejó por todo patrimonio una ignorancia perfecta; esto es, una capacidad perfectamente vírgen de inútiles conocimientos, y susceptible, por consiguiente, de recibir sin empacho ni inconsecuencia, y sin temor de lastimar ninguna nocion incómoda y solariega, todas aquellas ideas de práctica aplicacion que al aumento de mi persona condujesen, segun las circunstancias de tiempo y de lugar: porque decia mi padre que un espíritu en blanco se halla en condiciones de

aceptar, en circunstancias dadas, aquellas refinadas bases de criterio, y aquellos temperamentos flexibles de la conciencia, que juzgue más convenientes á las necesidades positivas de la vida, sin que para ello le sea preciso desalojar añejos rudimentos y embarazosas creencias.

Amen de esta potencia vírgen y de esta receta para esplotarla, mi padre me dejó en herencia siete casacas de diferentes colores que, andando los dias, habian de ser los signos visibles de mis conquistas intelectuales, y como si dijéramos los postes miliarios que debian marcar los sucesivos desenvolvimientos de mi entidad positivista y consumidora.

Difícil me seria esplicar por qué fueron siete las casacas con que plugo al autor de mis dias completar mi legítima; pero siempre que he tratado de profundizar el secreto cabalístico de este número, se me han venido á las mientes, no sé por qué, las siete plagas de Egipto y los siete pecados capitales. Un maldito zumbon, con quien un dia consulté esta duda, la resolvió maliciosamente, asegurando que el guarismo aludia á las siete nodrizas cornudas de la parábola, y que me anunciaba un porvenir de perpétua succion en los pingües biberones de la pátria.

Pero lo que me importa consignar, sobre todo, es que en el vacío de mi capacidad moral é intelectual fluctuó desde muy temprano una tendencia innata al desarrollo económico-político de mis facultades embrionarias, un gran instinto de *variedad*, atributo distintivo del génio, y una propension decidida á cobijarme bajo las ramas del árbol más frondoso.

¡Oh! ¡Nunca se borrarán de mi memoria los recuerdos de mi inocente niñez! ¡Con qué gracia maldecia el modesto puchero de mi pobre madre, por adular la opípara mesa del vecino acaudalado! ¡Con qué precoz entusiasmo renegaba de la sopa que me habia dado la mujer del alcalde, para ganarme el bollo que á condicion de llamar á aquella respetable matrona záfia y mal criada, me prometia la esposa del escribano!

Recuerdo que el maestro de escuela, que era hombre de mucha trastienda, solia decirme cuando me encontraba en la calle:

—«Muchacho, tú puedes andar mucho camino: eleva á la quinta potencia esa facultad incipiente que te inclina á arrimarte al sol que más calienta, y prepárate para navegar por los anchos mares de la política. Tú eres político de nacimiento.»

¡Sábio profesor! ¡Qué bien conocia mis más secretas aptitudes sin haberme tenido nunca bajo su inteligente direccion!

Así llegué de puerta en puerta y de cocina en cocina á la antesala de la razon, y sin anuncio ni recomendacion de ninguna especie, metíme resueltamente en el salon de recibo de este pícaro mundo.

II.

Como dije al principio, mi entidad moral y sensible era un cuarto por alquilar, y al entrar de lleno en el *maremagnum* de la vida, muy luego se brindaron á llenar el vacío la amistad, el amor, el patriotismo, todos los grandes afectos, todos los ardientes entusiasmos, cuya primitiva diafaneidad va desapareciendo de dia en dia bajo la accion condensadora del materialismo, y cuya pristina pureza remedan con apariencias superficiales los contemporáneos de Ruolz y de Christophle. Recibí *sub conditione* todos estos artículos de lujo, con ánimo de cambiarlos, venderlos ó refundirlos á mi placer, segun las exigencias de los tiempos y las circunstancias; y andando los dias, me convencí de que no eran baratijas tan inútiles como al principio me parecieron.

El patriotismo y el amor, en particular, me prestaron en ocasiones, dadas servicios importantes, y me produjeron pin-

gües beneficios, sin despertar jamás, la verdad sea dicha, en mi corazon un átomo de agradecimiento: porque debo confesar ingénuamente que la gratitud no ha sido jamás condicion normal, ni aun siquiera contingente, de mi naturaleza.

Una vez constituido en el seno del cuerpo social, fuéme preciso discurrir los medios de conquistar lo que se llama una posicion, y para ello me dispuse á aventurar mi barquilla sin lastre por el piélago azaroso de la vida. Con este propósito, un dia me asomé á la ventana para ver de qué lado soplaba el viento, y sus ráfagas me trajeron ruidos de tempestad. El horizonte estaba encendido; el proceloso mar de la política hervia en sus grandes fondos como al impulso de un sacudimiento volcánico; oíanse por todas partes gritos de pátria y libertad; el pueblo levantaba sobre sus hombros no sé qué ídolos de barro, destinados á pasar desde allí al abismo, y todo anunciaba una de esas exaltaciones arrebatadoras del patriotismo, para las cuales no tarda en llegar el *colapsus* del desengaño.

Bajo la influencia de aquella fiebre, sobrescitado mi organismo con la aguda repercusion de aquel estruendo lejano, sentí palpitar inopinadamente mi espíritu y surgir una idea del cáos de mi cerebro... Habia llegado el momento del génesis: la fecunda nocion del patriotismo acababa de formarse en mi mente con asombrosa limpidez. Era la hora de arrojarme en brazos de la fortuna, y no habia tiempo que perder: la ocasion era solemne para estrenar una de las siete casacas maravillosas que me habia legado mi padre. ¡Y qué casaca, señores! Roja y alborozada era como el ababol entre los trigos, y como él merecia el dueño de tan hermosa prenda chupar los jugos sabrosos que alimentan los trigos de la pátria.

¡La pátria! Matrona fecunda y amorosa para sus hijos predilectos, para aquellas de sus hechuras privilegiadas que encuentran bajo su amparo asiento cómodo y permanente en el festin de la naturaleza. ¡La pátria! Desde aquel memorable dia de mi primera incursion en los pingües dominios de la

política, siempre me figuro que esa alegórica deidad debe representarse con una hoz de oro en la mano y en actitud de segar para mi regalo la rubia espiga del presupuesto.

Lancéme en el torbellino revolucionario; ajusté mis robustos pulmones al diapason del mas salvaje patriotismo, y dirigí á las turbas yo no sé qué palabras de energúmeno... Mi casaca hizo prodigios; sus vistosos faldones ondearon gloriosamente sobre la muchedumbre entusiasmada, y al terminar aquella saturnal de la gloria, me encontré, sin saber cómo, á la sombra del árbol frondoso de la libertad. Tendíme en posicion supina sobre la rama mas corpulenta que hallé bajo su copa fructífera, y ví que Newton, en situacion parecida á la mia, habia desarrollado incompletamente su talento de observacion. Los sabrosos frutos que del árbol se desprendian, no solo me dieron, como aquel sábio, una idea suficiente de las leyes de la gravedad, sino tambien una nocion clara y trascendental de las del equilibrio. Como consecuencia de este último descubrimiento, comprendí que era posible conservar mi posicion supina sobre la rama robusta, si habia de recibir en la boca, sin solucion de continuidad, el sabroso maná de la pátria; y entonces descubrí en mi organismo una nueva y preciosa aptitud.

Comprendí á Blondin.

III.

Pero andando los tiempos comenzó á descender el termómetro patriótico: el horizonte político perdió sus encendidos colores, y el entusiasmo público esperimentó una considerable depresion. Y entonces comprendí claramente que el árbol tropical que me sostenia no viviria mucho tiempo en la atmósfera que empezaba á rodearme.

Sentí calofrios proféticos en todo mi cuerpo; mis instintos

de *variedad* se despertaron con febril energía, impulsándome á una rápida metamórfosis; mi cabeza de girasol osciló sobre mis hombros como para buscar el nuevo Oriente por donde iban á asomar en lo sucesivo los rayos del astro rutilante, y todo, en una palabra, me anunció que era llegada la hora de la trasfiguracion. Desnudéme de la casaca roja, á la manera que la serpiente se desnuda de la piel, y me asomé segunda vez á la ventana para ver de qué lado venia el aire.

El que soplaba en aquellos momentos era uno de esos remusguillos intermedios que escarcean insidiosamente entre los cuatro fuelles cardinales, y cuya exacta direccion solo puede marcar una finísima veleta. La esquisita sensibilidad, ó mejor dicho, la incomparable virtud giratoria de mi organismo, me colocó en la direccion precisa de las corrientes atmosféricas, y comprendí sin vacilar qué especie de modificacion necesitaban mis vestidos.

Me puse una casaca tornasolada.

Y como el rostro conservase todavía las huellas que en él habia impreso la fiebre efímera del patriotismo, velé en mis megillas la encendida coloracion del entusiasmo que en ellas reflejaba el esófago agradecido, y prestando á mi fisonomía la espresion reflexiva, grave y paternal de los conversos que se preparan á poner al servicio de la pátria las luminosas lecciones del desengaño, salíme á culebrear por los nuevos é intrincados senderos que el nuevo órden de cosas ofrecia á mi esploracion.

Y á medida que penetraba en el espiritu dominante y avasallador de las circunstancias, el cual consistia en un temperamento medio entre la evaporacion de la furia patriotera y el frio de la reaccion, sentia penetrar en mi espíritu un inefable espíritu de transaccion: el término medio se ofrecia á mi inteligencia como la meta suprema de las aspiraciones humanas, y me parecia que aquella casaca tornasolada era el símbolo propio y genuino de toda moral, de toda filosofía.

¡Admirable agilidad de una conciencia no encadenada á la tiranía de los principios! Desde entonces rechacé con horror todo aquello que lleva en sí los caractéres de lo absoluto; comprendí que en el mundo inteligente, como en el mundo moral, no puede existir otra cosa que una infinita série de relaciones, y me representé la voluntad bajo la forma de una culebra que se plega á todas las alteraciones del suelo por donde se arrastra.

La casaca tornasolada fué recibida en los círculos influyentes con un murmullo de aprobacion:—¡«Muy bien! esclamó la dilatada familia de los camaleones políticos: ese jóven rectifica; ha encontrado, como nosotros, el camino de salvacion; tendámosle una mano protectora, y que sea con nosotros en los pingües reinos de la bienaventuranza gubernamental.»

Me tendieron, en efecto, la mano, y poco tardé en tomarme el brazo. Reforcé con destreza el edificio de mi fortuna, y navegué por espacio de mucho tiempo con un ojo puesto en mi pacotilla, y otro en el horizonte. Todo marchaba á la medida de mis deseos; «todo iba encaminado á lo mejor en el mejor de los mundos posibles.»

La ocasion me pareció oportuna para tomar estado. Era hombre de posicion; pertenecia á varias asociaciones benéficas; tomaba una parte muy principal en la administracion de la fortuna pública; aspiraba á ser el mandatario de mis conciudadanos en el santuario de las leyes, y ejercia por todas estas razones una mision paternal en la sociedad. Debia dar por consiguiente á mi persona aquel complemento de respetabilidad de que goza á los ojos del mundo un jefe de familia, y resolví casarme; pero casarme con su cuenta y razon, esto es, subordinando este proyecto á la base inalterable de mi existencia social, y al objeto único y esclusivo de todas mis ambiciones: el aumento de mi fortuna. Debia, pues, elegir por compañera una mujer que entrase de lleno en mis intereses y fuese en mí el ausiliar más poderoso y más incondicional.

Y la encontré. Caséme con una muchacha pobre y de humilde cuna, pero á quien la naturaleza habia indemnizado ámpliamente de la falta de estos condimentos sociales con una belleza no comun, y en quien residia en el grado conveniente cierta marcada tendencia á la *variedad* y á la *multiplicidad*, que, combinada con el principio de *dejar hacer* y *dejar pasar*, que en ocasiones dadas podia encontrarse entre los principios constitutivos de mi ciencia del mundo, habia de producir fenómenos económicos de la mayor importancia en el seno de la sociedad conyugal.

Y los produjo, en efecto, tales y de tal cuantía, que no tardé en convencerme de que no es tan exacto como parece el vulgar apotegma de que «no hay hombre sin hombre:» la esperiencia me demostró que el complemento más natural que éste puede encontrar para llenar los fines de su existencia sublunar, es en todos conceptos la mujer. Con la ayuda de la mujer se puede andar hasta el fin el camino de la fortuna; se puede llegar desde la nada al todo en vehículo propio y casero, sin pedírselo prestado al vecino.

Ya sé que existe una obcecada mayoría que disiente en esta materia de mi opinion, y pretende abrumar á los filósofos de mi escuela bajo el peso de un profundo desden. ¡Niñerías; señores, niñerías! Bajo el punto de vista de la economía política, ciencia destinada á reconstruir sobre otras bases la moral, hay preocupaciones fundadas en un lujo improductivo de las nociones del deber, lujo que solo sirve para esterilizar el capital y matar la produccion. Yo no he dado nunca en esas aberraciones: espíritu eminentemente práctico, no concibo ninguno de esos axiomas inflexibles que huelgan sin aplicacion fecunda en las frias regiones de la moral, y tienden á limitar el libre desenvolvimiento de la personalidad humana. Mi ciencia reside en una region especulativa, en donde todo principio debe ganarse la vida, si no quiere ser espulsado por vago y mal entretenido.

Así, pues, desprecié en aquella ocasion, como en todas, las nécias preocupaciones del mundo, y me casé con la mujer que me convenia.

Mi luna de miel holgó poco tiempo por el espacio, y se estacionó en el horizonte conyugal bajo la forma dos veces puntiaguda que ha dado orígen á comparar esta fase del satélite con los medios de defensa de un animal que me abstengo de nombrar, por no dar pretexto á vulgares símiles y adocenadas analogías. La sociedad matrimonial quedó desde los primeros momentos constituida en los términos más convenientes para su prosperidad: mi mujer se consagró á verme venir, y yo á aparentar que no veí de dónde venia. Tal era el mecanismo exterior del contrato; en cuanto á su espíritu y á su esencia íntima, obedecian completamente á este axioma, en que se contiene el último y sublime refinamiento de la humana sabiduría: «Todos los medios son buenos para alcanzar el fin.»

En este estado de cosas me sorprendió otro cámbio atmosférico, que me obligó á sacar por segunda vez del guarda-ropa la casaca roja, y que á pesar de esta precaucion tardía, hubiera puesto en gran riesgo mi flotante navecilla, á noser por la maña de mi consorte. Esta, con ojos más perspicaces y penetrantes que los mios, habia vislumbrado desde lejos los indicios del horizonte, y en la prevision de un próximo porvenir, habia enderezado ya su vigilante proa á una rutilante farola de la situacion, granjeándome la amistad y el apoyo de un poderoso Mecenas.

Con su ayuda volví á las altas temperaturas del progreso, sin esperimentar la más leve dificultad en las funciones de mi privilegiada economia, y otra vez tuve que felicitarme de los incomparables beneficios de la libertad. Los amigos de la víspera, que aun no conocian bien mi temperamento, al apercibirse de mi conversion, pusieron el grito en las estrellas, y los periódicos de oposicion me dirigieron sus dardos mas envenenados.

Pero yo me reí de todo: la hora de la independencia aun no habia sonado para mí; mi fortuna no alcanzaba todavía el guarismo formulado por mi ambicion, y era forzoso seguir hasta el fin el sendero anguiliforme que debia conducirme á la última meseta de mi posicion social. ¿Qué me importaban las iras de mis detractores?

IV.

Y andando los dias tuve que sujetar mis principios en moral como en política,—porque una cosa es la política y otra cosa es la moral,—á una alquimia incesante y fecunda en complicaciones poco menos que inapreciables. Mis evoluciones no tuvieron límite ni fórmula racional de esposicion: el insigne Protéo francés, el para siempre célebre Cartouche (1), el génio inimitable del *travestiment*, no ha cambiado en su vida aventurera mas casacas que yo. ¡Lástima grande que aquel ingénio tan eminente *vário* se dejase envolver al cabo en las redes de la justicia, ó no viniese al mundo en tiempos en que sus aptitudes camaleónicas encontrasen, como en los que corremos, mas elevada, mas fecunda, y sobre todo, menos azarosa aplicacion! Las mias llegaron sin tropiezo al más alto grado de desarrollo. En pos de la casaca roja vino otra vez la casaca tornasolada, y á esta siguieron la casaca azul celeste y la de medio color, que fué reemplazada en el último análisis por la casaca negra.

¡La casaca negra!... La última del guarda-ropa, la destinada á imprimir un carácter de venerable inmutabilidad y á dar una sancion definitiva á las conquistas del pecado!...

Al llegar á esta meta me detuve: mi posicion social estaba labrada... Entónces volví la vista atrás y medí con los ojos el

(1) Famoso bandido francés.

intrincado camino que acababa de recorrer: habia andado en política desde el convento de los jacobinos hasta el monasterio del Escorial; en administracion, de Andújar á Villena (1), pasando por el pinar de la Mancha; en moral, de Gomorra á Jerusalem: solo en lealtad no habia pasado nunca de la venta de Júdas.

Y lo que es muy de advertir, señores: no estuve nunca preso ni procesado.

Considerando, pues, que era llegado el momento de reposar de mis fatigas, ó sea de mis ejercicios de dislocacion, condené á las llamas las seis casacas que habian contribuido á labrar mi fortuna, y me puse para siempre la casaca negra, la casaca de la independencia, la postrera en el órden de los tiempos; la primera y mas inestimable en el órden de las ambiciones humanas... ¡Una casaca de paño fino y lustroso, solapada como el espíritu de un sátrapa, y negra como la conciencia de un perillan!

Mi génesis estaba completo; mi fortuna habia salido del cáos. Al llegar á la sétima casaca, descansé, y ví que todo lo que habia hecho era bueno.

V.

Desde entonces soy otro hombre: ya no fluctúo, ya no vacilo, ya no tengo mas que una opinion; pero una opinion invariable, inmutable, inviolable, hija tardía, y por lo tanto mas amada, de una larga y laboriosa esperiencia. Ya no tengo en política mas que una sola y fundamental aspiracion: el órden.

Soy hombre de órden, de mucho órden, de la mayor suma posible de órden que sea dable realizar en una sociedad bien

(1) Dos célebres bandidos españoles.

ordenada; porque, desengañémonos, señores; sin órden no hay sociedad posible; en el seno del órden florecen y prosperan todos los gérmenes de vida; bajo su égida poderosa los pueblos desarrollan su actividad; la industria pone en movimiento sus cien brazos de Briareo; el comercio tiende por donde quiera sus ráudas alas; las fuentes de la riqueza pública abren á porfía sus grifos múltiples; la palidez de la miseria desaparece bajo la ardiente irradiacion del estómago satisfecho, y la felicidad corre inútilmente de puerta en puerta en busca de una desgracia que socorrer.

El órden, señores, es un bien inapreciable, cuyo valor no puede comprender el hombre hasta que llega á todas las *plenitudes*, y desarrolla, como último desenvolvimiento de su naturaleza, como el más soberano de sus instintos, el instinto de conservacion.

Ahora, pues, que estoy completo, ahora que he sacado el algo de la nada, es cuando comprendo el inmenso valor de esa garantía social, y esto se esplica fácilmente: para crear se ha necesitado el cáos; para conservar ha sido preciso el equilibrio.

Pues bien, aqui teneis el fin de mi epopeya, y la síntesis de mi fluctuante filosofía: soy hombre de órden, y tiendo platónicamente al sistema de gobierno que mejor realice mi último y definitivo ideal.

Vivo como un patriarca: mi hermosa casaca negra me da un aspecto venerable que, á decir verdad, no está en perfecta armonía con los pujos mundanos y los hábitos de trasnochada coquetería de que aun no quiere desprenderse mi benemérita consorte. Para esta no ha llegado aun, ni creo que llegará en mucho tiempo, el sétimo dia de la creacion. El reposo no está en su naturaleza: su elemento es la lucha, la crísis, el movimiento: el órden la mataria.

Por lo demás, oigo misa todos los dias; pertenezco á varias asociaciones benéficas, y escribo á ratos perdidos un libro

trascendental sobre la estincion del pauperismo... realizada, por supuesto, de cuenta y riesgo del Estado. Hago la *descansada vida* que recomienda el poeta granadino, salvas algunas alteraciones importantes en aquello de la *pobrecita mesa,* que no se aviene bien con mis hábitos un poco baltasarescos de alimentacion; poseo bienes *nacionales* en todo el rigor de la palabra, y me paseo en coche.

Algunas veces, cuando salgo por las calles á pié, suele llegar á mis oidos algo parecido al murmullo articulado de estas frases:

—¡Ahí va un truhan!

—¡Lástima de presidio!

Pero estos suspirillos del aura popular pasan sin agitar un solo cabello de mi cabeza.

La envidia, señores, la envidia.

MADRIGAL.

Le dijo el Corazon á la Cabeza
Al mirarse cautivo en la belleza
Y en el supremo encanto de Belisa:
—«Acúdeme, Razon, discurre aprisa;
Viste la fuerte malla, y en mi ayuda
Enjendra el desengaño, arma la duda,
Porque muera en el alma
Esta pasion que me robó la calma.»
Y dijo la Razon: «Calla y adora:
Yo quisiera en tu sitio hallarme ahora
Sin abdicar la luz que en mí destella,
Para pensar y palpitar por ella.»

EL GRAN TALISMAN.

Silvestre se moria; se moria sin hacer derramar una lágrima á parientes ni amigos; se moria sin despertar el interés de los indiferentes á quienes las esquelas mortuorias suplican el envio del coche para mayor lucimiento del entierro; se moria como se muere el espino en el desierto y las algas en los fondos del mar; se moria en el seno del olvido y la soledad. Y antes de emprender el viaje de que no se vuelve, Silvestre quiso ocupar los instantes perdidos para los sollozos, los suspiros y los adioses de eternidad, que no resonaban junto á su lecho: llamó al mercenario que le asistia, y con voz dolorida y mal segura le dictó la siguiente declaracion, que quedó estampada en el papel en signos cuyo burdo trazo y desmandada ortografía, parecian como la última grosería y el postrer desacato conque el desdeñoso mundo quisiera poner el sello á su desatencion con el moribundo:

I.

«Estoy agonizando y me alegro; con eso no volveré á ver la sonrisa burlona con que el mundo me ha perseguido desde que naci. Ya era tiempo de que terminara el papel ridículo que me han hecho representar, de comun acuerdo, la natu-

raleza física y la naturaleza moral. La primera me ha dotado con el aspecto más espantable que puede concebir en sus delirios el instinto de lo feo, y el diez por ciento de las calamidades que han pasado por mí en esta vida, se lo debo á la absurda organizacion esterior con que me ha dotado esa que llaman sábia naturaleza.

Sábia naturaleza... Convengamos en que se necesita muy buena voluntad para seguir al través de sus fenomenales desviaciones las leyes eternas de la armonía.

No soy filósofo ni soy poeta; no sé modificar en el sentido de lo bello la naturaleza incorrecta de las cosas: soy feo de cuerpo, y pobre he sido siempre de espíritu; lo que se llama pobre de solemnidad. La conciencia íntima é insofocable de la fatalidad (ó digamos de la providencial razon de ser de estas cualidades de mi doble organizacion), ha hecho de mí el más desventurado de los mortales.

Mi retrato es una caricatura que se dibuja de un solo trazo, como todas aquellas fealdades que alcanzan un grado sublime de sencillez. Una cabeza puntiaguda, semejante, en el esterior, á la de Esopo, plagada de indecorosas calvicies; una frente deprimida, resbaladiza, y en forma de talud, colocada por un sarcasmo de la madre comun en lo alto de mi fisonomía, para indicar el *resbaladero* de mis ilusiones; nariz que se descuelga perpendicularmente del hueso frontal, poblado de cejas híspidas y enmarañadas, y cuyas ternillas se estienden por una y otra megilla, mas allá de lo que consienten los límites naturales entre los órganos del olfato y del oido; dos ojillos exiguos y de pupilas grises, á cuyos ventanillos con telarañas nunca se asoma el alma por vergüenza; y, por último, una boca en cuya desmesurada hendidura parece que la naturaleza haya querido compensar el corte mezquino de los órganos de la vista.

Todas estas perfecciones son como el remate y coronamiento de un cuerpo desgarbado, rígido, y como sujeto á las

leyes dinámicas de un autómata. Uno de esos físicos, en suma, que á un carácter tímido y pacato, como el mio, le retraen de llamar *semejantes* á los demás hombres, por temor de que le contesten con una sonrisa desdeñosa.

Y, sin embargo, á mi madre le he parecido hermoso. ¡Qué poderoso prisma de lo bello el que se encierra en el corazon de una madre!

No conozco una fealdad tan insípida y tan desprovista de circunstancias atenuantes como la mia, á no ser la de mi sobrino materno Fructuoso, que me aventaja en la circunstancia de llevar en su rostro las huellas indelebles de unas viruelas devastadoras.

¡Mi sobrino Fructuoso! ayer larva grosera de la naturaleza... hoy mariposa brillante del siglo positivista en que vivimos. Ya os hablaré despues del fenómeno moral y social de mi sobrino Fructuoso.

Pues bien; con estas cualidades esteriores y estas condiciones de carácter que llevo apuntadas, quiso Dios concederme en la edad de las ilusiones el sentimiento entrañable de un ideal terreno, anticipo de las glorias del paraiso; la ambicion de un amor puro, constante, inestinguible mas allá de la tumba; el amor de una mujer hermosa, precursor de las santas efusiones de la paternidad. Y esta ilusion, este anhelo, esta aspiracion suprema de mi naturaleza sensible, aletearon en mi alma con un vigor que me levantó en los primeros momentos de delirio á siete codos sobre la haz de la tierra.

Busqué con afan al desconocido objeto de mis sueños, y más de una vez me pareció que pasaba junto á mí la felicidad bajo la forma de una mujer; pero la felicidad contemplaba siempre mi rostro con tal asombro, y con tan irónico desdén el modesto aliño esterior que me consentia mi limitado patrimonio, que apenas me atrevia á mirarla cara á cara. Porque es de advertir que era yo tan corto de hacienda como feo de rostro y menguado de espíritu. Mi padre me habia dejado lo

puramente preciso para alimentar mi cuerpo incorrecto y prolongar el suplicio de mis ilusiones.

El amor, el instinto poderoso de la familia, fueron para mí un prolongado martirio. Cuantas veces (y por desdicha no fueron pocas) creí encontrar á la mujer soñada, otras tantas hizo apurar la copa del desengaño el desaire de una cruel, la veleidad de una ingrata, la burla de una coqueta, ó la aritmética de una desalmada. No hubo alfilerazo sutil, ni visible abolladura, ni golpe contundente, que no sufriera mi acariciada ilusion. Tan lastimada y tan espuesta la vi por fin á todas las intemperies de la realidad, que andando los años en aumento, y en descenso mis brios juveniles, hube de dar con ella en ese desconsolador archivo de la vida, donde las muertas esperanzas sirven alguna vez de ejemplo y de enseñanza á la humanidad.

Y no habiendo podido atraerme el amor de la mujer ni crear la base de la familia, me decidí á desenvolver mi entidad inteligente y mi entidad social, á despecho de la pobreza ingénita de mi espíritu.

Estudié con frenesí y realicé inauditos esfuerzos de voluntad para penetrar en la esfera activa de la vida. Escribí yo no sé qué libros de materia trascendental; intenté culebrear y bullir por las esferas donde se amasa la cosa pública; sudé arroyos de sangre por ceñir mi cabeza de gnomo con la aureola destinada á los amigos de la humanidad; me hice recibir en el seno de los círculos científicos y de las asociaciones benéficas; socorrí con el ardor de un desesperado las miserias de la peste y de los campos de batalla; hice, en fin, todo aquello que en grado mas ó menos eminente enaltece y da *significacion* al hombre en el siglo en que vivimos; pero ni mis trabajos científicos pasaron nunca de dentro á fuera los umbrales del librero, ni mis escaramuzas políticas merecieron siquiera la notoriedad de la gacetilla, ni mis desvelos por la humanidad doliente me valieron esa modesta condecoracion que galardona

la menor suma premiable de obras de caridad... Nada; no conseguí por ningun camino proyectar un rayo de luz sobre mi oscura y vulgarísima y desheredada personalidad. El amor me habia dado con la puerta en los hocicos; la sociedad no se tomaba siquiera la molestia de fijar la atencion en mí. Habia sin duda alguna en el secreto de mi existencia un vicio de esterilidad, una que quiero llamar atonía de la potencia simpática, destinados á secar en yerba las florescencias de mi alma y hacer inútiles los esfuerzos de mi buena voluntad.

No he visto llevar mas allá el don negativo de lo *inapercibido*; no he conocido una insignificancia que me haya parecido mas irrediamible que la mia, si esceptúo la de Fructuoso, la de mi absurdo sobrino Fructuoso.

No tardaré en deciros por qué mi sobrino Fructuoso me parece un absurdo viviente.

Andando los años, fatigado de la lucha en que no habia podido conquistar la felicidad del hogar y los goces de la familia ni dar el menor relieve á mi entidad inteligente y social,

—«¡Ea, dije para mí, en un momento de amargura, y casi estoy por decir de soberbia babilónica: voy á correr la última etapa de mi vida; voy á ver si consigo amasar una fortuna inmensa con que erigir un alcázar de oro al egoismo. Voy á ver si puedo crearme un paraiso de bienandanzas terrenas para olvidar en su seno los desdenes del mundo. ¡Ven en mi ayuda, aritmética sublime! grité con la irritacion de un pobre diablo que recuerda los aires de Satanás; ven á resolver el último problema de mi existencia. ¡Sús, guarismos fecundos, que teneis el poder de conducir al hombre de adicion en adicion, y con más frecuencia de sustraccion en sustraccion, á esos espléndidos oasis de la vida, donde no llega el eco de los pasados infortunios! Aglomeraos noche y dia en mi mente, signos vengadores de mis esperanzas desvanecidas; reproducios, multiplicaos; desenvolveos en programa infinito, hasta que vuestra génesis

haya hecho surgir á mis ojos un paraiso. Sí, un paraiso. ¿No dice el mundo que soy un Adan? ¡Pues que tenga razon el mundo! Yo os invoco, geroglíficos sublimes, que encerrais el secreto de una felicidad tangible y positiva: brotad incesantemente de mi cerebro; ahogadle en vuestros insondables abismos; abrasadle en vuestro torbellino de fuego, pero llevadme á un lecho de rosas donde descanse con la molicie de un Sardanápalo de las primeras jornadas de la vida!»

Firme en este propósito, realicé mi modesto patrimonio, y lo entregué á las furias implacables del negocio. Deciros por qué caminos, por qué veredas tortuosas, por qué trochas subterráneas enderezó su rumbo mi terruño paterno para llegar á la realizacion de mis deseos, me seria punto menos que imposible. La voluntad me habia engañado: no era yo capáz de hallar por mí mismo los cimientos de una fortuna, no tenia la cabeza bastante fuerte para trepar á las cimas escarpadas donde se agita el vértigo del capital. Me asocié con los génios sórdidos de la usura; dejé vogar mi nave á la ventura por las corrientes mas ó menos turbias del crédito; escuché todas las insinuaciones y todos los planes de los demonios tentadores de la especulacion; hice, en fin, cuanto puede hacer un desventurado para pagar con la última camisa el deseo descabellado de una fortuna inverosímil. Pero sin duda la suerte loca, en un momento de lucidéz, habia resuelto realizar un acto solemne de reparacion. Mis negocios marcharon á maravilla y el oro venia á mis arcas como si obedeciera á un inaccesible poder de atraccion. No parecia sino que, por un privilegio único y maravilloso, los vampiros del negocio se convertian, en obsequio mio, en modelos de providad, y los cuervos y milanos de la usura tomaban para mí solo la forma y el sér de blanquísimas palomas.

Mi fortuna se amasó como por obra portentosa de los génios de las *Mil y una noches*, y un dia vi que los guarismos se habian solidificado hasta el punto de convertirse en una

masa enorme de riqueza. No tenia que envidiar á ningun príncipe de la tierra: mi propósito se habia realizado mas allá de lo que yo mismo pude concebir en la embriaguez de la tontería.

La alquimia habia terminado. —«¡Basta de elaboracion, esclamé con aire triunfal; sonó la hora de la libertad, apuremos los goces de la vida! No hay tiempo que perder, los cabellos se encanecen y las arrugas comienzan á surcar la frente.

¡Corramos!»

Entonces fui á levantarme del sillon donde me acababa de entregar á la fiebre del último balance, y observé con sorpresa que mis piernas se negaban á funcionar.

Estaba paralítico.»

II.

«¡Paralítico!... ¡Última y sangrienta ironía de la suerte! Hubiera pateado de coraje, á no serme imposible este postrer desahogo de una indignacion espléndidamente nutrida por espacio de treinta y cinco años. Pero la quietud... (¡y qué quietud la de la inmovilidad!) convida á la reflexion. Y yo reflexioné dos cosas: 1.ª Un espíritu encerrado en un cuerpo muerto es á manera de una luz colocada en el ámbito de un sarcófago; no alumbra mas que la inercia: 2.ª Con todos los tesoros que poseo, no conseguiria poner en movimiento normal un solo átomo de mi desventurada organizacion.

Consecuencia: soy una voluntad que reina y no gobierna; un deseo encarcelado en un calabozo de hielo, sin puertas ni ventanas al campo de la vida; una esencia encerrada momentáneamente en un churrigueresco pebetero de hierro mal fundido. Es, por tanto, llegado el caso de que la mitad imperecedera y esquisita de mi sér de hombre dé por terminado

todo comercio con la otra mitad grosera y deleznable: y pues el cuerpo inerte no puede despedirse del alma con la gracia romana del gladiador postrado en la arena, ser el alma la que se despida correctamente del cuerpo miserable. Salvemos del martirio á un mentecato por cuyas venas circula nuestra propia sangre. Salvemos á Fructuoso. Y antes que algun átomo de egoismo, impelido por un hálito postrero de esa divinidad que se llama esperanza, y que no es más que una mentirosa enfermera y amortajadora de los que agonizan del cuerpo ó del espíritu, viniese á modificar mis propósitos caritativos, mandé llamar primero á un escribano, y despues á mi sobrino Fructuoso, único pariente cercano que me quedaba en este mundo; y así que este último estuvo en mi presencia, le dije de esta manera:—«Fructuoso; eres mi único pariente, y nunca negué mi corazon á los sentimientos de la naturaleza, aunque por razones que nos son comunes debiera aborrecerla con mis cinco sentidos. No quiero referirte mi lamentable y vulgarísima historia; solo te diré que cuantos esfuerzos he realizado para corregir la pobreza de mi sér inteligente y social, y escusar á los ojos del sentimiento la anárquica organicion de mi corteza mortal, solo han servido para hacerme apurar las heces hasta el cáliz del desengaño. Si he soñado con el amor de una mujer, he despertado en brazos del desalmado positivismo, de la insidiosa veleidad ó de la punzante ironía; si á fuerza de estudio ó de trabajo, he intentado conquistarme un lugar modesto en el mundo de la inteligencia, no he conseguido dar la viabilidad de un infusorio á ninguno de los entecos hijos de mi menguado entendimiento; si disgustado de la infecunda elaboracion de mi cerebro, he querido buscar en la política ó en el comercio social la personalidad que tantos adquieren sin poner de su parte otra cosa que la flexibilidad del carácter y la constancia del movimiento, solo he conseguido por premio de mis campañas la licencia del soldado oscuro, ó he cruzado como un sombra chinesca los salones, oyendo más de una vez este lacóa

nico diálogo, sintética apreciacion de mis cualidades morales, físicas y sociales:—«¿Quién es ese caballero de la triste figura?—Nadie; una fealdad anónima, un *ente.*» ¡Un *ente!*... Eres muy jóven, Fructuoso; pero debes haber medido más de una vez la profundidad de esta despreciativa calificacion. ¡Un *ente!*... hé ahí el nombre que nos ha cabido á los dos en suerte en la pila de bautismo de la vida social. Somos dos entes, Fructuoso, dos séres cuya naturaleza se diferencian apenas de la del zoófito y el molusco; dos séres sin valor cotizable en el mundo de los séres, que se diferencia del vulgo miserable de la creacion; en una palabra, dos ceros colocados, como por una limosna de la aritmética de la naturaleza, delante de una fraccion hiperbólica de la unidad.»

Al llegar á este punto de mi discurso, Fructuoso bajó los preñados ojos al suelo, y abrió veinticinco centímetros de boca para dar ancho paso á un suspiro. Esta señal de asentimiento, esta tácita confesion de su soberana ineptitud, me conmovieron profundamente, y añadí con acento de ternura:

—«¿Pero no te aflijas, sobrino Fructuoso; la Providencia, que vela solícita por el mico de los bosques y el besugo de los mares, no abandona tampoco á los similares de estos miserables séres en la escala del mundo racional. Eres mas feo, mas inepto y mas pusilánime que yo: no tienes con que vivir de la hacienda ó del ahorro de tu padre; no tienes oficio ni beneficio; vives de la caridad de los parientes, porque careces de la travesura necesaria para vivir del sudor de los estraños; pero repito que no te aflijas, Fructuoso: por una estravagancia poco frecuente de la fortuna, vas á pasar inopinadamente de la miseria á la opulencia. Tu tio, el segundo de los dos séres inteligentes mas inútiles que Dios ha echado á este valle de lágrimas, ha conseguido labrar una fortuna inmensa, y quiere llevar á cabo en obsequio tuyo un acto de abnegación. Toma ese documento y esos valores que ves sobre la mesa: el primero es

una escritura de donacion incondicional; los otros componen una suma de diez millones; todo eso es tuyo, Fructuoso.»

Estas palabras fueron para mi sobrino como una descarga eléctrica recibida en la nuca. Su cuerpo, que durante mi discurso habia descansado laciamente sobre los brazos y el respaldo del sillon, se enderezó como impelido por un resorte, y sus ojos enderezaron á la mesa la mas atónita de las miradas.

—«Recoge esa fortuna, sobrino, proseguí, deseando poner término breve á aquel acto de desprendimiento. De nada me sirven esas riquezas; para tí serán una triste, pero positiva compensacion de la indiferencia ó de la ironía del mundo. Recójelas, y vive como Diógenes en un tonel... pero en un tonel de oro; tu sordidéz no pasaria á la posteridad. No te exijo siquiera la gratitud; para agradecer los beneficios se requiere una gracia que está marcada con cero en el estenso inventario de tus nulidades, y ahora vete en paz, Fructuoso; ve á lucir tu dorada corteza de alcornoque. En cuanto á mí, si la sociedad me hubiera dado el mas mínimo pretesto para formar en las filas de los pedantes que fustigaba la pluma de Moratin, te diria, aunque solo fuera para dar un poco de rimbombancia poética á mi despedida de este mundo: Adios, Fructuoso, *he vivido*... Pero esto ¿ha sido vivir?

—Sí, respondió Fructuoso con un tono y una espresion que me parece la primera revelacion de ese génio eminentemente actual de las nulidades trepadoras, que se llama la desvergüenza: Sí, ha sido vivir al revés.»

Y diciendo esto, se levantó de su asiento; apoderóse rápidamente de la presa abandonada á su rapacidad, y se alejó de mi presencia, sin dejarme siquiera, á trueque de los diez millones que debia á mi munificencia, una fórmula piadosa alusiva al restablecimiento de mis funciones vitales.

No le volví á ver: no lo deseaba tampoco. No podia serme agradable la presencia de un desventurado, en quien veia mi

propia imágen, y le dí al olvido tan completamente como él á mi.

¡El olvido!... Un mito en el siglo de la gacetilla... Un año habia trascurrido desde mi entrevista con Fructuoso, cuando una mañana, el único criado que me servia, encarnacion repugnante de la avaricia y del interés, y por consiguiente censor amargo y tenaz del acto de desprendimiento consumado á su despecho, entró una mañana en mi aposento con un papel en las manos y las enormes gafas montadas en la nariz, y me leyó á quemaropa estas ó parecidas palabras:

En una *Crónica parisien* que publica un diario belga, se refiere la siguiente anécdota: «La gratitud engendra el amor. Un jóven español, que goza una fortuna inmensa, estaba locamente enamorado de Madamoiselle***, hija única de un comerciante acaudalado, y cuyas proverbiales virtudes, unidas á un claro entendimiento y á una belleza imponderable, eran el encanto de cuantas personas se honraban con su amistad y la desesperacion de un círculo de adoradores, cuyas brillantes ofertas de matrimonio habia rechazado siempre la jóven, resuelta á no dar su mano sino al hombre que supiera interesar su corazon.

«Llevado de la vehemencia de su pasion, el español, cuyas calidades físicas—sea dicho de paso—no son las de un Adonis, ni mucho menos, habia intentado un paso decisivo, solicitando la mano de la desdeñosa doncella, pero sin obtener otro resultado que el de ir á aumentar las filas de los demás desahuciados. Perdida toda esperanza de conseguir el objeto de su amor, hallábase ya resuelto á llevar su desesperacion á no sabemos qué remoto rincon de la tierra, cuando hé aquí que el cajero del comerciante, antiquísimo y honrado dependiente de la casa, y de cuya inteligencia y actividad se habia valido más de una vez el jóven para sus negocios, le revela un secreto que al dia siguiente será del dominio público, produciendo tal vez una catástrofe. Su principal está arruinado: las

quiebras sucesivas de tres casas de banca le han sorprendido en el instante crítico en que espira el plazo de cuantiosos vencimientos. La quiebra es inminente é inevitable, y el angustiado viejo lo teme todo de la desesperacion del padre y de la esquisita sensibilidad de la hija, que aun no ha penetrado el misterio de esta terrible situacion.

»El jóven español no vacila un momento.

—»¿Qué suma se necesita para salvar el conflicto? pregunta con nerviosa impaciencia al consternado cajero.

—»Una suma considerable; quinientos mil francos.

—»Dentro de una hora los tendrá V. en su poder.

»Al otro dia el cajero hizo frente á todos los compromisos de la casa, y reveló, como era natural, el secreto de tan inesperada salvacion.

»Considérese cuál seria la emocion de Mlle.*** y de su padre al saber este acto de generosidad. El comerciante, en la efusion de su agradecimiento, corrió á casa de su salvador, y llegó á tiempo de detenerle en el momento en que se disponia á salir para Lóndres.

»Desenlace de la historia; la gratitud de Mlle.*** se trocó, andando los dias, en un sentimiento mas tierno; el amor del jóven español llegó á ser sinceramente correspondido, y hoy es objeto de todas las conversaciones la reciente union de D. Fructuoso de Guevara, con el objeto, por tantos codiciado, de su romancesca pasion.»

Leidas con gran retintin estas últimas líneas, mi abominable asistente dió tres palmadas con el reverso de la mano en el periódico, fijando en mis ojos atónitos las dos ráfagas de luz de sus enormes antiparras, y salió sin decir palabra del aposento, dejándome á solas con mi estupor.

¡Fructuoso de Guevara! ¡Mi sobrino Fructuoso convertido en héroe novelesco y afortunado de un poema de amor! ¡Fructuoso unido con una mujer celebrada por su belleza, su discrecion y sus virtudes! ¡Fructuoso correspondido por ese

dechado de perfecciones y dueño de ese tesoro de felicidad!

El hecho me parecia de naturaleza tan absurda, tan estravagante y tan disparatada, que me tuvo asombrado y loco por espacio de mucho tiempo.

Aun no se habia borrado de mi imaginacion, cuando al cabo de algunos meses mi criado volvió á aparecer en mi habitacion, provisto de un periódico y sus espejuelos, y despues de recomendarme la atencion con acento gangoso y sarcástico, me leyó la siguiente noticia:

«Está destinado á llamar en alto grado la atencion un libro que con el título de *La Hacienda española*, acaba de publicar el opulento propietario y conocido economista D. Fructuoso de Guevara.»

—¡Mentira! esclamé con toda la fuerza que me permitió la parálisis. ¡Fructuoso autor de un libro sobre *La Hacienda española!* ¡Mi sobrino Fructuoso! ¡Un escribiente ignaro cuatro veces espulsado de la Direccion de la Deuda! ¡Fructuoso escritor!

—Fructuoso ó sus millones, me respondió el vejete con sonrisa irónica, digna del demonio de la avaricia. Lo mismo dá una cosa que otra: el hecho es que ahí me le tiene V. convertido en autor famoso y economista conocido. Pero oiga V., oiga usted, que no hemos llegado aun al tuétano.

Y llevando el periódico á la altura de las gafas, siguió leyendo de este modo:

«El Sr. de Guevara es la misma persona que acaba de fundar á su costa, y bajo la inspiracion de su virtuosa y bellísima esposa, un establecimiento modelo de beneficencia en su ciudad natal, y cuyos relevantes méritos y servicios le han valido recientemente, como ya saben nuestros lectores, una gran cruz y el título de marqués de Casa Guevara...»

—¡Marqués de Casa Guevara, Fructuoso! ¡Fructuoso escelentísimo señor! ¡Fructuoso en la *Guia de Forasteros*!... esclamé con ira: ¡Calla, no leas más, epígrama encarnado de la estúpida humanidad!

—Aquí está en letras de molde, me respondió con satánica sonrisa el viejo abominable, poniéndome bruscamente el periódico á media pulgada de las narices. Pero no hay que alborotarse por tan poca cosa: oiga V. el sustancioso final de la gacetilla.

Y siguió leyendo:

«Pero á más altos destinos está llamado este patricio insigne. Elegido diputado por una inmensa mayoría en su distrito natural, no es temerario vaticinar la última etapa de su carrera política. La Hacienda de este pais necesita hombres como D. Fructuoso Guevara.»

Aquí terminaba la gacetilla. El viejo acabó de leer y salió de mi cuarto, dirigiéndome con un tono y un ademan de desacato, dignos de la horca, estas insolentes palabras:

—Cuando tu sobrino Fructuoso sea ministro, pídele una plaza en San Bernardino.

Me quedé en un estado próximo á la imbecilidad, y atravesé un largo periodo durante el cual no hubo en las tinieblas de mi espíritu mas que un punto de lucidéz donde estableció obstinadamente su residencia esta idea fija:—¿Hay algun específico maravilloso que obra un efecto contrario al que nos cuenta Apuleyo que produjo cierto ungüento de la persona del héroe de su novela, convirtiéndose de hombre en asno?

Cuando hube conquistado la escasa cantidad de razon que me habia cabido en suerte, comprendí en seguida que mi vida se apagaba por momentos, y quise desterrar de la memoria las inauditas felicidades terrenas de Fruetuoso.

Así, cuando al cabo de pocos dias, mi verdugo doméstico intentó por tercera vez perturbar mi espíritu con la lectura de su abominable periódico:

—¡Silencio! le dije impiadosamente; no leas: ya sé lo que viene á decirme ese papel: que la gracia, la belleza y la gallardía de Fructuoso dan quince y falta al Apolo de Belvedere.

—Pues no, señor; me dijo el viejo encogiendo los hombros,

acompañando rápidamente la negacion con la cabeza y riéndose en mis barbas, como se reiria un sapo, si á los sapos fuera dada la risa; podeis preparar un memorial para San Bernardino; porque lo que dice el periódico, es que tu sobrino forma parte de la candidatura con que se resolverá probablemente la crisis actual.

—Está bien: ¿cuándo se resuelve la crisis?

—Mañana.

—Entonces no tengo tiempo que perder si he de dejar la vida antes que suceda esa catástrofe. Vete, búscame un enfermero que me asista en mis últimos instantes, y líbrame de tu presencia: me repugna la llaga cancerosa de tu avaricia é ingratitud.

El horrible vejete giró rápidamente sobre los talones, y salió, dejándome por despedida en el aposento el eco de una carcajada infernal.

El enfermero vino á los pocos instantes, y... ya sabeis lo demás: he llegado con gusto y poniendo algo de mi voluntad al último capítulo del desatinado programa de mi vida. Estoy agonizando y *me alegro:* la prolongacion de mi existencia no tendria pretesto alguno plausible, ni siquiera el que se encierra en la filosofía del adagio vulgar, no puedo «vivir para ver»... no tengo valor para ver la campaña gubernamental de Fructuoso...

Pero... ¿tendria razon mi sobrino?... ¿habré vivido al *revés*?...

Calló Silvestre, y el enfermero levantó la cabeza, esperando por algunos momentos con la pluma en la mano la palabra del moribundo. Pero la voz ya apagada de Silvestre se habia estinguido para siempre.

Y comprendiendo que la solucion de continuidad era de aquellas cuyo término le hubiera sido preciso buscar en la eter

nidad, se levantó de la silla, acercóse á la cabecera del lecho, cerróle, con rostro hipócritamente compungido, los ojos al difunto, y murmuró con la voz más unísona con que se puede dar fórmula sensible al pensamiento:

—Silvestre ha muerto: ¡viva Fructuoso! Avisemos en la parroquia, y veamos si dá mucho dinero por estos papeles el Escelentísimo señor marqués de Guevara.

EN EL TEMPLO.

Á UNA HUÉRFANA.

IMITACION DE VICTOR HUGO.

I.

Yo te escuché, ¡oh mujer! yo oí el susurro
De tu voz en la nave solitaria:
La bóveda sombría
Con tardo acento el eco repetia
De tu doliente férvida plegaria.

Y en tanto que altanera
Del vicio ó del orgullo
La irreverente voz tronaba fuera,
La dulce tuya en plácido murmullo
Se alzaba á Dios discreta y lastimera.

II.

«¡Piedad, Señor! tu débil criatura
Cruza el desierto inmenso de la vida,

Envuelta en noche oscura:
Mira mi triste nave sin ventura,
De récios vendabales combatida.

¡Piedad, Señor! mi soledad terrible
Me amedrenta y me asombra.
Sé que es breve esta vida aborrecible;
Sé que tú solo fuente inestinguible
Eres de luz, y lo demás es sombra.

Lo sé; mas en la sombra impenetrable
Buscando voy, cuitada, mi camino;
Y sucumbe mi aliento miserable,
Como en bosque insondable
El del cansado, errante peregrino.

Y tiendo la medrosa
Mirada en torno mio,
Y hondo terror me acosa;
Que no encuentro una mano cariñosa
Que me aparte del áspero bajio.

Nadie viene á mi voz, sola y perdida
Cruzo el yermo erial que me circunda.
Como flor aterida,
Como planta infecunda
Sin rocío y sin sol, soy en la vida.

Señor, en torno mio
No sonríe el hogar: cuanto mis ojos
Abarcan por doquier, es yermo frio;
El rayo que me alumbra está sombrío,
Las flores que me cercan son abrojos.

Nadie vela mi sueño,
De quimeras tristísimas poblado;
Despiértame con ceño
El afan velador, nunca el amado
Beso que dá la madre regalado.

Donde quiera que poso
Los ojos, miro escombros y ruina;
Ni el palacio orgulloso,
Ni el nido armonioso,
Ni el faro solitario que encamina.

Ni el amoroso anhelo
Del fraternal cariño que enagena,
Ni el dulce aroma de la dicha agena,
Ni la amistad que al alma dá consuelo,
Ni el amor entrañable que la llena.

Nada tengo, Señor; el orbe entero
Ha muerto en torno mio:
Vivo en desierto páramo; el reguero
De acerbo llanto que en mis ojos brota,
Era solo fecundo, y ya se agota.

¿Cuál es mi culpa, cuál? Pesada carga
Arrastro en esta vida;
Apuro hiel amarga,
Y el mundo que afligida
Me vé, de mis dolores no se cuida.

Yo hasta partir mi pan con el mendigo,
Lo guardo con recelo,
Yo muestro á quien me ofende rostro amigo,
Yo de todos me duelo,

Nadie ¡ay, misera! á mí me dá consuelo.

Jamás irreverente
Oí vuestra palabra bienhechora;
Jamás el sol poniente
Halló erguida mi frente,
Ni alejada de vos me vió la aurora.

Y en cámbio, el que destila
Amarguísimo llanto mi pupila,
Riega una inmensa tumba;
Si algo toca mi mano, se aniquila;
Si en algo busco apoyo, se derrumba.

No hay rayos de bonanza
En el turbio horizonte
Que mi mirada alcanza;
Nieblas cubren el manto,
Nieblas tambien el sol de mi esperanza.

¡Piedad, Señor! Sin rumbo y sin consuelo
Llevo la errante huella
Por el desierto suelo:
No hay para mí en tu cielo
Ni manto azul ni venturosa estrella.

Dicen, Señor, que hay copas de rocío
Para el alma transida
Que vive en yermo frio:
Sostenedme, ¡oh mi Dios! que voy perdida
Y todo se desquicia en torno mio!»

III.

Calló tu voz; la bóveda sonora
Recogió con amor el postrer eco,
Y en alas del ambiente su murmullo
Vagó por las tinieblas un momento.

Calló tu voz; sollozos de amargura
Agitaron la nieve de tu seno
Nutrido en hiel, tus manos enlazadas
Con infinita angustia le oprimieron.

En el gótico altar, velado en sombras,
Se elevaron tus ojos con anhelo,
Y sin luz, una sombra, una mirada
Buscaron con afan.... Quizá la vieron.

Sí, yo sé que un altar tiene palabras
Para el que vive en afliccion; por eso
Al hablarte mi voz, fué tan discreta
Que no turbó en la bóveda los ecos.

IV.

«Oye, afligida hermosa, así en tu seno
Renazca la ventura;
No anegues más tu pálida megilla
En llanto de amargura.

¿Qué importa que este valle miserable
De espinas y de abrojos
No depare al cansado peregrino
Ni sombra ni reposo?

¿Qué importa que entre escombros y ruinas
Lleves la errante huella,
Si el alma pura que en tu cárcel mora
Sé ha de cerner sobre ellas?

Se tú como el pintado pajarillo
Que posa en frágil rama;
La vé doblarse y trina sin zozobra,
Porque fia en las alas.

EL RETRATO DE LAURA.

I.

Llovia aquella noche, si Dios tenia que llover, y el trueno rugia en el espacio: el termómetro marcaba dos grados bajo cero. El calor que difundia la estufa en el estudio de Victor estaba reforzado por el de un brasero, cuya lumbre, amontonada en forma de pirámide, se derramaba como una lluvia de oro por los taludes, que de cuando en cuando oprimia distraidamente Victor con el disco de una badila monumental, y contribuia á desarrollar en el espacioso recinto un calor que convidaba á la pereza.

El agua repiqueteaba en los cristales de la gran claraboya del estudio, cuyo rasgado cuadrilongo se inflamaba en la penumbra al resplandor de cada relámpago, simulando el fondo fantástico de un cuadro de Brenghel infernal: y entonces las armaduras, los platos árabes, y los objetos metálicos de toda especie que decoraban caprichosamente las altas paredes y los ángulos oscuros del estudio, despedian reflejos de fuego; animábanse instantáneamente, y como por un efecto galvánico, los rostros de las estátuas, bustos, tapices y maniquíes que poblaban aquel estraño museo de antiguallas, y todo volvia á la oscuridad.

Y digo á la oscuridad, porque la llama de una lámpara

romana, que puesta sobre un mueble de ébano incrustado de bronce y malfil, reliquia preciosa de los esplendores del Renacimiento, ardia avaramente en un rincon, no difundia sus rayos más allá de una zona de luz muy escasa, que dejaba en la penumbra la casi totalidad del estudio.

El mechero de la lámpara, vuelto hácia la pared, alumbraba de lleno un lienzo en que se veia asombrosamente pintada una cabeza de mujer, más admirable aun que por la belleza del tipo y la mágia sin igual del estilo, por la incomparable poesía de la espresion.

Era un rostro dotado de indefinible encanto, en el que los reflejos de un alma pura, candorosa y virginal, armonizaban de tan estraño modo con la vehemencia de una organizacion ardiente y apasionada, que no era posible discernir cuál de estos dos rasgos, admirablemente fundidos por el pincel del artista, pesaba más en la balanza de la simpatía que despertaba en el alma aquella imágen encantadora.

Parecia el rostro de un ángel, en quien Dios hubiese encendido, para castigo, el fuego de los afectos de la tierra.

Sentado en un sillon enorme de cuero, en el punto matemático á donde dirigia su mirada aquel mágico retrato, cuyas tintas revelaban por su frescura una reciente ejecucion, Victor contemplaba embebecido la creacion que acababa de brotar de su paleta maravillosa, y se estremecia de emocion cada vez que la roja luz de un relámpago, haciendo palidecer la lámpara que la alumbraba, prestaba á aquella pintura los signos fugaces de una fantástica vitalidad.

Y entonces el pintor intentaba romper el profundo embeleso en que le sumergia la contemplacion de su obra, sus ojos se desviaban de pronto de la línea que egercia sobre ellos tan poderosa atraccion, y su mano, guiada por un impulso maquinal, atizaba descompasadamente la lumbre del brasero. Pero á los pocos instantes su mirada volvia á buscar el foco de luz que la lámpara concentraba en el encantado lienzo; su cabeza caia

otra vez sobre el respaldo del sillon, recobrando el punto de apoyo predilecto de todo indolente soñador, y volvia á quedar sumergido en profundo arrobamiento.

¿Cuál era la causa de aquella estática contemplacion? ¿Era el orgullo satisfecho del pintor? ¿Era una consecuencia de aquel amor entrañable que el poeta y el artista consagran á veces á su creacion mas perfecta? ¿Era el recogimiento precursor de aquella espresion del orgullo exaltado, á cuyo impulso Miguel Ángel heria con el martillo á su estátua predilecta, llamándola imperiosamente á la vida?

No; Victor tenia la conciencia de su génio; pero no conocia el orgullo que suele inspirar la dificultad vencida. Además, aquella admirable pintura no era un esfuerzo estraordinario de su talento, acostumbrado á producir maravillas.

Otra era, pues, la causa de la visible fascinacion que sobre él ejercia aquella encantadora imágen, y voy á esplicársela á mis lectores, mientras la lluvia sigue azotando los cristales de la claraboya, y el embrujado lienzo continúa solicitando la atencion de Victor con invencible poder de atraccion.

Victor era un artista cuyo nombre habia pregonado la fama por toda Europa. El génio de la especulacion, vehículo moderno de rápidos movimientos, que lleva á los últimos rincones del mundo las primicias de todo aquello que está destinado á cotizarse muy alto en el gran mercado del siglo, habia estendido desde muy temprano la reputacion del artista, y los grandes mercaderes que sirven de agentes intermedios entre el arte y el capricho, se disputaban el monopolio de sus obras.

Con la ayuda de esta palanca poderosa, que tenia por punto de apoyo el mérito superior de Victor, sus cuadros habian llegado en poco tiempo á tal grado de estimacion, que no habia objetos de lujo más codiciados por la frívola vanidad, ni joyas de más alto valor para los grandes coleccionistas.

Pero Victor era un soñador, y un soñador indolente como todos los de su especie. Una herencia cuantiosa, adquirida en

los momentos en que recogia los primeros laureles artísticos, habia cortado en sus brillantes albores una carrera gloriosa. Victor pintaba poco y soñaba mucho; pintaba lo puramente preciso para despertar de cuando en cuando en las altas regiones del capricho y de la fortuna el deseo de sus obras, y promover entre sus admiradores una guerra de conquista cada vez que su pincel daba señales de vida.

Pero en breve desaparecieron tambien estas raras manifestaciones de su génio, y Victor se dió á soñar con tan firme propósito de reducir á esta única señal de vida las funciones de su entidad moral, que no volvió á acordarse más que en una sola ocasion de su gloriosa paleta.

Y era que Victor se habia enamorado de una sombra, de una vision, de un producto de su fantasia. Habia imaginado una mujer tal como puede concebirla una imaginacion ociosa que no comprende la vida sino en condiciones estrañas al planeta; habia imaginado un alma bella en un cuerpo hermoso, un ángel en una mujer, algo parecido á una llama rutilante encerrada en los cristales mágicos de un fanal: y una vez en posesion de esta soñada imágen, Víctor le dió sobre el lienzo apariencia humana y se durmió en el lecho de flores de la ilusion, resuelto á no despertar hasta que el cuerpo de aquella sombra, si por dicha existia en la tierra, viniese algun dia á realizar la suma de las felicidades soñadas.

Y desde aquel punto el pintor abandonó sus pinceles, y el hombre exhaló un gemido lastimero cada vez que una mano amiga ó enemiga le llamó á la realidad de la vida, ó le mostró el abandonado sendero de la gloria.

Pero un dia Victor sacudió de improviso las neblinas de su espíritu, y se agitó en su lecho de vapores. El portento estaba realizado; habia encontrado á la mujer soñada.

Escuchen mis lectores cómo se realizó este prodigio.

II.

Victor tenia un amigo: este amigo se llamaba Enrique, y era la única criatura humana cuya voluntad pesaba de algun modo sobre aquel espíritu indolente y dormilon. Enrique era un pintor adocenado, uno de esos artistas que no producen sino á la sombra del favor oficial. Positivista y descreido por escelencia, no abrigaba el menor entusiasmo por un arte que no le proporcionaba los medios de pasar la vida alegremente. En este punto llevaba á tal estremo la despreocupacion y hasta el menosprecio de sus propias obras, que una vez recibido el precio del trabajo que habia mendigado en las antesalas, él era el primero que levantaba el látigo de la sátira para hundirle en el ridículo.

Este era el artista: en cuanto al hombre, Victor era demasiado inesperto y distraido para seguir las sinuosidades de aquel árido corazon de materialista. Además, la simpatía es un principio caprichoso de nuestra constitucion; no siempre sabe lo que quiere, y muchas veces, contra todas las teorías de los filósofos que esplican sus fenómenos, y todas las previsiones de la humana sabiduria, se pronuncia precisamente en favor de aquello que nos es de semejante y está en desacuerdo con nuestros mas arraigados instintos.

El hecho es que Victor, que no tenia un átomo de positivista, que consideraba su arte como un sacerdocio, aunque habia abandonado las prácticas del culto, y que odiaba, como puede odiar un distraido, á los hombres de espíritu ágil y de flexible organizacion, avezados á esplotar el campo de la vida, se plegaba con una ductilidad asombrosa á las voluntades de Enrique, y era á veces hasta juguete de sus caprichos.

Pues bien, una noche que Victor, arrellanado en su sillon

junto á la estufa, dejaba flotar su espíritu entre el sueño y la vigilia, Enrique entró á deshora en el estudio.

Al oir la puerta, aquel abrió los ojos, y reconociendo á su amigo, murmuró entre un suspiro y un bostezo:

—¡Ah! ¿eres tú, Enrique?

—Sí, yo soy; despierta espíritu fantástico, y asómate por un instante á la realidad, respondió el pintor áulico con la fraseología que le era habitual; necesito de tí.

—¿De mí?... Habla, ¿qué aires te traen por el estudio á esta hora desusada?

—Cefirillos bonancibles de un amor afortunado, dijo Enrique arreglándose delante de una gran cornucopia el lazo de la corbata; vístete.

—¿Que me vista? esclamó Victor con tono doliente, cambiando de postura en el sillon. ¿Para qué? Ya sabes que me he propuesto no salir de casa por la noche.

—Cámbia de propósito; eso se vé todos los dias.

—Es tarde, Enrique; déjalo para mañana.

—Imposible, Victor; se trata de una cita amorosa.

—¡De una cita amorosa!... ¡Amor un positivista!...

—Sí, amigo mio, se trata de una mujer incomparable.

—Ya, de una mujer bella, jóven... y rica probablemente.

—No, de una mujer rica á ciencia cierta, y problemáticamente jóven y bella.

—¡Lo imaginaba! dijo Victor poniendo los ojos en blanco; una mercancía... ¿y qué tengo yo que ver con ese artículo de comercio?

—Mucho, toda vez que ese artículo de comercio, como tú le llamas, necesita que le cubra esta noche el pabellon de la amistad. La bandera salva la mercancía.

—Esplícate, hombre del siglo.

—Escucha, hombre de las nieblas. *Ella* vá esta noche al baile del teatro de Jovellanos, donde espero oir de sus lábios, huérfanos de padre y madre, un argentino *sí* de pecho, que ha de

ponerme en posesion de su mano y su fortuna... Pero *ella* tiene una tia, como la almendra tiene una cáscara, y esta cáscara me incomoda.

—Pártela, dijo Victor; ¿qué quieres que te diga?

—¡Victor! esclamó Enrique con énfasis cómico; no me obligues á abominar del primer pintor de mi siglo. Te digo que esta noche necesito de tu amistad.

—¿Para qué?

—Para que por espacio de una hora hagas perder á esa tia funesta la conciencia del tiempo y del espacio; es decir, para que me libertes por algunos minutos de su calamitosa vigilancia. Vá en ello mi dicha, mi porvenir, una hilera de casas en las Vistillas, y una tahona en Lavapiés. Vá en ello además el decoro del arte: si me caso con ella, ya no pintaré.

—Hé ahí el objetivo de todos tus deseos y de todas tus ilusiones, repuso Victor suspirando; eres un filósofo aborrecible, Enrique; pero si al menos no abusaras de mi simpatía, ¿por qué me obligas á representar un papel superior á mis fuerzas?

—Es un sacrificio hermoso, subrehumano, dígno de la epopeya: lo sé, y por eso no se lo pido á nadie sino á tí.

—¡Calla y no me obligues al ménos á agradecerte la preferencia! Tu elogio es mas antipático que la hora de tormento que me quieres hacer pasar al lado de esa vieja.

—Pues mira, no, repuso Enrique con la voz arrulladora de quien desea hacer pasar gato por liebre; la tia es relativamente jóven, y no has visto mujer que sepa conservar mejor su hermosura. Para eso se pinta sola.

—Bien, ya veo cómo se pinta; ahora dime, ¿á qué llamas tú *relativamente* jóven?

—Hombre, por ejemplo, suponiendo una sucesion de guarismos desde el 1 al 100 está mas cerca del que empieza que del que acaba. Pero, aun suponiendo que sea vieja y fea, ¿te negarás acaso á tender á tu amigo una mano protectora? ¿Tu egoismo de soñador habrá llegado tan al cabo, que no quieras

robar una hora á la contemplacion de esa imágen inverosímil en quien adoras tu propio génio, para labrar la dicha de un hombre honrado que tiene el buen sentido de vivir á flor de tierra?

Y al decir esto, Enrique señaló con ademan dramático la inimitable pintura ante la cual hemos visto á Victor sumergido en profundo éxtasis.

—¡Inverosímil! dijo Victor suspirando; imposible, dirás mejor.

—Sí, imposible, repitió Enrique, y tú mismo has dado proporciones fabulosas al absurdo, prestando apariencia visible á tu tipo ideal. ¿No era bastante encontrar reunidas en una mujer las cualidades morales con que sueña tu deseo; aquel alma entusiasta por el arte, aquel corazon apasionado y vehemente, aquel dualismo estraño en que se funden el ángel y la hurí del paraiso, aquel no sé qué de novelesco y de estraordinario, que constituyen la esencia de tu creacion? Pero eres pintor y no concibes el fondo sin la forma. No me opongo, sueña cuanto quieras y espera la encarnacion de tu sueño por los siglos de los siglos; yo, por mi parte, no tengo tanto tiempo que perder. Responde, ¿quieres hacer lo que te pido?

Victor cerró los ojos como una víctima resignada que se dispone al sacrificio; exhaló un profundo suspiro, y dijo:

—Sé que contigo es inútil toda resistencia. Llévame adonde quieras, y líbrame cuanto antes del *Viacrucis* que me reservabas para esta noche.

Y diciendo esto Victor, se levantó perezosamente de su sillon, y se vistió para salir.

A la puerta esperaba un coche de alquiler. A los pocos momentos los dos amigos penetraban, el uno impetuosamente, y el otro como remolque, en el teatro de Jovellanos.

Habia aquella noche un baile de abonados, la concurrencia era brillante y numerosa, como dijo despues la gacetilla, y cuando llegaron Victor y Enrique reinaban en el salon una

atmósfera, una confusion y un desbordamiento de luz, que estuvieron á punto de rendir el aliento de nuestro célebre pintor, acostumbrado hacia algunos meses á estas tres gollerías de la existencia humana: el silencio, el espacio y la media luz.

Pero Enrique hendió la muchedumbre, llevando en pos á su víctima, y se disponia por segunda vez á recorrer el salon, cuando dos dominós de raso azul les atajaron el paso, entonando al mismo tiempo un duo de falsetes, que sacudió hasta en sus fibras mas recónditas el sistema nervioso de Victor. Pero, afortunadamente, aquella tempestad de notas penetrantes fué de cortísima duracion, pues Enrique, casi en el mismo instante, ofreció el brazo á una de las máscaras, y haciendo á su amigo una seña para que ejecutase la misma evolucion con la otra, empezó á desviar de la corriente con el propósito no muy disimulado de perderse al primer descuido entre la gente.

Pero la influencia de aquella atmósfera densa, á que no estaban acostumbrados sus pulmones, de aquel movimiento acompasado de las animadas corrientes que surcaban el pavimento, de aquel monótono rumor, salpicado de gritos agudos y guturales que se elevaban en el espacio, resolviendo en un insoportable zumbido los múltiples ruidos del salon, habian producido ya en el cerebro de Victor el efecto de la embriaguez.

En tal estado, le hubiera sido difícil esplicar si obedeció á la consigna muda de su amigo, ó si aquel eslabon de hueso humano que aprisionó su brazo derecho, fué remachado por la máscara en virtud de un movimiento espontáneo de su voluntad. El jóven se sintió acometido de un vértigo; los objetos que le rodeaban dejaron de afectar sus sentidos; su cuerpo se abandonó á las oleadas del gentío y al impulso del brazo rígido que le sujetaba, y perdiendo casi por completo la conciencia del sitio y de la situacion en que se hallaba, se dejó conducir como un autómata por los ámbitos del salon.

Al cabo de un espacio de tiempo inapreciable para él, conoció que los vapores que ofuscaban su espíritu se desvanecian bajo la influencia de una atmósfera más pura, y que sus ojos, poco antes deslumbrados y atónitos, percibian los objetos con mas claridad.

Entonces vió que se hallaba en una sala de descanso, medio tendido en un divan, y que la máscara del dominó azul, sentada á su lado, mitigaba con su abanico el ardor de su frente. Recobrada la conciencia de su situacion, el amor propio de Victor se alarmó al considerar que su mareo, mal interpretado quizá, le entregaba en espectáculo á las gentes, y alzó los ojos con el temor de encontrar la mirada de algun curioso; pero no bien hubo empezado á recorrer con la vista la sala casi desierta, cuando de pronto sus pupilas se dilataron, sus lábios dejaron escapar una esclamacion de asombro, y se quedó inmóvil, estupefacto, atónito.

III.

En un ángulo de la sala, sentada en el divan con el abandono propio de un espíritu sumergido en profunda distraccion, con la mirada fija en un punto desconocido del espacio, con el rostro bañado en no sé qué húmeda palidez, propia de ciertos rostros privilegiados, que parece una traspiracion de la sensibilidad, una mujer de unos veinticinco años, cuyas formas esbeltas y elegantes, cuyo seno ondulado y gracioso, dejaban adivinar los pliegues flexibles de un dominó de gró negro, replegaba su hermoso busto en los cojines del divan, sin dar el menor indicio de que las palabras que de cuando en cuando le dirigia un señor ya entrado en edad, que estaba sentado junto á ella, produjesen en sus oidos la mas mínima sensacion.

En el rostro, y más àun que en el rostro, en su espresion admirable, la cabeza de aquella mujer ofrecia una semejanza

portentosa con la que habia creado el pincel de Victor á impulsos de una fogosa inspiracion. La identidad era tan patente, tan grande, tan asombrosa, que cualquiera que hubiese cotejado aquella peregrina creacion de la naturaleza y aquella obra no menos admirable del arte, no hubiera podido imaginar que no existiera entre ellas otra filiacion que la de una fortuita é inesplicable semejanza.

El grito de asombro que dió el jóven al ver delante de si la viva imágen de su composicion ideal, sacó á la hermosa distraida de su arrobamiento. Volvió la cabeza, y encontrando la mirada inmóvil y atónita de Victor, sus ojos se fijaron en él por un instante, y un sacudimiento nervioso, fugáz como el relámpago, hizo oscilar los contornos serenos y armoniosos de su magnífico busto. Pero casi en el mismo instante, el viejo de aspecto severo, que habia observado sin duda los detalles de aquella rápida escena muda, se puso en pié de repente, y presentando su brazo con ademan visiblemente desabrido, abandonó la sala con la jóven, cuya mirada resbaló entonces sobre Victor, como una chispa eléctrica.

—Es ella, dijo una voz al lado de Victor, y está más hermosa que cuando la ví por última vez.

Victor, que no habia apartado los ojos de la jóven hasta perderla de vista, se volvió rápidamente al oir estas palabras, y no vió junto á él sino á la máscara del dominó azul, cuya presencia habia olvidado completamente.

—¡Máscara! dijo Victor con palabra rápida y apremiante, ¿conoces á esa mujer?

—Si, respondió la del dominó azul, la ví en Paris hace algunos meses. Es un tipo adorable.

—¡Adorable! esclamó el jóven, repitiendo esta palabra, henchida para él de inefables esperanzas, ¿qué quieres decir? Habla.

—¿Te interesa esa jóven? No lo estraño, son muchos los que la admiran.

—¿Quién es, cómo se llama, de dónde viene?

—¡Oh, qué impaciencia de fantástico! ¿Eres pintor, amigo mio?

—Sí, respondió Victor, mirando con sorpresa á la enmascarada. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque solo un artista puede llevar hasta el fanatismo la admiracion de una belleza semejante... Pero no te impacientes, y te diré todo lo que puedo decirte acerca de esa jóven. Es huérfana, se llama Laura, y viene quizá de Paris, donde la ví por vez primera hace algun tiempo. Es hija de españoles; nacida en Roma, y de origen bastante humilde. Su padre, al morir hace cosa de seis años, la dejó bajo la proteccion de un señor, padrino de la jóven, con quien la unia estrecha y antigua amistad, y á quien ella ha profesado por mucho tiempo el cariño mas respetuoso. Pero andando los dias, el viejo llegó á concebir por su protegida una pasion loca. La ha ofrecido su mano y ha hecho cuantos esfuerzos son imaginables para interesar el corazon de la jóven; pero Laura se ha mostrado insensible á todo. Los que la conocen á fondo, dicen que Laura es un espíritu que vive de ilusiones, un corazon entusiasta é independiente, que no se abrirá á las dulces emociones del amor, hasta que encuentre no sé qué objeto raro y escepcional que se ha forjado en su imaginacion. Es cuanto puedo decirte. Tiene veinticuatro años, y el señor anciano que la acompaña esta noche es el protector y el desahuciado galan de que te he hablado. Si tu curiosidad ó tu entusiasmo no están bastante satisfechos, añadió la máscara del azul dominó, volviéndose á Victor...

Pero tuvo que atajar la frase al ver que Victor habia desaparecido.

Victor corria en busca de la inesperada aparicion. Estaba loco: las esplicaciones de la máscara, abultadas por su fantasía, habia elevado hasta lo sumo la exaltacion de su espíritu, y el ideal de mujer concebido en la soledad de sus ilusiones, se

ofrecia ya ante sus ojos realizado, no solo en su apariencia sensible, sino tambien, ¡oh inefable felicidad! en sus condiciones psicológicas.

Victor penetró impetuosamente en el salon de baile; surcó la corriente en todas direcciones, registró con mirada ansiosa todos los palcos; esploró todos los corredores; empujó veinte veces con mano indiscreta y turbada la entornada puerta del tocador; pero todo en vano: no pudo encontrar á Laura. Laura no estaba ya en el baile: á no ser así, la hubiera reconocido con la ayuda de dos corrientes, una de atraccion, y otra de repulsion, igualmente infalibles: los latidos de su corazon y la presencia de aquel viejo odioso que codiciaba su tesoro.

No, Laura no estaba en el baile; aquel metéoro de mágico fulgor habia pasado sin dejar un rastro de luz. ¿Cómo volver á verla? Victor pidió á su imaginacion acalorada un átomo de razon, y pudo formular una idea medianamente racional.—A ser ménos impaciente, dijo para sí, tal vez aquella máscara me hubiera dicho dónde puedo encontrar á esa mujer.

Y Victor corrió á la sala de descanso. Pero el dominó azul ya no estaba allí. Registró por segunda vez el salon de baile, pero en vano; el dominó azul habia desaparecido, como el dominó negro, como el viejo antipático que acompañaba á Laura. Entonces buscó á su amigo Enrique y no lo encontró tampoco. ¡Nadie! No habia nadie en el teatro que pudiera indicarle el rastro de aquella mujer; soñaba que se habia presentado por un momento á sus ojos como la apariencia ilusoria de una realidad; y Victor, en medio de aquel bullicio estraño al objeto que absorbia su pensamiento, sintió el inmenso vacío de la soledad, y aquella muchedumbre que se agitaba en torno suyo le pareció el efecto vertiginoso del espejismo del desierto.

Victor salió desesperado del baile, á tiempo que coloreaba el dia, eterno enemigo de fantasmas y visiones; se refugió atribuladamente en su estudio, como el buho sorprendido por la luz del alba; cayó rendido en su sillon, y no dió reposo á

la fiebre de su pensamiento hasta que el sueño, restaurador inteligente de las ilusiones maltratadas por la realidad, cerró sus párpados fatigados.

IV.

Al despertar al cabo de algunas horas, sintió en el alma esa punzada dolorosa que el sueño deja en suspenso cuando nos sorprende en medio de una penosa impresion del ánimo. La idea de que por su culpa habia perdido la huella de la mujer *predestinada*, le atormentó con aquella recrudescencia insoportable que en los males del alma, más aun que en los del cuerpo, suele venir en pos de una pasajera solucion de continuidad.

Su única esperanza era Enrique, cuya visita diaria al estudio era casi infalible. Enrique conocia á la máscara que le habia hablado de Laura, y podia darle alguna luz; se resignó á esperarle.

La tarde era horrible: llovia á raudales y el trueno mugia en el espacio. Mandó encender aquella lámpara que hemos visto arder ante la imágen peregrina de su ideal, y se abismó en su contemplacion. La semejanza era asombrosa, tan asombrosa, que á medida que Victor devoraba con los ojos la pintura, y veia vivir en ella á la mujer del dominó negro, apoderábase de su cerebro una estraña fascinacion, y tenia que apartar la vista de aquel objeto cada vez que el resplandor de un relámpago le prestaba las apariencias de la vida.

En esta actitud y en esta disposicion de ánimo, hemos dejado á Victor al comenzar nuestro relato. Veamos ahora lo que ocurrió en aquella noche tempestuosa, en que la imaginacion, ya naturalmente sobreescitada de nuestro soñador, se exaltaba más y más á los fulgores de la tormenta, que sembraba el espacioso estudio de reflejos fantásticos.

En medio del silencio, Victor oyó de repente pasos en la antesala, y clavó los ojos en el tapiz de Alberto Durero, que cubria la puerta que daba paso al estudio, seguro de ver asomar el rostro conocido de su amigo Enrique. Pero el tapiz se despegó del marco de la puerta, y Victor vió aparecer junto á un brazo que sostenia levantado el *portier*, el hermoso busto de Laura.

Ante esta súbita é inesperada aparicion, el jóven se levantó como impelido por un resorte de acero... Era ella, era Laura, era la mujer del dominó negro del baile de Jovellanos. Pero antes de convencerse de que aquella cabeza encantadora que asomaba entre la puerta y el tapiz no era el efecto de un prodigio inconcebible, Victor dirigió sus ojos deslumbrados á la cabeza pintada para, cerciorarse de que la imágen creada por su fantasía no habia abandonado la ancha y magnífica moldura que la encerraba; porque, en efecto, el rostro de aquella mujer, envuelto en las ondulaciones de un abrigo diáfano, que recordaba casi exactamente los velos vaporosos con que el mágico pincel de Victor habia envuelto la cabeza de su tipo ideal, parecia haberse desprendido del lienzo que aquel habia estado contemplando hasta aquel instante.

Laura tambien quedó suspensa al reconocer sin duda en la persona de Victor á aquel desconocido del baile que habia fijado en ella la mirada con tan visible emocion, y se detuvo un instante á la puerta; pero la alta, desviada y negra figura del viejo protector de la jóven se destacó inmediatamente en la abertura del tapiz, y presentando la mano á la jóven con rancia y acompasada galantería, la condujo á la presencia de Victor, á quien la emocion y la sorpresa habian dejado inmóvil, y como clavado junto al sillon.

El viejo saludó profundamente, y dijo:

—¿Tengo el honor de saludar al célebre pintor que firma sus obras con el nombre de Victor Losada?

Repuesto algun tanto de su emocion, Victor afirmó con la cabeza, respondiendo al saludo del viejo.

—¿Podré esperar, añadió este, que el artista á quien Europa toda conoce por un hombre de tan privilegiado génio como avaro de sus obras, nos dispense la honra de emplear su talento en el retrato de esta jóven, cualquiera que sea el precio en que estime su trabajo?

Victor iba á responder con entusiasmo á aquella proposicion, que le ofrecia un medio, á su juicio providencial, de ver á Laura; de respirar en la atmósfera encantada de la mujer de sus sueños, cuando una esclamacion de esta le hizo volver los ojos.

Laura tenia la vista fija en el cuadro que alumbraba la lámpara romana. El asombro, pero un asombro en medio del cual fluctuaba una sonrisa de íntima dulzura, y un sentimiento de profundo entusiasmo, se reflejaba en el semblante de la jóven. Y todos estos efectos, unidos á una espresion de irresistible coquetería, que se infiltraba en el alma, como el calor de una caricia, fueron envueltos en una mirada, ó mejor diré, en una descarga eléctrica que Laura dejó caer en aquel momento sobre Victor.

Este no fué dueño de sí mismo: dejándose llevar de la fuerza de atraccion que le impelia, corrió hácia Laura, que se habia colocado cerca, tan cerca de la pintura, que la prestaba el calor de su aliento, y la dijo con voz baja y trémula de emocion:

—¡Oh, perdon! Esa semejanza no es un robo, hijo de la osadía... ¡es un efecto de la casualidad!

—¿De la casualidad? respondió en el mismo tono Laura dirigiendo á Victor otra sonrisa y otra mirada, que acabaron de trastornarle el juicio; ¿y cómo se llama esa casualidad?

—Se llama una ilusion de mi alma; la mujer de mis sueños.

—¡Oh! ¡qué hermoso nombre, y qué admirable pintura! Digna del pincel que ha creado aquel inimitable cuádro de *La ninfa enamorada*, que es el asombro de Paris.

—¡Cómo, señorita...! ¿Conoce V...

—Sí, conozco... tambien por *casualidad*, interrumpió Laura acentuando con adorable espresion estas palabras, de lo que es capaz el génio que ha producido aquella joya, y mi *casualidad*, aunque en un sentido menos absoluto, tiene tambien un nombre... Se llama el pintor de mis sueños y de mis entusiasmos artísticos. Para eso he venido de Paris á pedirle mi retrato, y no esperaba ciertamente la sorpresa que acabo de recibir al encontrar mi deseo cumplido, por obra y milagro del acaso.

—¡Del acaso...! He dicho mal, murmuró Victor con acento profundo: ¿podré dar á esa inspiracion el nombre de Providencia?

—¿De Providencia...? Es posible, dijo Laura bajando más la voz; pero ese nombre no debe pronunciarse delante de la fatalidad.

Y al pronunciar estas palabras designó al viejo con una mirada furtiva, que llenó de júbilo á Victor, considerando que si la jóven le indicaba con temor la presencia de un cancerbero, era quizás para facilitarle la conquista de un paraiso.

En efecto, el viejo, bien fuera porque la pintura que contemplaba Laura hubiese llamado al cabo su atencion, distraida al parecer en el exámen del estudio; bien porque el diálogo en voz baja de la jóven con Victor despertase sus recelos, se acercaba en aquel momento, negro y silencioso como una sombra. Laura, entonces, pronta como el pensamiento, volvió la cabeza y le dijo sonriendo:

—¡Es increible! hay caprichos del entusiasmo que las personas graves califican á veces de locuras, y que no son sino misteriosos presentimientos. Al ver por vez primera la sublime creacion del pincel que ha producido *La ninfa enamorada*, la admiracion que este cuadro despertó en mi alma fué imponderable, y ardiente el deseo que entonces concebí de poseer una muestra de aquel talento tan universalmente celebrado y tan avaro de sus obras. ¡Pero cómo arrancar una nota á

aquella paleta olvidada, que desdeñaba los mas espléndidos laureles, yo que no tenia mas título á esta escepcion, por tantos codiciada, que el entusiasmo de mi corazon?—¡Oh! no importa, me dije; iré á donde quiera que se encuentre á pedirle mi retrato, y habrá de ser cortés con la mujer, si no quiere desairar á la admiradora. Vengo de Paris, en alas de este deseo, que la fria razon califica de insensato, y júzguese de mi sorpresa al encontrarle ya realizado mas allá de los límites que podia concebir mi imaginacion. Mi retrato estaba hecho, añadió Laura, mostrando el cuadro... y era obra de la casualidad, si así pueden llamarse alguna vez los prodigios del génio.

—Admirable, admirable, dijo el viejo con un tono que contrastaba por su tibieza con la significacion de su elogio.

—Debo creer en los presentimientos, añadió la jóven, mientras el viejo, con la ayuda de los quevedos, examinaba de cerca la pintura. Mi retrato está hecho, pero me atormenta una duda... ¿Podré pagarlo?

Y estas últimas palabras las dijo Laura con un acento de candorosa sensibilidad, que estuvo muy á punto de hacer doblar la rodilla al impresionado pintor.

—Solo de un modo, respondió este, dando á su voz la tenuidad de un suspiro.

—¿Cuál? preguntó la jóven con viveza.

—No dando al olvido que esa copia de un objeto presentido, era toda la dicha de un artista que ignoraba la existencia del original.

—¡Quién sabe! puede llegar un momento en que el original tenga celos de esa entusiasta adoracion, consagrada á la copia.

Y alzando la voz, y dirigiéndose al viejo, que en aquel momento se alejaba del cuadro quitándose los quevedos, añadió:

—El artista tiene la delicadeza de no querer conservar ese retrato, que podria retener en justicia á título de invencion.

—¡Oh! está bien, dijo el personaje innominado que acompañaba á Laura; aquí está mi tarjeta. Me felicito, caballero, de que por una coincidencia tan dichosa como inesperada, el talento de V. se haya anticipado á nuestros deseos. Espero recibir mañana ese precioso cuadro, y ya he tenido el honor de decir á V. que no pongo tasa á su trabajo.

Y entregando la tarjeta á Victor, el viejo mascullò algunos ofrecimientos de cajon, y presentó su brazo á Laura en señal de retirada. Esta tendió su mano á Victor y leyó en sus ojos entristecidos é inquietos la pregunta que retozaba en sus lábios: —¿Dónde nos volveremos á ver?—El rostro de la jóven espresó una indecision llena de amable ingenuidad: miró al rededor, y viendo en el mueble sobre que descansaba la lámpara un gran álbum de fotografías, abierto por una página que representaba una escena de máscaras, su semblante cambió de espresion, y una sonrisa de gozo unida á una mirada rápida y significativa, repartida entre el pintor y la estampa, tradujeron con muda elocuencia su pensamiento.

Pocos instantes despues Victor oyó partir un carruaje, cuyas ruedas dejaron de resonar en el pavimento antes que en su pecho, agitado por el esceso de la esperanza, los violentos latidos del corazon.

V.

Decir lo que pasó desde aquel instante en el alma de nuestro soñador, seria tanto como engolfarse en el secreto inagotable de las celestes bienandanzas. El ideal, el verbo increado, habia realizado á sus ojos el génesis de la felicidad. La concepcion de su mente habia tomado cuerpo, y se habia presentado de improviso, inundándolo en los rosados resplandores de la esperanza.

Sí, de la esperanza: aquella sonrisa henchida de promesas,

aquel acento apasionado, aquella última mirada, dirigida como un *¡Hasta mañana!* á la estampa del álbum, y por encima de todo esto, aquel misterioso presentimiento que habia conducido á Laura á su lado, eran anuncios elocuentes de su ventura.

Victor pidió un periódico y vió que para el dia siguiente se anunciaba otro baile en Jovellanos. ¡En Jovellanos! ¡donde la habia encontrado por vez primera! ¡Oh! ¡allí volveria á verla! El corazon le decia que no habia interpretado mal el mudo lenguaje de Laura.

Al otro dia, Victor envió el retrato al *hotel* que indicaba la tarjeta del viejo, en la que se leia el nombre de «Felipe Gutierrez,» con una carta en que rogaba á su rival que aceptase el cuadro como un recuerdo de la singular y conmemorable coincidencia á que habia dado lugar. Hecho esto, empezó á contar por los latidos del corazon el número infinito de segundos que habia de marcar hasta las doce de la noche el flemático relojero de la eternidad.

Pero el tiempo anda su camino, siquiera no sea con el ritmo vertiginoso capaz de satisfacer la impaciencia de un enamorado, y Victor vió llegar la hora del baile.

A falta de alas, un coche le condujo con la posible rapidez al teatro de Jovellanos. La concurrencia era aun escasa. Recorrió el salon, casi desierto, devoró con los ojos una por una á las máscaras que le recordaban el dominó negro de Laura, y se persuadió, con no poca inquietud, de que la jóven no estaba en el baile.

Entonces tuvo una inspiracion que reanimó su esperanza. ¿No podia esperarle la jóven en el mismo sitio donde la vió por vez primera?... Corrió al salon de descanso y le abarcó de una mirada.

¡Allí estaba Laura! Victor no pudo equivocarse ni vacilar un solo instante, porque la jóven, al verle, apartó por un segundo de su rostro la máscara que le cubria, y sus ojos

encontraron los de Victor, que relampaguearon de júbilo y de amor. Pero la dulzura de esta primera emocion no fue completa. Por efecto de una aborrecible y natural asociacion de ideas, el jóven, al encontrar á su amada, buscó con la vista á su odioso guardador. ¿Quién, al ir á coger la rosa, no piensa en las espinas?... Pero ¡oh inesperada felicidad!: el viejo no estaba en el salon de descanso, y el gozo de Victor fue completo al observar que al lado de Laura habia una mujer enmascarada, que, segun todas las apariencias, la servia aquella noche de compañera. ¡Oh, cuántas horas dichosas iba á pasar al lado de Laura, y con qué apasionada elocuencia iba á desahogar la plenitud de su corazon!

Pero así que se hubo acercado á la jóven, esta le dijo con palabra rápida y agitada:

—No tenemos tiempo que perder. He cumplido mi promesa, aunque para ello me ha sido preciso inventar un pretesto. Para venir un momento al baile, he pasado el dia en casa de esta señora, parienta mia; pero mi padrino, mejor diré, mi tirano, alarmado por mi tardanza, estará ya buscándome por todo Madrid. Está celoso: es un antiguo amigo de mi familia, que abusa de la mision que mi padre le confió al morir, aspirando á convertir en otros lazos más íntimos una proteccion que ha llegado á serme insoportable.

Ahora bien, amigo mio, existe entre nosotros dos un vínculo misterioso de simpatía, de que no debo abusar. Soy huérfana y pobre. Nuestro encuentro casual de la otra noche, que fue para mí como el resultado de un presentimiento; la entrevista de ayer, en que no me fue posible ocultar una emocion involuntaria, y quizá tambien el cámbio harto visible que en mi manera de ser se ha efectuado en el espacio de pocas horas, han contribuido á precipitar una situacion estrema de mi vida que tarde ó temprano habia de ser inevitable, y que me obliga perentoriamente á romper todo lazo con el hombre en que por un momento creí encontrar mi segundo padre.

Si en este conflicto me dejase llevar de los impulsos de mi corazon, seria para dar entrada á una esperanza egoista; pero la reflexion me dice que no tengo ningun título para asociar á una situacion tan violenta y una existencia tan desgraciada como la mia, el porvenir de un hombre de génio, que tiene derecho á aspirar á todos los halagos del amor, de la gloria y de la fortuna... Esta señora, añadió la jóven con emocion, es una prima hermana de mi madre, y me profesa afecto verdadero. Mañana dejaré con ella á Madrid, y buscaré un rincon del mundo donde pueda vivir tranquila, si no dichosa.

—¡Oh, pero conmigo! esclamó Victor pálido de entusiasmo, y dejando remontar al vuelo de su fantasía hácia las altas regiones de lo novelesco. ¡Sí, Laura, conmigo!... Yo tambien estoy solo en el mundo y puedo seguir el rastro de mi felicidad por el primer sendero que me señalen los impulsos de mi corazon... No, la ilusion de mis sueños de artista no habrá tomado cuerpo á mis ojos para hacerme entrever la esperanza de una dicha apenas creible, y desaparecer para siempre! No, Laura, dime que partiremos juntos; dime que aceptas mi nombre, mi fortuna, mi vida entera, consagrada á tu felicidad!

A estas palabras, pronunciadas con el calor de la pasion más vehemente, la cabeza de la jóven cayó lánguidamente sobre la almohada del divan, y sus lábios se entreabrieron bajo el encaje trasparente de su máscara de raso, para exhalar un suspiro de gratitud.

Su mano buscó la de Victor tanteando trémulamente el espacio que dejaba entre los dos, y su voz sonó apenas como un murmullo, al pronunciar estas palabras:

—¿Es posible, Victor... ese sacrificio?.. No, yo no soy digna de tanta felicidad!

—Laura, ni una palabra más! añadió el jóven, buscando con ardor al través de la máscara de raso los ojos de su amada: nuestra suerte está irrevocablemente unida... ¡Júrame que mañana no partirás sin mí!

Y al decir esto estrechó con delirio la mano de Laura.

Esta permaneció por un instante muda y como abrumada bajo el peso de su emocion. De repente dijo, recobrando su acento firme y apasionado:

—¡Pues bien, ya que es tu voluntad, lo juro!... Pero júrame á tu vez que el sacrificio que te impones por mí no es el efecto de un entusiasmo pasajero: ¡júrame que me amas!

—¡Con delirio! esclamó Victor: ¡pongo á Dios por testigo de que mi solo pensamiento, el único deseo de mi corazon es darte mi nombre y consagrarte mi vida!

Laura se levantó y tendió su mano á Victor. Su compañera daba evidentes señales de impaciencia y de inquietud.

—Victor, añadió la jóven tan cerca de su amante, que acarició su oido con su aliento perfumado. Piensa que ayer nos conocimos y que vamos á unir nuestra suerte con lazo indisoluble... Yo no vacilo porque creo en los presentimientos... Pero ¿y tú? ¿Estás seguro de tu amor?

—Mi amor no es de ayer, respondió el hechizado pintor.

—Pues bien... hasta mañana... espera una carta mia.—Y Laura, despues de enviar á su amante con el solo movimiento de los lábios un «¡te amo!», que no hubo menester de la elocuencia del sonido para penetrar hondamente en el corazon del jóven, salió aceleradamente del salon en pos de su impaciente compañera.

VI.

Aquella noche Victor no durmió; la felicidad que se espera aborrece toda ley de equilibrio y desarrolla una fuerza centrífuga, cuyo poder irresistible habrá esperimentado alguna de mis lectoras. En tal estado, el lecho es un potro de tormento y Victor le abandonó al amanecer, como quien huye de unos brazos aborrecidos.

El crepúsculo le pareció interminable... le pareció el amanecer de la eternidad.

El sueño de los demas le impacientó como si viese en él una rémora al medro del dia. Despertó al bueno de Francisco, antiguo criado de su familia, que le habia visto nacer, y le dijo con voz solemne, que dejó estupefacto al viejo, por lo desusada y lo matinal:

—Francisco, he pensado hacer un viaje al estranjero. Hoy mismo salgo de Madrid, y no sé cuándo volveré!

Te dejo al frente de la casa, y ya te mandaré por el correo mis instrucciones. Es probable que esta mañana traigan una carta de la mayor importancia para mí: estate á la mira, y me la entregarás al instante.

Francisco, que no creia á Victor capaz de emprender un viaje, como no fuera por los espacios imaginarios, se levantó muy asombrado y se puso de centinela junto á la puerta.

Era ya muy entrada la mañana cuando llegó la carta. Victor la abrió con mano impaciente y mal segura y leyó estas lacónicas palabras:

«A las seis de la tarde: estacion del Norte, á Bayona.—*Laura.*»

Victor guardó la carta y mandó preparar el equipaje.

Por primera vez en su vida le pareció que el movimiento y la actividad eran una condicion esencial de la naturaleza humana. Lanzóse á la calle, y en pocas horas corrió todo Madrid para ponerse de acuerdo con su administrador, proveerse de fondos y cartas de crédito, y dejar orillados todos sus negocios.

No eran las seis, cuando un carruaje le condujo á la estacion del Norte. Laura no habia llegado: pero á los pocos momentos Victor, que devoraba con los ojos el interior de cada vehículo que acudia á la estacion, la vió apearse de un coche con su tia. Su primer impulso fué correr hácia su amada; pero una rápida indicacion de la jóven le contuvo en los límites de la prudencia y el disimulo.

Las dos mujeres se refugiaron, como temerosas, en uno de los coches del tren, y Victor se resignó á ocupar el departamento inmediato, no sin exhalar un suspiro.

Llegó la hora, y el tren partió, sin que el menor incidente viniera á entorpecer la fuga de nuestros dos enamorados.

Al llegar á la estacion del Escorial, una seña de Laura puso término al destierro de su amante. Las dos viajeras iban solas en su departamento, y Victor, libre de testigos molestos, pudo compartir con su adorada aquel primer nido de sus amores, que corria en alas del vapor, como corre la esperanza de un próximo bien en alas del deseo.

VII.

Pocos dias despues, Victor realizaba en Bayona el más ardiente de sus deseos, dando su mano á Laura. Esta, por su parte, se mostró tan avara de su felicidad, que quiso esconderla en un rincon ignorado, lejos del bullicio del mundo.

Victor propuso las orillas de un lago de Suiza, y la idea fué acogida con entusiasmo.

Partieron, pues, sin tardanza y con el propósito de no detenerse en Paris sino el tiempo necesario para cambiar de tren, y correr de nuevo en busca del paraiso, donde sus dias felices habian de correr sin mas testigos que los rústicos habitantes de los campos y los esplendores de la naturaleza.

Y así, formando planes de ventura y alfombrando de rosas el camino del porvenir, llegaron á la gran capital. Laura y su tia quisieron esperar en la misma estacion la salida del tren en que debian continuar su viaje, y se encaminaron al *restaurant*. Victor iba á seguirlas despues de recojer su abrigo, cuando dos viajeros que pasaban en aquel momento junto á Laura, se detuvieron un segundo al verla, y uno de ellos dijo á su compañero con acento romano, límpido y sonoro:

—¿Has visto?

—Sí, respondió el otro en el mismo idioma, el famoso original de la cabeza de mujer que acaba de comprar el conde Vialka. Una obra maravillosa del gran pintor español.

No es posible espresar el efecto que estas palabras produjeron en el ánimo de Victor. En el primer instante, el diálogo de los dos viajeros le dejó asombrado, inmóvil, atónito. Despues la reflexion se despertó en su espíritu sombría y abrumadora. ¿Á qué retrato de Laura podian aludir aquellos hombres? ¿Quién era el *gran pintor español* á quien se atribuia aquella joya del arte?

Cuando la pasion ruje en el alma humana, toda voz interior que no sirve para irritarla, enmudece. La voz de la modestia enmudeció en el alma de Victor, y este admitió sin vacilar que aquel *gran pintor* no podia ser sino él, y que la *maravilla* artística de que se trataba no era otra que el retrato casual de Laura. Pero ¿cómo este cuadro habia ido á parar á manos del conde Vialka? ¿cómo el famoso coleccionista ruso habia podido adquirir aquella obra? Y aun esto podia esplicarse en cierto modo, pues el retrato de Laura habia quedado en poder de su padrino, y este podia haber dispuesto del cuadro á su capricho; pero ¿cómo una sola mirada habia bastado á los dos viajeros para señalar á Laura en términos tan absolutos como el *famoso* original del retrato adquirido por el conde?

¡Oh! aquel terrible adjetivo gravitaba sobre el pensamiento de Victor con peso abrumador, y la serpiente de la duda mordió su corazon.

No pudiendo soportar la incertidumbre que le devoraba, el jóven salió como un loco de la estacion, resuelto á buscar la esplicacion de aquel enigma.

Habia oido hablar muchas veces del conde Vialka, coleccionista célebre, que consagraba al culto de las artes una fortuna inmensa, y pensó con razon que cualquier conductor de carruaje conoceria el domicilio del opulento ruso.

En efecto, un coche le llevó en pocos momentos á un hotel de suntuoso aspecto. Victor subió precipitadamente la escalera, sin dar oidos á los apóstrofes de los criados, y presentó al lacayo que le abrió la puerta, su tarjeta, con ademan tan perentorio y con seguridad tan rotundamente espresa de que el conde le esperaba para tratar de un asunto de arte, que el criado, á quien era notoria la pasion que absorvia el tiempo y la fortuna de su señor, creyó conveniente anunciarle la visita.

Y en efecto, el conde Vialka, así que pasó la vista por la tarjeta, dió órden para recibir á Victor, y este fué introducido por el lacayo. El conde le esperaba de pié á la puerta de su magnífica galería de cuadros: al ver al jóven le tendió la mano afectuosamente, y le dijo en mal francés:

—Tengo el honor de saludar al mas insigne de los artistas modernos. Vuestra visita, caballero, me dispensa de un viaje á España que tenia proyectado, con el solo objeto de conoceros y felicitaros por vuestra última obra, que es verdaderamente sublime. Vedla allí, añadió el conde mostrando con la mano un cuadro que Victor reconoció al instante, con profunda emocion: es un retrato digno de Velazquez y de Van-Dick.... Y á propósito, ¿sabeis que vuestro compatriota Gutierrez es el mercader de cuadros mas hábil que yo conozco? ¿Cómo ha podido conseguir de vos lo que tantos coleccionistas han solicitado en vano, lo que yo mismo tenia por cosa poco menos que imposible? ¿De qué sortilegio se ha valido ese lobo viejo para haceros pintar un cuadro para cuya adquisicion le he concedido un crédito de 150,000 francos?.... ¡Oh! Yo estaba dispuesto á hacer un sacrificio mayor, porque, á decir verdad, necesitaba á toda costa un cuadro vuestro en mi galería. Por lo demas, amigo mio, Gutierrez ha tenido una buena idea: la cabeza de esa hermosa mujer, como todas sus formas, que son de una belleza escepcional, era un buen tema para vuestro mágico pincel. ¡Oh! os la recomiendo para un desnudo.

—¡Para un desnudo! interrumpió Victor con voz ahogada;

¿qué decís, señor conde?... La jóven cuyo rostro recuerda ese cuadro, debe inspirarnos más respeto, porque es un modelo de decoro y de virtud.

—¿Un modelo? repuso el conde ruso algo sorprendido. Perdonad, añadió, trabando del brazo á Victor y llevándole delante de un cuadro en que se veia pintado un magnífico desnudo de mujer, una Leda y el cisne, á cuya vista la sangre se cuajó en las venas del jóven. Perdonad, repitió el conde; á eso que vos llamais *un modelo*, Gutierrez le llama en lenguaje bárbaro *una modelo*.... ¡Oh! ¡Pero esta es magnífica! Es Laura Compte. Gutierrez la protege y quiere casarse con ella... para prestar un importante servicio al arte.

Victor quedó como herido del rayo. Aquella figura desnuda, aquella voluptuosa Leda, aquella impúdica ostentacion de una belleza sin igual; eran una copia de Laura.

Cuando pudo recobrar la voluntad y el movimiento, el jóven salió tambaleándose de aquella fatal galería y de aquella casa funesta, donde acababa de recibir un golpe mortal, y huyó como un loco de Paris y de Laura. Por algun tiempo creyó que le abandonaba la razon; corrió como un insensato de ciudad en ciudad, sin designio fijo, obedeciendo á un deseo febril de movimiento, hasta que al fin llevó su desesperacion más allá, mucho más allá de los mares.

Nadie, á escepcion de Francisco, ha sabido aun á qué nido de buho ha ido á pedir las tinieblas del olvido.

VIII.

¿Y Laura? ¿Qué ha sido de Laura?

Laura registra toda Europa en busca de Victor. Le ha engañado primero por secundar una intriga fraguada por Gutierrez; despues por ligereza y por ambicion; por último, ha comprendido que su corazon se interesaba en este juego de perfidias, y ha

querido preparar el ánimo del que le ha dado su nombre, para revelarle el secreto de su vida. Ha creido posible conseguir su perdon á trueque de un amor entrañable y de una abnegacion á toda prueba... Pero no ha tenido tiempo.

Ahora daria la mitad de su vida por encontrar á Victor, y la otra mitad para expiar su delito. No hay sacrificio que Laura no haya hecho por descubrir el rastro del hombre sacrificado á su capricho. Su primer impulso ha sido correr á Madrid y arrojarse á los pies de Francisco. Pero el viejo se ha mostrado impenetrable. Despues ha registrado más de una vez esas grandes metrópolis de la vida moderna, donde el crímen y el infortunio suelen ocultarse mejor que en el más impenetrable desierto. ¡Inútil porfía! Victor se esconde quizá en alguno de esos hervideros humanos, pero se esconde como el buque que ha corrido al abismo á impulsos de la borrasca, sin dejar rastro alguno sobre las aguas.

Una palabra mas. Enrique se pasea hace algun tiempo en coche; come en *Fornos* ó en *Los dos Cisnes*, fuma de la *Vuelta de Abajo*, duerme en la casa de huéspedes de la tia de su novia, y se cartea de cuando en cuando con el Sr. Gutierrez, mercader de objetos de arte, establecido en Paris.

Su ideal es vivir sin trabajar... y caiga el que caiga.

LAS CAMPANAS.

I.

Imagino una tarde de primavera.

Estoy en el campo y mis ojos se deleitan contemplando un hermoso paisage.

El sol declina á su ocaso y sus rayos oblícuos tiñen de rojo la tierra que piso, dibujando en ella mi sombra desviada y gigantesca.

La alondra pasa cantando, y oigo á lo léjos la cantinela melancolía del traginante que cruza los sombríos olivares.

En lontananza descubro entre el follaje la torre de una aldea, que es la meta de mi paseo.

El sol traspone la colina y comienza á reinar el crepúsculo.

Acabo de leer á Pascal, á Bossuet ó á mí mismo. En el campo, en la soledad y al caer de la tarde, toda alma tiene una página que ofrecer al que quiera descifrarla.

Mi mente se ha elevado á un órden de ideas superiores, que flotan indecisas en mi cerebro y tienden á un punto que está en la inmensidad.

De repente oigo la campana que vela sobre la torre.

Su tañido discreto condensa mis ideas y me dice su nombre. Apresuro el paso y veo una muchedumbre de mujeres, ancianos y niños que corren al templo. A todos nos arrastra el mismo

impulso, sino que ellos van por el camino de la fé sencilla, de la fé de los campos que crecen al amparo de la Providencia como la flor silvestre, y yo voy por el camino que me trazan el alma, la razon y la conciencia. Ellos van desde el hogar doméstico, yo desde el bullicio de la ciudad, pero el tañido de la campana, voz misteriosa que habla todas las lenguas, atraen con amor su fé sumisa y mi fé razonadora, y como el contagio de la verdad es invencible, nos confunde á todos en el mismo recogimiento y en la misma oracion.

Oro con ellos y bendigo en mi corazon la campana de la tarde.

II.

Estoy encorvado sobre la mesa.

Á mi lado tengo un libro divino en cuyas páginas leo:

In sudore vultus tui vesceris pane.

Con el sudor de tu rostro comerás el pan.

Este divino precepto enardece mi alma, y aplico á su cumplimiento toda la fuerza de mi inteligencia.—Trabajo.

De repente carga mis oidos una granizada de sonidos metálicos, agudos unos como saetas, atronadores otros como los bramidos de la tempestad.

Mis manos sueltan la pluma y los papeles, y acuden á la cabeza, cierro los ojos, se subleva mi sistema nervioso y las ideas huyen de mi cerebro, como una bandada de pájaros, al oir la esplosion de una escopeta.

Delante de mi balcon hay un campanario.

Espero resignado á que se calme la tormenta; pero la tormenta se prolonga en horrible *crescendo*, y mi cerebro comienza á tomar parte en el concierto, golpeándome el cráneo con violencia.

Me asomo al balcon y quiero dominar el estruendo con un grito de dolor, capaz de ablandar los bronces.

Pero el bronce no es tan duro como el pecho de un campanero. Sus dos brazos empujan sin cesar los dos torbellinos de metal que ruedan sobre su cabeza. La velocidad y el estruendo turban completamente mis sentidos y me producen un vértigo espantoso.

El campanero tiene cien brazos, como el jigante Briarco, y las campanas vomitan campanas, y se multiplican y nacen unas de otras, como las estrías de una columna salomónica puesta en rápida rotacion.

Y al través de este huracan, veo un rostro que me mira y se rie, con las cejas arqueadas, los pómulos arremangados hácia los ojos, la pupila brillante y la boca abierta.

Se rie como se reirán los gimios, si alguna vez adquieren la ductilidad de músculos que tanto deben envidiar á algunos séres racionales.

Y las campanas siguen su vuelo frenético, y creo oir estas palabras que el campanero dicta á sus lenguas de metal: —«¡Sucumbe! ¡sucumbe! ¡sucumbe!

»Yo soy el fuerte y el poderoso. Tú el débil, y el cuitado, y el mezquino.

»A mí no llegan tus quejas ni tus lamentos, porque soy inexorable como la parca y sordo como el destino.

»Grita, desventurado, insúltame cuanto quieras: yo soy el único verdugo que ahoga la voz en la garganta de su víctima sin dogales ni mordazas.»

Y la tempestad arrecia, y el rostro mefistofélico del campanero sigue insultándome con su risa implacable, y en el paroxismo de la rabia llego á concebir el proyecto de arrojarme por el balcon.

De repente disminuye la velocidad de las campanas, los golpes cámbian de compás, cesan del todo... Pasó la tempestad.

Entonces me quedo inmóvil como el paciente que acaba de sufrir un intenso dolor, y no se atreve á cambiar de postura por temor de una recrudescencia.

Pruebo á continuar mi tarea, pero en vano: el metálico estruendo de las campanas no cesa de zumbar en mis oidos: mis ideas están barajadas, mi entendimiento en ebullicion y mi cuerpo en estado patológico.

III.

Yo te bendigo, campana discreta de la tarde, porque tú eres la voz de la pastora mística que llama con amor á sus ovejas. Tú eres humilde como el cristiano que obedece á tu dulce reclamo, y la oracion te busca y te comprende, porque eres un murmullo como ella.

Tañe, tañe, campana discreta de la oracion. Tus sonidos saben hacer vibrar las fibras secretas del alma, sin sublevar las flaquezas del cuerpo mezquino. Tú, cuando sufren los que te aman, no agravas sus dolores con bramidos soberbios. Tú les dices con sonido apacible:—Yo soy la voz del consuelo y de la esperanza; cerrad los ojos al sueño, que solo vengo á pediros vuestra piadosa ofrenda, para luego vertérosla como un bálsamo.

Tú, cuando trabajan los que se aman, no te gozas en hacer más y más fatigosa la triste carga que arrastran por este valle de amargura, tú les dices con amor:—Yo vengo á fortalecer vuestro espíritu, yo vengo á infundiros aliento. Si mi dulce tañido os distrae por un momento, es para que vengais á refrescar vuestra mente en la oracion y volvais á vuestra obra vigorizados con la fé que guia y que sostiene.

Tañe, tañe, discreta campana de la oracion; tu sonido me agrada, porque es benéfico como el amoroso susurro con que mi madre me dormia en la cuna.

IV.

Mi verdugo vuelve á asomar su cara sarcástica por debajo de una campana.

Veo dos manos que se adhieren al borde del campanario como las patas de una salamanquesa, y en pos de las manos viene una cabeza arañando la piedra con la barba. Es el campanero.

Me mira y me insulta con tres pulgadas de sonrisa insoportable.

—Óyeme, verdugo: ¿qué fiebre es la que te agita cuando haces bramar esas lenguas de bronce? ¿Qué significa tu horrible sinfonía? ¿Qué idioma nos hablas? Tú, que te muestras su mas encarnizado enemigo, ¿sabes lo que importa el silencio?

El silencio es una voz inarticulada que nos habla de Dios con más elocuencia que todas las lenguas de metal. Despues de la voz que nos avisa en el trueno y en la borrasca, no hay otra mas poderosa que la que nos llama á la contemplacion en el silencio. Cuando reina el silencio en torno suyo, el hombre se sobrecoge y tiene miedo, como el niño que al penetrar en un aposento oscuro, deja de oir las voces familiares que le guiaban.

El hombre es un niño que tiene miedo cuando el silencio le deja oir la voz de la conciencia; solo que así como el niño tiene miedo de acercarse, el hombre tiene miedo de huir, y se acerca al que le llama con lengua muda.

El silencio es un acusador implacable que Dios ha colocado en el espacio, y que el bullicio del mundo intenta en vano sofocar, como el estruendo de la orgía el grito mudo de la conciencia.

¿Y sabes por qué tiene tan poderosa elocuencia la campana de la oracion que se escucha á lo lejos en la soledad de los campos?

Porque sus tañidos parece que sean la fórmula sensible

con que el silencio resume lo que acaba de decir el alma contemplativa.

¡Ah! si el silencio no fuera un punto en el espacio, la criatura no estaria tan alejada de su criador.

V.

El campanero me hace una mueca, cerrando el ojo derecho y sacando por un estremo de la boca la lengua, afilada como una saeta.

De repente retira la mano y la cabeza

Soy perdido.

Es evidente que mis teorías sobre el silencio han despertado en su alma empedernida un deseo inmoderado de meter ruido.

La tempestad va á rugir de nuevo.

¡Dilon! ¡dilon! ¡dilon!... .

Te conozco, horrible preludio de la mas espantosa sinfonia: conozco la mano que te dirige y sé que es implacable como el destino. Pero no, no te gozarás en mi martirio, salvaje concitador de tempestades. Huyo á esconderme en el más remoto rincon del universo, y te escupo en el rostro mis últimas palabras que parodian el dicho de un héroe.

«¡Envanécete de haber puesto en fuga á un cristiano!»

VI.

Ya no oigo á mis vecinas de bronce.

Cruzo plazas y calles con la rapidez de la flecha, en busca de un horizonte sin límites. Quiero huir de la ciudad: las ventanas se me antojan campanarios y las canales tubos acústicos.

Paso por delante de un templo y escucho los preludios de

un vuelo de campanas. Descubro la cabeza, me tapo los oidos y no corro, devoro el espacio.

Respiro; estoy en el campo, el sol declina tiñendo el ocaso de una faja de púrpura.

¡O sur des ailes, dans les nues
Laisez moi fuir, laisez moi fuir!

El horizonte es inmenso; dejadme que corra mientras me quede aliento. El silencio cae como un rocío sobre ese inmenso paisaje. Tengo sed de silencio y quisiera recorrer la zona entera que abarcan mis ojos para beberlo todo, para respirarle con todo mi sér y embriagarme en su copa inmensa. Callad, aves fugaces que cruzais el espacio en busca del nido; callad, murmullos confusos de la arboleda. Yo busco silencio, más silencio; yo busco la inmensa soledad del desierto.

El desierto es un oasis.

VII.

Mis ojos divisan la solitaria torre de la aldea.

La campana amorosa llama á los fieles á la oracion.

Su tañido penetra como una caricia en mi sér y mitigo como un bálsamo santo la fiebre que me devora.

Me voy tras el susurro de su voz amiga, y abro mis lábios á la oracion.

Oro por mis hermanos de la ciudad.

VIAJE SEMI-FANTÁSTICO.

I.

Perseguida por sus opiniones liberales, mi familia decidió trasladarse en el primer tercio del siglo á Manila, donde tenia empleada la mayor parte de su fortuna.

Era yo un niño, cuando á bordo de un buque mercante, fletado por cuenta de mi padre, me arrancaron del seno de la pátria, que por breves momentos me habia cobijado; y aun no se despertaban en mí los albores de la razon, cuando recibí el doloroso bautismo del infortunio.

Nuestro buque fué sorprendido por una deshecha borrasca, y despues de muchos dias de una lucha terrible con la muerte, fué á estrellarse en los bajos de una costa desconocida. Allí pereció mi madre; allí perecieron todos los mios, escepto mi tio materno, que se salvó en una roca, y yo; que debí la vida á un marinero, antiguo dependiente de mi familia, que en más de una ocasion habia espuesto su vida por ella.

La tempestad nos habia arrojado á uno de los islotes inexplorados del Sur de la Australia, donde encontramos algunos marinos americanos, á quienes una catástrofe análoga habia obligado á buscar asilo en aquella desierta roca.

Mi tio soportó con la resignacion del hombre virtuoso esta desgracia, que venia á herirle en sus más dulces afectos, y se preparó con ánimo sereno á arrostrar la terrible situacion en que le colocaba aquel golpe inesperado.

Se puso al frente de la reducida colonia, sobre la cual no tardó en adquirir el ascendiente que ejercen el saber y la energía en las organizaciones incultas y groseras, y consagróse con paternal solicitud á cuidar de mi educacion.

II.

Pasaron dias, pasaron años sin que acertase á cruzar por aquellos mares un buque salvador. La esperanza, esa coqueta sobrehumana, que atesora en su tocador tan múltiples y maravillosos recursos para renovar eternamente sus hechizos, nos conducia todos los dias, apenas asomaba el alba, á la costa desierta y desolada; y cuando veia que un amargo desengaño nublaba nuestro semblante, asomaba á sus lábios una sonrisa de consuelo, siempre engañosa, y nos hacia entrever para el dia siguiente una esperanza nunca realizada. Y cuando la artificiosa deidad comprendia que el desaliento se apoderaba de la mísera colonia, hacia cruzar por los últimos límites del horizonte, lejos, muy lejos de la isla, una blanca vela desleida en en los vapores del crepúsculo; nos la mostraba con el deseo y susurraba estas palabras en nuestro oido:

—«¡Como esa vela que hoy se descubre á los lejos, mañana puede pasar otra rozando la isla!»

Y otra vez renacia la confianza en los corazones; porque la esperanza es el amor ingenioso, la madre de familia de la humanidad: siempre está inventando bonitos juguetes para entretener la interminable infancia del hombre.

Así pasé la mia; así ví marchitarse uno tras otro los años de mi juventud; así se evaporaron en los picos de aquella roca las primeras é indefinidas emociones de mi alma, nacida para amar y creer.

Algunos libros salvados del naufragio, y las lecciones de mi tio, formaron mi educacion moral é intelectual. Aquel hom-

bre honrado y entusiasta me enseñó á amar la virtud y encendió en mi corazon el santo fuego de la libertad.

¡Libertad! ¿Qué significaba este nombre para mí, pobre grano de arena depositado en el hueco de una roca desierta? ¿Por qué palpitaba mi corazon al lanzar á los ecos sordos de la soledad este nombre misterioso? ¿Cuándo tomaria cuerpo y realidad á mis ojos este verbo revelado á mi espíritu por la voz del entusiasmo, y acogido en mi alma por la fé?

III.

Treinta años trascurrieron de este modo... La muerte me arrebató el único sér en quien habia cifrado mi cariño, el apoyo de mi infancia, el hombre virtuoso que habia sostenido mis pasos sobre el pedazo de tierra avaramente concedido á mi horfandad.

Regué con mis lágrimas la tumba, que encerraba para siempre cuanto amaba en el mundo, y oré.

Desde aquel dia me pareció que la soledad se condensaba en torno mio y me envolvia en un sudario de muerte.... Me hallaba solo, abandonado al tédio de mi corazon, rodeado de séres groseros que no podian fortificar mi espíritu contra el infortunio, perdido tal vez para siempre en una isla olvidada en la inmensidad de los mares, separado de un mundo en que palpitaban la vida, el amor, la esperanza, la felicidad, en que los hombres se amaban como hermanos y trabajaban por la dicha comun al amparo de la Providencia.

IV.

Hasta que un dia.... No puedo recordar sin emocion aquella terrible crísis de mi vida.... Un dia, para siempre memo-

rable, resonó súbitamente en la roca un grito de fanática alegría, que me hizo abandonar la choza. Un buque francés, que verificaba por aquellos mares un viaje de exploracion, habia anclado á una milla de la costa, y los marinos, ébrios de júbilo, saludaban al fin la ansiada aurora de la libertad....

No puedo espresar lo que pasó por mí en aquellos momentos. La emocion fué superior á mis fuerzas, y caí sin sentido, herido como de un rayo por un violento ataque cerebral, que me privó por muchos dias de la razon, poniendo mi vida en gran riesgo.

Cuando desperté de aquel prolongado letargo, cuya duracion no he podido nunca apreciar, miré en torno mio y ví que navegaba en una gran embarcacion, que devoraba el espacio como un mónstruo marino, de proporciones desconocidas, agitando unas poderosas natatorias de hierro, y dejando en pos de sí un penacho de humo.

Delante de mí se desarrollaba el más sorprendente panorama: veíase á poca distancia una costa poblada de grandes buques que elevaban á las nubes un bosque de mástiles. Una muchedumbre de gente, que me pareció inmensa, se agitaba en aquella poblacion flotante y en los muelles inmediatos, que ofrecian el aspecto de la más estraña vitalidad.

En último término se veia una ciudad de proporciones babilónicas, cuyos inmensos y maravillosos edificios me parecieron destinados á una familia de semi-dioses.

V.

El asombro paralizó los latidos de mi corazon, y murmuré con voz ahogada:

—¿Dónde estoy? ¿Qué prodigio es ese que se ofrece á mi vista?

—Es el mundo, la vida; dijo á mi lado una voz, que resonó en mi oido con acento metálico.

Volvíme y vi junto á mi un anciano vigoroso que con sus ojos de águila buscaba en mi rostro las huellas de la vida y de la razon.

—Y tú, ¿quién eres? le pregunté.

—Un viajero como tú: sígueme, seré tu guia; el espíritu que animaba á tu padre vive en mí, y él es sin duda el que me trae á tu lado para que te conduzca al seno de la pátria y al hogar de tu familia.

—¡Pátria! ¡Familia! ¿No son para mí dos nombres vanos?

—No; hay un hogar que te pertenece, y una madre que te llora muerto.

—¡Una madre que me llora! esclamé con amargura. Anciano, ¿te burlas de un infeliz?

—Tu madre vive, replicó con impaciencia aquel hombre estraño: el capitan del buque que os conducia á Filipinas la salvó en su falúa y há treinta años que te llora perdido.

Al oir estas palabras caí de rodillas, prorrumpí en sollozos y oré.

—Reza, me dijo el anciano; pero dáte prisa: el tiempo es un tesoro; la quietud no se ha hecho para mí.

Clavé mis ojos fascinados en los del imperioso viejo y le dije:

—¿Qué quieres de mí?

—Que me sigas.

Habíamos llegado al puerto: un bote nos sacó á la orilla y á poco me hallé bajo un inmenso cobertizo de hierro, donde rugia una máquina de estraña apariencia, unida á una série de vehículos de forma diversa. El viejo no me dió tiempo para examinar los nuevos prodigios que á mi vista se ofrecian, y me hizo entrar en uno de aquellos coches que, unidos unos á otros con lazos de hierro, semejaban una culebra de proporciones monstruosas.

Oí un silbido, y el mónstro se puso en movimiento. A los pocos instantes devoraba el espacio con espantosa rapidez,

ofreciendo á mis ojos la mas asombrosa fantasmagoría. Mi vista, fascinada, intentaba en vano abarcar el panorama fugitivo que se descubria desde las ventanas de aquel coche prodigioso: los objetos cercanos pasaban junto á mí como fantasmas informes arrebatados por el huracan, al paso que las lejanas arboledas giraban en círculo grandioso como jigantes entregados á una pantomima misteriosa.

VI.

—¿Qué leviatan es este que nos lleva con la rapidez del torbellino? pregunté á mi compañero así que pude dominar mi asombro.

—Es el movimiento, me respondió el anciano,—que se agitaba con impaciencia, como si aquella tormenta de locomocion no fuera bastante á satisfacer su incansable actividad.—Ese rugido que escuchas es el de un motor poderoso que se llama vapor. El hombre ha encerrado en esa mole de hierro una fuerza que supera á cuanto habia inventado la fantasía, y le empuja á su placer para salvar las distancias mas enormes, para unir las comarcas mas apartadas. Merced á ese esfuerzo de la ciencia humana, los pueblos se comunican con actividad, las distancias no existen y el mundo empieza á sustituir al sentimiento de la pátria el sentimiento de la humanidad.

—¡Oh! esclamé con toda la emocion de mi alma; ¡dichosos, mil veces dichosos los que gozan de ese bien; el universo debe ser para ellos una sola familia, la vida un comercio de amor inestinguible!

El viejo hizo asomar á sus lábios una sonrisa estraña, y no replicó.

—Habla, anciano,—le dije entonces, obedeciendo á la inmensa curiosidad que se despertaba en mí.—¿Qué significan aquellas innumerables embarcaciones que hemos visto al llegar á estas orillas maravillosas?

—Aquellos vehículos,—respondió el viejo,—salvan la inmensidad de los mares; como este que nos impele, devora los continentes, y llevan á los paises mas apartados del globo el comercio y la civilizacion.

—¡Ah! ¿Con que no eran delirios de un alma generosa los inspirados vaticinios del hombre que me sirvió de padre? ¿Con que es verdad que el mundo estrecha sus lazos en una comun y santa aspiracion al bien? ¿Con que es cierto que los hombres se unen en una sola familia bajo las leyes providenciales del amor y el trabajo? ¡Oh! ¡Cuán bello, cuán admirable es este mundo, que no he conocido hasta hoy!

El viejo guardó silencio, y yo sumergí otra vez en el espacio mi vista embelesada: y á un lado y á otro del camino que devoraba el carro de fuego, ví que se estendian hasta los últimos límites del horizonte fértiles campiñas que atesoraban las más ricas y variadas producciones; y observé con asombro que aquel inmenso mar de verdura estaba poblado de ciudades, aldeas y caseríos, que por un efecto de ilusion óptica, surcaban aquellas ondas de esmeralda; y vi que todo aquel paraiso de inesplicable encanto, estaba animado por el trabajo del hombre; y trasportado de júbilo esclamé:

—Anciano, ¿vive mi madre bajo este espléndido cielo y en medio de esta opulenta naturaleza?

—No,—respondió secamente mi guia.

—Quiero vivir con ella en este eden, donde reina la más pura, la más envidiable felicidad.

—Tu madre habita á algunos centenares de leguas del pais que atravesamos, y en este momento ignora que vives: vamos á anunciarle tu llegada... Dentro de breves momentos sabrá que estás en el mundo y que corres á estrecharla en tus brazos.

—¡Dentro de algunos momentos!—esclamé admirado:—¿Cómo es posible, si nos separa de ella tan enorme distancia?

—Mira,—replicó mi guia mostrándome unas líneas casi im-

perceptibles que cortaban el azul del cielo á poca distancia del camino.

VII.

—¿Qué es eso?—pregunté procurando penetrar el misterio de aquel tejido aéreo, que figuraba las líneas de un inmenso pentágrama.—¿Son las fibras metálicas de las arpas eolias de que hablan los libros caballerescos que he leido en mi niñez?

El anciano me miró, arrugando el entrecejo como si escuchara un absurdo monstruoso ó una frase vacía de sentido: despues se encogió de hombros y me dijo:

—Es el telégrafo: con el ausilio de esos hilos de hierro podrás hablar ahora mismo con tu madre. En alas de la electricidad el pensamiento corre con la rapidez del rayo distancias portentosas, de las cuales no puede darte idea aproximada la rapidez de este elemento que nos hace recorrer en algunas horas centenares de leguas.

—¡Bendita sea la Providencia!—esclamé con piadoso entusiasmo;—el hombre se ha convertido en un semi-dios sobre la tierra: ¡el Señor ha bendecido la obra de su criatura!

—Modera tu entusiasmo,—me dijo el misterioso viajero—tu lenguaje causaria á ese que llamas semi-dios mayor sorpresa que la que en tí producen todas esas maravillas que por primera vez se ofrecen á tu vista y se revelan á tu inteligencia.

Callé: la sonrisa del viajero heló las palabras en mis lábios; pero no ahogó el júbilo de mi corazon. Mi alma esperimentaba la más dulce embriaguez al pensar en la felicidad de los hombres, en la de mi madre, en la que yo mismo iba á apurar en el seno de aquel paraiso.

VIII.

No puedo apreciar el tiempo que duró aquel viaje prodigioso, ni pude esplicarme bien en aquellos momentos cómo llegó hasta mí el grito de amor y de alegría de mi madre. Solo sé que al cabo de algunas horas llegamos á la ciudad inmensa que aun nos separaba muchas leguas de la pátria de mi familia.

El estruendo de aquel hervidero humano me causó una especie de vértigo. Mi guia me cogió del brazo, respirando con todos sus pulmones aquel ambiente en que se agitaban millones de séres, y me inició en los misterios de una nueva Babilonia.

¿Cómo espresar el asombro y la angustia de mi corazon?

Reinaba en aquella muchedumbre un estraño malestar: la exhuberancia de vitalidad que habia ido observando en el trascurso de mi fantástico viaje, se traducia en aquel centro del movimiento por una fiebre múltiple en sus caractéres. En lo que me habia parecido plenitud, veia de un momento á otro formarse no sé qué vacío desconsolador. Las grandes conquistas de la ciencia engendraban en aquella sociedad agitada el orgullo y el materialismo; el ostentoso incentivo de una industria maravillosa despertaba en las almas el deseo de los goces; el desarrollo de la inteligencia conducia á la duda ó al ateismo; el sentimiento plegaba las alas bajo el peso del egoismo avasallador; aquellas conquistas del génio, que me habian parecido el último escalon de la perfectibilidad humana, no eran mas que una confusa ebullicion de elementos vitales que tendian á una nueva trasformacion. Faltaba á aquel conjunto inquieto, anhelante, desordenado, la inefable armonía de esa doble naturaleza que Dios ha dado al hombre como la espresion mas alta de su omnipotencia; la voz de la tempestad rugia

sordamente en el seno de aquel mar, agitado por los génios inquietos del siglo, y en medio de los cánticos de victoria de aquellos conquistadores de la ciencia y de la libertad, se oian acentos de agonía, murmullos amenazadores, voces proféticas de siniestro augurio.

¡Amargo desengaño! La felicidad no alentaba en el seno de aquella familia tumultuosa; el pobre y el rico, el sábio y el ignorante, el débil y el poderoso se agitaban en las capas diversas de aquella atmósfera, bajo el influjo de un profundo malestar, y vi con asombro y con dolor que la obra de la Providencia atravesaba un periodo de terrible agitacion, de que no ofrecia ejemplo cuanto me habian enseñado los libros y las lecciones de mi maestro.

Durante aquella larga escursion, en que yo no sé por qué misterioso poder la mano de mi guia me hacia penetrar en todas partes y sorprender los secretos más intimos de aquella sociedad afanada y sin reposo, el asombro y el desaliento se apoderaron de mí, y seguí, como sigue el insecto la ráfaga de la tempestad, el impulso invencible de aquel misterioso cosmopolita.

IX.

Cuando pude recobrar el uso de la palabra, dije á mi guia con acento de profundo desconsuelo:

—Anciano, ese movimiento me asusta; esa actividad no es la vida, es la fiebre.

El viajero se sonrió como el esperto marino que ve postrado por el mareo á un camarada bisoño.

—Sí, replicó; es la fiebre de la crísis; de ese paroxismo que te espanta saldrá la salud; de ese cáos brotará la lúz.

—No; yo solo veo en esa crisis síntomas de muerte.

—En lo que á tí te parece muerte encierra la Providencia los gérmenes de la vida.

—Esa sociedad no cree.

—Pero trabaja.

—Ha comenzado su obra negando á Dios.

—Pero camina.

—Camina con los ojos fijos en el suelo; trabaja para levantar en la tierra un pedestal á su egoismo; para ahogar el sentimiento en la materia.

—¡Inocente! ¿Qué importa que la humanidad tropiece en el camino, si no se detiene en su marcha, si traspone uno tras otro horizonte? ¿Crees que podrá acercarse á la perfeccion sin acercarse á Dios? ¿Crees que en su propio engrandecimiento no hallará la conciencia de su orígen divino? No temas el movimiento: esa fiebre que te asusta es un solo latido en la vida del universo, un solo grano en el reloj de la eternidad, un solo relámpago en la duracion. Penetra en ese cáos de donde ha de brotar la luz; lleva tu átomo de energía á ese latido febril de la humanidad; marcha con ella por el sendero misterioso que te traza la Providencia. La obra avanzará á través de los siglos, y de esfuerzo en esfuerzo, de caida en caida, una piedra tras otra, el hombre irá levantando cada vez más alto el edificio de su grandeza; y no lo dudes, al cabo se acercará al cielo.

—¡Con la torre de Babel!

—¡No; con la escala de Jacob!

Y dicho esto, el viejo me asió del brazo y me hizo penetrar entre la muchedumbre que hervia en aquel inmenso bazar de la actividad humana; y su voz potente resonó por todas partes gritando á las masas:

—¡Adelante!... ¡Adelante!....

FIN.

ÍNDICE.